Alejandro Tapia y Rivera

La antigua sirena

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alejandro Tapia y Rivera

La antigua sirena

Leyenda

Una carta que puede servir de prólogo
Milán... de... de...

Querido Jacobo:

Acabo de llegar de la ciudad de las góndolas a esta bella corona de Lombardía. Heme ya de vuelta y dispuesto a satisfacer tus deseos: te hablaré pues de Venecia, la que tú no has visto y que quieres conocer por mi relato, llevado de la misma ilusión y encanto inexplicable que yo también sentía antes de conocerla. Sucede así. ¡Cuéntase tanto de aquella ciudad tan singular!... Las relaciones poéticas que ha inspirado, su valimiento como república en la edad media, lo tenebroso de su historia y hasta la posición topográfica de que disfruta, son gran parte para que la imaginación de la generalidad, pronta de suyo, a apacentarse en lo novelesco, se pierda en lo infinito de la exageración. De aquí resulta, querido amigo, que tan luego como me vi en la expresada ciudad... pero no anticipemos, y déjame comenzar desde buen punto la relación de mi viaje; necesario prólogo de la historia veneciana que voy a contarte, ya que me encargas que preste dicha forma a la narración de mis impresiones.

Tú, como yo, hijo de los trópicos, sueñas con las maravillas de otros países, como si bajo el punto de vista de lo natural, tuviese nuestra Borinquen algo que envidiar a los más nombrados de otras regiones. Un cielo puro cobijando campos de eternal verdura, corrientes cristalinas, selvas de flores, pintorescas y canoras aves, céfiros que susurran en las palmas un sol templado por la sombra de guayabos y mameyes, plátanos indolentes y bulliciosos, mangos y cafetos perfumados, naranjos de poma de oro, y por la noche un cielo transparente que alegra con frecuencia nuestra hermosa luna; ¿para qué más? Y luego la paz de nuestros campos, el grato hogar no turbado por malhechores, la fraternidad de las campesinas gentes, a quienes falta un poco más de la actividad de los vascos y a quienes no haría mal un poco menos de la indolencia de nuestros padres acrecentada por el clima. ¿No inspira, dime, no provoca todo esto a recitar con gozo la Zona Tórrida de Bello, renunciando pava siempre a las ciudades? Pero Venecia me llama, y ya voy caminando hacia ella. Son casi las ocho de la noche. La locomotora me lleva con rapidez. Bérgamo en su pintoresca altura, el poético lago de Garda, la ciudad memorable de Romeo y Julieta, la de Padua célebre por sus tiranos y por los milagros de su santo, todo ha quedado atrás, y sólo me restan algunos minutos para saludar a la ciudad de tus ilusiones. La luna me hace

falta: es la luz necesaria para el cuadro de nuestra Venecia; voy a contemplarla, y las tinieblas son enemigas de la Venecia que ha forjado nuestra imaginación. En vano entono sotto voce el himno de los Druidas del grato Bellini. Estoy desesperado. Es próximamente la hora en que el astro de la noche debe aparecer. Las ocho... Sus claros por el oriente y nada más. Nubes oscuras protectoras de su misterio, cubren apiñadas su aparición. ¡Casta diosa!... Te llamaría mujer en mi furor; furor de amante burlado. Heme ya en la calzada monstruo que cual brazo de gigante parece sostener a la ciudad sobre las aguas; empero la luna se deja ver. ¡Oh cuán brillante!

Amante yo burlado,
a vista de mi amada,
olvido mis furores
y adoro su beldad.

Álzase ya: truécanse los nubarrones en conchas nacaradas, y el paisaje recibe esta bendición del cielo en forma de peregrina luz. El silbo de la locomotora anuncia la última parada, la voz de los conductores nos dice que llegamos...

Vime pues en la góndola-ómnibus caminando hacia mi albergo. Tú no has estado allí; pero viajaba por ti y por mí, circunstancia para desear que todo me pareciese agradable; anhelando sólo que mi pluma pudiese corresponder luego a la concepción de mis pensamientos.

Después de atravesar varios canales, dejome la góndola junto a la plaza de San Marcos, excelente modelo de plaza, panorama para visto; pero no vayas a imaginar que pienso trazarte en esta carta un plano poético de la ciudad. Ya llegará la página en que esto deba ser aunque imperfectamente, y hasta entonces ten paciencia.

Sorprendiéndome la media noche en el famoso puente de Rialto, viendo pasar de vez en cuando y a la luz de la luna, alguna que otra góndola ligeramente impulsada por sus conductores. El ruido de sus remos al caer en las tranquilas aguas; la voz de «soy primero» emitida en dialecto veneciano por algunos de aquellos al pasar por debajo del puente, con el objeto de evitar el choque con los demás, eran los únicos sones que llegaban a mis oídos. A poco, perdíase en lontananza el farolillo de una góndola, apareciendo algún otro al mismo tiempo.

Preguntábame yo entonces si era un sueño realizado lo que me sucedía: si aquella era la reina del Adriático, tan bulliciosa en otros tiempos y cuya tradición es un álbum de recuerdos inapreciables. Recordaba entonces aquellas famosas regatas nocturnas por la bahía de nuestra ciudad natal, semejante a un aplacible lago y en que al resplandor de la grata luna nos paseábamos en nuestros esquifes, entoldados de verdes y aromáticos arrayanes, al compás de las placenteras danzas de los trópicos, y el eco de aquellos coros en que parecían voces del cielo las de nuestras deliciosas porteñas. ¿Te acuerdas? ¡Qué alegría para nosotros en aquella vida de juventud y de risueños pensamientos! Entonces era cuando impresionados por la tradición romancesca de ciertas ciudades de hermosa localidad, bellas mujeres o rumorosas fiestas, dábamos rienda a nuestro numen pronto a soñar con los lugares de la poesía. Granada, Bizancio y sobre todo Venecia, eran nuestras ciudades de

Europa, en tanto que Lima y la del Hudson nos sonreían en nuestra América. Era la edad, amigo mío; era la fraternidad que sólo se encuentra en la juventud; era la presencia cordial de nuestros amigos ¡ay! entre los cuales se contaba aquel a quien la muerte arrebató inesperadamente de nuestros brazos; era también el encanto de aquellas porteñas de miradas y acentos y gracias celestiales, -¿para qué nombrarlas? Entre ellas estaba la que era en aquel tiempo la reina de mi amor, como después ha sido el fantasma de mis ilusiones. Sí, amigo mío, era todo ello lo que alteraba nuestras vaporosas cabezas, lo que nos hacía delirar con los viajes y la vida bulliciosa o festiva de otros países. Nuestra aventurera imaginación daba cuerpo entonces a la poética teoría de una reina del Adriático, de la cual, sea dicho de paso, nunca vino a nuestra memoria otra cosa que el ruido tradicional de sus alegres fiestas. Poco pensadores nosotros, no nos deteníamos nunca a mirar aquella ciudad por el lado de las torturas, calabozos y misteriosas intrigas con que una oligarquía ambiciosa manchó muchas de las brillantes páginas que contiene su singular historia.

¡Ay, amigo mío! ¡qué triste es haber visto pasar la imprevisión de los dorados años! En estas y otras reflexiones semejantes se ocupaba mi mente al tender la vista sobre la Cartago de la edad media, y al darla mi saludo de viajero desde el puente de Rialto en las altas horas de la noche de mi llegada. La historia estaba ante mis ojos... pero volvamos al objeto de esta carta, amigo mío. Una novela para Jacobo, me decía. ¿Novela histórica? ¡Están ya tan manoseados sus más interesantes episodios! ¿De costumbres quizás? Singulares fueron las de Venecia; pero este género requiere larga detención y estudio, y sobre todo la pluma de un Goldoni. ¿Qué clase de leyenda podrá entonces satisfacer los deseos de mi amigo? Y sobre todo, ¿la que yo conciba logrará acaso interesarle? Grande apuro por cierto.

Yo que sé poco para enseñar, que conozco la dificultad de divertir, que soy, por otra parte, demasiado orgulloso para tolerar gustosamente que pretensiones exageradas por mi parte autoricen la murmuración de tanto Zoilo, fruta de todas las estaciones y más abundante de lo que se piensa, ¿para quién y por qué escribo? ¿Por qué? Escribo porque deseo satisfacer un poderoso instinto; por el propio recreo. ¿Para quién? Para mis amigos. -La gloria legítima, grande y sólida me parece sumamente difícil de adquirir; la pasajera, la aparente y de pura vanidad, aunque a fuer de hombre no me es indiferente, a fuer de cuerdo no me seduce. Escribo para ti; sobre todo esta leyenda, amigo mío.

¿Por qué la publicaré? Por una razón harto sencilla. Porque anhelo ver si por ventura mía, algún destello, no completamente pálido, de mi alma, único tesoro que creo poseer y del que, con franqueza, no estoy descontento, logra conquistarme algún amigo más, que me rinda en el fondo de su alma aquel tributo de simpatía noble y espontáneo que no me siento con fuerzas para desdeñar.

La idea pues de hallar qué contarte me preocupó al acostarme; y sólo fiado en que al día siguiente podría pronunciar el deseado «Eureka» logré dormirme soñando con mi Venecia, y no sin exclamar: acabo de realizar un ensueño de poeta; estoy... o mejor dicho, Jacobo y yo estamos en Venecia.

Un deseo realizado es un pedazo de la gloria que prometen las creencias religiosas, porque nada hay bueno ni hermoso si no ha sido deseado. El bienaventurado es aquel que sabe saborear hasta la última gota la miel que se encuentra en la realización de una

esperanza vivamente concebida y largo tiempo alimentada. ¡Es tan grato sentarse al llegar a la cumbre, y jadeante y sudado aún contemplar ya vencida la altura que se ha subido!...

El sol me despertó; tomé el desayuno y me lancé a la calle. Esperaba a Genaro, joven siciliano, mi compañero de viaje que se había quedado aquí en Milán y que debía llegar aquella noche a Venecia; y, por otra, parte, quería visitarla solo, perderme en la ciudad, sin más guía que el lenguaje mudo de sus monumentos y sus costumbres; sin más pensamientos que los que me inspira su historia que la abandona en lucha con la actualidad que la destruye; sin más compañía que mis propias impresiones. ¡Cuántos monólogos recité! Pero no, hablaba contigo, ¡oh Jacobo! y ya tenía interlocutor, y harto interesado por cierto.

Venecia, la metrópoli poderosa que extendía su cetro comercial y su marina hasta las comarcas de Oriente, la república soberbia que exitó la liga de Cambrai, la amazona fuerte que se desposaba con el mar como el único digno de compartir su famoso imperio, tan solo es un cadáver. En vano invoca el pueblo la tutela del patriciado: el patriciado murió por el abuso de su principio, legándole tan solo los hábitos del pupilaje. Llevado el pueblo a vastas empresas, pero sin propia iniciativa, fue en otro tiempo lo que quisieron sus oligarcas; estos no son hoy más que un simple nombre, una memoria, un pergamino rugoso que el tiempo y la desventura, dos polillas que todo lo destruyen, se encargan de roer y aniquilar. Colón y Gama acabaron como es sabido, con su comercio: Ceres y Flora no tuvieron allí templo; los talleres no tributan a Watt sus holocaustos; las terribles galeras se han convertido en góndolas, y para colmo de desdichas, su vecina Trieste la arranca a florones la corona del Adriático. ¿Qué hacer? Allí, donde cada piedra es un monumento, en donde cada paso revela la memoria de un hombre o de un hecho notable; aquel panteón glorioso de la paleta, del cincel y de la escuadra, Jordán de las bellas artes, de que no se puede salir sino como regenerado es tan solo un cadáver. ¿Qué debe hacer la pobre señora, la triste Venecia? Acabar de vender las perlas de sus bodas para pagar su entierro. Y gracias si después, al cabo de algunos siglos el hombre olvidadizo tiene a bien escribir sobre su losa lo que nosotros: «Hermosa muerta, duerme y descansa en paz.» Reflexiones tales sugeríame el paseo que daba por las calles de la ciudad.

El palacio del Dux me pareció el templo de una religión sin altares, y en donde vaga tan solo la sombra de aquellos ídolos que ya no pueden intrigar ni ambicionar. El arsenal guardaba silencio. Los nuevos patricios no son padres de Venecia, y por consiguiente no hacen nada por él. Cada pueblo tiene en alguna de sus instituciones la fuente o la fuerza de su vida. Venecia, era su arsenal; toda ella estaba en él, vivía de él, se engrandecía por él. Enmudecido hoy, casi muerto, todo el pueblo participa de su atrofia. Los muelles, toda la ciudad guardaba silencio; la ciudad del jueves santo católico y del domingo protestante. - ¡Cuánto extranjero veíase por sus callejuelas silenciosas buscando como yo tal vez alguna impresión, alguna historia que contar a su regreso sobre la hermosa y rara Venecia tan descrita y decantada! Una cosa causábame sorpresa y se me hacía inaceptable, puerilidad ridícula, pero que la cuento porque acaso no será mi caprichosa mente la única por donde semejante puerilidad haya pasado. No podía conformarme con que en la ciudad de las aguas, se pudiese siempre por tierra, ni con que en la patria de lo fantástico y poético se viviese al estilo prosaico del continente. Habíame fingido, como tú lo habrás hecho, para Venecia, una vida extravagante, sin descripción ni paralelo posibles, y completamente

extraña a la de las demás ciudades. Todas las venecianas habían de ser hermosas, enamoradas y dadas a las aventuras y galanteos misteriosos. El gondolero era para mí un ser pintoresco y lleno de discreción, testigo de muchas cosas (en eso tal vez no habrá mucho de irrealidad). El canto y la poesía eran inseparables de los canales con todo aquello de trajes vistosos, mascarillas y músicas magníficas.

Buscaba, como te he dicho, algún asunto tradicional como más vulgarizado, y nadie sabía brindarme con alguno que me pareciese a propósito para contener la índole de mis deseos; cuando he aquí que en la víspera de dejar la ciudad para venir a esta, se me presentó la ocasión de llenar mi objeto.

Ya te he dicho que aguardaba a Genaro, mi compañero de viaje. Había llegado oportunamente y acompañádome a visitar las bellezas de la ciudad. Templos, palacios, canales, nada quedó por ver ni por admirar. Poco es el tiempo que se necesita para visitarla como poeta o como filósofo; empero cuando el artista o el anticuario abran su cartera a los apuntes y sus ojos a la admiración, los meses enteros serían poco tiempo para saborear los primores de tantos cuadros y estatuas, de tanto trozo de esplendidez y belleza arquitectónicas, de tanta riqueza en pormenores y detalles.

Sin conceder a las bellas artes la influencia civilizadora con que en absoluto pretenden agraciarlas muchas personas por lo demás bastantes ilustradas y razonables, puesto que a la verdad, existe en el extremado descogimiento de aquellas, la música por ejemplo, alguna cosa que sensualiza demasiado a los pueblos, llevándolos al culto idólatra de la imaginación con mengua del entendimiento; influencia a que han puesto diques en algunos países el buen sentido y la cultura de las facultades del criterio, verdadero idealismo social; creo, sin embargo, Jacobo, que las dichas bellas artes, las del diseño especialmente, como una manifestación intelectual de que la humanidad no puede prescindir, al menos en su justo límite, ni han podido borrarse de la historia benéfica de la humanidad, ni dejarse a un lado como inútiles cuando se trata del progreso del hombre, ser complejo y más que otro alguno menesteroso de la armonía en sus facultades. Ahora bien, aunque esta necesaria armonía, que es el bello ideal de la civilización hacia el cual caminamos, no pueda realizarse por la sola influencia de las bellas artes, revelaciones meramente sensibles de la idea, no es menos cierto que aquellas deben concurrir siquiera como auxiliares a la grande obra de hallar y conquistar el punto prometido. Pero el imperio del arte ha terminado, porque el trono no era su lugar; si bien el sentimiento del mismo, que, es el de la belleza, alcanza o recobra su puesto de ciudadano en esa famosa ciuitas de la humanidad que se llama civilización. He aquí por qué el artista hechizado por su arte y que en su fanatismo lo creyó lo único o lo primero, gime; pero he aquí también por qué el hombre pensador, sin ahogar en sí el innato sentimiento artístico, lo subordina al igual de las demás facultades de la inteligencia, mundo en que sólo gobierna como centro de relaciones la ley suprema de la lógica.

Hago esta manifestación, amigo mío, para que veas en ella una ratificación de mi juicio ocasionado antes por una vaga creencia, hoy fruto de mis convicciones. Acaso haya cooperado la elección de asuntos, por parte del artista; pero el culto extremado de las bellas artes, el dilettantismo sobre todo, ha contribuido en mi concepto a despertar ese sensualismo que alimenta aun hoy en su postración al pueblo de Italia. No, amigo mío, tú sin presunción de raza, sabes que se ha llamado y preténdese llamar espiritualismo a lo que

no ha sido más que una de sus manifestaciones. Por el culto de la forma hase descuidado el de la idea; la fantasía ha medrado a costa del entendimiento; la miel ha sido desdeñada por los apreciadores de la cera que la contenía: en una palabra, ha faltado a los del mediodía la balanza compensadora, ese buen sentido que debe ser apoyo del hombre, de los pueblos y de las razas si no quieren anular su impulso en la palanca que mueve a la humanidad.

Pero torno a mi relación tras estas reflexiones que me ha sugerido mi corta visita a Italia. Como te iba diciendo, en Genaro el siciliano y en mí había la analogía del gusto, el deseo de ver y la mutua complacencia que tanto contribuyen a hacer agradable y recreativo un viaje. Nos hallábamos una noche, la anterior a nuestra partida, en el teatro de la Fenice, elegante morada del placer, en que no sabíamos qué apreciar más, si el gusto en los adornos o lo brillante del espectáculo; espectáculo sibarita, compuesto de una ópera y de un baile fantástico interpolados; mosaico de decoraciones, trajes, sonidos y piruetas. La inteligencia y la verdadera sensibilidad del corazón habían dejado todo su imperio a la susceptibilidad del sistema nervioso, si bien agitábase éste de una manera suave y bastante placentera. Llenaban el teatro extranjeros como Genaro y yo; ociosos ricos, ganosos de matar como inútil el tiempo en que está cerrada la bolsa; coquetas frívolas, anhelosas de ser miradas; galanes (público de anteojos), deseosos de lucir el guante y el peinado, o acaso de encontrar con las suyas las miradas (entre bostezos) de alguna dama fastidiada de un espectáculo a que suelo concurrir por lujo, por costumbre o por la moda; sin que pudiesen contarse como minoría importantes algunos artistas verdaderos iniciados en sus respectivos misterios, y un puñado de seres lastimosamente bien organizados, que buscan con empeño y encuentran rara vez en un espectáculo puramente de expresión o de forma, algo que hable verdaderamente a su corazón con aprovechamiento de la inteligencia. Nosotros participábamos un poco de cada una de estas fisiologías, y por consiguiente sin sistema exagerado, sin llamar juicios a nuestras impresiones del momento, aunque abandonados a ellas de buena fe, gozábamos lo bastante del espectáculo sin dejar de observar a los espectadores.

Hallábase en la concurrencia una dama que fijaba mi atención, y que a juzgar por las apariencias lo había comprendido. Era hermosa, y voy en lo posible a describirla.

Facciones bellas y más que regulares, de agradable tez de nube de bonanza, ojos indefinibles, es decir, un tanto azulosos, un tanto parecidos al color que toma el mar en algunos parajes en que la profundidad no es muy notable, pero que tenían una expresión, un no sé qué hermoso y seductor, parecido a la invitación de la dudosa felicidad; una boca correcta y expresiva, en que parecía vagar una palabra voluptuosa; cabellera negra y suavemente brillante: el artista de su tocado sintió sin duda bajo sus dedos, al aderezar sus cabellos aquella noche, la blanda, flexible y resbaladiza finura del terciopelo, y al colocar sobre ellos la trenza perfumada, debió imaginarse que la cabeza de Venus recibía de sus manos la graciosa diadema de la hermosura. Su talle parecía flexible; su vestir era elegante; su mano que dejaba caer fuera del palco sosteniendo los anteojos, tenía cinceladuras deliciosas, que la olorosa, pajiza cabritilla no podía disimular. Lástima era acaso que bajo aquel guante y aquellas venas corriese una sangre demasiado ardiente para ambicionar; demasiado tibia para el desinteresado afecto. Toda ella tenía la apariencia de las diosas que ostenta Venecia en la techumbre o cielo-raso de algunos de sus salones, y que parece que el pintor, no atreviéndose a despojarlas de su morada de nubes, las pintó suspendidas en

aquellos sitios para que la tierra no las profanase con su contacto. Había, con todo, en aquel semblante cierta mezcla de desdeñoso y apasionado, de yerto en medio de la fiebre, de lacrimoso en el contento, de soberbio en la modestia, de hastío en la indiferencia y en el conjunto, que pudiera decirse que el mundo era para ella una morada de inconformidad y de proscripción. Ángel sin duda hubiérase debido llamarla, si no pareciese haber quemado sus alas en el fuego de un infierno; ángel de la soberbia condenado a vivir lejos de la paz y la dulzura de los cielos; empero como todo ángel, aunque participase de las vanidades de la tierra, debía esparcir en torno suyo cierto encanto, cierto halo de paraíso que deslumbrase como relámpago de ventura a todos los que la rodeaban.

-Creo, amigo mío, me dijo Genaro refiriéndose a ella, que merece vuestra contemplación, pero no vuestro amor.

-Es muy bella, ciertamente, respondile yo; pero la rosa oculta espinas que hacen daño. Tenéis razón, y sólo la veo y admiro como a uno de los muchos cuadros que hemos visto hoy, como a una beldad pintada por Correggio o por Ticiano.

-Sin embargo, replicó Genaro, ella no pensará lo mismo respecto de vos; tenéis el aire y fisonomía de extranjero, es decir, que debéis parecer la cosa curiosa y excéntrica. Está según dicen, por las cosas singulares, porque lo normal la mata; conoce que gustáis de ella, os envolverá en sus miradas y caeréis a sus pies.

-No se gana mi corazón, le contesté, con la belleza física solamente, amigo Genaro; los ojos no son el corazón.

-Pero éste ve por ellos, añadió, y vos dais a vuestros ojos un pasto seductor. No es ella quien nos sigue, supongo yo, y sin embargo, la encontramos en todas partes.

-Acaso vos... le dije sonriendo.

-Vos sois quien fijáis, se apresuró a replicarme, la dirección de nuestros paseos y espectáculos; vos trazáis el plan de cada día; yo, por comodidad o por complacencia, os sigo a donde quiera. A fe que no fui quien os condujo antes de anoche al teatro de Apolo, ni anoche al de Malibran, ni esta noche al de la Fenice, y sin embargo, en todos ellos la hemos visto.

Reíme entonces de buena fe.

-Es pura casualidad, amigo mío, le dije y continué mirando.

-¿La conocéis? me preguntó de repente.

-No, le respondí, jamás la he hablado ni...

-Tiene voz de Sirena; bien está que no la oigáis.

-Ya esperaba yo, exclamé con buen humor, que el Adriático tendría también sus Sirenas. A fe, a fe que son hermosas.

-¿Sabéis cómo se llama? me preguntó.

-¿Cómo? añadí yo en el mismo tono.

-La «Nueva Sirena.»

-¡La Nueva Sirena, amigo mío!

-Justamente, compañero, y canta y arruina y mata.

-¡Cáspita! prorrumpí, ¿y por qué la nueva?

-Porque hay tradición, me respondió mi compañero, de que allá en la antigua Venecia, en tiempos de la república, hubo una Sirena que también cantaba y arruinaba y mataba.

-Tradición, amigo mío, exclamé: lleno de gozo; hallé lo que buscaba. No sabéis cuánto hubiera dado por una tradición que como esa parece interesante: contádmela, contádmela.

-Os la contaré, pero el acto va a comenzar. Después, en seguida, os referiré lo que he sabido.

Hubiera prescindido de buena gana de la ópera y los espectadores y el teatro; pero no era justo privar a Genaro de su recreo, ya que tan complaciente era siempre conmigo, habiendo sobrado tiempo para satisfacer mi curiosidad. Hice sucumbir mis impaciencias y esperé.

-Bien, bien, le dijo. Presentadme la antica Sirena y os doy palabra de no volver a mirar la nuova.

Aquí comienza la historia, caro Jacobo. Basta ya de introducción, y adiós; que mi narración te plazca. Corrido está el telón; pronto pasa un acto.

- I -
Su poder es su belleza

La Venecia de que voy a hablarte, amigo Jacobo, es la esposa que saborea todavía algunos restos de su luna de miel; es la rival vencedora de Génova, que domina aún en los bordes del Adriático, y cuyas naves llevan su bandera nacional hasta el Oriente. Es la Venecia a quien no puede decirse todavía «Hermosa muerta, duerme y descansa en paz.»

Desde Lucio Paulo Anafesto, fundador del Dogado popular, hasta Pedro Gradenigo, fundador de la oligarquía, y desde este a Ludovico Manin, último sucesor de dichos

príncipes, existen dos periodos notables en la historia de aquel pueblo. Elige pues a cualquiera de los Dux que forman la extensa línea del último periodo, y estás situado, poco más o menos, en la precisa época de la narración con que pienso entretenerte.

Si das alguna vez con cualquiera plano topográfico de las islas que en los bordes occidentales del Adriático han formado los limos del Po, del Brenta, y del Adigio, saltará a tu vista en medio de los pantanos y canales que separados de aquel mar por varias barreras de aluvión constituyen la laguna Véneta, la ciudad singular por su posición y por su historia. Asentada sobre varias islas unidas por infinidad de puentecillos, forma tres grupos principales. El más considerable de estos está separado del segundo por el famoso Gran Canal, sobre el cual se eleva el notable puente de Rialto que los abraza a entrambos. Está luego el canal de la Giudecca, que separa el grupo de este nombre de los dos mencionados, y por último la isla de San Jorge la mayor, que permanece sin comunicación junto a la Giudecca.

Comienzo pues:

Paso a Paolo, camaradas paso al gondolero-rey, exclamaban en una tarde serena del estío varios gondoleros que cruzaban el «Gran Canal» en diversos giros.

En efecto, aquel lo atravesaba tomando hacia la «Riva degli Schiavoni», de vuelta del puerto del Lido, en donde acostumbraba a pasearse por las tardes siempre que sus tareas lo permitían.

El Lido de Palestrina es una lengua de tierra que cerrando parte de la laguna proporciona a esta el famoso puerto o entrada de su nombre. En el Lido había y aún hay viñedos y huertas y jardinillos; habitándolo pescadores y hortelanos.

Allí junto a aquellas playas, entregaba el mancebo que acabo de mencionar, su esquife a merced de las olas apacibles, y su mente a la dulce vaguedad que tanto place a los seres de natural apasionado. Gustaba Paolo de admirar el franco horizonte de la tarde a puestas del sol, cosa tan admirable y poética sobre todo en los pueblos del mediodía.

Era joven como de diez y nueve años, de regular estatura y robustos miembros, y en su semblante agraciado se mostraban con todo el brillo de la juventud, con toda la fuerza varonil y con toda la dulzura de la bondad de alma, los ojos negros propios de su raza. Era menos rudo en sus traheres que los demás hombres de su clase y aunque ignorante y sin otra educación que la que alcanzaba la generalidad del pueblo en sus tiempos y país, era de ingenio vivo y pensaba y sentía con más discreción y delicadeza de las que podían esperarse de gente de suyo tosca y de poco pulimento; pudiendo decirse con razón, al ver su mirada inteligente, su frente despejada, la gracia de sus facciones atezadas por el sol y sus maneras menos groseras, como he dicho, que lo imaginable entre sus camaradas, que el ejercicio de su alma luchaba con el ejercicio del cuerpo robustecido por la fatiga. Era famoso y querido entre la generalidad de sus compañeros, así por su vigor y agilidad en el remo, como por la natural viveza de su mente y los arrebatos generosos de su corazón. Cantaba con grata voz las barcarolas populares, o a veces, aunque llenas de incorrecciones, si bien no desprovistas de sentimiento, las componía. El rumor de las olas en las arenas,

suave y armonioso, podía compararse a unas y otras al oírselas cantar. Vivía de su trabajo, y con él sustentaba a su desvalida madre, siendo hasta entonces el amor de esta la única ambición y felicidad del mancebo. Había dormido hasta entonces su alma en tranquila adolescencia; pero estaba dispuesto que aquella tarde había de ser para él una de las épocas decisivas que hacen cambiar de dirección la ruta del porvenir.

Acababa apenas de atracar junto a la Piazzeta, lugar cercano a la plaza y basílica de San Marcos, en donde se alzan el palacio de los Dux y las columnas del León alado de aquel santo y del bienaventurado San Teodoro, patronos de la ciudad, cuando vio venir hacia él una joven harto bella y muy graciosa, que le dijo:

-Gondolero, llevadme al Lido.

No pudo responder Paolo al escuchar aquella voz agradable cuyo timbre había percibido al soñar con los ángeles en su dulce niñez, y cuya semejanza no había oído jamás. Ayudola a entrar en su góndola y se apartó del muelle sin poder darse cuenta de las nuevas y gratas emociones que sentía. Había visto y contemplado muchas mujeres bellas, ora fuesen damas o hijas del pueblo; pero ninguna habíale parecido tan hermosa ni tan llena de gracia y atractivo. A juzgar por lo que sentía en aquel instante, su madre comenzaba a tener rival en su corazón. Desgraciadamente bastaba un momento para que aquel cariño materno tan dulce y desinteresado, tan constante y acreedor al monopolio de la ternura, tuviese un cariño competidor.

El impulso afectuoso y repentino que hemos convenido en llamar «simpatía» ha dado harto lugar a discusiones acerca de su mérito y naturaleza. Júzganlo algunos una función del sentimiento de la belleza que tiene su principio al vislumbrar el reflejo de esta en otro ser; quién dice que nace de caracteres opuestos que se armonizan; quién de la afinidad de mutuos instintos o inclinaciones: yo en un tiempo creía que no era otra cosa que un juicio favorable y a priori fundado en antecedentes desconocidos para nuestra conciencia, pero no para nuestro corazón; hoy creo que existen dos clases de simpatía, una fundada en esta última proposición, otra ciega y caprichosa, fundada solamente en la alucinación de los sentidos.

Por lo que hace a la recién venida, fue para el mancebo esto último, es decir, una alucinación de los sentidos, que en ciertas almas toma desde el momento el carácter y colorido de una pasión.

Era aquella una joven del pueblo nacida para seducir con su belleza y para elevarse tal vez a otras regiones distintas de aquella en que la naturaleza, aunque al parecer no muy lógicamente, la había colocado. Asemejábase en extremo a la mujer de que he hablado en el prólogo de esta historia, sobre todo en aquellos ojos de indefinibles tintas y de singular y gratísima expresión.

En efecto, había imperio y dulzura a la vez en aquella mirada, siendo quizás el mayor atractivo de esta, la rápida transición de uno a otro de los extremos en aquel contraste. Su cutis era de nieve, su rostro sonrosado, en una palabra, era tan bella, tan espiritual y voluptuosa a un tiempo, que sus formas podían contemplarse como la más grata concepción

del espíritu entregado a los veleidosos giros de lo imaginario. Vestía poco más o menos el traje de las floristas venecianas en aquel tiempo, a saber: corpiño azul que al caer sobre sus caderas en forma de almilla daba airoso nacimiento a unas faldas de vistosos colores realzados por dobles o triples guarniciones no suficientes a encubrir la voluptuosa y mullida pierna, ni aquel pie, no tan pequeño como el de las hijas de los trópicos, pero sí gracioso y ligeramente formado, que procuraba ocultar bajo un leve borceguí, y que al asentarse suavemente blandíase bajo la dulce carga de su dueña como si temiese ser gravoso al pavimento, revelando a la simple vista lo firme y aéreo del pisar, lo esquivo y noble de la marcha. Un cuello de menudos encajes blanco se plegaba sobre una graciosa corbatilla roja con dorados broches, y unos puños también del propio encaje engalanaban aquellas manos que el sol había tostado un poco, pero que estaban prontas, según podía suponerse, a recobrar todo su alabastro.

Caían de sus sienes para ondular graciosamente sobre los hombros los rizos de ébano, en tanto que un gorrillo punzó galoneado de pajiza seda, con vuelo o funda terminando en tapa redonda, dejaba caer sobre su lado izquierdo una juguetona borla de la misma seda. Un canastillo lleno de flores y ramilletes, enganchado en el brazo izquierdo, completaba el atavío de la poética florista veneciana.

Dichoso el mancebo si aquella perspectiva momentánea hubiera sido para él lo que debió ser: un espectáculo indiferente; pero al conducir a la bella recordaba que había visto la luz, y la luz es tan hermosa, que con dificultad puede olvidarse. Antes era el ciego de nacimiento, ahora era el ciego que dejó de ver. Conoció que había espectáculos capaces de hacerle prescindir del de las olas serenas rielando un sol poniente y perdiéndose en las playas.

Pensó que el amor verdadero y espontáneo de un hijo a su madre no excluye el encanto de amar y ser amado por uno de aquellos ángeles, acaso del infierno, pero bellos como Luzbel y tormentosos como la caída de su cielo. Acababa de contraer cierta fiebre del espíritu, encantadora si se quiere, pero que como todas las enfermedades postra y atormenta. Un nuevo mundo de ilusiones y de temores, de sueños y de vigilias, acababa de abrirse para su alma; nueva creación poblada de flores hermosas, con arroyos de deleites, pero no ajena de ponzoñas y amarguras; nueva creación que cual otro Edén tenía también sus árboles vedados, sua anhelos angustiosos y su serpiente instigadora.

No se atrevía Paolo a dirijir la palabra a la joven, que al parecer estaba como absorta en sus pensamientos. Por último y haciendo un esfuerzo:

-Habréis vendido muchas flores, murmuró con sumo trabajo y temblando como la hoja en la rama.

-Sí, muchas, contestó casi con indiferencia la joven.

Cómica era en efecto esta timidez de Paolo ante una hermosa muchacha de su edad, sobre todo cuando estaba poco acostumbrado a mirar con tanta deferencia a una simple florista harta ya de oír bruscos requiebros y quién sabe cuántas cosas; pero el amor hace

milagros, y quien así lo comprenda no hallará inverosímil que Paolo no supiese qué decir a la hermosa zagaleja que conducía.

-Mucho me gustan las flores, añadió el gondolero, y sobre todo las rosas y los lirios. Mi madre cultiva muchas de ellas en nuestro huertecillo.

-¿Y las vende? interrogó la ramilletera, sin otro interés que el de una simple conversación.

Paolo se animaba.

-Algunas veces, contestó. Si queréis algunas, os llevaré a donde está mi madre.

-Gracias, será en otra ocasión: ¿queréis algunas de las mías? dijo la florista dándole un bonito ramillete.

Paolo no contestó, porque ni sabía qué, ni podía hacerlo. El corazón parecía venírsele a la garganta. Contentose con tomar el ramillete... iba a llevarlo a sus labios, pero la joven le veía; ruborizose como una niña y lo guardó en un bolsillo de su pechera.

A poco la luna, la poética luz de los amantes, era el faro de aquella escena, quedando muy luego como la única compañera de Paolo, cuando la doncella poniendo el pie en la playa del Lido, lo dejaba como el mísero abandonado en la roca de su naufragio.

Una moneda dirigida por la diestra de la joven a las manos de Paolo sorprendió a éste que vaciló al tomarla.

-Hermosa, con dinero... balbuceó. ¡Oh! si esta moneda, dijo con cierto enfático gracejo; si esta moneda fuese la sortija del Doge y vos fueseis la mar; al arrojarla en ella como lo hago, yo sería el Doge y vos mi esposa.

Halagada la bella, sonriole con encanto, y él con repentina osadía y llevando el ramo a los labios, exclamó cubriéndolo de besos:

-Estas son vuestras monedas; hermosa, ya estoy pagado.

Y partiose lentamente volviendo de vez en cuando el rostro hacia el sendero por donde la joven se había alejado.

Punzante dardo en el corazón llevaba el pobre mozo, sin embargo de que hasta entonces suavizaba su herida el bálsamo de la esperanza. ¡Oh sensación primera del primer amor! ¿Quién no habrá sido muy feliz al saborearte?

Sin embargo, estaba pensativo, porque su corazón extrañaba la nueva clase de emociones que le agitaban. Era propenso a la melancolía, y buscando la soledad, o mejor dicho un confidente para sus penas, dirigiose a su casa en donde ya su madre le aguardaba. La noche alzábase hermosa y apacible. Al contemplar la luna que dormitaba en su tálamo

azulado, sólo tuvo para ella lo que tantas veces ha inspirado este astro a los corazones tristes o apasionados: un suspiro.

- II -
Me queda un hijo a quien amo como el árbol a su fruto

Entró el mancebo en su casa, y su madre, joven y agraciada todavía a pesar de algunos padecimientos, salió a recibirle no sin alguna extrañeza a causa de lo inquieto y preocupado que aquel parecía.

Diré dos palabras acerca de Anzola, la madre del gondolero: La flor de la belleza habíala dado al nacer todo su perfume y lozanía. De padres pobres y plebeyos, aunque honrados, la orfandad la llevó a ser desde casi niña, camarera de una dama noble y principal. Amábale esta con notable afecto en justo pago de su virtud y de las atenciones con que aquella se ocupaba en su servicio; pero la señora era viuda, y su primogénito voluntarioso y engreído mancebo, aunque no destituido de nobles prendas, era el foco de sus afecciones. Tenía el noble mozo apostura y gallardía en la persona; su talento oscurecido a veces por la vanidad del nacimiento, brillaba generalmente a pesar de esta circunstancia, y sus pasiones juveniles y ardientes, hijas acaso de su temperamento alentadas por el poder de la cuna y jamás contrariadas por la voluntad paterna, se sublevaban a la menor oposición, bastando esta para que el instinto se convirtiese en pasión, y entonces nada podía servir de valla al corcel fogoso una vez embravecido por el ardor de la sangre. Anzola era bella como se ha dicho, y sin embargo de que aquel la había visto crecer a su lado sin que despertase en su ánimo pensamiento amoroso de ninguna especie; un día, fatal por cierto, llegó a advertir como por encanto y de repente la hermosura y gracia de la doncella. Disculpable fue en efecto y ojalá lo hubiera sido siempre como tal día, porque Anzola se hallaba en la edad de primores para la mujer, que se llama quince años; primavera de la vida femenil, en que como sucede a las plantas en aquella estación, se desarrolla espléndidamente en la mujer todo el verdor y el aroma de la existencia; rápida y dulce edad en que la copa de los pensamientos conserva su diáfana limpieza y en que la rosa de la inocencia se abre a los púdicos suspiros del amor y los encantos.

El arrogante mancebo conoció que Anzola era bella, poco después le pareció un portento, y por último sintió hacia ella inclinaciones más decisivas. La inocencia de la joven opuso obstáculos y la sed del vencimiento llegó en el joven hasta el frenesí. Acaso en posiciones iguales sus promesas y juramentos ardorosamente preferidos, no hubieran sido el humo vano que se disipa después de la victoria. La doncella sintió en su corazón el dulce fuego de la correspondencia, pero hay correspondencias que debieran convertirse a buen tiempo en antipáticos odios. No fue así, y aquella planta de amor que crecía con prontitud, dio al cabo el sazonado aunque infelice fruto; harto infeliz, destinado como estaba al abandono de la rama que debiera protegerlo.

La señora comprendió las circunstancias, despidió a la joven que pasó los umbrales de su desdicha llevando en brazos al pobre huérfano y en sus manos un pedazo de pan, último salario, último favor de sus señores.

Las lágrimas de Anzola corriendo por mucho tiempo de sus ojos, el respetable carácter que le dio la maternidad, las caricias prodigadas a aquel pedazo de su corazón y de sus entrañas y las fatigas inherentes a su estado miserable, fueron sin duda más que suficiente expiación de una culpa, censurable si se quiere, pero que nada probaba contra la rectitud y natural bondad de su corazón. En cuanto al seductor, la auxilió por algún tiempo con profusión y hasta con delicadeza; recordola, primero con amor y no sin lástima; después vino la indiferencia y luego otras pasiones, acaso no menos censurables, empujaron hacia el olvido la memoria de la primera insensata pasión: tal como el viento arrastra con frecuencia el horizonte las nubes de la borrasca para traer en breve celajes nuevos. Y ¿cómo recordar lo que quizás le mortificaba, cómo recordar una falta cuando no se tienen en los ojos lágrimas de amargura, ni llagas de arrepentimiento en las rodillas? Ni tenía que pedir pan para su hijo, ni nadie leía con desdén en su frente la sentencia de desventura que había arrojado sobre dos seres que allá en los altos círculos del poder y de la grandeza nadie conocía. No sabemos si alguna vez se presentó a su mente en medio de sus placeres y opulencias el fantasma de una madre llorosa y de un hijo quizás hambriento.

Pero vuelvo a mi historia. Anzola participó de la inquietud de su hijo al verlo entrar preocupado, como suelen hacerlo las madres, con extremado interés. La fisonomía de un hijo es para ellas un libro abierto cuyas páginas saben de memoria.

-Paolo, le dijo, aproximando un tosco taburete de madera y cuero; siéntate aquí a mis pies como sueles hacerlo y acostumbrabas cuando niño; reclina en mi regazo tu cabeza y cuéntame lo que te pasa. Sí, hijo mío, siempre eres niño para mí. Yo no podré darte apoyo con mis brazos, porque aunque joven todavía, algunos padecimientos hacen que aquellos se vayan debilitando a medida que los tuyos se van fortaleciendo; pero mi corazón será siempre un apoyo para ti; o si no, dime ¿quién te ayuda con sus consejos y te consuela en tus aflicciones? ¿quién, si no tu madre?

Paolo se sentó a sus pies y reclinó su cabeza en las faldas de Anzola.

-Sí, tú, madre mía, tú sola; respondió conmovido.

-Cuéntame, cuéntame, porque algo te ocupa que debo saber; expresó Anzola.

-Madre, dijo Paolo dándola el ramillete que traía en el bolsillo de su camiseta; tomad esas flores que me han regalado.

-¿Te las han regalado? ¿Y quién? interrogó Anzola.

El mancebo pretendía callar, sin embargo había encontrado tanta dulzura y tanta bondad en su madre, que no pudo ocultar el secreto de su nueva afición.

-Hámela dado una joven a quien llevé en mi góndola. La dije que gustaba de las flores, ella era florista, llevaba algunas en su canastillo y me dio ese ramo que guardé para vos, pues sé que os placen.

-¡Una florista! replicó Anzola: ¿adónde la llevaste?

-Al Lido, respondió Paolo. Una florista que se llama... no me ha dicho su nombre... pero...

Lo adivina mi corazón, iba a decir; pero era demasiado contar.

-Una joven de buena estatura, tornó a decir aquella, esbelta, muy blanca, hermoso cabello negro graciosa, ojos muy hermosos de un color así... que ni son azules ni negros, ni mucho menos pardos...

-Sí, sí, exclamó interrumpiéndola su hijo; unos ojos como no los he visto nunca.

-Entonces, articuló Anzola, será la que llaman «La Flor del Lido.»

-Sí, dijo Paolo, ella debe ser. ¿La conocéis, madre?

-Hela visto varias veces, respondió esta. Pero no me dices nada de tus penas.

-¡La Flor del Lido! murmuró Paolo.

-Cuéntame, prosiguió la madre.

-No me ha sucedido nada que pueda deciros, replicó aquel. Tan solo estaba así, un poco triste o caviloso pero ya pasó el mal humor. Vamos, vamos, madre, me contaréis alguna cosa, alguna de aquellas historias que soléis referirme varias noches; porque vos sabéis que eso me divierte mucho, y a mí me gusta oír para saber. Alguna de las consejas o historias que según me habéis dicho os narraba la señora en cuya casa vivisteis antes de yo nacer y en donde pasasteis vuestros primeros años; por cierto que nunca me habéis comunicado el nombre de la señora. Me habéis dicho que ella os amaba mucho, y es natural que me plazca recordarla.

-Qué, podré contarte, Paolo; expresó Anzola queriendo sin duda desviar al mozo del punto interrogado sin satisfacer su pregunta. Ya te he referido cuantas historias sabía.

-Vamos, cualquiera que os venga a la memoria; comenzad, dijo abrazándola: ya os escucho.

-Ya te he contado varias, prosiguió la madre. La traslación del cuerpo de San Marcos a Venecia desde allí, desde una ciudad de los infieles, el robo de los novios venecianos por los piratas Narentinos, el milagro de la Custodia, en la laguna por hundimiento del puente de Rialto durante la procesión de un día de Corpus; pero ¡ah! recuerdo ahora una que no te he contado.

-Bien, comienza; dijo Paolo cerrando los ojos como para entregar mejor su pensamiento no precisamente a la narración, sino a la bella Flor del Lido, cuyo aroma inundaba aún su alma.

-Según me refería mi señora cuando tú estabas aún distante de nacer, comenzó a decir Anzola ensortijando en sus dedos la rizada cabellera de su hijo; había en la república una ley por la cual todo patricio condenado a muerte podía dejar que cualquiera individuo del pueblo se pusiese voluntariamente en su lugar.

-¡Cómo, madre mía! interrumpió Paolo.

-Consistía en proclamar la sentencia del patricio en la plaza, de San Marcos, y después de pregonada era permitido a la familia del noble poner en un saco mil judías blancas y una sola negra, revolviéndolas bien y llamando a todos los que quisiesen concurrir a sortear el puesto del cadalso a que estaba el primero condenado. Acudían los que se hallaban prontos a correr esta suerte, y metían sus manos cuantas veces querían en el saco, sacando uno o muchos de aquellos granos que se mostraban a los concurrentes y espectadores. Por cada blanco que sacaban recibían de la familia del sentenciado mil cequíes, lo que podía servir a algunos afortunados para enriquecerse; pero el que sacaba el negro recibía la muerte en lugar de patricio, quien sólo sufría la pena del destierro. La última vez que se practicó esta costumbre había en Venecia un patricio... pero no me escuchas, hijo mío... ¿Tanto sueño tienes?

-¡Ah! dijo Paolo, abriendo los ojos; no, madre, os escuchaba. -Continuad, continuad, estoy despierto; -pero sus ojos desmentían sus palabras-... Decíais...

-Que la última vez que se practicó la dicha costumbre, continuó la narradora, había en Venecia un patricio perteneciente a una de las familias más ilustres; a quien por haberle juzgado como conspirador contra la república, condenaron a sufrir la muerte. La familia del noble era opulentísima, pudiendo decirse que contaba los cequíes de renta por instantes, y estaba como era muy natural tan empeñada en salvarle, que se hallaba dispuesta a hacer todos los esfuerzos y sacrificios posibles. El patricio había tenido cuando joven unos amores secretos con una noble señorita, a quien después había abandonado, no sin que este lance trajese a ambas familias por mucho tiempo rencores y enemistades: la pobre abandonada fue obligada por su familia a entrar en un convento en donde pudiese hacer olvidar o impedir el continuo recuerdo de este suceso. Según se dijo entonces por Venecia, el niño había sido arrebatado a la joven por los parientes de esta y sumido en paradero ignorado. Ya se ve, estos nobles se avergüenzan tanto de sus faltas, que para cubrir su rubor se olvidan de que tienen hijos (y al decir esto Anzola dejó ver en su acento cierta amargura irónica a que dieron más relieve la conmoción de su voz y una lágrima que se secó en sus ojos). Hay quien dice que una delación de la irritada familia de la dama era lo que llevaba al cadalso, más bien que su propio delito, al ya sentenciado patricio; otros dicen que tales voces fueron calumniosas: es lo cierto que aquel estaba condenado y que la familia por salvarlo acudió al recurso del saco de judías. La hora era llegada; la plaza estaba llena de un gentío inmenso; todo el mundo esperaba con ansiedad. De pronto, un mancebo como de diez y ochos a veinte años se presenta, se dirige al talego de las judías, saca una... blanca...

Un aplauso general saludó su suerte, pero impaciente el joven y como apesadumbrado por aquel éxito, tornó a meter la mano en el talego... segunda, tercera, cuarta, varias veces recibiendo mil aclamaciones por su buena suerte, que por otro lado vio era difícil de obtener en atención a ser una sola judía la que podía condenarle... El mancebo sin embargo tenía pintada en su rostro la ansiedad, la impaciencia, casi la agonía. Cualquiera hubiera sospechado que buscaba la muerte; que era grande su deseo de sustituir al noble sentenciado... Tornó a poner su mano en el talego; mas esta vez sacó varias... entre ellas... la negra...

-¡Ah! dijo Paolo eutreabriendo los ojos dificultosa y momentáneamente, como para corresponder al interés con que su madre refería esta parte del suceso.

-Lleváronle a los jueces... el joven estaba conforme y hasta gozoso en aceptar su suerte; todos los presenciales estaban dominados de la emoción más extraordinaria. ¿Quién podía comprender aquel tedio de la vida en medio de la juventud: aquella persistencia en buscar la mala suerte, y sobre todo la complacencia que parecía acompañarle, cual si hubiese sido un verdadero triunfo merecedor de alegría? En cuanto al tribunal, admitió la sustitución prescripta por la antigua aunque rara práctica (porque no hay práctica que los hombres no adopten por extravagante que sea), y el noble fue condenado sólo al destierro. En cuanto al mancebo... ¡Pero qué, Paolo, exclamó Anzola interrumpiéndose; no me escuchas!

En efecto, este tenía los ojos cerrados y según las apariencias acababa de dormirse.

-Parece que sueña agradablemente, prosiguió diciendo la madre del gondolero. Su rostro lo dice. ¡Oh! conozco tanto su fisonomía, que sería capaz de leer en ella lo que está soñando.

Y la buena madre, temiendo turbarle, callose, contuvo el aliento y hubiera acallado de buena gana hasta las palpitaciones de su corazón para no interrumpir el grato dormir de su hijo.

Como un cuarto de hora duró este silencio, al cabo del cual murmuró Paolo: «La Flor del Lido.»

-Sueña con la muchacha que ha conocido hoy, dijo para sí Anzola: y comprendiendo que su hijo era feliz con la ilusión de aquel momento, hubo de ser tan generosa que no lamentó siquiera la parte de cariño que aquel nuevo conocimiento podía robarle en lo futuro.

-«La Flor del Lido,» tornó a murmurar Paolo, y despertó.

Entonces díjole Anzola:

-Hijo, vete al lecho, porque, según parece, estas cansado, y mañana debes madrugar como todos los días.

-He soñado y he hablado, ¿no es verdad, madre? replicó el joven.

No lo sé; pero es lo cierto que después de demostrar tú tanto empeño porque te refiera historias acabas por dormirte al rumor de mis palabras; antes eras más atento conmigo.

-¡Es que son tan dulces vuestras palabras, madre mía, y por otra parte cayó sobre mis párpados un peso tan agradable, tan irresistible!... pero os he escuchado. Había en la plaza un gran gentío... vamos, proseguid. La historia, parece interesante.

-No, repuso la madre; a dormir y hasta mañana. Otro día terminaré mi cuento.

El niño acababa de hacerse hombre. Las narraciones de la madre, que en otro tiempo le deleitaban, hacíanle ya dormir. El mancebo no soñaba ya con los héroes de tales historias o consejas, soñaba con el amor.

Fuese a su lecho. Invocó entonces el sueño, y muy luego vino a su mente una idea: La flor del Lido ¿amaría a alguno?

No pudo dormir en toda la noche. Los albores del día vinieron a presenciar sus inquietudes; tenía ya un tesoro que amar, que guardar, y los avaros del amor, lo mismo que los del oro, no suelen dormir tranquilamente.

- III -
Te vi y he amado, te vi y he amado

Paolo amaba por la primera vez en la vida, cuando el corazón de la mujer no ha ofrecido sino ese lado celestial que suele inspirarnos la exaltación de la idolatría; cuando arrastrados por la estética del corazón, tomamos el azul del cielo y las nubecillas de nácar y la luz de las estrellas por la realidad de un Edén siempre apacible y venturoso, siendo así que el cielo azuloso y las nubes nacaradas y las estrellas brillantes, son ¡ay! tan solo una apariencia que las más leves tempestades desvanecen, al ver unos ojos dulces, una sonrisa cándida, y unas formas perfectas, suponennos en aquel cuerpo un alma dulce, cándida y perfecta: cuando al escuchar la palabra amor creemos en la eternidad de afectos no siempre verdaderos y que por no ser tales, un simple acontecimiento suele disipar; cuando, en una palabra, el ídolo no nos ha parecido aun de barro, y por consiguiente el incienso que tributamos en sus aras es el de la fe.

Levantose pues con el alba, aparejó su góndola y dirigiose al Lido; preguntó allí por la morada de la joven, encaminose a ella y aguardó, esperó... Estas dos palabras dicen más que un volumen, máxime cuando se aguarda y se espera con los ojos y con el alma.

Acababa de recibirse con regocijo en la ciudad la nueva de un gran combate naval contra los enemigos de la república, ganado por la flota que mandaba el almirante Honorino Morosini, la que debía entrar en aquel día con los honores del triunfo. En justa celebración de este acontecimiento y para dar la bienvenida a los laureados combatientes, habíase dispuesto por el Dux para aquella tarde una regata con premios a los gondoleros

triunfadores, como solían verificarse desde tiempo inmemorial para celebrar los sucesos de igual naturaleza. Eran tales fiestas y ejercicios una especie de liza en que estimuladas la agilidad y destreza marineras, se disponían aquellos hombres, ya entonces los primeros marineros del mundo, a manejar el remo con poder y prontitud. También habría pirámides, columnas gimnásticas y otros juegos en el Gran Canal, en cuyos ejercicios era también nuestro Paolo bastante ducho; pudiendo comprenderse que tanto en la mañana como en todo el día, no se hablase de otra cosa entre los gondoleros y gente de mar. Hallábase ya a la vista la escuadra y todos se disponían a recibirla. Multitud de gente había dejado el lecho desde muy temprano para vagar en corrillos por la Riva y los muelles.

-Paolo olvidaba las luchas de su profesión para pensar en su hermosa incógnita. Esperaba hacía media hora, cuando la graciosa presencia de su amada se ofreció a sus ojos.

-Flor del Lido, hermosa como él, buenos días, la dijo el gondolero saliéndola al encuentro.

-¡Cómo! repuso la doncella; vos tan descuidado cuando vuestros camaradas se aprestan a la regata, ¿acaso no esperáis o no deseáis conseguir el primer premio?

-Pienso alcanzarlo, se apresuró a contestar el gondolero como herido por súbita resolución; pienso alcanzarlo para ofrecéroslo.

-Ganadlo pues, le respondió la doncella.

-Bien, lo intentaré; añadió Paolo acompañando a la florista hacia la playa. En tanto ¿queréis que os lleve mi góndola? he venido a buscaros para conduciros a la ciudad.

-Vamos pues, contestó aquella con afectuosa gracia, y ya que no queréis ser pagado de otro modo, tomad, dijo, y diole otro ramillete como el del día anterior. Supongo que el de ayer...

-Lo regalé a mi madre.

-¿A vuestra madre? interrogó la joven; quisiera conocerla.

-Venid a mi casa y la veréis, exclamó con alegría el mancebo al percibir el afectuoso deseo de la florista, del cual se prometía venturas para su corazón. -Os conoce ya, según me ha dicho.

Embarcáronse, y entonces ella dijo a Paolo:

-Llevadme a vuestra casa.

Y con grandísimo gozo comenzó a remar el mancebo guiándola hacia un arrabal de la ribera opuesta, en donde se hallaba su humilde casa.

Llegado que hubieron, salió a recibirles Anzola con sumo contento por la visita. Hubo mutuos cumplimientos y agasajos, prometiendo la joven al terminarse la corta entrevista, venir a cenar con ellos aquella noche y a cantarles algunas de las gratas barcarolas populares a que sabía dar ella muy deliciosa expresión granjeando tanta fama a su voz y seductor acento.

Paolo partiose también en su compañía, prometiéndola ganar el premio de la regata, y a poco de haberla dejado junto al puente de Rialto, que era el punto que ella había designado aquel día para comenzar la venta de sus flores, marchó a incorporarse al grupo de camaradas de su barrio que discutían acaloradamente en la Riva sobre el hecho del combate y victoria que hacía arder en contento a la metrópoli, lanzando al mismo tiempo sus pronósticos acerca del resultado de la fiesta y regata que se disponían.

- IV -
Por ella agito el remo

Reunidos estaban en la plaza de San Marcos, la Riva degli Schiavoni y otros notables puntos de la ciudad, los gondoleros Castellani y los Nicolotti. Servían de calificación estas denominaciones a los dos partidos locales en que desde los tiempos de la fundación de Venecia, se dividían los habitantes de la misma. Habitaban los primeros toda la parte situada hacia la isla de Castello en el oriente de la ciudad, demarcación que se extiende desde el Rialto por San Marcos hasta los arsenales, comprendiendo en su recinto por supuesto el palacio del Dux y los de muchos patricios; al. paso que los Nicolotti ocupaban toda la parte del Rialto hacia la iglesia de San Nicolás (Nicolo), barrios democráticos, no porque en ellos dejasen de habitar muchos individuos del libro de oro, sino que se consideraban tales por los contrarios a causa de tener estos en su comarca al príncipe del Estado. A su vez llamaban los Nicolotti a los Castellani aristócratas, indemnizándose en los días de reuniones y fiestas con el diluvio de sátiras y epigramas en que no ha dejado de ser fecundo el pueblo veneciano.

La regata que se disponía y proyectaba tenía algo del in promptu; semejante premura no permitía que los lidiadores se sometiesen a la clase de vida circunspecta con que para estos casos solían prepararse por algunos días con el fin de acrecentar su vigor y agilidad, y esto daba mayor incertidumbre al éxito que anhelaban una y otra parte. Semejantes partidos, que nada tenían de políticos, absorbían todo el calor de aquellas naturalezas ardientes y apasionadas. Los triunfos y las derrotas sucesivas eran como habían sido hasta allí, otros tantos motivos de estímulo; cada partido tenía páginas que continuar o que enmendar, y por consiguiente era de suponerse la agitación que debía reinar en los canales y los barrios. Los patricios tomaban también parte en la lucha moralmente, inclinándose hacia sus respectivos clientes y protegidos. Ellos elegían los lidiadores, regalábanlos y estimulábanlos en los días de preparación para la regata, cuyos premios disputados con indecible ardor por los remeros, eran otros tantos incentivos a su vanidad de patronos.

Paolo era de los Nicolotti. La circunstancia de haberse criado entro los barqueros de la isla de Chioggia, punto a que fue a parar Anzola cuando la lanzaron de la casa del patricio a poco de haber nacido aquel, había influido de una manera notable en que el gondolero alcanzara la gran habilidad en el remo que, apesar de sus pocos años le distinguía entre los más afamados de la laguna. Los de Chioggia sobresalían en este ejercicio.

Envanecíase el partido Nicolotti con los triunfos que había adquirido en otras regatas, preciándose de remover en el horno de sus casas la polenta, especie de torta de maíz, principal alimento del pueblo, con las astas de tantas banderas ganadas en las anteriores justas. Llegado Paolo a la Riva, reveló a sus camaradas del tragheto su intención de tomar parte en la regata. Esto causó tal gozo y animación en sus parciales que poco faltó para que su engreimiento del seguro triunfo los llevase a las manos con los no menos orgullosos Castellani. Voces, altereados, invectivas, denuestos y amenazas surgieron de aquella muchedumbre, y fue necesario que el cañón de los fuertes resonase saludando a las galeras que se acercaban al puerto del Lido, para que ante el espectáculo triunfal de la patria, terminasen o se aplazasen las rencillas de los bandos. Todo cedía ante el general contento. Como hasta veinte galeras guarnecidas por hábiles remeros formaban la vanguardia de la flota. Su artillería contestaba briosa al fuego festivo de la metrópoli.

Se asegura que los venecianos fueron los primeros de Europa, que usaron en sus guerras marítimas esta clase de armas.

El pabellón de San Marcos tremolaba en las popas, testigo de los sangrientos esfuerzos de aquellos campeones de la mar.

No muy de lejos era seguida aquella vanguardia por el resto de la armada. La galera capitana alzaba el estandarte Morosini, aunque un poco menos elevado que el nacional, como reclamando también para aquella familia una parte, aunque no la primera, que pertenecía a la república, en la gloria de aquel día.

Las ventanas y balcones de la Riva, de la Giudecca y del «Canale Maggiore» llenos de vistosos damascos y otras telas del Oriente, fruto del comercio y de las victorias, servían de realce a tanto lujoso patricio y a tanta dama hermosa, como presenciaban el espectáculo. Las barquetas y góndolas vagaban en diversas direcciones; los navíos del comercio se ostentaban empavesados con las banderas del universo; los muelles y los puentes se agobiaban con el peso de un inmenso gentío que iba, que venía, que se apretaba y que exclamaba o lloraba de alegría. Salutaciones, vítores, pañuelos agitados, gritos, bravos, palmadas, gozos, detonaciones de artillería, repiques de San Marcos y otros cien campanarios; todo se confundía en ruido, en algazara, en tumulto de placer y de entusiasmo, a la brillante luz de un sol ardiente y que parecía tomar parte en el contento de la tierra que con tan hermosa serenidad estaba alumbrando. Parte de la escuadra surgió frente al palacio ducal, al paso que el resto seguía a situarse en el canal de la Giudecca. Al dar fondo no lejos de la piazzetta la galera almirante, la multitud alborozada saludó con estrepitosos bravos a Honorio Morosini, y con mil exclamaciones de bienvenida a los heroicos triunfadores. Honorio entonces saltó en su esquife, y a la voz magnética de «¡Viva San Marcos!» agitó el estandarte del león alado que acababa de tomar con su propia mano de la popa del esquife, saludando en seguida al Dux que presenciaba el espectáculo desde

sus balcones, y que al ver que el almirante se dirigía a palacio, se encaminaba a recibirle seguido de su corte, hacia la escalera de los «Gigantes.» Aparentaba Honorcio Morosini frisar con los ocho lustros. Gallarda y apuesta su persona, realzábase esta por su inteligente, varonil y simpática fisonomía. Vestía el traje de almirante de la república, o séase almilla, corbata y brial de brocado, permitiendo percibir los extremos del calzón que, de lo mismo, ajustábase a la rodilla. Partían de esta las calzas de elegante seda, que terminaban en la zapatilla de corte morisco y de negro terciopelo. Lujoso manto que ostentaba en sus forros las divisas de la familia, así como en el exterior los colores favoritos de la misma caía por sus espaldas talarmente, enrollándose parte con garboso donaire en el brazo izquierdo. Lucía en los puños el primoroso vuelo de encajes. La negra melena coronada por un airoso birrete de terciopelo y oro, flotaba rizada sobre sus hombros, así como decoraba su costado izquierdo reposando en vaina de oro y con la preciosa cruz del puño matizada de pedrería, la guerrera espada; bien que todo este arreo se convertía en cota, casco y completa armadura de combate cuando la hora de esta era llegada.

Al verle Paolo concibió la idea de pedirle su patrocinio para la regata de la tarde; pero en la imposibilidad de detenerle hubo de ponerse en espera para impetrar en momento oportuno el favor que pretendía.

Saltó aquel en tierra y seguido de un grupo de oficiales de su escuadra y de otros patricios que le habían recibido en el muelle, y que previas las salutaciones oportunas, se agregaban a su comitiva; se dirigió al palacio del Dux por en medio de la muchedumbre que le abría paso y le victoreaba con entusiasmo.

-¡Señor, bien por la república! exclamó Morosini al divisar desde el patio la escalera de los Gigantes, en cuyo alto le esperaba el Dux rodeado de algunos consejeros y varios senadores.

-¡Bien por Morosini y sus valientes compañeros! respondía paternalmente el anciano príncipe, cuyo corazón había participado desde su palacio de todas las emociones de aquella lucha tan interesante a su patria, a su solio y a su nombre.

-Venid, continuó, viendo que Honorio, haciendo el ligero ademán de doblar la rodilla, besaba el extremo de su manto ducal. Venid a la sala del Consejo, que ya espera impaciente la relación de la jornada; y contad, caro almirante, añadió abrazándole, que los nobles consejeros piensan desde luego lo mismo que yo: que si el primer lauro corresponde a las armas de la república, el inmediato pertenece a Morosini.

-Gracias, señor, dijo Honorio regocijado.

-Gracias a Dios y a San Marcos, dijo el Dux.

-¡Viva San Marcos! exclamó la multitud.

- V -
Llegué, vi, pero...

También la florista se hallaba en medio del concurso que presenciaba la llegada de las galeras y que recibía con entusiasmo al almirante Honorio. Sentía la mayor emoción al ver al ciudadano que ciñendo la espada del guerrero y la toga del patricio, traía en las sienes coronas para su patria; pero lo que verdaderamente hacía palpitar de envidia su corazón era la sensación del aplauso, eran las aclamaciones que sobre él caían a manera de lluvia deliciosa. Tal vez si aquella victoria hubiese pasado sin percibirse y aquellos lauros hubiesen sido celebrados por el pueblo con tibieza, su entusiasmo no hubiera despertado. Era la exterioridad, la vanidad de la gloria lo que tenía mérito a sus ojos; ninguno el bien ni la grandeza moral que aquellos aplausos y laureles pudiesen representar. Quería conocer al hombre que así sabía hacer resonar su nombre y a quien un pueblo entero salía al encuentro proclamándolo con la frente descubierta y el júbilo y pasmo en los semblantes, su bravo defensor. Viole, en efecto, y la sed de la ambición tomó en ella todo su diabólico carácter. Ser la esposa de aquel hombre, ser amada, acatada, por él; pero ella era una simple hija del pueblo, pobre y desvalida, y cuya hermosura sólo podía servir un instante de agradable pasatiempo a todo el que, como Honorio, era noble, rico, considerado por los demás hombres, y amado, adorado tal vez por las mujeres. Maldijo entonces en un momento de desesperado frenesí, su cuna, su pobreza y hasta aquella hermosura, que era impotente para satisfacer su vanidad y sus pasiones. Lágrimas de dolor y de ira contra sí misma y contra el sino funesto de su pobreza asomaron a sus ojos; lágrimas de misericordia que purgaban un tanto de lava ardiente aquel Vesubio due se inflamaba en su corazón. Ella pudo decir entonces en el fondo de su alma, aunque con distintas palabras y por distintos motivos respecto de Honorio Morosini, lo que Camila respecto de Roma y de su hermano Horacio.

«Venise que je hais parce qu'elle t'honore.»

En medio de estas oleadas de ira que alteraban la paz de su mente, tropezaron sus ojos con los de un patricio de rostro atezado y no exento de belleza, aunque su palidez tiraba a lo cárdeno, y de complexión débil y al parecer enfermiza, quien la contemplaba con interés y admiración.

Ya por ahogar de una vez su malestar formando de repente una resolución de olvido, ya porque llevase secretos fines muy de acuerdo con el carácter que acababa de revelarse en ella, la joven se fue hacia el patricio y ofreciole el más bonito de los ramos que llevaba en su canastillo. Quedose aquel mirándola como hechizado. Esta estupefacción hizo que atendiendo más al rostro y figura de la joven que a la mano que le daba el ramillete, lo dejase caer; y bajándose entonces aquella a recogerlo dio lugar al admirado patricio para salir de su embeleso cobrando de una vez su aspecto de libertino y emprendedor. Brillaron sus labios con una sonrisa de agasajo, y en una de sus manos una pieza de oro, al paso que con la otra y al tomar la flor, tomaba, apretaba y acariciaba la diestra, de la joven que sonrosada y bella como nunca, y no desdeñando al parecer aquel modo de expresarse, hizo fulgurar en los ojos de su admirador la llama del triunfo y de la esperanza.

-Hermosa, la dijo en el gracioso dialecto veneciano, ¿cuál de estas flores pudiera ser tan bella como tú?

-¿Cuál? La de mi corazón, respondió la joven con suma gracia.

(Ya se ha dicho que la muchacha era naturalmente discreta).

-Donosa manera de contestar, exclamó el patricio; pero tu corazón como flor tan bella, habrá sido sin duda codiciada por más de un jardinero.

-Es una pobrecilla flor, replicó ella, que sólo tiene aroma para mí que soy su única poseedora.

-Y si por acaso hubiese quien deseara... yo por ejemplo, dijo, el emprendedor, que su aroma llegase a su alma; tú entonces, graciosa muchacha, añadió bajando la voz y acariciando la mano de la joven y el ramillete a un mismo tiempo: tú entonces no te negarías a una complacencia tan dulce para mí; ¿no es verdad?

Ella callaba haciéndose la ruborizada, y, fingida o verdadera aquella candidez, la grana del pudor se derramaba en sus mejillas.

-¿Tu nombre? continuó el patricio.

-Sirena, respondió la doncella con una voz que hacía recordar la prodigiosa que atribuyó a estos imaginarios seres la fantasía de los poetas.

-¡Sirena! exclamó el interpelante con admiración; nombre singular en mujer, y significativo sobre todo en ti, porque pareces la más seductora de todas las sirenas. Pero vamos, dijo cambiando de tono, el día está hermoso; vaga un aura de felicidad que convida a gozarla. Quiero otras flores como estas, ¿en dónde las cultivas? Vamos a tu casa. ¿Eres sola? ¿tienes padres? Vamos, guíame, que nada prefiero a prolongar los momentos que pueda pasar en tu compañía.

-Apenas me conocéis, dijo Sirena bajando la vista con cierta coquetería en tanto que jugueteaba con los ramilletes del canastillo que colgaba de su siniestro brazo: ¿apenas me conocéis y ya os placen tanto mi trato y mi conversación?

Ignorarse podría si tan turbada candidez era o no puro fingimiento; pero los sucesos posteriores probarán sin duda que la doncella discurría en aquel momento con más serenidad de la que mostraba.

-¿Qué importa? añadió: guíame, guíame.

-¿Al Lido? expresó la joven con sorpresa.

-Sí, al Lido; presto, una góndola.

-Señor, a vuestras órdenes, dijo un gondolero presentando la suya.

El patricio aceptó la oferta, hizo entrar a la joven bajo el felze, y sentose a su lado. El remo del gondolero apoyado en la fórcola impulsó la embarcación que se alejó de los muelles.

Cosme Grandenigo era un opulento patricio conocido por su afición a los placeres. Sus negros y lánguidos ojos se animaban de vez en cuando por una chispa de sensualidad, dando cierta vida a sus facciones que, aunque atezadas eran regulares y hasta hermosas. La huella de los placeres y los vicios, arado estéril que deja indelebles surcos, se veía en su rostro y en su complexión ya extenuada y sólo sostenida por la fiebre del temperamento nervioso locamente desquiciado en él. El insomnio lo había dejado su marchitez y sus arrugas; Baco, la reacción de sus excitaciones; Venus, su languidez y trémulos traheres. Su rostro en que no brillaba el sol de la vida ya, ni tampoco aparecía del todo la noche del sepulcro, como si fuese el crepúsculo de una tarde sombría y triste, tenía por única luz dos ojos, verdaderas luces de orgía que alumbraban sólo despojos del placer. Tal era el hombre que acompañaba a la florista.

- VI -
Con ella el mar no temo, pues reina sobre mí

Como las cuatro de la tarde serían cuando se disponía a comenzar la regata de una manera espléndida. El sol se dirigía hacia el occidente saludado por la algazara de un pueblo siempre entusiasta y dispuesto a la alegría. La brisa del mar templaba los rayos moribundos de aquel astro, y al agitar sus alas, llevaba a gran distancia los murmullos del placer. Debía verificarse la mencionada regata, como era de uso, en el Gran Canal, tomando los lidiadores por punto de partida la «piazzeta,» siguiendo todo lo largo hasta el Canareggio, y allí girando al rededor de un gran poste situado ad hoc volver por el mismo Canale Maggiore hasta el palacio Fóscari, en donde se distribuían los premios. Ya se ha dicho que Paolo estaba dispuesto a tomar parte en la fiesta. Llegada la hora ataviose con su mejor bombacho aceituní, con sus calzas y camisa blancas ceñida esta a la cintura por una elegante faja azul (divisa Nicolotti), cuyas graciosas caídas sobre su cadera y muslo izquierdo, aumentaban la sencilla elegancia del traje. Quedaba este redondeado, si así puede decirse, con una corbata de grandes lazos del mismo color azul, y con el gorro veneciano, es decir, casi griego, de color rojo, a que prestaba realce el borlón también azul que caía sobre la izquierda. El color rojo de la corbata, faja y borla, eran los distintivos del opuesto bando Castellani.

Recibió Paolo los abrazos y bendiciones de Anzola, y saltando en su ligera góndola y empuñando el poderoso remo hendió las aguas en dirección al palacio Morosini, en donde el almirante Honorio que había consentido desde por la mañana en ser su patrono durante aquella justa, saliendo a recibirle a la escalinata en compañía de sus amigos y familiares, le colgó al cuello las más primorosas reliquias de San Nicolás y de San Marcos. Después torné a atravesar el gondolero por en medio de todas aquellas embarcaciones y fuese a tomar su puesto junto a la cuerda que retenía, hasta la señal de partida, a los demás remeros lidiadores.

Hermoso y brillante era el aspecto que presentaba el Canal Maggiore en aquella tarde. Lo benigno de hora y la mayor frescura del ambiente contribuían a que pudiera disfrutarse más agradablemente del espectáculo que se preparaba. Prometía este ser más vistoso y variado que el que había tenido lugar por la mañana cuando la entrada de las galeras. No era sólo el regocijo patrio lo que reinaba en los semblantes, pintábase en ellos también el amor de la fiesta. Toda la ciudad iba a verse allí reunida; damas y galanes, patricios y pueblo, ricos y pobres, viejos y niños. Era toda Venecia que se mostraba: aquello iba a ser la ciudad enloquecida, olvidando en un día de triunfo y de fiesta lo grave y silencioso de los días ordinarios; era el bullicioso carácter de las razas del mediodía, entregado a sus propios instintos e inclinaciones; era, en una palabra, el olvido de la recelosa política de sus gobernantes, que no dejaría por cierto de encontrarse allí tomando parte en las expansiones populares, fingiendo haberse convertido (para los incautos) en deidad casquivana y juguetona.

Las damasquinas colgaduras de la mañana continuaban adornando los balcones; pero podía decirse que lucían más sus vivos y variados colores a causa de la hora: las bellas sonreían a los galanes que pasaban bajo sus balcones en sus elegantes, vistosas y descubiertas góndolas adornadas con primor y suma riqueza, o en sus más caprichosas todavía, saludándolas y festejándolas. Lloraban de gozo los ancianos, ora por ser una victoria de su querida patria lo que se celebraba aquel día, ora porque la fiesta, hija de la tradición remota, les recordaba su pasada juventud; los niños gritaban de contento. Los marineros subidos en los mástiles y antenas de los buques allí surtos, se confundían con las mil banderolas de todos los países con que aquellos estaban empavesados.

Creo que el lector no habrá pasado por su vista novela, relación de viaje, cuento ni romance sobre Venecia en que no haya tenido que habérselas con la plaza de San Marcos, lugar famoso, imprescindible en toda narración de aquella ciudad, apegado a ella como la rama al tronco, como la cabeza al cuerpo. Hablar de Venecia sin nombrar aquel hermoso cuadrilongo, bello por los edificios que lo forman, notable por su concurrencia de gentes, importante por su posición céntrica oficial, y que no lo es menos por lo que ha figurado en la historia de dicho pueblo; sería no hablar del rostro al intentar describir el corazón de una persona, sería no hablar de los ojos al pintar la belleza de una mujer. En efecto; ¿qué acontecimiento habrá ocurrido durante la vida de la república de que no haya sido testigo aquella plaza que hoy, salvo excepciones, parece haber trocado,

«Voces alegres en silencio mudo?»

Álzanse en ella aun hoy a guisa de elevados mástiles sobre curiosos basamentos de bronce los tres pilares o columnas de conquista, cuyos topes tremolaban antes los días festivos los estandartes de la república, aludiendo a su poder en Chipre, en Candía y en la Morea. -Decórala igualmente con sus primores, presídela solemne la hermosa basílica de su santo no menos famoso, desde lo alto del antiguo campanario, torreón aislado, percíbense las lagunas con los grandes grupos de edificios que constituyen la ciudad, flotante al parecer sobre los pantanos y cuyas torres erguidas y elegantes cúpulas son el más arrogante monumento que pudo levantar a la industria humana un puñado de pescadores y fugitivos. Desde lo alto de este campanario divísanse los Alpes, cuyas cimas gigantescas son burla a

la distancia y pueden percibirse también los cinco puertos de la laguna, las pintorescas islas o terruños que los forman y tras ellos el Adriático.

Pero aún existe en la metrópoli véneta otro lugar más hermoso, más decorado si cabo, más característico: la Piazzetta.

Ligada esta a la gran plaza de San Marcos, parece cuasi una continuación de la misma, participa de su animado movimiento, y en ciertos días y en ciertas fiestas usurpa a aquella su bullicio y su concurso.

En efecto, la Piazzetta es a mi ver el más elocuente paraje de la metrópoli; plaza y muelle a un tiempo, fórmanla: el Canale Maggiore, que es la gran arteria acuática, el bulevar, el broadway de esta ciudad de las aguas; el palacio del Dux con su mixta arquitectura cuasi árabe que la flanquea por la derecha, contemplada dicha Piazzetta desde el citado Canal, y el hermoso edificio antes biblioteca de la república, en nuestros tiempos palacio real, que la flanquea por la izquierda. Lo pasado cara a cara con lo presente; el dogado antiguo frente a la monarquía moderna; el panteón de una soberanía en espectro, frente al alcázar de una soberanía imperante; el cadáver del león frente al águila negra que lo espía, que vela su sueño de tumba, y que con la garra dispuesta observa cuidadosa aquel letargo, pronta a cebarse en el primer movimiento, en el primer soplo que anunciase una resurrección.

La Piazzetta es pues la síntesis municipal, artística y política de Venecia; todo su pasado, todo su presente se muestran allí con lujo de arte y grandeza de recuerdos, escritos, esculpidos, petrificados en aquellos edificios, en aquel paraje. Conságranla además, la columna de San Teodoro, patrono originario de las antiguas tribus pescadoras, y la del león alado que les dio después la historia; ambos son como a manera de guardianes de aquel pueblo, el uno representante de la ciudad municipal, el otro de la ciudad conquistadora. Toda la vida de la antigua Venecia pasaba en aquel lugar, teatro, escena de invariable unidad en que la risa de Talía dejaba el puesto al puñal y coturno de Melpómene y viceversa.

En aquel sitio la fiesta sucedía al verdugo y el verdugo a la fiesta. Ora ocultaba la mascarilla el amartelado rostro de dos amantes; ora el de dos misteriosos consejeros que mentían o que tramaban; a la intriga de amor seguía la intriga de odio o quizás, nada uniforme en la acción aquel misterioso y continuo drama, distraía la atención de los espectadores con la representación simultánea de variados y sueltos episodios, ¡ah! pero el único espectador posible en este drama de los corazones y rostros encubiertos, era el que todo lo ve y todo debe juzgarlo: el cielo.

En la basílica estaba el cuerpo de San Marcos, arca santa de aquel Israel; más acá el palacio, es decir el Dux, los Diez, los Tres, el Senado, el gran consejo; allá los procuradores de San Marcos en vecino edificio; es decir, junto al patrono; legisladores, jueces, gobierno. En aquel palacio se hacían las leyes y se aplicaban. Entre las dos columnas rojas de sus arcadas exteriores hacíanse los pregones, leíanse las sentencias, que los Tres, los Diez, o el Senado no intentaban ejecutar de oculto; y luego en la misma piazzetta, entre las columnas de los dos patronos, ponía en juego el verdugo sus sangriento oficio. Por último, para que

todo estuviese pronto en los negocios del estado, un poco más allá, a espaldas del palacio, hallábanse las prisiones de la república encadenadas a la mansión del Dux y salas judiciales por un puente secreto y misterioso que el vulgo llamó después y todo el mundo conoce hoy con el triste nombre de los suspiros. El juez uncido al reo; el verdugo a la víctima.

Supóngase también cuál sería el movimiento y concurso de estos parajes, en los días de recepción de embajadores, de consejo, de audiencia, de acción de gracias; supóngase cuál lo sería aquella tarde en que el Gran Canal, su vecino inmediato, hacía un papel tan importante. Realzadas estaban por consiguiente con preciosas colgaduras y adornos las elegantes ojivas, y suntuosos capiteles de la mansión del Dux, recordando en su breve módulo, en sus moriscos arquitrabes y en el colorido de sus jaspeados, la Alhambra granadina; así como también realzaban aquellos adornos las bellas proporciones del edificio Biblioteca, cuyos estantes como tal, se enriquecieron con las donaciones de Petrarca, y que por su hermoso exterior hizo decir a Pedro Aretino:

«qu'il était au dessus de l'envie.»

Seguía desde la Biblioteca dando vista a los canales con su fachada mixta de rústico, dórico y jónico, la magnífica casa de moneda, cuya antigüedad fijan en la época de Juan Dándolo (1284) los primeros ducados de oro o cequíes venecianos que se conocen.

En los muelles, el embarque y desembarque, el tropel vistoso y variado de los curiosos prometían nuevo realce al espectáculo. Al ver la multitud de embarcaciones que se cruzaban y había en el tragheto, hubiera podido decirse con el insigne lírico: «Debajo de las velas desparece la mar»; pero al ver en la piazzeta, la riva y los muelles el gentío inmenso, el hormigueo humano, aquel enjambre apretado y tumultuoso, aquel sembrado de cabezas en que había muchos que permanecían suspensos y en actitud de volar, o suspirando por hallar la tierra con las puntas de los pies, temerosos de convertirse en otros tantos Quevedos suspendidos; podría decirse perifraseando el dicho del poeta: «Debajo de las testas desparece la tierra.» Y ¡qué testas y qué semblantes! En uno se pintaba la ansiedad de ver, en otro se mostraban los síntomas del asfixiado. Y ¡qué actitudes! Este regañaba, aquel juraba. El uno se dejaba empinar, el otro se dejaba impulsar. Allí una pobre mujer con rostro avinagrado daba de manotadas y arañazos a un majadero que la había atropellado o que la había hecho blanco de algún requiebro demasiado expresivo: aquí se tornaba, otro amenazante contra el que acababa de mostrarle las estrellas con un formidable pisotón, más acá un forzudo tunante se complacía en mecerse para ver ondular aquel océano de la multitud; más allá otro de la misma calaña, al percibir no lejos de sí a alguna mozuela de buen aspecto, metía los codos haciendo esquina contra el pecho de los prójimos o contra alguna gordota y elástica panza que se le oponía, para acercarse a aquella y poder realizar entonces los dulces empellones por activa y por pasiva de que habla el chistoso Bretón.

Acullá una vieja rabiaba y apostrofaba a la multitud masculina, del día, que era menos considerada que la de su tiempo, sin duda porque entonces nadie (si era ella de buen palmito) hubiese pensado en empujarla tan bruscamente. En fin, todos se ahogaban, sudaban como en julio, y sin embargo ninguno, ni aun la vieja maldiciente, abandonaba el campo.

La curiosidad triunfa siempre de los apretones. Era cosa magnífica por cierto estar allí prensado, pisado, estrujado, semiahogado; y sin embargo todos creían estarse divirtiendo aunque maldijesen y aunque rabiasen. ¡Si siquiera hubiera uno podido disponer de algún balcón en donde ver con alguna comodidad y desahogo! pero esto era para los patricios; el pópolo como en todas partes, si quería ver u oír era menester que se dejase estrujar como la uva, o entrase en prensa como un periódico. Añádase por vía de amenidad a estas escenas las voces de apuesta de los Nicolotti y de los Castellani; los dichos y baladronadas de los grupos, las exclamaciones de la multitud, las voces dadas por los barqueros para evitar los choques de tantas embarcaciones que, ora más lentas, ora más ligeras, se deslizaban por todas partes. Contendientes y espectadores vagaban, aguardaban, clamoreaban. Susurros de fiestas más armoniosos que el de los vientos en la enramada, de las selvas; gratos para aquella multitud de extranjeros de Oriente y Occidente, que con trajes del patrio uso y distinguidos entre las turbas, admiraban con semblante de gozo y extrañeza tanta brillantez, animación y alegría. Presentábanse a la vista, ya una góndola de todo lujo conduciendo ricos hombres vestidos de seda y de brocados, ya otra, portadora de curiosos de todo linaje, ora un ballotine impulsado por sus cuatro remos; hora los malgherottes ufanos con sus seis y ocho remeros, cuyo grandor no excluía la ligereza: aquellos últimos, largos, agudos y más ágiles que una serpiente que se escapa sobre las yerbas. Veíanse también kaikes turcos con gentes ataviadas a esta usanza; aunque esta era más bien una mascarada para remedar por mofa a los enemigos de la república y de la fe cristiana; figuraban asimismo algunas navecillas griegas, y por donde quiera mostrábanse los bissones, desde cuyas proras algunos elegantes mancebos del patriciado, ordenaban las filas náuticas, lanzando a los que las alteraban doradas flechas. Máscaras, tropel, murmullos; todo venía a formar un conjunto coronado por la armonía, puesto que todos estaban acordes en un fin, el de la fiesta.

Entre las damas que presenciaban el espectáculo había una que por la parte que va a tomar en esta historia merece la atención. Amigo Jacobo, un poquillo de paciencia: sé que siempre has amado a las bellas. Estaba la que acabo de citar, en el palacio Fóscari, propiedad de su familia, lugar destinado para término de la lucha y situación del jurado competente; preferencia que se había dado a aquel palacio en tal ocasión, no tanto por ser un buen punto para el objeto, cuanto porque llamado el almirante Honorio a la designación, eligió este lugar impulsado por las personales simpatías que más tarde se darán a conocer en estas páginas. Tenía la dama quince años de edad. Sus ojos azules parecían dos auroras; la nariz era en ella una perfección. Su color era blanco como el de la seda levantina; sus dientes eran otras tantas gracias para aquella sonrisa que en lo puro y delicioso parecía cosa del cielo. Su busto y su talle correspondían a su belleza, pudiendo decirse que eran como los de Sirena la florista, y tal es su mayor elogio: sus manos provocaban al agasajo pudoroso. Su traje, seda y oro y elegancia, no había menester aquestas galas para hermosear un cuerpo ya de suyo hermoso y casto como la estatua de Diana. Al ver aquel tipo do ojos azules y cabellos blondos, rara belleza en el mediodía de Europa, podría decirse ¡oh Jacobo! lo que recordarás que en otro tiempo escribía yo respecto de cierta dama:

«Del cielo cual pedazos
tus ojos azulados y serenos
de amores son regazos,
pues de amor y de halagos están llenos.
Blanca es tu tez como vellón nevado

del algodón preciado;
y en las rubias madejas tu cabello
presta encanto la tu espalda y a tu cuello:
risueña toca de oro
de tu gracia y beldad rico tesoro.
Porque eres, oh mi hermosa,
estrella peregrina
de las regiones en que habita el hielo,
que huyendo de la pálida neblina,
has venido al azul tórrido cielo.»

Llamábase Perla la joven veneciana de que venía tratando; y era en efecto la perla más preciosa de las que visten concha en las entrañas de los mares. Sus ojos se llenaron de alegría sonriendo a un caballero, que dejando su barqueta primorosa, acercábase a ella en los balcones del palacio Fóscari.

-Adiós, Honorio, murmuró con gozo mal disimulado.

-Perla de las perlas, exclamó este besando con galantería la mano de la joven.

Los concurrentes, entre ellos el abuelo de Perla, anciano respetable, y que le servía de padre, cruzaron parabienes con Honorio, en cuyo semblante se mostraba aquel regocijo puro de la gloria satisfecha que dando luces de grato prisma a las pupilas, hace que todo sea hermoso en torno de un corazón que abunda en el contento y que idolatra la risueña vida.

Cuán feliz era entonces Honorio. Amado y aclamado por miles de corazones, teniendo a la envidia, sofocada al pie, a lo menos en aquel día de ambiente puro, de aclamaciones y de gloria; en aquel día en que para colmo de venturas veíase amado con el primero, delicado y purísimo amor de una hermosa, como Perla. La tierra se confundiría algunas veces con el cielo si esa palpitación, si esos destellos de bienandanza celestial que bajan al corazón del hombre para convertir su sangre en ríos de ventura, fuesen ¡ay! un poco más duraderos.

Honorio, a pesar de algunas faltas, originadas más por su educación que por el fondo de su carácter, tenía mucho de noble y generoso y era merecedor de aquella felicidad. Bien la mostraban sus ojos, su semblante y sus palabras. Reflejo precioso de aquella dicha era el rostro de Perla, cuyo seno palpitaba con aquella ventura, con aquella gloria y con aquel amor. Amor primero de la vida, maravilla desconocida, primera flor de una planta lozana y juvenil.

-Estáis más hermosa que la fiesta, amada mía, y estas horas tan felices para mí, este día en que calla la tristeza y reina el gozo se parecen en su diáfano ambiente, en su sol suave y en algo que embriaga y deleita el corazón, a aquel otro día en que me jurasteis amor eterno.

-Único día a que puede compararse, exclamó con rubor y convicción la doncella.

-Profanación sería la duda, repitió Honorio, acerca de nuestro mutuo afecto y correspondencia, y por mi parte juro que si muchas veces en la vida he pronunciado la

palabra «te amo,» jamás la he dicho con tanta sinceridad, ni con tanto merecimiento de la persona amada: pero he menester oír continuamente lo que causa mi mayor delicia. ¿Me amas, Perla? ¿Me amarás siempre?

Iba a responder la joven con la palabra lo que ya anticipaba su semblante; el labio iba a moverse, cuando el estampido de una pieza de artillería dio la señal de comienzo a la regata, y rota la cuerda que servía de valla a los gondoleros, aquellas navecillas rivales de los peces se deslizaron sobre las aguas.

-¡Bravi Castellani! ¡Bravi Nicolotti! gritaban los espectadores a medida que cada remero de uno de ambos partidos se adelantaba respectivamente a sus contrarios.

Muy pronto la línea recta convirtiose en ángulos que fueron haciéndose inmediatamente más agudos hasta formar la completa dispersión de los grupos y los puntos; ni más ni menos que una bandada de palomas que puso en fuga el tiro del cazador.

-¡Bravo, Tomasso! gritaban los Castellani al pasar este robusto y ágil remador por junto a ellos; era el más famoso campeón de su partido.

-¡Bravo Paolo! respondieron a su vez los Nicolotti al ver que este con dos golpes de remo había dejado atrás a sus contrarios.

Eran estas embarcaciones tan sumamente delgadas y ligeras que el pie del gondolero, puesto fuera del sitio oportuno era bastante a defondarlas. Paolo no llevaba a la retrata su góndola de diario; esta permanecía amarrada a su poste correspondiente. La que usaba aquella tarde era de lo más ligero y elegante, como regalo expreso de su patrono el almirante Honorio. Al concederle este por la mañana la merced de adoptarlo por cliente, habíale hecho aquella donación que de seguro contribuiría a darle alguna ventaja.

Algunas de las góndolas lidiadoras quedaban ya rezagadas; otras sin embargo corrían, volaban.

Paolo pensaba en Sirena, a quien en vano había buscado por todas partes. Esto contribuía a que perdiese de vez en cuando un espacio que después podía recobrar de sus duchos adversarios, gracias a su agilidad y conocida maña. Pasó y repasó el poste de término. Los aplausos y músicas ensordecían.

La victoria estaba harto indecisa aún. Iba poco a poco aumentándose el número de los rezagados. Los más diestros o potentes continuaban sin dar en lo general muestras de querer ceder el campo.

Tomasso tornaba a Paolo un palmo de delantera; esto era ya bastante y Paolo, aunque con sumo trabajo, le igualaba y aun tornaba a aventajarle.

Nueva porción de contendientes perdía la esperanza abandonando la liza.

Entraron de nuevo Paolo y Tomasso casi en la misma línea por el Gran Canal. La multitud suspensa guardó silencio, silencio espontáneo que cesó al punto a causa de haber vuelto los espectadores a azuzar a los gondoleros respectivos que parecían una jauría de vigorosos y ágiles lebreles. Con todo, la lucha había sido demasiado tenaz para que no desmayase el mayor número: así es que sólo persistían una media docena de esquifes de que llevaban la delantera Paolo y Tomasso bogando casi a la par.

Al divisarse ya del palacio Fóscari, Honorio exclamó agitando su lujoso capacete:

-¡Bien por mi chiozotte!

-Bravo, bravo, repitieron los concurrentes.

Tomasso invocaba al diablo y a la Madona y a San Marcos a un mismo tiempo, rabioso de ver que todas aquellas aclamaciones estaban justificadas por Paolo, que había logrado ganarle una buena delantera. Era lucha del amor propio, no se diga nada si rabiaría el bueno de Tomasso.

Pero no rabiaba menos su contrario Paolo, aunque por distinta causa.

-No la veo, exclamaba casi con angustia.

Hubiera sido para él la gloria, el paraíso, el ver a Sirena presenciando su probable triunfo.

Ya están cerca, las banderas roja, azul y amarilla aguardan junto al palacio Fóscari, como premios de la jornada, el asalto de los competidores. Sólo algún acontecimiento inesperado podrá usurpar al gondolero Nicolotti la victoria que tiene casi ganada.

Reina el cansancio. En Paolo hay más que cansancio, hay angustia; siente helarse el sudor que corre por su frente; jadea de fatiga causada más que por el esfuerzo por la agonía desesperante que oprime su corazón. Tomasso está también fatigoso, sólo el pundonor le obliga a hacer esfuerzos convulsivos que a veces producen efecto.

La tirada ha sido larga aun para ellos dos, que son al parecer los mejores remeros: casi todos los contendientes han quedado rezagados a respetable distancia; sólo algunos pocos como muestras de las diferentes capacidades se hallan cerca de los dos primeros, pero postergados y con el desaliento de los vencidos. ¡Qué ovación de triunfo para el Nicolotti que aun a pesar de su fatiga podría sacar nuevos recursos, nuevas fuerzas de ese estímulo poderoso que se llama amor y que parece ser la base de su existencia.

Boga con bríos pero maquinalmente: su pensamiento está en otra parte: los murmullos de aprobación lejos de estimularle, le aturden... La casualidad lleva rápidamente sus ojos a una góndola de espectadores que yace a su izquierda... descubre a Sirena. Los ojos de esta debían naturalmente seguirle en su carrera y animarle al triunfo: ¡vana ilusión! no le miraban, están fijos en otra parte. Miraban a Honorio Morosini con un anhelo tal que el gondolero rugió de amargura, y levantándose de pronto para ver mejor quedó

momentáneamente detenido en sus impulsos; la sangre afluye hirviendo al corazón del mancebo. Tomasso que había ya aflojado en sus esfuerzos, como quien comienza a desesperar, trata de recobrar su entusiasmo y la ventaja que es consiguiente.

Por desgracia de Paolo, la misma llama que debiera alentarle, contribuye a abatir sus ya casi postradas fuerzas; está celoso, angustiado y la que arde en su seno le desanime, le rinde.

Gracias a un esfuerzo heroico del Castellani, Tomasso, quien a veces siéntese desfallecer, se restablece la igualdad.

Ambos bogan a la par, sólo sombras a sus ojos son los espectadores y los edificios...

Paolo va a quedarse atrás, se desalienta, está casi perdido.

-¡Nicolotte! gritó Honorio con voz de trueno, Sirena, que le vio entonces casi perdido en la lucha, recordó (acaso por vanidad) que aquel era su apasionado, y exclamó:

-¡Paolo!

Su voz quería decir sorpresa, pesar, animación.

El gondolero a pesar de su aturdimiento la oyó, pues el silencio era entonces solemne; comprendió perfectamente su sentido; siente renacer en su corazón la esperanza, una de esas fugitivas impresiones incalificables pero elocuentes para el alma. Aquella exclamación de mujer amada lleva el efecto de un galvanismo inexplicable. Siente el mancebo que el vigor de la voluntad repone el ánimo en mi corazón y la energía en su cerebro, siente que sus nervios de acción comunican a sus músculos inaudita fuerza, el reino torna a ser en sus manos lo que había sido siempre, una leve astilla como peso, un apoyo, una potencia irresistible como palanca; dejábase el agua hendir como vencida, abriendo paso a la barquilla, arrollándose ante aquel empuje, murmurante y espumosa.

Tomasso que no duerme, lucha con vigor extraordinario, digno de su buena fama; quema sus últimos cartuchos.

Paolo, ya alentado, reconoce que es necesario un esfuerzo, una ventaja cualquiera; esta ventaja que de seguro hará desmayar al contrario, sostenida con menos necesidad de impulso, podrá decidir la victoria...

El Castellani sin duda reconoce lo propio, van a una; pero Paolo lleva el hálito inspirador de una Sirena en su corazón, su canto ha resonado en sus oídos, debe dejarse arrastrar, debe lanzarse en pos del escollo aunque en él se estrene... Un repentino y furibundo empuje lleva su góndola hasta el pie de las banderas, toma rápido y poderoso impulso en el remo que apoya en la barquilla y dando un salto en que va el resto de sus fuerzas, con la destreza gimnástica que le es peculiar y conocida, cae junto al estandarte rojo, primer premio de la jornada. Tomasso llegó casi al mismo tiempo; pero era tarde.

Los mencionados jueces, después de una ligera discusión motivada por la originalidad del caso, declararon que Paolo había ganado. Proclamose esta decisión, y las de los Nicolotti sofocaron en los aires las quejas y murmullos de los Castellani. Paolo estaba ya en la gradería del palacio Fóscari recibiendo el primer premio: el segundo fue para Tomasso, quien lo aceptó con pena y un tanto mohíno y amostazado.

- VII -
¿Cómo he de ser feliz si tengo celos?

Va se ha dicho que el hijo de Anzola recibía el primer premio de la regata en presencia de Honorio, Perla y la florista. Reducíase aquel a cierta suma de dinero suficiente a remediar por algún tiempo su pobreza, máxime cuando a ella se añadían los regalos que la familia Morosini le había hecho a fuer de su patrona en aquel día. Había pues recibido dinero y plácemes; es decir, todo lo que podía esperar como envidiable en el trascurso de su vida un pobre gondolero. Juzgábase sin embargo infeliz; pudiendo asegurarse que sus penas no emanaban de una imaginación descontentadiza antes bien había motivos para que aquella copa en que todos veían la transparencia y grato color de un néctar delicioso, tuviese en su fondo algunas gotas de hiel que el infeliz mozo saboreaba al llevar a sus labios. La mirada tenaz, misteriosa, con que la florista se había fijado en Morosini aquella tarde, era un dardo de fuego que no podía arrancar de su corazón; aquella mirada dispensada de una manera singular a un hombre superior a él en ese orbe de apariencias que se llama sociedad, y que le revelaba para el porvenir una lucha en que de seguro le tocaría la menos lisonjera parte, aparecía a sus ojos como una visión horrible, como un panorama de espanto y de muerte. Comenzaba a sentir lo que acaso no podía comprender: que la mujer es el más hermoso de los diamantes; pero que aquella que más brilla no suele ser la más preciosa.

Acogió pues el mancebo las felicitaciones que se le dirigían, con una tibieza que ninguna de ellas podía desvanecer, contestó los abrazos, dio las gracias por los vivas que se le prodigaban, y después de gran trabajo para desprenderse de sus acalorados camaradas, entregó la bandera de premio a uno de los gondoleros Nicolotti más entusiasta, para que entretuviese con aquella reliquia de triunfo a la multitud, y él con presteza y a merced de las sombras que ya comenzaban a cubrir con su manto aquel teatro de lucha y de placer, fuese con cautela hacia la florista, que le buscaba también y le salía al encuentro, dirigiéndose ambos a la morada de Anzola como habían pactado.

Iba el gondolero triste y silencioso. Sirena no le iba en zaga; empero a poco, vuelta esta última de su distracción y alcanzando la causa de la tristeza del mancebo.

-Buen Paolo, comenzó a decirle, desagradecido sois con la fortuna. Ella os sonríe, y vos la rechazáis con duro ceño.

-¡La fortuna! ¡la fortuna! respondió el mozo con tristeza, ¿en qué consiste? En una bandera y algún dinero; pero ni aquella es bastante a enjugar las lágrimas que se lloren, ni

este, añadió sacudiendo con desdén una preñada bolsa, puede comprar una paz que huye del corazón. ¿Fortuna la llamáis? Es bien estéril; dijo y contuvo con dificultad una lágrima amarguísima que acudía a sus ojos.

-Pobrecillo, exclamó la ramilletera. Vamos, sois muy niño; serenad vuestro semblante para que vuestra madre no tenga inquietud al veros, y decidme la causa de esas penas tan incomprensibles en estos momentos.

-Vos, más que nadie, sabréis si lo son, Sirena; vos no sentís nada en vuestro pecho respecto de mí, y yo siento en el mío un mundo entero de amargura; vos sois de hielo, y yo me abraso como si estuviese en la cima del monte de fuego que llaman Etna. Mira, tú eres muy hermosa, y yo te amo más que si fueses mi hermana; te amo... sí... más que a mi vida. Yo antes no sentía estas cosas; yo sentía sólo afectos como el que tengo a mis camaradas, como el que tenía en mi niñez a los demás chicos cuando contentos y alegres retozábamos en las orillas del traghetto; hoy no es de la misma manera, y conozco que el mundo se ha engrandecido a mis ojos, y quiero tantas cosas... tantos imposibles... pero imposibles que me parecen realizables cuando te veo. ¡Ah! mis labios han olvidado la risa, porque te amo y te quiero mucho, Sirena; sí, te adoro como a la Madona que no es más bella que tú; pero que tampoco me hace suspirar como tú. Oye, Sirena, dime, ¿me amas mucho, así como yo a ti?

-Paolo, contestó ella con un reposo que contrastaba con el calor del gondolero; si mi cariño disipa los pesares de Paolo, ¿quién ha dicho que Sirena no quiere disiparlos?

Regocijábase esta ante la idea de inspirar una pasión; idea siempre halagüeña para una mujer, y mucho más para ella toda vanidad e instintos imperiosos.

-Me ama, expresó el mancebo, y sin embargo mira a otro hombre con unos ojos... ¡Ah! ¡si supieras todo lo que sentí esta tarde al ver que mirabas con tanta fijeza, con tanto interés al almirante!

-Vuestros ojos os engañaron, amigo mío; respondió la joven con dulzura. ¿Qué pudiera haber de común entre un señor de alto linaje y una humilde doncella como yo? Mis miradas eran puramente casuales, o más bien, quería saber qué marca imprimía en su rostro vuestra lucha; quería saber por su semblante si su corazón palpitaba tanto como el mío con el deseo de vuestro triunfo.

-¡Oh! ¿de veras? gritó Paolo fuera de sí: tal era su gozo. Evaporábase su pena como una gota de agua en presencia del sol. La doncella, como Neptuno, tenía el don de promover y aplacar en él las tempestades. -¿Me amas mucho, Sirena? continuó aquel, mucho, ¿no es verdad?

Y entonces, queriendo la joven eludir sin duda la respuesta, exclamó de pronto y dando nuevo giro a aquella plática.

-También me llamaba la atención la dama que estaba junto al patricio Honorio.

-Sí, dijo Paolo, obedeciendo a la intención de su interlocutora, es su prometida.

-Su prometida... es harto bella por cierto; dijo Sirena con una expresión cuya singularidad no comprendió el amartelado gondolero, quien replicó con amoroso entusiasmo:

-Muy hermosa... no tanto como Sirena.

-Pero el almirante la amará... entrañablemente, añadió la florista con cierta especie de ira y aun de pena; con una expresión parecida a su precedente observación. -La amará... entrañablemente, repitió.

-Lo ignoro, se aprestó a decir el gondolero; pero dejémosles amarse todo lo posible, y no tengamos por nuestra parte envidia de su cariño. Ya estamos a la puerta de casa: es menester comenzar a alegrarse. Tengo grande anhelo de oírte cantar, Sirena; hame dicho mi madre que tienes mucha fama de cantora, que lo haces como un ruiseñor. Vamos, señora mía, entrad; dentro de poco vendré a haceros compañía. Mi madre dispondrá la cena, y en tanto la daréis conversación. Vaya, hasta después, hasta muy presto.

-No tardéis, pronunció la metálica voz de la joven al llamar a la puerta de Anzola.

El enamorado mancebo caminaba en alas del contento y la esperanza. De Sirena no podría decirse tal vez tanto. Abriéronle y entrose en casa del gondolero, en donde la madre de este que la aguardaba, la recibió gozosa.

- VIII -

-Buenas noches, señora Anzola, expresó la ramilletera del Lido tendiendo sus manos a la madre de Paolo, quien la besó en la frente con ternura.

-Buenas noches, amable Sirena, contestó la primera. Paolo... añadió como interrogando.

-Triunfante en la regata, objetó la doncella; acaba de acompañarme hasta esos umbrales, prometiendo volver muy pronto.

-Sentaos, amiguita mía, dijo Anzola indicándola un taburete que junto a una mesa de tosca madera se encontraba; sentaos allí y aguardad a que termine de disponer la cena.

-¿Queréis mi ayuda? preguntó la doncella preparándose para tomar parte en la doméstica faena.

-Acepto, si tal os place, respondió Anzola, con la promesa de que no me riñáis luego por haberos dado tarea estando de visita en mi casa; aunque haréis bien en mirarla como vuestra.

-Manos a la obra, dijo la florista, y contad con que estoy en mi casa si se trata de ayudaros. ¿Sabíais, continuó, que vuestro hijo había ganado el primer premio? ¿Por qué no asististeis a la regata? dijo, y comenzó a aplicar sus graciosas manos a la tarea, abismando aquellos dedos blancos a pesar del sol y destinados según parecía, por la naturaleza, a servir de puesto a los diamantes, en la enorme masa de maíz que blanda y dorada convidaba ya al labio con la sabrosa polenta.

-Sí, respondió Anzola, sabía que mi hijo había ganado el primer premio, porque no faltaron labios generosos que viniesen a traer la gozosa madre los murmullos de grata aprobación. No quise asistir a la regata, porque además de que no acostumbro salir de casa sino los domingos muy de mañana, para oír misa en la vecina iglesia, consideré que nunca es apacible para el corazón la lucha en que un hijo expone inciertamente su amor propio o su fortuna. Tenía por otra parte que disponer la casa y la mesa para recibiros así como a los amigos de mi hijo quienes me anunciaron que en caso de que este ganase, vendrían a cenar con él.

-Cuán contenta debéis estar, replicó Sirena, de ver a Paolo rico y celebrado, porque me han dicho que son cuantiosos los regalos que le han hecho los Morosini, principalmente el almirante.

-¿De veras que el almirante ha sido bizarro con él? preguntó Anzola, con voz conmovida. ¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró con un acento que cierta extraña emoción logró hacer ininteligible. Sirena, cuánto os quiere mi buen Paolo, añadió procurando vencer su emoción: os ama como si os hubiese conocido desde hace mucho tiempo; yo por mi parte os trato ya con la confianza y el afecto de una madre. Decidme, ¿el almirante le trató con cordialidad?

-Mucho, respondió la interrogada; y en sus facciones se expresaba el gozo que sentía porque su protegido había alcanzado el primer premio.

-¿Es cierto? interrumpió la afectuosa madre. Vanidad del protector.

-Bravo, dicen que exclamó apretándole las manos, como si ellas no fuesen las encallecidas de un hijo del pueblo. -Bravo: contigo y alganos otros como tú, el remo veneciano no sufriría la rivalidad. Mancebo, si algún día te gustan más los altos mares que las lagunas en donde naciste, acuérdate de que hay un almirante que ama a los bravos marineros. Existe alguna cosa en este mozo, dijo volviéndose hacia los que le escuchaban, que despierta la simpatía. Mirad, añadió dirigiéndose a la dama que estaba a su lado, (y aquí tembló un poco la voz de Sirena), mirad, ¡oh! Perla, su triunfo ha aguado mis ojos; acaso como soy tan feliz en este instante, veo con gozo la felicidad de los demás.

-¡Ah! balbuceó Anzola dejando caer los menesteres que tenía en las manos, y apoyádose en un taburete para no caer ella también.

-Cómo, señora, exclamó Sirena acudiendo a sostenerla, ¿qué tenéis?

-Nada, nada, respondió la madre del mancebo: es una simple sofocación; la proximidad del fuego... la emoción tan propia al saber que mi hijo es atendido y festejado... qué se yo...

-Tomad, tomad, dijo la joven, llevándole un vaso de agua: esto os calmará. En fin, animaos, añadió al oír golpes en la puerta; aquí está vuestro hijo, no le alarméis.

-Abrid, madre, exclamó este desde fuera.

-Abrid, signora Anzola, dijo una voz.

-Aquí estamos todos, añadieron varias.

Fue a abrirles Sirena, en tanto que la madre de Paolo reanimando intencionalmente su semblante abrazó a este, saludó a los demás gondoleros que entraban dándola parabienes por el triunfo de su hijo, y fuese a disponer la mesa, en la cual se vieron presto el risoto humeante y de olor apetitoso, varios peces frescos de la laguna que aún chisporroteaban en las sartenes, la torta polenta que había pasado a la lumbre de las preciosas manos de Sirena, y otros manjares de no menos agradable vista y cuyo especioso condimento derramaba en la estancia un gastronómico perfume capaz de curar a un enfermo, o para expresarse con la hipérbole de alguno de los comensales, capaz de resucitar a un muerto.

Sentáronse todos, y Paolo, no sin poner antes en la mesa algunas botellas de rico vino de Creta y de Chipre, sentose también frente a su madre y junto a la ramilletera.

Comenzose en seguida la cena en que debía reinar la alegría, porque es indudable que para la generalidad de los seres, el paladar y el estómago son dos instrumentos de felicidad; sobre todo cuando en las copas bulle un licor que deleita la vista y provoca al labio a derramar en las venas el grato calor que anima el curso de la sangre y agita suavemente, cuando no hay exceso, el cerebro y la imaginación. Y para no parecer materializados, diremos que no entraba por poco en la cordialidad que comenzó a sentirse desde los primeros bocados, por parte de los gondoleros la amistad que profesaban a Paolo, por parte de este el placer de hallarse junto a la mujer que adoraba; por parte de la madre el de ver contento a su hijo, su único bien sobre la tierra; y por parte de Sirena... pero esta era la que menos caso hacía de los manjares, soliendo distraerse de vez en cuando. Está visto: la cordial ventura no se ha hecho para ciertas personas.

Dejémosles entregados a una conversación risueña y bulliciosa por parte de aquellos alegres mozos, salgamos un momento de la casa para saber lo que acontece en las inmediaciones.

- IX -

Desde el instante en que Paolo y Sirena, a merced de las crecientes tinieblas de la noche habían salido de la multitud después de la regata para dirigirse a la morada del primero, un hombre embozado seguido de cuatro más de apariencia menos lujosa y distinguida, después de pronunciar en voz baja y en mutua interlocución, como a manera de seña convenida, el nombre de los dos jóvenes, fuéronse tras ellos por puentes y canales. Al llegar a la puerta de Anzola, presenciaron allí la despedida del gondolero y la entrada de Sirena en la casa; apostáronse los cuatro como sombras de no feliz augurio, adelantándose el quinto o sea el primero, ya que su porte y las revelaciones de su lujoso traje nos obligan a calificarle de tal, a ver y oír por la cerradura de la puerta lo que dentro ocurría. A poco, la vuelta de Paolo con sus camaradas los obligó a esquivarse, no sin volver a su puesto de observación tan luego como la puerta dio paso a los gondoleros recién llegados.

-La polenta ha sido amasada por Sirena, dijo Anzola.

-Sabrosa está, exclamó uno de los huéspedes.

-Un trago por ella, añadió uno de los gondoleros llamado Fontano, que con la punta de su nariz amoratada, sus ojos vivos (aunque no revelasen socrática inteligencia), y con otros signos peculiares en su rostro y sus traheres, ofrecía para el ojo práctico, cierto aspecto de frágil incurrente en el pecado de Noé. -Un trago por ella, repitió, y acudiendo a la preñada bota, diola alivio con el vaso que regaló a su estómago el vaporoso líquido.

-El vino gana con el trasiego, dicen los vinateros, añadió.

-Por eso lo trasiegas a tu estómago, gondolero-cuba, expresó otro de los comensales, que aunque de carácter franco y jovial parecía gozar allí de mejor concepto en punto a lo sobrio.

Por lo que hace a Paolo, puedo asegurar, aun sopena de frívolo, que desde aquel momento le pareció la polenta, aunque no se atrevió a manifestarlo, la mejor, la más sabrosa de que había gustado en su vida. El corazón humano, sobre todo cuando el amor lo asedia, está lleno de cosas y simplezas de este linaje.

Dame Chipre, camarada, profirió uno tendiendo el vaso.

-Rico está, dijo otro; bien vale las galeras que nos ha costado.

-Buena tierra debe ser la tal Chipre, dijo Fontano, engullendo un trozo que le obligó a terminar con esta exclamación su discurso; y entonces, como para franquear el paso a la tajada, diole, como suele decirse, con el jarro; continuando en el menudeo en tanto que los demás o engullían o platicaban.

-Sin duda que con dos sorbos de este vino antes de la regata, añadió un gondolero llamado Bepo, y que tenía la apariencia de ser uno do los Nicolotti más despabilados, me hubiera llevado todo el tragheto de una remada. No hay mejor fórcola que esta, añadió

mostrando el vaso lleno de vino, para apoyar el remo. ¿No es verdad, Paolo? dijo terminando esta peroración con la aplicación a la boca del nutrido vaso.

-Bien, bien, dijeron todos; Giuseppe, un brindis y que cante la Flor del Lido.

-El brindis, prorrumpió uno con la voz y el semblante animados por el rey de los espíritus.

-El brindis y la canción, dijo Paolo.

-Vaya primero el brindis, exclamó Sirena.

-El brindis, el brindis, repitieron todos; el brindis de Giuseppe.

-¿Por quién queréis que bebamos? preguntó este.

-Por Paolo, dijo Sirena.

-Por Sirena, dijo Paolo.

-Por los dos, objetó un gondolero.

-Por todos, expresó Anzola.

-Y por el vino, añadió con voz temblorosa y con ojos enrojecidos y vacilantes el gondolero Fontano.

Este Fontano había ganado en la jornada de aquella tarde el último lote, es decir, la bandera amarilla en que estaba pintado un cerdo, satírica burla para el remador que llegaba en cuarto lugar al sitio de los premios; pero era por otra parte mozo alegre y bonachón que rema sin envidia, y que se daba por satisfecho, ya que no fuese el más aventajado, con que el triunfo de cualquiera compañero le proporcionase ocasión de yantar alegremente alguna cosa y de engullir algún traguillo. Y bien que no fuese lo que se llama un artista copérnico de profesión, sentía por el arte de empinar el codo todos los fervorcillos del distinguido aficionado; siendo muy capaz, así manso y modesto como aparecía, de haber lucubrado la propiedad fermentiva de la uva, si al comenzar su carrera de hombre, hubiese encontrado desprovisto el mundo de este ya generalizado descubrimiento. En lo demás era amigo sincero y hasta entusiasta de Paolo, y lo que podía llamarse un buen camarada del tragheto.

-Sí, por el vino, expresó el gondolero sobrio aludiendo a la indicación de Fontano, y por el lechón, añadió refiriéndose también irónicamente al premio de aquel en la regata.

-Por el lechón, sí, por el lechón de Fontino, gritaron los gondoleros a una voz.

-Jum, jum, dijo remedando a aquel animal uno de ellos que tenía ya en la cabeza nubes de un vino a que no estaba acostumbrado.

-¡Bravo, por el lechón de Fontano! exclamó Giuseppe.

-¡Vaya pues, por el cerdo! dijo el aludido queriendo darla de hombre corriente, aunque a la verdad no dejaban de producir eco en su amor propio tales indirectas. ¡Vivan los cochinos! añadió con un semblante y maneras en que parecía empezaba a ejercer sus narcóticos influjos el vinillo. ¡Vivan los cochinos!

-¡Viva Fontano! exclamó el sobrio con un coro estrepitoso de carcajadas.

-Calla, borrico, respondió Fontano con aire amostazado. ¿Quién más cerdo que tú?

-El vino, el vino, camaradas, replicó el sobrio, el vino le hace gruñir más fuerte que de costumbre. Jum, jum, jum, expresó haciéndole muecas y como toreándole.

-Si vuelves, gritó o balbuceó Fontano enarbolando un cuchillo de los que en la mesa estaban. Si vuelves... a burlarte...

-¡Ah! gritó Anzola.

-¡Cómo! exclamaron los demás interponiéndose.

-¿Qué es eso? gritó Paolo. Entre amigos y... vaya, vaya... basta de tontunas, amigo Fontano.

-Ja, ja, ja, dijo de pronto este, cambiando de rojo a pálido y viceversa, y dejando caer el cuchillo sobre la mesa. Iba a degollarle; pero se me olvidaba que él y no yo es el verdadero cerdo... y que los cerdos deben morir mazzolattos.

-El brindis, el brindis, exclamaron todos después de haber celebrado ruidosamente la baladronada del gondolero.

-Vaya pues, atención, dijo uno de los concurrentes viendo a Giuseppe de pie, tazón en mano, fruncido el ceño, en actitud de discurrir o improvisar.

-Vino y silencio, dijeron todos llenando sus vasos.

Giuseppe prorrumpió del modo siguiente:

-Grato vino que te cuelas
dejando en el labio gozo,
tú vuelves al viejo, mozo,
y mozas a las abuelas.
Tienes un agri-sabroso
muy más grato que el panal:
nada puede ser igual
a tu aliento generoso.
Recibe mi gratitud,

digna bebida de un papa;
bebamos pues, que se escapa...
¡señores a la salud!
Mas ¿donde estoy vive Dios?
¿No es esa la flor del Lido?
¿Señores, dónde he ido?
¿Son sus ojos cuatro o dos?
Buen Paolo, ¿qué es de ti?
¿Tú con dos gorros? ¡Visiones!
También miro dos lechones;
Fontano, ¿aún estás aquí?

Grande fue la algazara que siguió al brindis y epigrama de Giuseppe; lo que no pudo percibir bien el aludido Fontano porque dormitaba cabeza en mano y codo en mesa; y gracias si al oírse nombrar abrió los ojos para volver a cerrarlos murmurando palabras ininteligibles.

-La canción de Rosetina, la canción de Rosetina, dijo Anzola fijándose en Sirena, la que al punto, con complacencia y atención de los concurrentes, comenzó a templar una vihuela o mandolino que por allí había, preparado quizá al efecto, y a cantar de esta manera:

Doncellitas mis hermanas,
no os rindáis a la pasión,
que estas madres son tiranas
y persiguen sin razón:
¡Ah! mi madre quiere darme
por marido un servidor:
a él no puedo yo entregarme,
yo soy del primer amor.
Me levanto de mañana,
antes del sol apuntar,
y me asomo a la ventana
por ver a mi amor pasar.
¡Infelice! el otro día
morir de duelo pensé,
pues mi madre lo impedía
y yo verle no logré.
Siempre mi madre inhumana
me llama diciendo así:
Quítate de la ventana
cuando pase por ahí.
¡Oh! mamá, ¿cómo no amarle?
es él mi primer amor;
¡antes que logre olvidarle
sucumbiré de dolor!
Cerrad, oh madre, la puerta,
que no venga nadie acá,

fingiré que me hallo muerta
y alguno me llorará.
De mil damasquinas rosas
una coronita haré
y en mis sienes ardorosas
al morir me la pondré.
Mandaré abrir una fosa
en que quepamos los tres,
mi padre, mi madre, yo...
y aquí entre mis brazos él.
Junto a ella sembraremos
el capullo de una flor;
de noche la plantaremos
y abrirá al primer albor.
Y dirá si el que camina
dice: ¿cuya es esta flor?
Es la flor de «Rosetina.»
¡La triste! murió de amor.

Grata era la sensación que experimentaban los concurrentes a la cena del premiado gondolero al percibir aquella voz y acento que herían dulcemente sus nervios y penetraban en su alma, con toda la poesía del sonido. Seducían, encantaban y rendían los sentidos, encadenando la mente que, a la presión de tan dulces lazos, caía esclavizada en un éxtasis deleitable, embriagador. Ya se ha indicado antes que era por demás encantadora la voz de Sirena. Acaso al escucharla durante su infancia diéronla sus padres aquel nombre que tan bien expresaba el poder mágico con que la naturaleza había dotado su garganta. Imaginaos el salterio, la lira más melodiosa, la voz de las calandrias y los ruiseñores en las serenas albas de los trópicos, cuando la brisa fresca de la mañana mece los tallos haciendo que de las hojas se desprendan las cristalinas gotas del rocío. Figuraos la voz de aquellas vírgenes de Sion de que nos hablan las bíblicas tradiciones; el rumor de Helicona, la voz de aquellas ninfas del Pindo y de las riberas del Ladón; recordad el canto que hayáis escuchado con más placer en vuestra juventud, en vuestra vida, al compás de una de aquellas dichas que formen hoy el tesoro de vuestras carísimas memorias; recordad el rumor, la diafanidad de vuestros más hermosos y serenos días; si amasteis alguna vez, recordad la voz de vuestra primera esperanza, aquella voz que fue para vuestra alma el fiat lux de la felicidad. ¡Ah! y si alguna vez habéis tornado a la patria después de larga ausencia, pensad ahora en el primer acento, en la primera palabra del ser que os salió al encuentro para abriros la puerta de vuestra infancia y de las primeras ilusiones. Entonces podréis tener una idea de la voz y expresión con que Sirena solía cantar.

No sé por qué la naturaleza habrá prodigado sus tesoros físicos caprichosamente, cuando estos tesoros están llamados a ejercer tanto imperio en los sentidos; no sé por qué inconsecuencia misteriosa habrá dado algunas notas del Paraíso a seres todo vanidad y

miseria terrenal. ¡Oh! ¡naturaleza! no existe en las mitologías la diosa de los caprichos; de haberla querido alzar altares ninguna más digna que tú de pretenderlos.

Vivo aplausos sucedieron al éxtasis cuando aquella Sirena, digna de su nombre, acabó de cantar. Por lo que hace al embozado que espiaba en las afueras de la casa, hubiera de buena gana echado por tierra la puerta que le separaba de la cantora, para caer a sus pies y expresarle su entusiasmo o arrebatarla a hierro y sangre del seno de los que la acompañaban; pero contúvose, tal vez por no atropellar planes de ulterior realidad; y esperó con temor, con deseo y con impaciencia. Por lo que atañe al enamorado Paolo había percibido y sentido, al escucharla, lo indefinible, y pendiente del rostro y de los labios de la bella, a pesar del fuego que le abrasaba, se había sentido «tutto tremar d'un amoroso gelo.»

La puerta abriéndose daba paso a Sirena, que después de despedirse gozosamente de Anzola, y ebria con su triunfo, salía acompañada de Paolo y sus camaradas, quienes iban llenos de entusiasmo.

Llegaron a uno de los canales; allí Paolo y alguno de sus compañeros se embarcaron con ella en una góndola seguida de otras varias en dirección al Lido, pudiendo verse a cierta distancia el farolillo de una embarcación que con cautela y habiendo partido casi del mismo punto, seguíalos desde lejos; bien que ellos, entregado, a su alegre charla, apenas se curaban de esta especie de espionaje.

- X -
Adio, vissere mie, felice note

Oscura estaba la noche a pesar de lucir en los espacios el archipiélago de diamante; había en semejante oscuridad un no sé qué de lúgubre y siniestro. -El viento trans-alpino derramaba cierta frialdad desagradable, y de vez en cuando algunas nubes pardas y ligeras recorrían la bóveda celeste dejando su lugar a otras del mismo cariz.

Diosa de los misterios era verdaderamente aquella noche, en cuyos altares hubieran podido quemar su incienso los fraudulentos amores y los encapotados crímenes; protectora de la cautela, podría decirse que las sombras de las pasiones vagaban por las calles y parajes solitarios de Venecia, dejando un tanto encubrir bajo su siniestro rebozo de tinieblas, los semblantes pálidos, las manos temblorosas y lo jadeante del temor y del deseo.

Apenas llegaban al Lido, que despedíanse todos los concurrentes a la cena de Anzola. Quedábase Paolo para decir a la ramilletera su última palabra de amor, en aquella orilla, teatro de sus primeras emociones; y alejábanse ya las góndolas de sus camaradas, oyéndose de vez en cuando la voz de Giuseppe que cantaba.

Me vogio maridar-no se co chi
a quel che passa ghe daró'l bon di

E ghe daró'l bon di, la bona note;
Adio, vissere mie, felice note.-

Me vogio maridar, e no só quando;
spéto l'amante mio che vegna grando:
ch'el vegna grando che l'e picenino;
ch'el vegna rico, che l'é povarino.

o de alguno otro gondolero que desde su barquilla le contestaba;

Anema mia, se sola te trovase
ti pol considerar quel che faría.
No creder, bela, che morte te dasse:
solo un baso d'amor mi te daria.

Sospiri miei dolenti quanti siete,
partitevi da me, mutate loco:
in brazzo del mio ben ve n'anderete
da parte mia a reverirlo un poco.

y otras cantinelas de este linaje entre las cuales podía escucharse la voz trémula y cuasi enronquecida de Fontano, que era el más rezagado y que cantaba:

Bepo, te vogio ben: Bepo te amo;
Bepo, te tégno scrito in mezo l'cuore.
Co'x la note m'insonio e te chiamo.
Bepo, te vogio ben; Bepo te amo.

Perdiéndose luego poco a poco en la distancia, cada vez creciente, el canto alternativo y la voz de estos trovadores. Los cantos dejaron de oírse totalmente y el silencio comenzó de nuevo a reinar en el contorno.

En tanto la barca de los encubiertos que había seguido la comitiva de la ramilletera a algunas brazas de distancia como en cautelosa observación, apostábase misteriosa en el paraje que hubo de parecer conveniente a sus tripulantes. -A pesar de la oscuridad, habían estos sin duda advertido que quedaba en la playa del Lido alguna de las góndolas y no era por consiguiente acertado acercarse sin prevenciones, aproximáronse pues con el paso del tigre que se dispone a dar el salto...

-¡Buenas noches! decía a la graciosa ramilletera el hijo de Anzola con aquel acento que quiere expresar: Piensa en mí, adiós, adiós, besos, sueños y amor.

Con el almíbar de esta despedida en los labios y con bálsamo de júbilo en el corazón, retirábase el mancebo en su góndola con monótona lentitud; cuando, no sin extrañeza, vio acercarse con rapidez al punto de la playa que acababa de dejar, el bulto de una embarcación y a poco percibió varias sombras como de personas que saltaban en tierra. La voz de una mujer, o mejor dicho, un grito de espanto siguió a lo que había visto.

¿Cómo pintar la terrible sorpresa del mancebo? -Sintió latir con violencia el corazón, convirtiose en hielo su lengua y absorto en doloroso pasmo, preludio, presentimiento de algunos males, permaneció por algunos minutos sin saber qué hacer, ni aun que pensar.

Durante estos cortos instantes la embarcación que tanto mal parecía presagiarle se apartó rápidamente de la playa y tomó dirección pasando a corta distancia de la suya, con una violencia o velocidad inesperada.

No cabía duda en su mente, revelábale su instinto la terrible certeza. -La góndola le había espiado y aprovechando su separación de la funesta playa, habíase dirigido a ella para hacer mal a su adorada, quien habría quedado en la orilla viéndole, partir o encaminándose lenta y tranquilamente hacia su vecina casa. -¡Matarla! ¿pero quién pudo armar su brazo contra la pobre doncella inofensiva? Otro pensamiento vino a angustiar más aun su ánimo; ¡oh! prefería imaginarse lo primero.

Decidiose, torno hacia la playa con la viveza de la resolución... Llamó, registró... Silencio y nada... ¡ah! dijo dándose una palmada en la frente que bañaba helado y copioso sudor. ¡Robada, robada! y entonces desesperado, con aquella agilidad que le era propia, que tan bien podía en tal ocasión servirle, saltó en su góndola, persiguió aunque ya sin esperanza a la barca robadora de su tesoro. Imposible, imposible alcanzarla. El mismo Satanás la daba impulso, ya estaba cuasi en la ciudad, ya desaparecía en aquel laberinto de canales. Paolo, perdida la esperanza, abandonose a la más penosa de las amarguras. Sentía agolparse a sus ojos las ardientes lágrimas, ¡ah! pero no brotando de ellos irritaban más y más su confuso y atormentado cerebro. Sus sienes latían con violencia. Retorcíase las manos, golpeábase la frente, mesábase con mano convulsa el cabello, parecía hallarse en las puertas de la locura. Puso mano al remo con delirio, con frenesí, impulsó su barquilla sin destino, sin intento fijo; aquella obedecía con una rapidez desusada, parecía tener un alma, una voluntad obediente; semejaba la hoja arrebatada por el vendaval, la vida arrebatada por el destino.

En tanto cúbrese el cielo de negras nubes, arrecia el viento, muéstranse los indicios de la próxima borrasca.

El gondolero seguía sin dirección, sin conciencia de su camino ni de su cansancio. En las intermitencias de las ráfagas oíase el sordo ruido del remo, ora al oprimir rozando la fórcola, ora al caer su paleta entre las aguas. De vez en cuando mezclábase a esto alguna imprecación del desdichado mancebo o el rumor de su respiración harto fuerte y dolorosa. Un trueno sordo resonó a lo lejos, otro más cercano respondió cual eco; la lluvia comenzó a caer yerta y ruidosa. -Un repentino y deslumbrador relámpago alumbró la comarca en que se hallaba el gondolero; estaba cuasi en el puerto de San Nicolás. Las olas del Adriático comenzaban a dejar sentir sus encrespadas lomas; rielaban en ella siniestramente los relámpagos, con frecuencia se sucedían; la débil góndola comenzaba a balancearse, a bambolear. Hallábase ya en el mar; las olas alzábanse en brazos del furioso viento, arreciaba este más y más.

Cual tímida gacela perdida en el desierto trémula y acosada por las voraces fieras, así la frágil navecilla estremecíase al son del rugiente vendaval y de los mares procelosos. -Hecha solo para deslizarse tranquilamente sobre las apacibles linfas de la laguna, débil ante aquellas violentas sacudidas, comenzaba a anegarse; un golpe de mar púsola a punto de zozobrar. El sin ventura joven desafiaba a la muerte próxima, amenazante. Sentía cierta especie de goce ante aquellos relámpagos imagen de su dicha, en el mar embravecido como su suerte, en aquel cielo tempestuoso como su ira, terrible como su dolor. La confusión de su espíritu, que parecía buscar la materna fuente de lo infinito, hallaba una vaga esperanza de paz y de olvido en aquel mar que le abría sus brazos para acogerlo como una madre, cual bienhechora tumba. Allá pues, vamos pues, decía su alma, y al verle a la luz de los relámpagos levantarse con su frágil leño sobre aquellas cumbres de agua, con los ojos ávidos del peligro, agitada por el viento la melena y con su sonrisa de amargura y terrible provocación contra el destino, hubiérase dicho que era el ser que ha penetrado el divino secreto, que pasea su mirada sobre los elementos embravecidos y que dice a la naturaleza: tu muerte es la vida, no puedes aniquilarme porque soy tú misma; existes porque existo; eres mi emanación y mi reflejo. ¡Olas enfurecidas, vientos desenfrenados, nubes tenebrosas, relámpagos de luz, truenos y rayos, en nada os temo, me place contemplaros; tornad a vuestra paz! -Cielos, tierra, escuchad: soy... el espíritu.

Pero en tanto el espíritu estaba encarnado en un débil hombre, y la naturaleza, ya que se doblegase ante aquel, era omnímoda contra este. Una ola altiva como una montaña se alzó sobre las otras; la pobre góndola suspendida de súbito, acabó de perder el trabajoso equilibrio y sucumbió. A poco apareció el remero cabalgando sobre los tristes despojos de su barca. Agitado al choque de encontradas olas que ora le abismaban, ora le llevaban a la altura, parecíase al mastín a quien el toro encumbra o revuelca por la arena, pero que ni aun así suelta la presa. Habíase hecho pedazos la barquilla a tan furibundos choques, y el infeliz náufrago cansado de su cuerpo y de su alma se entregaba a la muerte placentero. ¿Para qué amar la vida? Esta era el vacío de sus afecciones; el corazón tiene también su horror al vacío. ¡Ah! pero no; el egoísmo no triunfó de aquel corazón en tan supremo instante. ¡Feliz la mente que recuerda! La imagen de Anzola vino a reflejarse en aquella mente; sonreíale con amor materno, con amor que llenaba un tanto el vacío momentáneo de su desolado corazón. La voz del deber resonó como un poderoso eco en aquella conciencia desfallecida; madre, amor, deber: tres palabras de salvación que vinieron a resonar en su alma como tres ayes de queja, de reconvención. Era pues necesario, era pues un deber el vivir, o a lo menos luchar con aquella muerte tan risueña a los ojos del cansado espíritu. ¡Vivir, vivir, es necesario! exclamó; ¡ah! pero era quizás demasiado tarde. -Buscó la playa... ¡En mal hora te alejas ansiada salvación! -¿Cómo encontrarla en medio de las tinieblas? -Entonces, pensó en conservarse asido a los restos de su góndola y esperar allí flotante aunque luchando, la calma o la venida del día.

Imposible. -El mar le arrebata a pedazos sus amados restos. -Abandonó cansado el último fragmento, era preciso luchar de otro modo; lanzose a nado ¡ah! ¿pero hacia donde? -Un relámpago iluminó una playa, estaba próxima, al menos lo parecía; nadaba desesperado, agonizante; las fatigas y emociones de aquel día le habían postrado; las olas, en vez de ayudarle, le arrebataban harto lejos del lugar por qué anhelaba; sentíase desfallecer. -¡Ánimo! se decía, mi madre espera! -Ánimo... ¡ah! madona... ¡madre mía!... ¡Ya no era bracear, era desesperarse, volverse loco!... De pronto arremolinado por una ola

que le hizo sumergirse y tragar buena porción de agua salada, tocó su planta el fondo suspirado... aquella era la ola de salvación... pero de repente otra le arrebató, era quizá la del destino, la de la muerte. -Zumbábale el oído con infernal rumor: todo el océano parecía desbordarse en su cerebro; apagábanse sus ojos, sus brazos eran plomo, sus piernas parecían arrastrarle hacia el abismo... tocó tierra otra vez... Santa madona, exclamó casi sin sentido, con voz que apenas movió el labio, que casi murió en él... Un trueno lejano respondió a esta invocación... eco terrífico; ¿era acaso una voz del Cielo? ¿Condenaba o absolvía?... ¡Sintiose desfallecer!... perdió casi del todo el uso del sentimiento... ¡se entregó sin voluntad a su destino!...

- XI -
El filtro de la simpatía

Un mes fecundo en acontecimientos había transcurrido desde la noche tan rica en emociones y penas para el hijo de Anzola. Aquellas horas de placer que precedieron al rapto de la florista, porque tal había sido el hecho, aquellas horas dulces y agradables como un éxtasis, fueron sin duda el adiós que daba al pobre mancebo la felicidad. Sabido es que esta se despide siempre con su mayor encanto, pudiendo decirse que nunca se halla más propenso a nublarse el cielo de la fortuna que cuando está más apacible. Pero dejemos al mísero joven envuelto en el olvido, verdadero sudario de la tumba; ya que ignoramos cual habrá sido su suerte en el doloroso lance que se ha narrado.

Una quinta situada en tierra firme y no lejos de las lagunas, fortificada a guisa de castillo feudal, pero no ajena a los encantos de la campiña fértil que la rodeaba, servía de mansión a la hermosa ramilletera, robada en la noche referida por su tenaz apasionado Cosme Gradenigo. Lisonjeose este al principio con que el encierro y las amenazas podrían llevarlo al logro de sus intentos; perdida esta esperanza, las complacencias, los cuidados exquisitos reemplazaron los primitivos medios; pero a la par sin fruto. La joven, cada vez más seductora, manteníase inalterable en su firmeza.

Acaba de amanecer y el sol comienza a esparcir la brillante claridad de un día sereno. La escena pasa en una especie de laboratorio de alquimista, a que ha señalado local en la propia quinta el dueño y morador de esta Cosme Gradenigo. Ya conoce sin duda el lector lo que era un laboratorio en la Edad Media, mansión que el diablo solía frecuentar con sus honrosas visitas, ora a fuer de respetable docto, ora haciendo cabriolas y diabluras que terminaban por hacer rabiar al mágico, quien para su castigo o para recabar de su cornuda excelencia alguno de sus maléficos favores, daba con él, mediante alguno de aquellos misteriosos conjuros o exorcismos de la ciencia, en alguna alcuza o redoma, en donde el infeliz espíritu quedaba recluso o cogido en sus propios lazos hasta conceder el servicio que se le pedía.

Supóngase el lector el indispensable hornillo, los sopletes, retortas, crisoles, tubos y matraces que son consiguientes, así como algunas substancias, bien despojo de animales y de plantas, bien metálicas o minerales, todo en desorden con mezcla de libros o diplomas

que dejan ver sus caracteres ya orientales, ya simbólicos o cabalísticos. En un sillón de tosca vaqueta y junto a una mesa está un anciano ocupado en hacer la autopsia y disección de un animal ya cuasi informe gracias a sus pinzas y escalpelo, pero que acaba de morir según parece, puesto que aún se ven por donde quiera rastros de su sangre, parte de la cual yace roja todavía en un pequeño matraz que hay en la mesa. Grave es el rostro del anatómico y en su fisonomía muéstrase la inteligencia. Su frente rugosa y despejada revela el ejercicio intelectual al paso que sus ojos vivos y sagaces dan cierta expresión de juventud a su rostro que en vano quiere ataviarse con la blanca barba y cana cabellera que son la corona y mejor ornamento de la edad provecta. La vigilia esle sin duda familiar, y la aurora parece haberle sorprendido en una velada que atestiguan las bugías que, absorto él en su trabajo, no ha pensado en apagar. Los pergaminos y volúmenes abiertos aún prueban asimismo en su desorden haber sido objeto de la tarea nocturna.

Era el anciano al parecer extranjero. Vestía el traje talar de los pueblos Semíticos, ceñido a la cintura dejando apenas ver el pantuflo oriental. Caracterizaba la totalidad del vestido el prolongado birrete en forma de cono truncado que usan los persas. Era el traje de un khan de aquella región, no siendo otra cosa el anciano.

¿Sería este alguno de los muchos sabios que vagando de academia en academia colegiábanse en el estudio de secretos de universales investigaciones de boga en aquellos días, beneficiando en su pro, de paso, la ignorancia y supersticiones del vulgo y potentados de Europa en la Edad Media? Ya lo sabremos.

Curioso era el monólogo con que acompañaba su operación.

-La vida, decía, la vida es una luz que se escapa sin dejar en la pavesa un punto ígneo que pueda servirme. Maldita muerte, veloz como el viento; cuán presto cubres de tinieblas tus despojos. ¡Enghreo me ampare, ya que el nada para mi benéfico Ehoro me abandona! He aquí un cerebro que aún conserva, el calor del instinto, cuyo calor es mudo, mudo para mí, que tanto anhelo su palabra. Nada, muerte y siempre la muerte. He aquí unos músculos que eran fuerza y movimiento; completos, cabales, ni un solo átomo falta a su substancia, sus resortes han sido hasta hace un momento tan hábiles como los que mueven en la actualidad esta mi máquina; y sin embargo, la fuerza impulsora ha huido de las fibras de este animal junto con la vida. ¡Ah! ¿quién pudiera sorprenderla en el instante de abandonar el cuerpo? Dijo y desalentado y pensativo dejó caer su frente calva sobre el lado posterior de su antebrazo que reclinó a su vez sobre la mesa.

En esto abriose la puerta del laboratorio para dar paso a un personaje que ya conocemos: era Cosme Gradenigo.

-La ciencia sea con vos y sea en mi ayuda, buen Hafiz, dijo Cosme tomando asiento en un vecino sitial legítimo compañero del que ocupaba el persa.

-Bien venido como siempre, respondió este.

-Mal cuidáis de vos mismo si así persistís en que el día os sorprenda a menudo en vuestras lucubraciones.

-Y trabajar... en vano. Hame engañado ese maldito hebreo, y una vez más he pronunciado en vano la sublime fórmula. ¡Oh! lo que es en esta ocasión miente la ciencia, o miente el sabio mejor dicho, porque la cábala ha sido descifrada por mí: el sentido que he dado al símbolo es evidente: he sorprendido el corazón de la víctima en su último latido, en su postrer movimiento; bajo la pulsación de mis dedos he sentido la breve aunque gradual extinción de ese maldito fluido vital que se escapa a mi tacto como se escapa un espíritu al abrirse la redoma que le aprisionase; en seguida he leído en aquel corazón, he buscado la cifra misteriosa, la clave fecunda en resultados para mis intentos... el sabio egipcio, el sacerdote hebreo que parecían de acuerdo han mentido o se han engañado involuntariamente, la cosa continúa como siempre, inexplicable.

-Pero vos no desistiréis, repuso Cosme, os conozco bien y sé que sois perseverante. Además, antes que exasperaros, recordad aquel proverbio de vuestro país que soléis repetirme para calmarme.

«La paciencia es una planta de raíz amarga pero de fruto muy dulce.»

Hafiz movió la cabeza como dudando de poder realizar la segunda parte del proverbio con el hallazgo de aquel fruto dulce que prometía por premio a la paciencia.

-Por lo que hace a mí, continuó Cosme, me encuentro hoy pronto a perder la tal paciencia, y si tu sabiduría no me socorre, buen amigo, me parece que doy al traste con todos tus libros y experimentos. -¡Ah! sabio Hafiz, tu has prolongado mi vida con tu ciencia haciendo para conmigo las veces del Criador, por lo que te vivo reconocido. Sin ti, mi ser gastado por algunos excesos hubiera terminado; tu sabiduría en la que me inclino a creer por experiencia propia, ha dado poder a los resortes de esta trabajada máquina conservándola para el bienestar, que es la segunda vida; te estoy agradecido como he dicho mil veces, y en verdad que no sé como pagarte.

-He dicho, respondió el persa sintiendo renacer su esperanza, ante aquel triunfo de su ciencia confesado, evidente y que le recordaba su fe perseverante cuasi siempre, débil sólo por momentos; he hecho cuánto he podido en tu servicio y jamás los astros, ni las plantas, ni los elementos mostraron alguna luz a mi inteligencia sin que yo tratase de emplear tan ricos dones en tu bien y pro. Dime, pues, qué has menester o qué quieres de nuevo, y veamos hasta donde mis fuerzas alcanzan a complacerte.

-Sabes, expresó Cosme, que tengo en mi poder una hermosa joven a quien amo; quiero que ella me ame también, que sea mía; sus repulsas, su firme obstinación, incomprensible en una doncella de su clase, acrecienta mi pasión hasta el delirio, haciendo que contemple como una extrema bienandanza la consecución de un bien que nunca hubiera creído llegase a encarecérseme tanto. Jamás fui tan constante en prometer, ni tan firme en deseos de cumplir; dádivas amenazas, todo ha sido infructuoso. -Esa muchacha ha llegado a ocupar mi corazón, no, no os sonriáis con desdén: creo que hasta la amo sinceramente, como nunca lo he sentido ni lo hubiera imaginado. -Puedo deciros que pienso en ella con demasía; ella turba mi sueño, me exaspera, hasta me ofende; sin que sea bastante el halago de otros

placeres a deponer de mi pensamiento a esa tiranuela de mis sentidos y acaso de mi corazón. -Amigo mío, creedme, si ella no me ama, no sé qué va a ser de mí.

-Y qué... replicó Hafiz.

-Quisiera, repuso el patricio, que tu sabiduría me proporcionase el logro de mis esperanzas; me has hablado de un filtro cuyo secreto conoces, que facilitaste más de una vez al monarca de tu país, y que fue el mismo que, según me has explicado, sirvió a Francesco de Carrara, para hacerse amar de su esposa: el filtro simpático, como tú lo llamas.

-Bien te comprendo, respondió el persa; un filtro que desarrolla la mutua simpatía, pero que fue tan ricamente administrado a la esposa de Carrara que concluyó por hacerla demasiado simpatizadora, hasta el punto de que el bueno de su esposo, tuvo que preservarse de sus fraudes durante sus ausencias por medio de obstáculos materiales que el decoro no permite mencionar. Sin embargo, sabes que suelo prevenirme para todas las ocasiones y así vislumbrando desde hace días el objeto de tu venida por ciertos indicios que no te ha sido dado ocultarme, tengo aquí cuanto necesitas.

Dijo y dirigiéndose a un pequeño armatoste lleno de potes, redomas y algunos enseres de alquimia, tomó un frasquillo que contenía un líquido espeso y de un verde dorado a juzgar por alguna gota que dejó caer sobre un fragmento vegetal que al instante tomó sus tornasoles.

-Toma, continuó entregando a Cosme, que le miraba con sumo interés, el frasquillo. -Una corta porción de este líquido, mezclada con mayor cantidad de agua o de vino puede convenir a tus intenciones. Este es el famoso filtro simpático cuya receta pocos, muy pocos, poseen hoy. Si pasado un día y duplicada la dosis nada consigues, es harto difícil que logres despertar la simpatía que buscas y que pudiera ser sorda a tu voz. Soy más sincero que otros sabios; el licor es eficaz, muy eficaz, pero no es infalible.

-¿Y en este caso... preguntó Cosme, no habría otro medio?

-Muchos hay, respondió el sabio con convicción. -La ciencia es como esa luz que todo lo ilumina, es como ese fuego verdadera imagen de Zerwan (Dios) que crea y transforma; pero esos dos seres que algunos llaman simplemente agentes y que son una misma cosa, un solo centro en esa inmensidad de circunferencias que ocupan el gran todo, el gran conjunto que se llama creación, encierran en sí el secreto de un autor misterioso inconmensurable cuyas obras son una verdad visible y un enigma a la vez. -La ciencia se encierra pues en este sencillo aforismo: luz y calor. La ciencia es pues todo, inmutable, eterna, infalible; pero el hombre se deslumbra ante la mucha luz, se abrasa en el mucho calor: día vendrá sin duda en que su pupila resista y descifre ese grandioso problema que se llama sol, y que a su tacto sea el fuego lo que el agua o el aire: un fluido palpable e inofensivo.

-Bien está, repuso el patricio, pero imagino que no me es hoy necesario que el sabor y potencia humana vayan tan allá.

-Cierto es; repuso Hafiz sintiéndose con pesar detenido en el vuelo fantástico de su imaginación. Pobre gusano es el hombre, gusano racional o quizás loco a cuya mente prestó alas la naturaleza para que sintiese la necesidad de volar, pero a quien su condición de vil insecto arrastra de continuo hacia el lodo de la tierra. Es verdad, pobre hombre; me olvidaba de que todo tu sueño se cifra en la posesión de una mujer. Ese filtro te dará su amor, lo espero; pero de no ser así, no dudes de la ciencia, cree en el que estudia sus secretos, aunque sólo como yo, sea también un pobre ser, y humíllate ante la sabiduría de los Zoroastros. Ellos dicen que la ciencia hizo el mundo, añadió Hafiz mostrándole un volumen escrito en la lengua muerta Zend y que era sin duda el Zend-Avesta, korán o evangelio del magismo. La infinita sabiduría de Zerwan (criador) hizo el mundo y ella lo destruirá cuando sea necesario para formar con sus ruinas otros nuevos; ella dispone a su antojo de la materia y del movimiento; todo lo anima hasta cuando parece inanimar; por él, al soplo de su aliento mágico, a su palabra mística y sagrada, pero inaudible como la idea, como una imagen, como un eco en la región del pensamiento; de un átomo brota un mundo; de una piedra sale un árbol, de una planta sale un hombre. La molécula más insignificante de un veneno puede a su voluntad morir como veneno y animarse como antídoto. La piel de un leproso puede convertirse en la tez de una joven tan bella como la que adoras. Confía pues en el saber, y humíllate ante los doctos del Oriente.

-Pruebas de mi confianza en tu sabiduría, repuso Cosme, son la acogida que te he dado en mi casa y la frecuencia con que acudo a ti en mis dudas y aspiraciones.

-Sabes parte de mi historia, tornó a decir el persa; debo a tu casa la hospitalidad y a ti los más afectuosos cuidados; razones son estas para que me intereses cordialmente en tu bienestar. Quiero por tanto hacerte algunas preguntas. Ella, la joven, ¿ama a algún otro?

-Creo que sí, respondió Gradenigo.

-Entonces, replicó Hafiz, es difícil que por el momento acceda a tus pretensiones; con todo, es más conveniente que ame a alguno.

-¿Por qué? preguntó con interés el primero.

-Porque si ella no sintiese amor a nadie, respondió el sabio, y te rechazase sin embargo, sería prueba de que experimentaba por ti una antipatía que es siempre difícil de disipar en una mujer; pero ama, según me dices y eso ya es otra cosa. Es difícil si no imposible hacer que tenga fe el corazón que no está organizado para un sentimiento cualquiera, pero cuando este existe, lo demás es cosa del tiempo; el objeto es secundario, basta con que se sienta la necesidad de amar. Sin germen no hay planta. De un hebreo puede obtenerse un mahometano o un cristiano, pero difícilmente podría obtenerse una cosa u otra del que no ha sido nada. Lo primero es refundir; lo segundo, crear: la creación es más difícil, es un atributo negado al hombre todavía.

Bien está, dijo Cosme; haremos la prueba; y después de algunos momentos de reflexión y de una cordial despedida llena de deseos y de esperanzas, dirigiose a otra habitación de la quinta en donde en medio de mil atractivos del lujo y de la molicie, yacía la joven, risueña al parecer, en su tenaz encierro.

- XII -
La rapaza pone una pica en Flandes

-Gracias mil debes darme, Sirena hermosa, la dijo Cosme al entrar, por haberte sacado del calabozo en que yacías.

-Y quién os ha dicho, respondió ella con una calma singular, ¿quién os ha dicho que este no sea también un calabozo?

Gradenigo sin contestar a la alusión de la doncella sentose a sus pies sobre un cojín puesto allí para el caso, favor que solía ella dispensarle como por pura bondad y en ciertos momentos de condescendencia, acaso sistemática; y después de algunas quejas de amante sobre el triste y desdeñoso pago que daba a sus amores siempre tiernos y ardientes; después de lanzar contra el desvalido gondolero algún desdeñoso epigrama, haciendo paralelos entre la mezquindad que prometía el amor de un pobre muchacho y la afición de un noble y espléndido patricio como él; entre la miserable perspectiva de un matrimonio con un simple gondolero y la que podía ofrecerle en punto a esplendores la honrosa preferencia y el galanteo de un Cosme Gradenigo; comenzó a verificarse una escena semejante a la de Catalina Howard, cuando Etelwood sentado a sus pies, y con el fin de darla el narcótico que ha de librarla de la maligna rivalidad de Enrique VIII, la pide de beber invitándola a hacerlo previamente; escena y resorte que, sea dicho de paso, no son otra cosa que una magnífica piedra de la gran cantera de Shakespeare, aunque a la verdad ricamente labrada por el poeta francés.

-Hermosa, exclamó de pronto Granedigo haciéndose el fatigado, tengo sed.

-Tomad, respondió la joven levantándose para alcanzar de un elegante aparador un ánfora llena de exquisito vino, en tanto que Cosme con prontitud y con cautela, aprovechó aquel instante para deponer una parte del filtro de Hafiz en una copa de oro que en la mesa estaba.

Llegose a él la doncella que al parecer no había advertido la acción de su enamorado, y vertiendo algunos dedos del líquido del ánfora en la copa que Gradenigo la presentaba, colocó ambas cosas en la mesa, y tornándose a sentar junto a este mueble, dejó que el patricio lo hiciese en el cojín a sus pies, recobrando así entrambos la actitud primera.

-Tomad, dijo la florista a Gradenigo dándole la copa. Bebed, ¿qué aguardáis?

-Busco en vano, respondiola este, en los bordes de la copa, la huella de tus labios.

-En vano queréis hallarla, señor, exclamó la joven; no tengo sed.

-Sin embargo, repitió el patricio; tú que te precias de ser la bondad misma, debieras complacerme en semejantes pequeñeces.

-¿A qué ese empeño no acostumbrado? prorrumpió la doncella con cierta expresión de disgusto y de impaciencia que no pudo disimular.

-Porque hoy más que nunca te amo, hermosa mía; expresó Gradenigo.

-Pues bien, sed complaciente a vuestra vez, repuso la primera. Mostradme lo que habéis guardado en vuestra almilla en tanto que yo me apartaba de vos para ir en busca de esa ánfora.

-Yo, murmuró cuasi turbado el patricio con esta nueva contrariedad y sobre todo al temer que su secreto hubiese sido descubierto. Nada he guardado, Sirena, dijo pretendiendo disimular su temor y su impaciencia.

-¿Nada? preguntó la joven aparentando credulidad. Entonces tenéis razón, voy a complaceros; y esto diciendo, llevó al labio la copa, con los ojos fijos en los de Cosme en los cuales advertíase mal su grado la ansiedad de una terrible esperanza. Tocó aquella el líquido con sus labios y volviéndole la copa; ahora quiero que bebáis vos, le dijo.

-No, apenas has bebido, Sirena, y eso es engañarme.

-¿Engañaros? repuso esta, y tomando otra copa de la mesa y abalanzándose al aparador derramó en aquella una buena porción de otro vino.

-El licor que contiene esa copa no sabe bien, tomad este, dijo, y veréis cuán rico es. No vacilo, añadió después de beber un poco, no vacilo en mostraros en esta copa la huella de mis labios. Esta invitación iba hecha por parte de la joven con una sonrisa pródiga de perlas y de rosas.

-Mirábala Gradenigo con extrañeza parecida al estupor, y aprovechando ella este momento, arrebatole de las manos la copa que contenía el filtro y la arrojó de sí una buena pieza. La astucia de la joven lo había adivinado todo.

-Basta de engaños ya, dijo amostazado el patricio. Aún me restan medios para conseguir mi triunfo.

-Vuestro triunfo, exclamó la doncella con una dulzura que sólo ella poseía; el triunfo de vuestra injusticia... Tenéis medios para encerrarme de nuevo, para encadenarme, para maltratarme en fin; pero ¿queréis que os lo diga? Yo no amo al gondolero... No os diré, continuó bajando la vista en ademán de ruborosa, si os amo o no... Vuestras obras no son para que me incline a confesároslo; pero de todos modos, sólo del que se llame mi esposo podré yo ser.

-¿Sí? pues bien, exclamó Cosme Gradenigo después de un momento de vacilación; adiós vanidad, adiós, orgullo, adiós diferencia de patricio y de plebeya; yo te amo y quiero que seas mía, aunque para ello tenga que dar en cara a todo el patriciado, al mismo Dux...

Un rayo de victoria brilló en los ojos de la doncella que fue interpretado por Gradenigo como rayo de amor.

-Sí, dijo asiéndola de las manos que oprimió con efusión; serás mía. Y en alborozo tal, quiso abrazarla, empero ella con dulzura que promete y esquivez que aparta an poco, le dijo conteniéndole: cuando sea vuestra esposa... Y saliendo Cosme de la estancia con alma gozosa y ademán resuelto, terminose la escena.

- XIII -

El rumor de las bodas del patricio Cosme Gradenigo cundió por todos los círculos de la opulenta oligarquía.

-Con una mozuela del pueblo; acaso con alguna de esas jóvenes perdidas que sin familia y sin hogar, son la degradación de un sexo creado para el pudor; decían aquellas damas que suelen darla de austeras creyendo que sólo son tolerables ciertos pecadillos en quien puede abrillantarlos con el oropel del nacimiento y la fortuna.

-Una rapaza sin un cequí, añadían los codiciosos.

-Con una florista, ¡bah! exclamaban los hombres de mundo, queriendo significar con esta interjección lo poco seguro de la clase.

-En eso paran los libertinos, discurría algún grave senador.

Verificose la boda con precipitación inusitada, sin estrépito ni pompa, con la sola presencia de algunos amigos o poco escrupulosos o bastante aficionados a Gradenigo, para no vacilar en sacrificar la preocupación en aras de la amistad.

Sirena hubiera gustado mejor del majestuoso aparato al tratarse de celebrar su ingreso en el mundo de la opulencia que era la aspiración de su vida, cuyo mundo no era del todo nuevo a su imaginación. Ella que se había oído celebrar como hermosa desde la niñez, que había sentido correr por sus venas el diabólico fuego de la vanidad y la soberbia. ¡Qué triunfo de la suerte! ¡qué giró en la ruta de su existencia! Con todo, comprendió que debía ser modesta o a lo menos aparentarlo, y opinó de conformidad con su novio en punto a verificar su enlace, sin aparato y con sencillez de galas.

Era una noche serena y despejada en que el cielo aparecía cual techumbre de zafiro con toques de nácar y chispas de oro. Alzábase la luna, brillante medalla del criador, presente dado a ciertas noches en premio de su belleza. El ambiente estaba suave, embalsamado, como el de las horas felices en que tal vez hemos escuchado juramentos que no siempre se cumplen, pero que jamás se olvidan.

La ex-florista estaba hermosa como aquella noche. El traje de la dama había sucedido al de la humilde doncella, y aunque de todas maneras era hermosa; estaba sin embargo el cuadro de sus atractivos como más realzado por el marco precioso que lo circuía. Sencilla en aquel atavío para el cual parecía nacida, los que la vieron entonces, atesoraron en sus almas la morbidez delicada de aquel alabastrino cuello, el brillo singular de sus ojos y su fisonomía llena de expresión seductora. Estaba radiante como aquella luna, hermosa como aquel cielo, vaporosa como aquel ambiente, empero en su espíritu no tenía espacio ni cabida la serenidad de la noche tan bella con que acaba de compararse; porque a pesar de su victoria, sentía en su corazón alguna punzante espina que turbaba su alborozo.

Está probado: el contento convulsivo no es siempre la felicidad. Esta no existe sino para ciertas almas que la buscan en los goces puros que no consisten nunca en el triunfo de las malas pasiones. No es dado a todos los ojos perderse en el puro azul de los cielos vislumbrando a su través, los blandos éxtasis de lo infinito. La boda de la joven suponía el olvido de un pobre ser que la adoraba y a cuya afección y desgracias había dado pábulo; en este enlace militaba por parte de ella la aspiración a la esfera de las vanidades.

La cándida tea del amor desinteresado, no iluminaba sino débilmente aquel altar de himeneo, semejante dicha tea a la fosfórica luz, bella pero fatua.

En un salón de la quinta de Gradenigo, adornado con los primores del gusto y de la opulencia, una falange poco numerosa de caballeros aguardaba a los novios, quienes entregados todavía a sus mutuos tocadores, no tardarían en presentarse.

Advertíase entre los concurrentes, a un mancebo de agradable presencia y en cuya fisonomía podían leerse los síntomas del talento. Llamábase Ruggiero y era un pintor que en los albores de su vida prometía ya a la república una nueva gloria. Protegido por Cosme que le servía de espléndido Mecenas, profesaba a este a fuer de agradecido, toda la estimación de que es capaz un corazón sensible y bueno. Hasta entonces toda la viveza de su imaginación, todo el ardor de su temperamento que otros jóvenes de su edad y profesión dedicaban a las diversiones y placeres con menoscabo de su arte, habíanse consagrado en él a dar vigor a su ingenio y a ilustrarlo en su carrera. Todo él era amor de gloria; pudiendo decirse que las aficiones de la juventud no habían despertado en su alma o que el ideal del amor identificado en su corazón con el del arte, había hecho para él de este solo, el emblema de todos sus amores.

También estaba entre los concurrentes el famoso Hafiz ya mencionado. Aunque con disimulo por su parte, nada escapaba a su observación inquisidora y minuciosa. Era campo de estudio lo que se ofrecía a sus ávidos ojos, puesto que para ciertos espíritus es la observación no sólo instinto sino avara facultad que necesita su continuo pasto. Estaba en

los pormenores de aquellos sucesos, había visto venir desde gran distancia la tal boda, a pesar de conocer el carácter de Cosme, libertino y poco afecto a enlaces coartadores de libertad; más no conocía a la joven sin embargo de que gracias a las confidencias entusiastas del patricio, había formado respecto de su hermosura una idea sumamente ventajosa. Comprendía también que no era el empeño de Cosme nacido sólo de la virtud de la doncella, sino que debía influir notoriamente en él, atendida su índole, la belleza no común de la misma.

Platicaban los concurrentes respecto de las riquezas de Gradenigo, de sus placeres, de su fausto y sobre todo de su enlace, que a decir verdad, no dejaban de celebrar sinceramente, porque, no conociendo la índole de la futura y juzgando su noble conducta nacida de virtud más bien que de cálculo, aseguraban que este capricho de Cosme con todas las trazas de pasión sincera y digna del ara, le curaría de su propensión a los desordenes y de sus malos hábitos, poniendo en buena higiene su salud y su moral y apartándole, de todo punto, de la senda nociva que había seguido desde su adolescencia.

-Preciosa flor que fija para siempre a tan inquieta mariposa, decía un mancebo con cierta ironía que, por lo pronto, no encontraba eco en la reunión.

-¡Ángel salvador! exclamaba el sacerdote destinado a celebrar aquel consorcio.

Y el sabio Hafiz, consultado por todos acerca de aquel accidente singular, salía de su silencio exclamando: esta será la última locura del mancebo. -Respuesta que todos interpretaban como queriendo decir: se ha enamorado con locura, pero esta locura por sus benéficos resultados, le impedirá cometer otras. Es lo cierto que todos se entregaban de buena fe a la esperanza y que sólo algún extraviado incorregible, condenaba la tontería, tal era su expresión, de casarse joven y encadenarse por toda la vida el que nació para gozar libremente de esta primavera de la existencia, tan corta; contestando tan solo como para capitular en cierto modo con los que censuraban su modo de pensar: hace bien Cosme, realiza un placer, un capricho y basta, pero por mi parte, no apruebo su enlace. Además, ¿quién me vuelve a mi amigo, a mi compañero de correrías y juventud? ¡Creed en los hombres! ¡Cuántas veces, cuando yo me quejaba de nuestra vida turbulenta y sin verdaderas aficiones, me decía Cosme: amigo mío, juremos no casarnos nunca! -¿Te lamentas porque sientes un momento de hastío? ¿En qué vida no los hay? Sólo que en la que llevamos puede ese fiero enemigo desaparecer de un solo golpe. -Los verdes años se agostan pronto y deben pasarse en el olvido del agosto destructor; en último resultado nunca nos faltará una muerte tan dulce como la de aquel sabio que dicen se hizo abrir las venas en un baño delicioso. -Nada, lo dicho; añadió de repente el amigo de Cosme; en adelante me lanzaré solo por esos mundos sin creer en las palabras ni protestas de los hombres.

Al terminarse este discurso, anunciaron a los novios, y como ninguno de los convidados conociese a la bella, fijáronse con avidez todas las miradas en la puerta que había de darles paso.

Presentáronse por fin, con encanto de los concurrentes. Gradenigo estaba gozoso; ella radiante.

Verificose a poco la ceremonia pronunciando aquel sí que los ligaba y que a pesar de las protestas de ventura, que parecía prometer, era verosímil que sirviese de puerta a la desdicha. Fue puesto en manos de los contrayentes el anillo nupcial y pasaron luego aquellos, en compañía de los demás señores, a un salón elegante y espacioso en donde la magnificencia de aquel Lúculo habíales preparado un suntuoso banquete. Ambos esposos bebieron en la misma copa prometiéndose de nuevo la mutua felicidad, y por lo que atañe a los de la reunión, hubieron de celebrar cordial y alegremente la hermosa perspectiva doméstica que semejante unión desarrollaba.

Terminose a su tiempo, tan animado y exquisito banquete, y luego que despejaron el salón los convidados, acercose el patricio a Hafiz que yacía pensativo y observador según costumbre, diciéndole: sabio mío, tu filtro cambió de destino; lo he bebido en ese sí amoroso de Sirena, y quedo emponzoñado para siempre.

-Ya he dicho, repuso el persa, que esta sería tu última locura.

-Podéis jurarlo, añadió Gradenigo, apretándole las manos en señal de despedida.

- XIV -

Eco produjo en los aristocráticos salones de Venecia el matrimonio Gradenigo. -Todos anhelaban conocer a la nueva esposa si bien murmaraban de ella y aparentaban querer esquivar su trato; pero la prodigalidad de Cosme, sus riquezas por una parte y por otra la belleza y aun la natural discreción de la ex-florista, presto acomodada a tan alta esfera, hicieron olvidar poco a poco su cuna y hasta llegaron a admirarse de que la naturaleza no hubiese hecho nacer entre el patriciado antiguo a tan reciente cuanto atractiva señora. Hubo pues que aceptar, aunque no sin la resistencia que era de esperarse, un hecho ya consumado. -Las circunstancias se hicieron paso, porque estas son las reinas del mundo; díganlo si no tantos héroes de cartelón como se han hecho lugar, corriendo parejas con el viento en este monstruoso hipogrifo de las circunstancias. -Así pues por donde quiera, en festines y en saraos era la recién casada la heroína, excitando de continuo las simpatías y aversiones que eran consiguientes.

Seguíala por todas parte Ruggiero, el pintor, tributándole aquellas atenciones respetuosas que debía merecerle la esposa de su Mecenas. Otras veces temeroso de sí mismo, vedábase a sí propio aquel trato halagador; poniendo entredichos a sus entrevistas por semanas enteras, al cabo de las cuales, una visita de riguroso cumplido para con su protector, que tal era su deber, daba en tierra con todos sus propósitos: el amor entra y crece por los ojos. -El pintor era impresionable; sabido es que aquel es el sentimiento, si no la

pasión, de los poetas y de los artistas. Ruggiero no había tenido hasta entonces amoríos, salvo alguna afición ligera; prendado de su arte, este había sido hasta entonces su idolatría; pero ¿quién se libra de alucinaciones? -La ex-florista podría ser muy bien el demonio, pero tenía todo el hechizo de un serafín. -En ella había todo lo que un pintor, un escultor o un poeta pueden apetecer para dar forma a sus creaciones; gracia, proporciones, armonía y sobre todo el blanco velo de visión celeste que no puede pintarse, que no puede describirse, pero que el poeta o el artista conciben y trasmiten como si dijésemos en espíritu, y como por una especie de intuición entre el autor y la obra; de la paleta al lienzo, del cincel al mármol, de la mente a la palabra; deliciosa fiebre del alma, que comunica su calor y sus pulsaciones, vitalidad que se trasmite, vaguedad inexplicable que constituye el mayor encanto de una obra: la expresión.

Pero la naturaleza es injusta con el hombre: ¿para qué engañarle? ¿Para qué dar la hermosa apariencia del ángel al simple barro? Sirena era una realización de lo imponderable en punto la belleza, más aun, en punto a gracia: la gracia es el perfume de la hermosura. -Era la forma en todo su atractivo; por tener apariencias tenía la del ingenio, la del sentimiento, hasta la de la virtud: el pintor corría peligro.

Aprovechaba Cosme la ocasión de tales visitas para censurar a Ruggiero su desvío y apartamiento haciendo que este, por no merecer quejas tan justas, tornase a frecuentar el trato de la bella.

En semejantes alternativas su único pasatiempo era el trabajo. Sentía en su ingenio entonces cierta propensión a pintar ora ángeles purísimos, ora deidades voluptuosas; es decir, que vagaba su numen del Paraíso al Olimpo y viceversa. En una palabra: su pincel buscaba instintivamente todos aquellos objetos que pudiesen ofrecer analogía con la dama de sus pensamientos y de sus ensueños, ya contemplada bajo el punto de vista de los sentidos, ya bajo el no menos hechicero de las afecciones ideales; fases alternativas de su amor retratadas sucesivamente. -Y gran fuerza tenía que hacerse para que semejante metamorfosis continua, no le vendiese. ¡Cuántas veces hubo de borrar rostros y formas que sobrado parecidas al objeto de aquel amor ideal pudieran pasar por otros tantos retratos de Sirena! Esta parecía no comprender aquella idealidad que tanto debía lisonjearla, puesto que siempre se mostró indiferente sin dar pie a Ruggiero para alimentar esperanzas; si bien tratábale de una manera tal, que un observador consumado habría podido comprender que ella no desdeñaba, allá en sus adentros, un culto tan vehemente y reservado.

Estaba Gradenigo más apasionado cada día de su esposa, y aunque ella no perdía ocasión de complacer su cariño, consagrada enteramente a él, sentía este (acaso influían en mucho los antecedentes de su vida) debilitarse cada vez más, a pasos agigantados, sus ya desmedradas fuerzas. -Había todos los días una fiesta ora en la ciudad, ora en el campo, en que Sirena cariñosa siempre y pródiga de aparentes afanes y cuidados respecto a la salud y ventura del esposo, procuraba rodear a este, de suyo aficionado a la vida inquieta, de goces y alegría.

Habíase convertido la quinta en verdadera mansión de placeres, aliándose en ella el lujo con la gracia seductora. La mesa era exquisita y de continuo concurrida por gente partidaria de Epicuro. Hasta el aire que allí se respiraba estaba embalsamado y propio para enervar el

alma y despertar la molicie. Los sentidos estaban continuamente hechizados y suspensos en aquella mansión del embelese, en aquel harem encantador en que la esposa de Gradenigo, única sultana, multiplicábase para hacer revivir la hechicera fiebre. -Era aquella una prisión de amores en que el patricio sentía deslizarse dulcemente el resto de su vida.

Los jardines de la quinta tenían grutas deliciosas y llenas de misterio, fuentes que derramaban nubes de frescura, frutas que halagaban la vista e incitaban el paladar, flores vistosas y blandamente aromáticas, cascadas cristalinas y bulliciosas, estatuas y grupos de primorosa escultura, sendas y bosquecillos, cantos y murmullos; blandos, verdes y amenos céspedes, tálamos y asientos rústicos que provocaban al grato reposo, a gozar de la dulce sombra y de la tierna y afable confidencia. La esposa de Gradenigo era la diosa de este templo en que todo alzaba su voz para proclamar y celebrar su imperio: el imperio de sus gracias.

Desde los primeros días de su luna de miel había comprendido el influjo doméstico, que podía ejercer el docto Hafiz, médico y absoluto confidente de su esposo. Trabó con él amistad, y el persa sintió a poco el dominio de aquella mujer que tanto podía cantando y riendo. Comprendió que su influjo debía compartirse, y en la impotencia de la lucha, resignose gustoso doblegándose ante aquella Armida de los corazones. Paseábanse juntos con frecuencia. -Hafiz instruía a la esposa de Cosme, que dotada de pasmosa inteligencia, bastábale la simple percepción de una idea, para enseñorearse de todo el orden a que la misma perteneciera y ensanchar en pocas lecciones el cúmulo de sus conocimientos. -Posesora de una imaginación bastante viva y de una facultad extensa de relación, bastábale naturalmente una analogía para encontrar otras muchas; pero lo que mejor la caracterizaba era el don de poder subordinar fácilmente su fuerte imaginativa al cálculo y yerto raciocinio. Si bien no era esto el buen sentido, era sin embargo un talento, un ingenio peculiar y diabólico que la proporcionaba el medio de servir con su inteligencia a sus pasiones; debiendo advertir que, fuera de cierta vanidad y avidez curiosa de novedades, afectos que, aunque la impulsaban con la mayor vehemencia, sabía dominarlos y guiarlos hacia su satisfacción por caminos especialmente suyos; era fría, yerta respecto de las demás afecciones o flaquezas de la mujer. Era su temperamento un perfecto equilibrio patológico, por lo que, era ardiente sin ser desordenada, y fría sin poderse llamar linfática. -Y este temperamento con que la naturaleza la había favorecido, era un nuevo servidor de sus instintos, incapaz aquel de hacerlo nunca dar al traste con sus fines y propósitos. Sabía pues, desear y conseguir. No era buena, porque no deseaba el bien; porque era una criatura nacida para amarse; una encarnación, la síntesis del egoísmo.

Gustaba en gran manera a Hafiz el ingenio de la joven, ingenio que el mejor que otro alguno de aquel círculo podía apreciar; siendo esta una de las causas que más contribuían a cautivarle. Era fácil imaginar que el tal sabio a pesar de su edad y de su ciencia, buena, o falsa, estaba por intuición más expuesto que otro alguno a la seducción por parte de un carácter mañoso y de una inteligencia viva como los de Sirena. Pero esta no tenía empeño en seducirle sino hasta cierto punto, y he aquí por qué el persa siempre a raya, dejándose cautivar sin proyectos ulteriores ajenos de su edad y hábitos; complacíase en estudiar a la joven, figura especial en el mundo de acción y que lejos de necesitar en absoluto de algunos fragmentos de su acopiada ciencia, estábale enriqueciendo de continuo con nuevos hechos en la vía de penetrar los secretos de la naturaleza encarnados en el misterioso ser humano.

Otra de las amistades que se había propuesto alcanzar la esposa de Gradenigo en el nuevo orbe a que la había llevado su enlace con el patricio, era la de Perla, la joven cándida y apreciable por su hermoso corazón. Perla era su contraste, su moral antagonismo. En esto proponíase no sólo darse con el trato de aquella, mayor sombra de virtud, sino acercarse a Honorio Morosini el héroe entonces de la república y de la moda, hacerse ver y admirar de él, penetrar el secreto de sus relaciones con aquella e irla robando con el empleo de todas sus seducciones, el corazón del galán; su color de amistad, por supuesto, y sin violencia conocida. -Era harto difícil semejante victoria, porque Morosini hasta entonces veleidoso en materia de amoríos, estaba al parecer firmemente enamorado de la doncella, sin embargo de que la esposa de Gradenigo presumía, quizá no sin razón, que la voluble mariposa no puede prescindir de sus alas por mucho tiempo. Por lo pronto había conseguido la hermosa taimada el primer paso, puesto que su conocimiento con ambos amantes, habíase verificado sin accidentes ni indicios que pudiesen desesperanzarla en sus deseos. Maquiavelo femenil, sabía por instinto que sus armas debían ser harto peligrosas para la confiada y bondadosa Perla.

Pero dejemos para su oportunidad la narración de este episodio, y volvamos a tratar de la ex-florista en sus relaciones amistosas con Hafiz.

-Habitaba yo, pues lo sabes, en Ispahán, capital del grande imperio Persa; así decía aquel a Sirena, sentados ambos a la sombra de un bosquecillo de la quinta en una hermosa tarde de otoño; allí había nacido y visto desplegarse los días de mi juventud. -El estudio habíame llevado a investigar los secretos de la naturaleza en el arte de curar las dolencias y prolongar, en lo posible, la humana vida. -Mi cuna y mis conocimientos lleváronme al alto puesto de consejero y médico del poderoso Shah. -Érase este un hombre, viejo a pesar de su juventud; sus años eran todavía pocos, pero sus vicios habían sido y eran muchos. Marchito en la edad de la lozanía parecíase a esos troncos que heridos del rayo se secan nuevos aun sintiéndose morir en medio de las selvas en que aún despliegan sus verdes copas otros más añosos, sin que las húmedas bendiciones del cielo, ni los calores del rey de los astros puedan tornarle su perdido verdor. Viejo era el Shah porque una vida de caprichos y desenfreno habíale traído a semejante extremo: la vida es un corcel que precipita su paso a gusto del jinete quien puede rendirle o hacerle menos fatigosa la jornada a su placer. Sentía el príncipe dolorosamente su postración y temía el próximo efecto de ella: la muerte. Todos sus afanes giraban al rededor de un punto fijo: el de prolongar la existencia. -En mal hora tuve un día la debilidad de mencionarle mis estudios y mis ilusiones científicas acerca del hallazgo posible de un elixir que, cual licor de la vida, pudiese dilatarla indefinidamente: ¡este sueño ha sido la pesadilla de tantos sabios!

Entonces lo era de todos los que como yo estudiaban. Dividíase, como en estos tiempos, el campo intelectual de las academias de oriente y aun de Europa en varias escuelas, que tenían por terreno de estudio la naturaleza física del universo. -Unos examinaban, como hoy aun, la materia bruta, fundiendo metales viles para hallar el secreto del noble oro y de las piedras preciosas o séase la piedra filosofal. -Otros, como yo, buscaban y buscan en la naturaleza sensible y organizada el secreto de la vida y los medios de prolongarla; otros combinando la cábala con el conocimiento de los astros, inquieren aun la solución de lo porvenir y el hilo imperceptible que une a su carrera el destino de cada mortal sobre la

tierra. -Esta ciencia no ocupaba tanto mi ánimo como la que atañe al secreto de la vida, porque en efecto, ¿qué riqueza podría comparársele?

Encadenar la naturaleza a la voluntad del hombre, conocedor de su enigma, sería tan importante como crear un mundo.

Yo veía, como veo, que el aniquilamiento de los órganos por medio de la acción viva y contínua, o sea el movimiento, es a la postre la verdadera e infalible causa de la muerte. Retardar ese movimiento, en lo posible, tal ha sido el fin de lo que algunos sabios moralistas llaman virtud; pero esto no basta al cabo y es menester que la materia venga al auxilio de la materia. Es menester retardar por medios puramente físicos ese movimiento, y restituir a los órganos de vez en cuando su primitiva fuerza; dado que esté en los órganos y no como voy convenciéndome, en una causa nueva que hace que estos sean un puro instrumento de fuerza o voluntad desconocida. Estudiaba día y noche, recorría los campos, observando la vida de todos los seres, ya plantas ya animales, estudiando la organización universal; inquiriendo por qué medio nace, crece y muere la planta, por qué medio nace, crece y muere el animal, haciendo en la vida de estos mis experiencias, a veces satisfactorias, cuasi siempre oscuras por desgracia en sus resultados. -Oyome el Shah platicando con otros médicos acerca de mis doctrinas, un día en que las experiencias, favorables a mi ver, disipaban el ceño de mi frente. El Shah me llamó a su lado, y pidiome la revelación del secreto que él, en su impaciencia, suponía ya descubierto por mí. -Negueme a revelarlo lo que sólo era suposición mía. Creyó que le ocultaba los frutos de mi ciencia, y delante de su corte ordenó mi suplicio. -Con la ira en el corazón resigneme a aquella injusta voluntad que así disponía de mi existencia, y entonces para vengarme de su estúpido mandato, di a conocer en mis ademanes y en algunas palabras expresadas con misteriosas reticencias, que el verdugo al separar la cabeza de mi tronco, no haría otra cosa que cortar para siempre el hilo de un secreto importante. El Shah conoció lo estéril de mi muerte, temió por la anhelada prolongación de su vida, y esperando en que yo al fin podría serle más útil viviendo, mandó suspender la ejecución, no sin que quedase yo obligado por su mandato a presentarle dentro de un término señalado el elixir vital por qué suspiraba y que esperaba obtener de mis estudios e investigaciones. No dudo, poderoso señor, le dije, llegar al cabo a dar con el grandioso secreto de la vida, pero he menester realizar experiencias que exigen tiempo, tesoros y libertad. -Pues bien, me contestó; dispón de esas tres cosas a medida de tu deseo, mi imperio es tuyo. -Y desde aquel instante quedé libre Pero temía demasiado la terquedad absoluta del Shah, de aquel joven envejecido que soñaba ardientemente con el medio de parar en su curso la fugitiva existencia; suponiendo yo, quizás con sobrado acierto, que no me sería dado escapar en otra ocasión de aquella furia arrebatada.

Además, yo no podía aclarar tan fácilmente el maravilloso misterio que envuelve el problema de la vida, y era posible que locamente perdiese la mía en las garras de tan injusto príncipe. Amaba mucho a mi patria, pero la ley de conservación era imperiosa. -Un día en que el Shah me juzgaba más afanoso y ocupado que nunca en la investigación del objeto de sus ansias, cubrime con un disfraz y me alejé de Ispahán; de aquella ciudad que me vio nacer y que tanto amaba, pero que ingrata a mi cariño, me amenazaba con la muerte. -Algunas monedas que pude sacar conmigo y la protección de una persona adicta y poderosa, ayudáronme a franquear las fronteras, dando conmigo en Constantinopla, desde

donde me trajo a Venecia una nave de esta nación que hacía el comercio. Desde entonces, hace ya algunos años, he viajado por los reinos de Europa, y gracias a la hospitalidad de vuestro esposo, habito bajo su techo tiempo ha, asistiéndole en sus dolencias, recibiendo sus ricos presentes, estudiando y esperando. Aquí te he conocido, hermosa estrella de Occidente, y tu amistad es hoy un tesoro apreciable para mí. Ya tienes narrada mi historia, en la cual he omitido referirte para no abusar de tu paciencia mil curiosidades, aunque serían tristes y cansados pormenores. Tú debes consolarme de la pérdida de aquel hermoso cielo de mi patria, y yo te con la más sumisa adhesión tales favores.

Dijo así el sabio; y tanto él como su interlocutora guardaron silencio por algunos instantes: ambos parecían meditar en lo que acababa de narrarse. Y luego sea que las persecuciones que había sufrido Hafiz despertasen en la esposa de Cosme, el vago instinto de libertad que se revela en el hombre, en presencia de toda coacción sufrida e injusta; sea que absorta en la esfera de sus propios deseos, cruzase por su mente ese anhelo del espacio, que es con frecuencia la resultante de las agotadas fuerzas del corazón; es lo cierto que, levantándose aquella de pronto y fijando su vista en un grupo de palomas que cruzaron rápidas y vagabundas por cima de los árboles, a cuya sombra estaban ella y Hafiz sentados, exclamó: ¡Ah! ¡cuán libres son las aves, y quién fuera como ellas!

Al escuchar esta exclamación y ganoso de lograr nuevas noticias, apresurose Hafiz a interrogarla. -¿Te pesa ya la vida conyugal, señora?

-No por cierto, respondió la joven que había comprendido la intención de la pregunta; antes soy sumamente feliz en mi estado; pero algunas veces, anhelo salir de este mundo para atravesar esos espacios en pos, qué sé yo... en pos de otra existencia que se encuentre allá, como vos decís, en las estrellas. ¿Queréis que os confiese mi pensamiento? La sed de novedades me consume, y hay momentos, como hace poco, en que el contemplar esas aves tan libres y ese azul tan inmenso, he sentido vivo anhelo de saber, de experimentar, vivo anhelo de que mi alma verifique cuanto antes esa peregrinación de que soléis hablarme. -Sí, cuanto antes porque a la verdad, este mundo, bueno para unos y malo para otros, está ya visto y suele hastiarme. Por lo que hace a mi estado, nunca he sido tan feliz como hoy al verme en aptitud de poder labrar la ventura del esposo que me ha hecho todo lo que soy. -Y ciertamente, lo sé, que una vez terminados estos días de su vida, tan decaídos ya por desgracia y que son para mí el colmo de la felicidad; acaso el hombre suyo, y el recuerdo de una ventura fugitiva sea lo único que me reste de una opulencia que sólo me pertenece durante mi actual estado. Entonces el nombre de mi esposo, no me dispensará de volver a la esfera de las privaciones. -La parentela de aquel ha sido contraria a su enlace conmigo, y terminado este para dolor mío, ¿qué haré, pobre de mí, débil mujer para contrariar los ambiciosos fines de aquella, si mi esposo no toma en vida todas las disposiciones convenientes a fin de que las leyes aseguren y amparen a la pobre viuda? Pero, en fin, ¿qué digo? Debo conformarme y no mostrarme exigente. -Además, la pobreza fue una ley para mí desde la cuna, y debo someterme a ella. -La paloma busca el sustento aun a riesgo de las ligas y de la muerte; no me ha dado el cielo menos fuerzas y yo haré lo mismo: tornaré a mi anterior condición y cúmplase la voluntad del Altísimo. Dijo, y tornó el talante de la virtud sencilla y resignada, no sin que dos lágrimas cayesen de sus ojos.

-¡Cómo! exclamó Hafiz, ¿y pensáis que el esposo abandone así a la esposa querida, que le colma de afanes y cuidados y que trata de hacerle gratos, por todos los medios imaginables, los últimos días de su existencia? No, amiga mía.

El persa comprendió que aquello era una verdadera insinuación, y que debía prestar a la bella atribulada aquel servicio, obligándola por este medio, respecto del porvenir, en la carrera de los mutuos favores. -O acaso se había conmovido sinceramente ante los temores de su amiga, quién a ley de mujer orgullosa, debía afligirse a la idea de tener que renunciar, por la muerte de su esposo, a una opulencia que tan bien cuadraba a su carácter y a la que ya se había acostumbrado. Hafiz era hombre de buena fe sin duda, y a fuer de sabio comprendía las flaquezas humanas, siendo acaso con ellas demasiado indulgente. -Es verdad, que para él, espíritu concentrado en las funciones de la inteligencia, la virtud era indiferente, atento sólo a considerarla como puramente convencional entre los hombres, y cual nombre vano ante la naturaleza. El exclusivo aprecio de la inteligencia desestima la virtud.

Idólatra de aquella, había encontrado en la joven, un intérprete de sus pensamientos, que escuchaba sus lecciones con una atención que encantaba su vanidad de maestro halagando su gusto por la ciencia. -Por otra parte, ¡su discípula tenía tanto ingenio! érale tan simpática, que mal podría dejar de sentir un vivo interés por la desgracia que la amenazaba.

-No, exclamó; tu orgullo no experimentará, si me es dado evitarlo, tan humillante prueba; no presenciaré indiferente tu recaída en la miseria desde ese cielo de tu fantasía en que fulguras con tan hermosos resplandores; la sonrisa desdeñosa y burlesca de los que hoy te envidian y te adulan, no brillará mientras yo pueda. Cosme reconocerá su estado, tomará sus precauciones, y tu temor desaparecerá ante la seguridad que tu esposo adopte respecto de tu porvenir.

-¡Ah! Hafiz, sois harto bueno para conmigo; agradezco vuestro interés, ¿pero qué? ¿podría yo imaginar que ibais a pretender convertir en hecho una vana queja mía? Os lo he dicho estoy resignada, os prohíbo que hagáis indicación alguna a mi buen esposo. ¿Qué imaginaría él? ¡Oh! jamás desplegaré mis labios para demandarle cosas que puedan hacerle creer que al darle mi mano llevé miras interesadas. Gracias, os doy, buen sabio, por vuestra afectuosa amistad; pero los sentimientos que en un momento de flaqueza os he manifestado, no han tenido en manera alguna por objeto, obligaros a dar pasos en mi favor para con mi adorado esposo. -Dejadle; el cielo, que no quiere el mal de sus criaturas, le dará tiempo para pensar y disponer espontáneamente lo que mejor convenga.

-Sí, pero no es cosa de perder tu posición, tu fortuna; tornar a la pobreza, dar contento a los que hoy te envidian; abandonar estudios a que tanto se presta ese ingenio que me cautiva. ¡Oh! no, debe ser; yo cuidaré de que todo se arregle y pronto.

-Contad, repitió la esposa de Cosme con la mayor aparente sinceridad; contad con que nada os he dicho: ¿entendéis?

-Bien, bien, dijo Hafiz, comprendo y basta.

-Hora es ya, repuso Sirena, de que mi esposo termine su siesta. El pobre, bien poco duerme, y sólo gracias a vos, a vuestros medios, puede aletargarse.

El sabio y la joven se separaron; Julieta, la camarera de Sirena, vino en seguida a decir a esta:

-Señora, ya le tenéis ahí.

-¿Ruggiero?

-Sí, señora.

-Bien está, que pase a mi gabinete.

Adelantose la camarera a cumplir la orden de su ama y a poco esta encontrose frente a frente con el pintor.

- XV -
Con caprichos nací, nací mujer

Es la belleza en la mujer, cualidad inocente y hasta meritoria, si se emplea en realizar en el mundo uno de los mil ensueños de virtud que suele engendrar la mente del hombre, y que por desgracia tiene este que ver desvanecidos con frecuencia, como verdaderos sueños o como desesperadas aspiraciones a otros mundos de mejor armonía con sus deseos.

La belleza en la mujer tiene una misión noble y elevada. -Cuando la tristeza, la desesperación o el egoísmo turban el horizonte de la vida y el ánimo se ve a punto de precipitarse en las tinieblas del desencanto, la beldad viene a restablecer con una lágrima, con una caricia, con una mirada, la paz y la fe que habían huido del corazón del hombre. Ella enciende la tea de los nobles deseos, alimenta la hoguera de las grandes causas, inspira el aroma de la caridad y hace que el hombre no tenga sino amor y fraternidad para los demás hombres; hace, en una palabra, renacer en el alma, aun cuando el otoño marchite ya la vida, la dulce aurora de la juventud dorada y generosa; y semejante a una mirada de otro mundo, despierta la esperanza, trae consigo el consuelo y acaso hasta la felicidad.

Pero la mujer heroína de esta historia, Sirena de todos los tiempos, ¿a qué causa servía con su belleza? A la de su propio engrandecimiento, sin duda. -¡Oh! ya no era la mujer hermosa, la Eva del pensamiento y del corazón, pura en medio de sus flaquezas, esencia celeste aunque encerrada en túnica mortal. -No era ella pues la mujer hermosa, era una mujer hermosa como otras muchas y basta.

Sin embargo, ¡infelices mujeres! Los Calígulas y Nerones han podido hacer del hombre un ser abyecto; pero los hombres comunes os han condenado a la más triste de las abyecciones: la frivolidad. -Aquellas que veis embriagadas del poder de su hermosura,

toman por triunfo lo que no es más que el himno de un día. -Ellas también soñarán acaso con la perpetuidad de los afectos, quizá se consuelen con la ilusión de haber podido o con la esperanza de poder inspirarlos, lo que es más, con la creencia de ser capaces de sentirlos. ¡Preguntadles si en todo ello existe otra cosa que un suspiro de desengaño y de deseo, cubierto como punzante espina, bajo la rosada corola de una vaga, fugitiva y engañosa esperanza!

Por mi parte, debo confesar que desde hace algún tiempo cada vez que celebro la belleza que antes parecíame la más dulce realidad, mi elogio es un ¡ay! de lástima por ellas y por mí. Convertido, por desgracia, en uno de los mil Jeremías de este mundo, sólo veo en la hermosura de algunas mujeres un dulce engaño, una deliciosa mentira, ¡pero sólo una mentira! Al celebrarlas mi labio, mi corazón tergiversa las palabras y todo mi aplauso se reduce en mi pensamiento a estas: ¡Oh! mujer, ¡si fueses una verdad! Y ¿cómo pudieras tú ser una verdad, pobrecilla flor de un día, cuyos colores y aroma son tan solo una ilusión que la mente del hombre crea y fomenta. Tú que eres sólo una fantasía, una idea que se desnaturaliza al concretarse: ¡maná del desierto, que el pobre israelita encontraba al día siguiente a su caída, reducido a polvo!

Sirena era pues una doble mentira, mentira como hermosa, mentira como abnegación, la segunda y principal belleza de la mujer. -No era pues la mujer del Cielo, era si la de Edén, una de tantas en que las gracias son puro instrumento de sus miras y para quienes Dios, amor y virtud son tres pasaportes para el logro de sus conveniencias. Y a pesar de esto, rendíanla tributo nobles almas como la de Ruggiero; amábanla corazones cándidos como el de Paolo se dejaban seducir por ella hombres libertinos y gastados como Cosme Gradenigo. ¡Injusticias misteriosas del corazón humano! Tal vez, a haber sido modesta, hubiese helado el aplauso. ¿Para qué sacrificar el aplauso? Valía más sacrificar la modestia.

Decía yo que la esposa del patricio se halló frente a frente con el pintor. -Los ojos dicen con frecuencia más que los labios; Ruggiero bajó los suyos y pronunció:

-Me habéis, señora, ordenado a venir.

Sí, por cierto, respondió aquella, y en verdad que sin duda habéis hecho algún voto que os obliga a huir de esta casa como peligrosa.

Iba Ruggiero a manifestarla que acaso no se equivocaba, pero contúvose porque esto equivalía desde luego a una confesión que él temía más que a la muerte; así sólo respondió:

-Señora, ¿qué queréis? Mis muchas ocupaciones artísticas impiden mi frecuente presencia en esta mansión dichosa; pero de ningún modo puede decirse que mi afecto hacia los que en ella habitan, haya podido entibiarse. Antes al contrario, quizás el apartamiento haya con tribuido a acrecentarlo; ved en mi pronta y eficaz venida una prueba de mi aserto. -Ordenad y seréis obedecida.

-Creo, expresó Sirena, que mi matrimonio no habrá disminuido en nada el afecto que Cosme os profesaba como amigo y como artista ¿no es verdad?

-Ciertamente, Señora, respondió con rubor el artista.

Este rubor es natural si se tiene en cuenta que desde el matrimonio de aquella, la protección mecénica de Gradenigo habíase acrecentado. Por reservada influencia de la esposa, había tenido el pintor notable demanda de cuadros y sumas considerables en pago de los mismos, ya de parte de Cosme, ya de otros patricios.

-Os he hecho llamar, continuó la joven, para encargaros una obra digna de vuestro ingenioso pincel. Os recomiendo solamente que pongáis en ejercicio todo vuestro numen, puesto que se trata de una pintura que requiere inventiva y verdad al mismo tiempo. -Es un puro capricho, pero ¿qué queréis? Los amigos deben poner sus habilidades al servicio de la amistad; ¿no es cierto, amigo mío? Añadió con una expresión que derritió el alma del mancebo.

-¿Y qué?... se atrevió este a preguntar, después de un breve silencio en que la joven consultaba de antemano la impresión que el capricho de que iba a hablarle podía ir reflejando en el rostro del pintor. Este se hallaba un tanto sorprendido.

-¿Conocéis, interrogó ella de pronto, al almirante Honorio Morosini?

No sé por qué, pero el pintor sintió por instinto, puesto que no había antecedente alguno, cierto desagrado al escuchar este nombre en labios de la bella.

-Es un caballero lleno de bizarría, ¿no es así? continuó esta aparentando no haber advertido el movimiento de sorpresa del artista. ¿Quién no conoce al glorioso defensor de la república?

Ruggiero venció su primer impulso de repugnancia y contestó: -En efecto, Señora, decís bien: ¿quién no le conoce en Venecia?

Por tanto, repuso la joven; amiga de lo héroes, no puedo vivir sin tenerlos a mi lado. -Quiero, pues, que hagáis su retrato en la forma que os explique.

-¡Cómo! Señora... yo...

-¿Y por qué no? replicó ella; me habéis dicho que queríais complacerme.

-Eso no puede ser, exclamó el artista; pedidme la sangre, la vida, pedidme que arrebate al sol la luz y a la noche su misterio para estamparlos en el lienzo; pedidme que en el caso de no poder realizarlo, arroje con mengua de pintor, mi paleta a los canales, y seréis obedecida; pero exigirme que...

-¿Qué?... dijo la esposa del patricio, simulando sorpresa.

-No taladréis mi corazón; murmuró el pintor de una manera casi ininteligible, pero cuyas palabras percibió Sirena.

-¿De qué modo? interrogole haciéndote bajar la vista.

-No me pidáis que haga, replicó confuso el artista por haber dejado traslucir lo que juzgaba que debía ser un secreto, para vuestro recreo el retrato de otro hombre.

Ruggiero iba de indiscreción en indiscreción.

Otro hombre, habéis dicho: repuso ella. -¡Y con qué tono! Cualquiera diría que tenéis celos.

El artista palideció.

-Pero tal sería locura, expresó la de Gradenigo con cierto enfado y como reconviniéndole. -No creo haberos dado motivo para... Vaya, vaya; qué niño sois, añadió sonriendo con burlesca sencillez. -¿Quién os ha dicho que sea puramente para mi recreo?

-Señora, no puede ser, repuso el pintor con tono resuelto.

-¡No puede ser! exclamó Sirena. ¿Ignoráis que vuestro pincel me pertenece, que está al servicio de mis caprichos?

Esto era para el pobre artista el manoplazo feudal.

-Desde este instante lo emancipo de vuestros favores, no menos agradecido por su puesto a lo pasado; renuncio para siempre a la protección de vuestro esposo.

Esto era para Sirena la retirada de la plebe romana al monte Aventino.

-Desde este instante, continuó Ruggiero, recobro la voluntad que me asiste como de mi propio y único dominio, viviré con menos haberes, pero tendré que lamentar que mi habilidad me haya servido contra mí propio... es decir: contra mi voluntad.

-No me explico, dijo la joven, vuestra conducta, pero...

-Adiós, expresó Ruggiero dirigiéndose a la puerta de la habitación.

La plebe continuaba rebelde; era menester que el senado transigiese so pena de perder el pleito.

-No, no saldréis, exclamó la esposa de Gradenigo, con entereza.

El pintor se detuvo en el dintel; aquella voz era el hálito de la fascinación: parecía encadenarle allí.

-No, no saldréis sin complacerme o sin explicar semejante misterio.

-Debo callar... dijo sordamente el artista. -Había dicho demasiado.

-¿Y qué? expresó Sirena sin darse por advertida de la significación que llevaba en sí tal reticencia. Y con el acento dulce y penetrante que tan bien sabía emplear: ¿me desairáis? añadió. ¿Os negáis a satisfacer una pretensión harto sencilla, y que aseguro, es inocente?

Luego acercándose a él, añadió con voz gratamente confidencial: inocente, sí, que en nada ofende a mi esposo, ¿lo oís?

-¿De veras? exclamó el pintor que sentía la necesidad de darse por vencido.

-Ciertamente, respondió ella.

-¿Me lo juráis? -preguntó.

-¿Que os lo jure? dijo la joven vacilando... Lo juro, añadió con tono tan firme que desvaneció en un punto el efecto que hubiera podido causar su anterior vacilación.

-Pues bien, repuso Ruggiero, seréis complacida... Aunque mejor quisiera morir.

-¡Morir! dijo ella riendo. ¡Bobada! La vida es hermosa cuando hay juventud, ingenio y... esperanza; lo oís, amigo mío.

El pintor estaba vencido.

Está dicho, haré lo que pedís; expresó casi con felicidad.

-Cuidado, repuso la bella, que vuestra antipatía por él, no os haga desnaturalizar sus varoniles y expresivos rasgos.

-Lo prometo.

-Qué queréis... Con capricho nací, nací mujer.

-¿Quién os resiste?

-¡Quién! Vos; pero no hablemos más de ello. ¡Ah! creo que mi esposo nada sabrá... Es una simpleza. No vayáis a imaginar lo que no estaría bien. Se trata de un plan de diversión que forjo acá en mis adentros, es una sorpresa. En fin, para que veáis que el objeto es inocente, como os he manifestado, y que sois acreedor a mi confianza, os iré instruyendo en los pormenores. Pero disponeos primero a hacer el retrato en la forma que yo os diga y pedidme luego explicaciones: ¡ah! me olvidaba, hoy comeréis con nosotros.

Sirena salió de la pieza; el pintor quedó como muchos enamorados: cariacontecido, estupefacto.

- XVI -
Detente, sol de la vida

Llegose Sirena al cuarto en que yacía postrado su esposo. La consunción caminaba con paso de gigante. Su frente estaba pálida como sus mejillas, las cuales parecían dos fosas cavadas por el vicio. Su respiración era fatigosa. La vida retirándose, aunque con lentitud, de sus miembros, dejaba al próximo esqueleto el principio de su descarnadura. Sus ojos grandes y un tanto lánguidos se mostraban en su semblante como la única señal de vida, como dos llamas del fuego fatuo, que brilla a veces en los cementerios. Al abrirlos; al moverse aquel hombre, parecía un cadáver que se reanimase momentáneamente para dar un nuevo adiós al mundo, para buscar en él la realización de algún pensamiento atormentador o para traer a los vivos alguna nueva de la mansión de sueños en que no todos duermen tranquilamente.

-¡Ah! suspiraba roncamente el enfermo en lucha impotente con la decadencia que le abrumaba.

-Esposo, exclamó Sirena besándole en la frente.

-Ah, repitió Gradenigo, tú aquí...

-¡Cómo! replicó ella, siempre junto a vos.

-Es verdad, dijo el enfermo. Mis fuerzas se agotan totalmente, expresó levantándose dificultosamente.

-¿Por qué os dejáis abatir por la debilidad? añadió la joven; vuestro semblante está aun mejor que ayer. Aquí tenéis, continuó, la bebida que os ha ordenado Hafiz y que tanto bien os hace.

-Comienzo a creer, repuso Cosme, que la muerte está cercana.

-¿Por qué semejantes pensamientos? expresó ella, cuando todo anuncia que vuestra salud se restablecerá? Vamos, bebed.

Hízolo Cosme, y después de algunos momentos, sintió reanimarse poco a poco, hasta poder levantarse gradualmente y aun dar algunos pasos por la habitación. Sus ojos tomaron brillo y sus facciones animáronse un tanto. La postración será luego mayor, dijo el enfermo, como me acontece cada vez que tomo ese licor; pero no importa, con tal que se viva.

La confianza vino, como era natural, al recobrarse un tanto las perdidas fuerzas.

-Haz que venga Hafiz, añadió; anhelo ver cómo me encuentra en este instante.

Salió Sirena y a poco entró el médico. La joven permaneció fuera, aunque, ganosa sin duda de no perder una palabra de la conferencia que iba a verificarse, sintiose detrás de una mampara, próxima al sillón en que se hallaba Cosme.

Fijáronse los ojos de este en la fisonomía del sabio como los del reo que esperase leer en ella su sentencia.

-Me encontráis... dijo sin atreverse a terminar la pregunta.

-Hafiz movió la cabeza y respondió: Ni bien ni mal; empero como las alegrías traen a veces un reactivo favorable a la salud, alguna noticia satisfactoria a vuestro corazón podría dar a vuestras fibras algún tiempo de vigor y vida. Yo, médico de la materia y del espíritu, busco para vos las alegrías.

-¡Cómo! ¿qué queréis decir? expresó el doliente patricio.

-Acabo de inquirir una noticia que debe seros placentera. Los indicios no pueden ser más terminantes.

Contad, amigo mío, exclamó el enfermo, con que mi ansiedad debe ser grande; hablad, ¿qué queréis decirme que pueda, como decís, alegrar tanto mi corazón?

-Vuestra esposa, añadió bajando la voz como para dar con el misterio mayor importancia a su revelación, no sin que pudiese oírse desde el sitio en que estaba apostada Sirena, y articulando distintamente: vuestra esposa no es ya la mujer infecunda que da escarnio al esposo y soledad al padre.

-¡Oh! ¿qué decís, Hafiz? ¡Un hijo! exclamó el enfermo con el más inefable gozo, ¡un hijo de mi nombre y de mi corazón! pero ¡ah! añadió con desesperación, advirtiendo cuán poco tiempo le restaba para gozar de una dicha que tal vez la muerte no le permitiría alcanzar: ¡mi vida pasada! ¡Miserable cuerpo! ¡quién pudiera darte un año, un solo año para besar la frente cándida de esa ya idolatrada criatura y luego morir!... ¡morir cuando hay pedazos del corazón que adorar en este mundo!

Así decía caminando trémulo por la habitación, gracias a las pocas fuerzas de que podía disponer y que, la desesperante emoción que le agitaba, había aumentado.

-¡Juventud, juventud agostada locamente! ¡quién pudiera tornarte a tu verdor! Yo maldije al sol que me alumbraba y el sol me abandona hoy en las tinieblas. No, no; exclamó apoyándose vacilante en el persa y abrazándole con efusión, si aún es tiempo, la vida, la salud, la vida siquiera, un rayo de vida, solamente; quiero conocer, amar y ver crecer al hijo de mi corazón.

Así agitado por el remordimiento de sus pasadas locuras, el pobre hombre daba giro a sus pensamientos por un camino nuevo y desconocido. El instinto paternal noble y generoso, había regenerado en un solo instante el alma del ser hasta entonces depravado: por primera vez comprendió poderosamente que había en la vida algo más que placeres tan

efímeros como miserables. En seguida, cediendo Cosme al cansancio que traía consigo aquel trastorno, abismose en uno de los divanes que ornaban la alcoba y dejó caer la cabeza sobre el pecho en son de caviloso y abatido. El sentimiento de padre despertando en su pecho, aprestaba el alma a una resurrección moral, y el corazón a sus vínculos naturales para con los demás hombres; el libertino egoísta dejaba de vivir para sí, transformándose en un ser generoso. Gradenigo entraba pues de repente en la vida del hombre, del pensamiento, si bien con el corazón harto afligido. Como el doctor Fausto de la leyenda que precedió al célebre poema de Goethe, vendida su alma, sentía el pesar de los lazos que le ligaban al Mephistópheles de sus pasados días, y como aquel, veía con dolor desvanecerse ante sus ojos la Helena de su pensamiento, resucitada en artificio y en aparente cuerpo por el complaciente espíritu de las tinieblas, para servir de gozo a su amor y de madre a un hijo que no debía ver ni abrazar. La Helena de su placer y el hijo de su amor, debían desvanecerse para Cosme ante la realidad de su muerte próxima; y por lo tanto su lamentación era la del burlado Fausto de la leyenda. Mephistópheles, Belzebú y demás comparsas debían sonreírse burlescamente ante aquella actitud triste y corear grotescamente en los abismos la endecha del esposo y del padre sin esperanza. ¡Desventurado Cosme! ¿Qué se habían hecho aquellos días de desprecio al bien y al pensamiento, de continuos holocaustos al vicio y la licencia? Dejaron en tu alma el vacío moral, la anarquía de los sentimientos. ¡Desdichado labrador, que dejaste perder las mieses de tu campo! ¡Desventurado ser que abre los ojos a la verdadera existencia y la encuentras ya en el pálido triste otoño! Caín de ti mismo, ¿por qué demandas los vínculos de amor que en ti mataste? No, no llames a la puerta de la paternidad, árbol estéril que negaste abrigo a las aves inocentes; ¡en vano anhelas dar los dulces frutos!

En efecto, ya era sobrado tarde, y el patricio estaba devorado por los remordimientos más crueles: los tardíos.

Comprendió Hafiz que el terreno estaba preparado y qué podría ya entrar en materia en la vía de servir los intereses de su discípula, insinuando a Gradenigo sus deberes para con los seres queridos que habrían de sobrevivirle; pero sin duda habíase caminado harto de prisa. Presentábase en Cosme la reacción moral con síntomas de serle inmediatamente funesta. Íbanse desfigurando sus facciones, erizándose sus cabellos, palideciendo hasta lo sumo su descarnado rostro, y luego, crispado y convulso cayó por tierra con agonías parecidas a las de la muerte... agolpose a sus labios en seguida y como indicio fatal, a borbotones, la enrojecida sangre. Acudió el médico a los pulsos, y Sirena, al percibir el trágico rumor, entró en la alcoba, en ademán de afligida.

Hafiz buscaba en los ojos de la bella una mirada de reconocimiento, siquiera de aprobación; pero ella no los alzó del esposo a quien parecía consagrar todo la solicitud de su cariño. Hubiérase dicho que era por completo extraña al lance y que nada había insinuado, ni escuchado.

Ocurrieron al llamamiento los criados, quienes tomando en brazos al infeliz patricio, dieron con él en su lecho, sin voz, ni movimiento.

-Mi vida, exclamó Sirena con acento que conmovió por su aparente aflicción a los circunstantes: mi vida si es necesaria, y prolónguese, en lo posible, la de mi esposo.

-Señora, exclamó Hafiz, con una mirada a que Sirena correspondió con otra, pero fue esta mirada de la joven, tan encubridora del sentimiento que el sabio esperaba leer en ella, que casi dudó este de si habría procedido sin anuencia de la esposa en el paso que, en la creencia de trabajar en obsequio y por insinuación de la misma, acababa él de dar para con Cosme. Señora, repitió mirándola atentamente, de ¿te interesa su vida? Haré todo lo posible por complacerte.

¡Santa verdad! En este carnaval del mundo, ¿quién podría distinguirte de la mentira?

- XVII -

Con la venida del otoño y con el fin de atender a la salud de Gradenigo, habían retornado a Venecia los dos consortes. Las fiestas habían cesado y todo estaba silencioso y triste en su morada. Sirena no abandonaba la alcoba del enfermo; jamás se vio en esposa mayor solicitud.

Era prima noche. Sirena acababa de dejar momentáneamente la cabecera del doliente Cosme, ganosa de espaciar un poco el ánimo; detúvose un instante en un peristilo que a guisa de balcón ornaba una de las fachadas de su palacio; entonces, de una góndola que a la luz de la luna deslizábase a lo largo del canal contiguo, bastante solitario en aquel instante, salieron las siguientes estrofas en las cuales percibió ella, no sin conmoverse un tanto, una voz que no le era desconocida.

No puedo celebrarte
Venecia, patria mía,
que ya sin alegría
dejome el fiero amor.
¿A qué cantar tu cielo,
tu luna refulgente,
si hay otra que inclemente
te roba el esplendor?

¡Mas ay! que estotra luna
vertiendo luz tan clara
tinieblas, ¡ay! depara
al pobre corazón.
Decidla, ondas sonantes,
no poco agradecida
me dé, si doy la vida,

la muerte en galardón.

Que si la llevo alegre
sentada aquí en mi góndola
y corto con mi remo
las cristalinas ondas,
los gratos pececillos
que mil colores ornan,
nos siguen juguetones
saltando de placer.

Venecia, tus placeres,
el sol que en ti destella,
no valen cual la bella
que amé desque la vida,
llamo «dogaresa,»
por ella boga el remo,
con ella el mar no temo
pues reina sobre mí.

Por ella riza el céfiro
el mar, su dulce canto,
su voz es el encanto
que ahuyenta al huracán;
y cuando pasa altiva
las obas son serenas,
del Adria las Sirenas
tras de su reina van.

Que si la llevo alegre &c.

Venecia, tus palacios,
tus torres altaneras,
tu Rialto y tus galeras
mi bella oscureció.
Tu «Lido» no ha criado
más fresca y pura rosa,
ni perla más hermosa
el mar alimentó;
empero es soberana
alzada cual la luna;
y yo en plebeya cuna
sentime despertar.
¡Oh cielo! si piadosa
cediera en su desvío,
la diera el pecho mío
que es grande como el mar.

Que si la llevo alegre &c.

La voz de Paolo dejándose oír clara a pesar de la distancia, no dejó duda a Sirena de que aquel conocía, si se atiende al sentido de la cantinela, su nueva posición y acaso su nombre y su morada. Complaciole el ver que aquel amor continuo y no extinguido no se exhalaba contra ella lleno de iras como había imaginado, sino como un melancólico recuerdo, lleno de suspiros, de ternura y de apacible dolor; así es que sin alcanzar a darse cuenta del extraño impulso de su corazón; apenas llegada la misma hora de la noche siguiente, tornó a apostarse en la enunciada galería. Como cosa de pocos momentos habría pasado Sirena en aquel sitio contemplando el estrellado cielo y meditando acerca de los cambios que lleva consigo la fortuna, que desde simple mozuela del pueblo habíala llevado a habitar nobles palacios; cuando la canción de la noche anterior dejábase oír aunque de bastante lejos.

-¡Pobre mancebo! se decía la dama, vienes a recordarme tu nombre y tu existencia ni más ni menos que si fueses la sombra de mi pasada vida. ¿Qué esperas de mí? Aquel tiempo que lloras como la época de tu felicidad, fue para mí el de una agonía incesante y dolorosa. No, jamás estuve conforme, ni pude ser feliz bajo el tosco sayal de una doncella de la plebe. El aguijón de la soberbia punza mi pecho, y sólo cuento mi vida desde el momento en que mis dotes naturales y mi voluntad me trajeron a la altura en que reposo.

Incauto fuiste si pensaste que a mi corazón podía bastar tu amor oscuro... Y sin embargo hoy... tampoco soy feliz. Lo que poseo es poco para mí; no puedo resignarme a ser simple estrella cuando he visto y veo cerca de mí el sol brillante; rey de luz que no se oculta sin que el mundo suspire por sus rayos. ¡Honorio... Honorio! Cuasi llegaría a amarte, si mi corazón no se viese también amenazado por la saciedad de tu amor.

A tal punto llegaba Sirena en su monólogo cuando advirtió que la voz y la góndola se acercaban y vino de nuevo a sonar en su oído aquello de

Te diera el pecho mío
que es grande como el mar

Versos de lit canción en los cuales Paolo, repitiéndolos más que los demás, parecía exhalar toda su alma con el entusiasmo de una fe sincera y amorosa.

A poco la figura del mancebo descubriose desde el palacio más cercano, y luego, detenida la góndola no lejos del peristilo, parose aquel a contemplar la mansión que encerraba como una tumba las cenizas de su pasado. Feliz él si Sirena como la víctima inocente de un hado impío, hubiese muerto antes que serle traidora; su tumba entonces habría tenido por preces los suspiros de un amor creyente y por flores las promesas de una eterna memoria; pero la ingrata había muerto para él, y sólo para él, y su corazón al llamarla perjura, como con puñal de dos filos se hería a sí propio.

Si sólo un hora de vida
te es bastante, oh mi querida,
perjura para olvidar,

prefiero buscar tus huellas
en las distantes estrellas,
prefiero romper tu altar:
prefiero a tu ingratitud
el llorarte en tu ataúd.

Natural parecía que Sirena esquivase la presencia de Paolo, quien no podía menos que ser para ella la encarnación de un sarcasmo; pero la esposa de Gradenigo tenía suficiente poder sobre sí misma, contaba bastante con cierta especie de calma que le permitía recrearse en lo que a otra mujer hubiera causado indecible pena. Antes al contrario, bien pudo verse su deseo de no evitar un encuentro cuyo fin no sería comprensible para otra, pero que ella no dejaba de entrever y acaso de buscar, toda vez que no solía dar un solo paso sin encaminarse al logro de algún intento. Desde el instante en que percibió al mancebo la noche anterior, había comprendido que este podía ser útil a sus fines de algún modo que ella no se explicaba pero que entreveía. Un joven de corazón apasionado, que recordaba con ternura, que conservaba en el corazón un destello de la adhesión antigua, era un tesoro para una mujer que se propusiera sacar provecho de semejante Seide. Y luego, a más de ser la constancia de Paolo, a quien juzgaba ya resignado al olvido, garantía bastante de un amor duradero y a prueba de ingratitud ¿no debía tener para ella significación elocuente aquella predestinada salida del mancebo a su encuentro en la tortuosa senda de su vida?

Poco partido podía sacar a sus ojos el gondolero para contemplar a su antojo en medio de las sombras nocturnas a la mujer que sin duda quería ver, cuando así rondaba y acechaba con marcada atención aquel palacio, Sirena por su parte ocultábase tras de una de las esbeltas columnas que ornaban aquella galería, y que merced a la verde y perfumada enredadera que las enlazaba, formando a cada lado de la escalinata que decoraba el centro del peristilo, un pequeño y gracioso cenador; podía examinar sin ser vista y a toda su satisfacción lo que en el canal pasaba. Vio cómo el gondolero permanecía en muda observación: y como al cabo este, cansado sin duda de esperar o temiendo que sus miras fuesen descubiertas si permanecía más tiempo en expectación, pusiese mano a su remo y se dispusiese alejarse si bien con la lentitud y desaliento consiguientes; ella entonces abalanzándose de medio cuerpo fuera de la ferrosa baranda que guarnecía el pórtico, como para enviar sus tenues sones a los oídos del triste Paolo, sin que gracias al silencio de la noche, a lo solitario del canal y a la circunstancia de estar cerradas las habitaciones del palacio por aquel lado, pudiese ser oída su voz de los que dentro estaban; cantó suavemente la melancólica frase de tantos recuerdos...

Es la flor de Rosetina:
La triste murió de amor.

Cuyo acento a manera de ráfaga que viniese del Paraíso, trajo al mancebo el éxtasis de un mundo misterioso... de otra vida.

Detúvose este como petrificado y acercose luego más al palacio sin poder apartar su vista del peristilo, augusto templo de que salía aquella voz de redención para su alma. ¡Ah!

pero luego pareciole que semejante voz era el eco de una tumba, la tumba de su juventud y de sus primeras y bien pronto marchitas ilusiones.

Resonaron otra vez dulcemente los dos versos, y el gondolero comprendió que aquel a él iban dirigidos; acercose a la escalinata y detúvose a guisa de observador y como indeciso en adoptar la resolución que acababan de sugerirle su imaginación y su deseo. Desde allí, divisó la figura de la dama que, a manera de deleitosa visión de un grato sueño, presentábase a sus ojos velada y vaporosa. Era ella, sí, tal le decía la voz oculta y tormentosa de su corazón.

El fantasma permanecía inmóvil y silencioso entre las sombras. Su blanco traje aumentaba su vaguedad. Acercose más el gondolero; su corazón parecía un océano agitado: ¡cuánta duda y cuanta agonía! La dama cubría su rostro con negro antifaz.

En un momento de resolución, Paolo atracó su góndola y después de amarrada al poste, puso el pie en la escalinata, detúvose en seguida entre conmovido y sobresaltado. ¡Si fuese ella! Y siéndolo, ¿recibiría él de su labio una sentencia de muerte para su corazón?

El mancebo permaneció silencioso; pero ella, como para animarle a responder, exclamó en voz baja y sonora aunque no exenta de leve emoción.

-¿Quién sois y a quién buscáis?

Sorprendido de la pregunta quedó Paolo: un tanto después, artículo con tristeza.

-Soy un hombre que lamenta la pérdida de días venturosos; busco, pero ¡ah! vos no sois la que yo busco; porque ella a pesar de su infame olvido, a pesar de haberse casado con otro y de no ser ya la florista del Lido, no me hubiera hecho semejantes preguntas. Ella me hubiera reconocido como yo la he reconocido a pesar de la máscara que cubre su rostro, que es también una bella máscara encubridora de un feo corazón.

Sirena respondió: Quejas, reconvenciones y hasta injurias, he aquí lo que puede esperar de esos labios la mujer a quien se juzga feliz y olvidadiza, y que sin embargo encierra bajo este antifaz la expresión de la pena que siente al veros.

Paolo respondió con tono de duda y con sordo acento.

-Vos desgraciada, vos inocente de la culpa de olvido que os echo en cara; ¡vos, que no tuvisteis para mí, para el pobre abandonado, más que una sonrisa engañosa! ¿Por qué al fin me abandonasteis, al fin os casasteis con otro, con un patricio... no es verdad? ¡oh! pero un hombre a quien en vano guardan sus servidores y sus bravos... La hoja de este puñal que llevo de continuo entre mis ropas, vela noche y día, inflexible, aterradora, aterradora para... él lo oís? ¡Vos, su esposa!... ¡Sí, esta hoja es una estrella que me enseña un camino, el camino de la venganza, de la dulce y deseada venganza! Miradla, señora, es magnífica para mi objeto; ¡oh! esta hoja es inflexible como mi esperanza, que se doblega, pero que no cede, fuerte y punzante como mi deseo. Es la luz, la única luz, la única llama que ilumina esta senda borrascosa de mi vida; ¡ah! también brillaba un día, pero ¡cuán serena mi

juventud! ¿Por qué no me tragaron las olas en aquella noche funesta? ¡Ni la vida pertenece al pobre desdichado que no puede con su dura carga!... Sí, que se guarde ese maldecido esposo, pero que se guarde bien, porque yo no duermo hace mucho tiempo; que os ame, que os ame; pero que yo no vea con estos ardientes ojos su ventura. Me ha hecho el más desgraciado de los hombres y yo necesito vengarme, matar o morir, sí, ¡morir también y pronto! Relámpagos de ira brillaban en los ojos y fisonomía del celoso mancebo: pero la dama le escuchaba con sorpresa y hasta, si hemos de decirlo, con cierta especie de placer diabólico. Cuán grato es para un alma vanidosa la satisfacción de inspirar borrascas en el corazón de los que la aman, sobre todo borrascas que Sirena abrigaba la confianza de saber y poder calmar; la dama, repito, contestó al mancebo:

-Guardad ese puñal, Paolo, y os prohíbo, que hagáis uso de él, os lo prohíbo ¿entendéis? expresó quitándose el antifaz y dejando ver al joven aquel rostro hechicero, imperioso y sobre todo tan amado. Ya no es tiempo de remediar los males pasados, porque al fin le hice mi esposo, y si me conserváis un resto de simpatía, debéis respetar su existencia. La violencia no debe precipitar sucesos que el tiempo trae en sus alas. Mi marido está lo bastante enfermo para no necesitar de vuestro puñal.

-¡De veras! exclamó Paolo.

-Venid, díjole Sirena; seguidme pues tenemos que hablar.

Y condújole por alegría excusada a un gabinete reservado no distante de allí, y que a pesar de no estar grandemente iluminado, mostraba su lujo y elegancia.

-Sentaos, dijo al absorto y turbado gondolero, quien al pisar con su rudo calzado las muelles alfombras que ensordecían sus pasos y que él temía lastimar con su grosera planta; al ver duplicarse en los dorados y magníficos espejos su figura y sobre todo, su rostro contristado y sorprendido en tales momentos; al advertir el contraste que formaba su humilde y tosco atavío con aquella mansión espléndida, sintió, conoció, nada filósofo ciertamente, que las prendas de su alma y hasta las de su figura gallarda y juvenil eran oro falso en aquella esfera de magnificencia y de ostentación material. La impresión de sus sentidos era grande, y sentíase casi sin valor para reconvenir a la joven por haber cedido a tales atractivos. Pobre mancebo que no acertaba a comprender todo lo que la soberbia dama y el enfermo patricio tenían que envidiarle. ¡A él pobre y desconsolado entonces, pobre y desconsolado quizás toda su vida!

Desventurado mancebo que ignoraba lo que valía el tesoro de un alma llena de las dulces aunque tormentosas aspiraciones del espacio. Tan cierto es que sólo en las regiones de filosofía expansiva y humanitaria puede hallarse la verdadera superioridad del alma que nos consuela de las inferioridades que, en sus mezquinas apariencias, nos hace sufrir el mundo. ¿Qué poder de la tierra puedo cortar las alas ni humillar la mirada del pensamiento?

Por lo que respecta al gondolero, desdichado actor en la escena de esta historia; como su espíritu, que pudiera ser fuente de sus consuelos, no estaba cultivado, tornábase infecundo. Había vivido hasta que fue abandonado por la mujer amada, en la región de su amor y de sus gratos ensueños; roto, por la ambición de la joven el dulce equilibrio en que su ser

giraba, sus afectos perdieron la plácida armonía, y desquiciados en su propio corazón, entregaron este a la vaguedad e incoherencia de sus extraños elementos.

Sentose la esposa de Gradenigo en uno de los muelles divanes que ornaban el aposento, obligando a hacer lo propio a su antiguo amante, y el silencio de algunos cortos momentos fue interrumpido por la dama, quien comenzó a expresarse de esta manera:

-¿Me culpáis de olvidadiza, me condenáis por haberlo abandonado para siempre cediendo mi mano a uno que llamáis rival vuestro, y que fue demasiado poderoso y osado para vuestro mal? Escuchadme y me haréis justicia, escuchadme y no llamaréis grave falta lo que sólo ha sido una flaqueza disculpable. ¿De dónde imagináis que la pobre desvalida joven hubiera podido negarse, hubiera podido rechazar las ofertas amenazantes del hombre que la aprisionaba? La noche en que dejándome en la playa del Lido os separasteis de allí con el corazón extraño a dolores venideros y cercanos apenas; me hube apartado de vos y de la orilla, cuando algunos hombres enmascarados y con armas se dirigieron a mí que pasmada de terror y de sorpresa, ni aun siquiera acertaba a mirarlos; lanzáronse a mí haciéndome sentir la presión de sus manos poderosas. Un grito de terror, de desesperación, fue la única señal de resistencia que pude expresar; un puñal brillaba sobre mi pecho y un pañuelo a guisa de mordaza ciñó mis labios. Tomáronme en brazos sin que las sacudidas violentas que intentaba, pudiesen producirse de una manera notable; condujéronme a la playa de donde un esquife, que las sombras de la noche protegían, nos apartó de aquella muy en breve. En el esquife encontré a un hombre que, apartando su embozo y su antifaz dejó ver una sonrisa malévola de triunfo; aquel rostro no me era desconocido, era el de un caballero a quien el día anterior o aquella misma mañana había yo vendido flores en la riva degli Schiavoni, y acompañado a mi cabaña del Lido para mostrarle mis flores no sin haberme visto precisada a rechazar los galanteos y ofensivas proposiciones que me había hecho. Mi raptor era pues el Sr. Gradenigo, hoy mi esposo. Algunos momentos después pusimos pie en tierra; vendáronme los ojos y fui conducida del mismo modo en algunas horas a una quinta que en forma de fuerte alcázar, se alzaba en tierra firme. Encierros, privaciones, amenazas, nada era ni fue bastante a hacerme faltar a mi inocencia. Pasaron algunos días; perdía la esperanza de volveros a ver, ignoraba vuestro paradero, como vos sin duda y en el traghetto se ignoraba el mío. Ocurriome vuestra desesperación, la sentí con toda mi alma; veía como imposible salir de mi prisión, libertarme de las garras de mi tenaz seductor, y hasta temblé por mi vida. ¿Qué queréis? La mujer no siempre puede hacer lo que quiere. Él era fuerte, yo débil; sin embargo, cansado de porfiar en vano y amenazado con mi perpetua tenacidad, propúsome enlace, y yo entonces, desesperada a mi vez y queriendo librarme de tan terrible y penoso asedio... acepté. Desde aquel día procuré olvidar a mis antiguos pretendientes. Mis deberes me lo ordenaban. Precisada a vivir él en un mundo extraño al mío, es decir, a la clase en que nací, sería hoy por mi parte no comprender mi obligación, sería locura violar ni aun con el pensamiento (aquí bajó Sirena sus ojos pudibundizada) mis sagrados juramentos de esposa. Por deber le quiero, ¡ah! pero no vayáis a pensar que olvido nunca que la fuerza me obligó a ligarme con él. Por tanto, sin desear su muerte, Dios lo sabe, aguardo cuasi pesarosa, su último momento, quizá no lejano, el cual me librará de una cadena que me impusieron el temor y la desesperación. Entonces...

-Entonces, ¡ah! (expresó Paolo) no volveréis a ser la florista del Lido, ni la joven grata y sencilla que amó Paolo y a quien ella...

-No, repuso la dama, no dijo jamás que amaba.

-¡De veras!... ¡Santa Madona! exclamo el contristado mancebo golpeándose la frente con la palma de su diestra en ademán de consternado. ¿Conque todo fue mentira?

-Todo verdad, repuso la dama; os tuve inclinación, ciertamente, pero no os hice promesa alguna respecto de lo porvenir.

-Es verdad, dijo Paolo, dejando caer su cabeza con abatimiento.

-No os desconsoléis, tornó a replicar Sirena, no os desconsoléis. Si es que me habéis tenido afecto, como me veo precisada a creerlo; no por ser la altiva dama del patriciado habré de ser vuestra enemiga. Dijo y levantose.

-¡Dios mío, Dios mío! exclamó el gondolero como hablando consigo propio. Yo que la quería con el frenesí de un loco, que nada me faltó para morir... que hubiera caminado por hallarla hasta el fin de la tierra; que hubiera dado toda mi sangre por una de aquellas sonrisas, que ella me prodigaba y que el cielo o el infierno (porque comienzo a creer que el espíritu de los condenados me persigue), me robaron; ¡oh! no, yo no puedo vivir así, no, no puedo; quiero y debo vengarme; la sangre me agrada y es hermosa ante mis ojos; la deseo, quiero verla correr, oh sí, la venganza, ¡qué dulce cuán dulce y deliciosa es la venganza!

-Callad Paolo, o no faltará quien os denuncie y os condene por amenazar la existencia de un patricio.

-¡Cómo! vos denunciarme, ¡vos!

-No es sólo una vana amenaza por mi parte, respondió la joven. Soy incapaz de haceros mal, de hacer mal a quien tan bien me quiere, ¿no es así? Aunque parezca altiva, soy siempre la pobre florista cuya alma está hoy tan solitaria como en otro tiempo... Hay aquí, añadió poniendo la mano sobre su corazón; hay aquí una sed que, lo reconozco, no se apagará nunca. No me envidiéis vos, que os llamáis pobre gondolero. He oído hablar de un hombre que moría de hambre en medio de los manjares más exquisitos; al tal me parezco. Sólo soy una pobre mujer que quiere siempre... lo que no posee. Volved, Paolo, al traghetto, y recordando siempre a la florista, lloradla muerta, empero olvidad a la gran señora... ¿Os admiran y os atormentan mis palabras? pues bien; voy a daros un consejo que podrá entretener y acaso utilizar vuestra energía.

El almirante Honorio Morosini (este nombre en otra ocasión hubiera hecho palidecer de inquietud o rabia a Paolo, pero los celos y temores no podían ya venirle de aqueste lado) Honorio Morosini, prosiguió Sirena, prepara, por mandado de la Señoría del Senado, una gran armada para hacerse al mar en pos de los enemigos de la república. Sabéis que aunque esta dificulta al pueblo la senda del patriciado, tales pueden ser los servicios del plebeyo, que lo den puesto entre los más apreciables ciudadanos. El mismo almirante, vuestro

protector en la regata, os dijo aquel día, no lo recordaréis, al presenciar vuestra destreza y triunfo, palabras lisonjeras, esperanzas generosas a que debéis hoy acogeros. Id y decidle que queréis llegar a ser uno de sus principales marineros, que queréis distinguiros y llegar a ser un ciudadano digno de su estima y del afecto de la república; acaso os conceda desde luego un puesto entre los suyos, acaso entre sus familiares... acercaos de ese modo a él, y a otros que como él brillan, y si no merecéis que vuestro nombre se escriba en el libro de oro, alcanzaréis cuando menos un lugar más cercano a la que conocisteis entre la plebe y hoy se llama la Sra. Gradenigo. Mi propio ejemplo os mostrará lo que son las veleidades de la fortuna y lo que el tiempo y los sucesos pueden dar de sí cuando hay corazón y voluntad. Mientras tanto no me es permitido daros a besar mi mano delante de los míos. Id pues y olvidad que me habéis conocido. Sed circunspecto, silencioso como una tumba respecto de lo pasado y no tendréis de que arrepentiros, si me profesáis, como decís, alguna afición... ¡Ah! me olvidaba de deciros que os es inútil vuestro puñal y que os prohíbo destinarlo a vuestro intento.

Dijo y saliose, dejando al gondolero sepultado en un abismo de tinieblas.

A poco Julieta, la doncella favorita de Sirena, entró e invitó a salir a Paolo, quien la siguió maquinalmente. Cabizbajo y silencioso desamarró su barquilla, puso mano al remo y alejose lentamente.

Por lo que atañe a la esposa de Gradenigo murmuró al separarse con la satisfacción de haber iniciado felizmente un proyecto que imaginaba serla útil. -¡Quién sabe! Tal vez se me presente lo que buscaba para Honorio: un silencioso y apasionado espía.

¡Cuántos mundos se crean y se destruyen en la imaginación del hombre durante los años de su carrera! Cada esperanza es un mundo que sale del caos de su imaginación exaltada, brilla todo primavera y días serenos, y cuando vamos juzgándolo eterno, he aquí que de repente el dies iræ del desengaño da con él en la destrucción. Por fortuna estos mundos se suceden unos a otros, y la esperanza, verdadero fénix, renace de aquellas cenizas, cenizas que por desgracia o por ventura no pueden ser reducidas a la nada. ¡Ah! y mientras tanto, ¿mientras duerme la esperanza? La vida es entonces para el hombre el abismoso caos, y el corazón duerme con el sueño penoso de una muerte en apariencia. -Sí, entonces suspiramos porque suene la trompeta de la resurrección y queremos tornar a vivir, volver a esperar, volver a... sufrir de otra manera.

El humilde gondolero de que hablamos, suspiraba por la resurrección de la esperanza, por la resurrección de la vida de primavera y días serenos. ¿Volverá pues, para él, esa creación? ¡Ay! de aquel que permanece por siempre en el sueño de esa tumba, y sólo ve su refugio en la muerte verdadera.

- XVIII -
Algunos antecedentes y consecuentes

Menester es que tu imaginación, Jacobo amigo, se traslade, si es que esta historia ha logrado inspirarte alguna curiosidad, al archipiélago levantino, en donde, merced a la política, las armas, y más que todo a su preponderancia comercial, había logrado enseñorearse el pabellón de la serenísima república.

Entre aquellas islas, la de Chipre, una de las más importantes por su posición para el valioso comercio de la Siria y del Egipto, sus ricas producciones, benigno clima, y por su población que en aquellos tiempos se acercaba, si no excedía de los dos millones, ocupaba con ardor la mente de la augusta señoría de San Marcos, anhelosa de llevar a colmo su creciente influjo, y de darle buen resultado con la posesión absoluta de aquel reino entonces bastante codiciado por muchos. Había sin duda llegado la hora de consumar la obra que tantos afanes y vigilias estaba ocasionando a los egregios varones del patriciado.

A la caída del imperio romano, perteneció la mencionada Chipre a los príncipes de Constantinopla, quienes eran representados en ella por duques, uno de los cuales Isaac Commeno, hízola independiente.

En 1191 apoderose de ella el famoso Ricardo primero de Inglaterra, vendiéndola luego a los Templarios. Estos, volviéronla después a Ricardo, quien la dio a Lusiñán en cambio de los pretendidos derechos de este príncipe al trono de Jerusalén.

Sobre catorce Reyes de la familia de Lusiñán tuvo la Isla; hasta que el llamado Juan II fue hecho prisionero del Sultán de Egipto, quien diole libertad a condición de que le reconociese por suzerano, y le prestase su homenaje.

Juan III hijo del II tuvo una hija (Carlota) que se casó con Juan de Portugal. Residió este allí con ella hasta que fue envenenado por su suegra. Dicho Juan III tuvo también un hijo natural llamado Santiago que no dejaba de inspirar a la referida suegra celos en el mando.

Así las cosas, había en Chipre un Veneciano proscripto de la metrópoli a causa de sus desórdenes juveniles, pero que gozaba allí de sumo valimiento por su cuna y riquezas considerables. Llamábase Andrés Cornaro y contaba en Venecia a Catalina, sobrina suya y doncella de interesante y peregrina hermosura. Andrés, que anhelaba despertar la ambición del príncipe Santiago, ya por entonces, perteneciente a las altas dignidades del clero, dejole ver como por casualidad el retrato de la joven; logró su objeto, puesto que el príncipe quedó en un punto prendado de su belleza, viniéndole con esta pasión el deseo de dejar la mitra para casarse con ella. Empero digustábale este deseo en vista de que aun cuando fuese seglar, no podría enlazarse a Catalina por ser él de familia regia. Cornaro desvaneció tales escrúpulos con la referencia que le hizo de algunos ejemplos por los cuales se mostraba que simples nobles venecianas habíanse casado con soberanos. Una doncella de los Morosini, entre otras, había sido llevada por este sacramento al trono de Hungría, y la familia Cornaro no era inferior en lustre ni opulencia a los Morosini.

Muerta la reina madre, Juan III pudo reconciliarse por intercesión del embajador de Venecia con su bastardo Santiago, permitiéndole hacer renuncia de la mitra con propósito también de cederle la corona. He aquí entablada la rivalidad entre Santiago y Carlota su

hermana. Los parciales de esta casáronla con un hijo del Duque de Saboya, quien muerto el monarca Juan III, envenenado según se piensa, llegó a Chipre y fue reconocido por rey.

Imploró entonces Santiago el apoyo del Sultán de Egipto, ofreciéndole reconocerle el tributo, y hubo de alcanzarlo, puesto que a poco desembarcó en la isla con tropas que le dio el referido sultán y secundado por las intrigas de Andrés Cornaro.

Los Genoveses, rivales del poder veneciano, hiciéronse parciales de Carlota y su marido: al paso que Venecia sostuvo la bandera de Santiago coronando con el triunfo sus esfuerzos.

Entonces fue cuando Catalina Cornaro, adoptada y dotada por la república, casó con el príncipe a quien esta favorecía, y que acababa de coronarse; arribando aquella a la isla en una escuadra veneciana conductora también de una rica dote que fue al punto hipotecada en Famaugusta y Cerina ciudades de la isla, y sobre las cuales se agenció la república un derecho revertible sobre la corona que su hija adoptiva acababa de adquirir.

Poco después murió el rey Santiago dejando a su viuda Catalina en cinta, y tres hijos naturales, dos varones y una hembra. Declaró en su testamento que si la reina daba a luz varón, este heredaría la corona bajo la tutela de su madre y de su tío Andrés.

Los venecianos que so color de hallarse en guerra con los turcos, hacían llegar de vez en cuando a la isla grandes escuadras, apoyaron a Catalina en el gobierno desde el instante en que murió Santiago; robusteciendo este influjo con la circunstancia de haber dado a luz poco después la viuda un príncipe, de que fue padrino un almirante veneciano a nombre de la Serenísima república.

Sin embargo, todos los partidos que había en la isla estaban de acuerdo en detestar el gobierno de los extrangeros, es decir; de Catalina y Andrés Cornaro. Hallábase a la cabeza de la conjuración el arzobispo de Nicosia, que residía en la corte de Nápoles como embajador de Chipre y que interesó al rey napolitano en su facción proponiéndole casar a su hijo natural Alfonso con la hija natural del rey Santiago, que contaba entonces sólo seis años.

La conjuración estalló y triunfó aprovechando una corta ausencia de la flota veneciana. Andrés Cornaro fue asesinado con uno de sus parciales llamado Marco Bembo y el médico que fue de Santiago, acusados de haber tenido parte con aquel en la muerte del monarca. Atacado el palacio apoderáronse de Catalina y de su hijo los insurgentes, pero no atreviéndose estos a manifestar sus intenciones de destronar al niño, limitáronse a hacer público que su fin era sólo el de librar a Catalina del opresivo influjo de su tío Andrés, y al país de las rapiñas de los extranjeros. Apodérados en seguida de todas las plazas de la isla, anunciaron el matrimonio de la hija natural del difunto rey Santiago con el príncipe Alfonso hijo natural del rey de Nápoles, que era lo pactado por él con el arzobispo de Nicosía, dando desde luego al príncipe el título de Duque de Galilea, que era con el que se designaba al heredero presuntivo de la corona. Pero hubo de salirles mal la cuenta, puesto que antes que Nápoles o el Sultán cuyo apoyo se había impetrado, enviasen sus tropas de auxilio, Mocenigo uno de los generales de Venecia que se hallaba a la sazón en la Morea, sabedor

de la insurrección, acercose a la isla con todas las fuerzas de su nación que pudo allegar, y venciendo a los sublevados, restableció el orden de cosas primitivo.

El hijo de Catalina murió por aquel tiempo, y previsor el senado de Venecias sustrajo de Chipre y condujo a las lagunas a los hijos naturales del difunto Rey Santiago.

El Consejo de los Diez tuvo noticia de que un barco napolitano que debía llegar a Venecias so pretexto de cargar allí, llevaba por objeto apoderarse de la prometida al príncipe Alfonso de Nápoles, y con tal motivo y fiel la Señoría a su acostumbrada previsión, envió la niña a una ciudadela de Padua en donde murió al poco tiempo.

Deseaba pues la cautelosa Señoría terminar de una vez tan peligroso asunto, y hacíase necesaria a sus intereses la adopción de medios definitivos. Resolvió por tanto enviar a Chipre a uno de sus patricios con absolutas atribuciones militares y plenos poderes diplomáticos, a fin de dar cima al negocio en la forma más propicia a sus intereses presentes y futuros, y en este instante comenzó a disponerse la expedición a que ha aludido la esposa de Gradenigo en el capítulo anterior de esta leyenda.

El arsenal parecía colmena laboriosa; tiempos felices para él, en que era la confluencia de la savia nacional. Reparábanse allí los asendereados bajeles, terminábanse y aparejábanse otros nuevos. Cada obrero en su faena formaban en conjunto la falange más variada y atractiva. Gemía el yunque al golpe del martillo resonante, enrojecíase en las aventadas fraguas el hierro poderoso, ora disponiéndose a trocarse en salvadoras áncoras, ora a templarse para llevar en forma de bélicas armas la muerte y el terror por donde quiera. Este labraba el leñoso tronco robado con destructora mano a las dehesas, aquel se complacía en pulimentarlo; encarnábase en el costado de las naves la necesaria estopa; inflamábase bullente la resinosa brea, alzábanse los mástiles, izábanse las velas, tesábanse las cuerdas, todo en fin era rumor activo y laboriosa faena en aquella multitud complexa de trabajadores, verdaderos obreros entonces de la patria; todo era en aquel santuario de Neptuno movimiento y vida, pareciendo que cada cual de aquellos vigorosos marineros comprendía la importancia que habían dado a la república aquellas quillas atrevidas y hasta entonces venturosas al llevar a los confines del mundo conocido la fama del Albión de la época, por medio de los fardos del comercio y las lanzas de los guerreros.

Igual efervescencia que en los diques y astilleros, aunque sorda y por lo bajo, ardía en los altos círculos del gobierno. Cada cual quería un puesto en la nueva, en la gran flota; unos por ambición del corazón, otros por ambición de su egoísmo; unos por servir verdaderamente a la república, otros por encadenarla en su servicio y alcanzar con buenos oficios aparentes, posición fuerte para el porvenir. El puesto del jefe, que debía mandar la flota era objeto también de controversias, aunque a la verdad, Honorio Morosini era el llamado y cuasi podía decirse el justamente elegido. Sin embargo no hay justicia para los intrigantes, y así no faltaba quien sin otros méritos que su audacia, osase pretender el despojo de su puesto. A decir verdad y para hacer justicia al consejo o Señoría, y aun al Senado, la mayoría estaba por Honorio. Disponíase pues este a la partida, pero no menos amante de Perla que de su patria, o queriendo al menos conciliar en su corazón entrambas cosas, habíase decidido a contraer el anhelado vínculo antes de partir para Levante. Por eso reinaba tanta animación en las moradas de ambas familias. Ora entraban los artífices a

ornar de una manera digna el palacio del almirante que debía servir de nacarada concha a aquella perla peregrina: ora los mercaderes y joyeros llegábanse a ofrecer a ambas familias para los regalos mutuos, los opulentos brocados del oriente, las telas finísimas, los bordados primorosos, la plata, el oro, la preciosa pedrería.

Perla, sin embargo melancólica en medio de tanto alborozo y callada en medio de tanto bullicio, deteníase apenas a contemplar los primores que las modistas del mejor gusto y los mercaderes mejor reputados, anhelosos de que semejante ocasión contribuyese a llenar sus respectivas bolsas, presentaban con los mil encomios de costumbre, a su indiferente vista. El abuelo y nodriza de Perla (la orfandad había venido a hacer más interesante a este ángel) eran los que parecían más animados, proponiéndola mil adornos y galas a la vez, secundando el deseo y las ofertas de las modistas y fabricantes; a pesar de que no dejaba de preocuparles la tristeza de la joven, quien por otra parte había dado a conocer tanto en varias ocasiones su extremado afecto al héroe de la proyectada boda.

Deseoso Honorio de complacerla, aprovechaba los momentos que el arsenal le dejaba libres para estar a su lado contemplando aquellos ojos, buscando afanoso en los labios de la bella una sonrisa que siempre había para él, es verdad, pero que siempre se ofrecía velada como una triste aurora.

Disponíase la boda para la próxima luna, debiendo ser precedida de las magníficas fiestas que eran consiguientes. Perla era sin duda de esos seres a quienes la proximidad de una gran ventura da zozobra.

Había llegado a oídos de Sirena por participación del mismo Honorio, la noticia de la próxima boda, lo que no dejó de sorprenderla porque no la esperaba tan cercana, imaginando que tal vez no se verificaría hasta el regreso de aquel de la proyectada campaña. Fundábase acaso en que el amartelado almirante, no querría trocar por las penalidades del mar una luna de miel apetecida, ni dar a la recién desposada el digusto de una ausencia, con más los sobresaltos inherentes al peligro que debía él correr en una campaña contra los musulmanes. A más de esto, creía Sirena haber oído a Honorio expresarse en el sentido de dejar su enlace para cuando establecido algún período de paz, no necesitase la república de sus servicios, o para cuando estos fuesen de colmo tal, que le permitiesen desviarse hacia la vida tranquila del hogar, sin correr el riesgo de apellidarse tibio ni egoísta ciudadano. Esto último era por lo menos hipocresía de parte de Honorio, porque los ambiciosos nunca encuentran la ocasión de retirarse: las palabras ambición y saciedad se excluyen mutuamente. -Que Honorio Morosini no era modesto en sus aspiraciones, podrá probarlo la continuación de esta historia; por lo tanto, creo, que si no la impaciencia amorosa, aquella melancolía que iba apoderándose del corazón de Perla al sentir acercarse la nueva ausencia de Honorio, o acaso el estímulo y emporio por parte de las dos familias fue lo que abrevió los plazos que íbase tomando por su cuenta el amoroso enlace. Este enlace no convenía a los proyectos mujeriles de Sirena; debía, quería pues, según sus miras, dar también su golpe y evitarlo. El tiempo y el próximo apartamiento de los novios que hasta entonces se le había mostrado como auxiliares poderosos, comenzaban a abandonar su alianza, y era menester que ella se ingeniase. Pensó y halló un plan que no tardó en trazar minuciosamente en su imaginación. Un golpe a lo Veneciano; tenía en sí un ejemplo de lo felices en éxito que solían allí ser para el atrevido o malvado poderoso, cierta

clase de medios y ella estaba dispuesta a adoptar los que su experiencia propia y sus pocos escrúpulos podían sugerirle. Todos eran buenos; sin embargo de que prefería los de puro artificio y que no infiriesen lesión enorme; empero ella no vacilaba en ir hasta la catástrofe y convertir en tragedia el melodrama, con tal de que el resultado correspondiese por algún concepto a sus miras. Recordó pues la playa del Lido en una noche misteriosa, y comprendió que los medios de Cosme habían sido si no buenos, productivos. Fijose pues en una idea semejante apropiándola a las nuevas circunstancia; empero necesitaba la ocasión que dificultosamente podrían ofrecerle el retraimiento de Perla y la vigilancia de las dos familias. Una fiesta era lo más conveniente, y fiesta en su palacio; pero si la enfermedad de su esposo la vedaba aceptar invitaciones y asistir a las extrañas, mucho menos debía permitirle darlas en su casa, sin chocar con las ceremonias de la tristeza conyugal, cosa que ella tenía gran interés en poner de manifiesto. La crítica dolencia de Cosme era un obstáculo que ella debía acallar, sin la salud de este, no era posible una fiesta que pudiese traer a su casa y con algún abandono a sus manos aquella joya que apetecía robar al tesoro del almirante. Era también necesario para la fiesta un pretexto tal y tan solemne, que Perla no pudiese dejar de asistir, so pena de violar la rigurosa y cumplida etiqueta reinante entre ciertas poderosas familias del patriciado, y herir en lo más vivo el afecto de una amiga tan sincera como la esposa del noble y opulento patricio.

Cosme Gradenigo, continuaba en su grave postración; declarábanlo los médicos próximo al término de la jornada.

Sirena no había dormido la noche anterior. Habíase acostado atormentada por una idea que casi la ocasionaba congojas. ¡Honorio esposo de Perla!... Cosme la había servido de escala para trepar a la aristocracia y a la riqueza, estaba en vísperas de vincular en ella aquel nombre y aquella riqueza; pero Honorio era entonces el primer hombre de la república, había en él gloria personal que no reflejaba en el disipado Cosme, esperanzas que este no podía prometer; había además lucha estimulante para el amor propio de Sirena, pues tratábase no sólo de desbancar en el apasionado corazón de un hombre a la joven de más alta reputación en Venecia, en punto a calidad, discreción, pureza y hermosura, sino también de realizar, contando para ello con su voluntad y mágicos atractivos, un porvenir, posible si se tiene en cuenta que todo lo era para la ex-florista, ejemplo viviente de los cambios de la fortuna y testimonio de la locura de los hombres. ¿No podía Honorio, luego que los encantos que ejercían en su ánimo los méritos de Perla, perdiesen con la ausencia, el tiempo o las intrigas de una mujer avezada a ellas, todo su hechizo, caer rendido a la fascinación que por experiencia podemos decir que ejercía esta última? Ciertamente que ella, temerosa de que se trasluciesen sus malignas intenciones, andábase con gran tiento, prefiriendo no desechar los fáciles medios que a veces presta la naturaleza de las cosas sobre todo cuando se la deja hacer, y reservando el desenvuelto y peligroso crimen para el caso extremo y de necesidad imperiosa; adoptando, ínterin no se hallaba en semejante punto, los resortes más naturales: podía decirse que estaba por los crímenes suaves y que no trajesen sobre ella el compromiso de la grave sospecha, cosa que hubiera reputado con verdadera indiscreción y necedad. Ella detestaba a las Borgias y Borgoñas que se valían, como niñas inexpertas, del puñal y veneno materiales, casi a la descubierta, pudiendo disponer de armas menos fuertes y visibles pero quizás más eficaces. Amante de hacer las cosas cómodamente, era lo que hubiera podido llamarse, en el deseo de apropiarle alguna calificación, un criminal sibarita a quien la mano armada y la sangre causaban tedio y

náuseas. Su marido Cosme no era obstáculo a sus planes o a lo menos la muerte haría pronto y por sí misma que no lo fuese. Además, a su enlace con aquel, debía la posición que ocupaba y que le iba permitiendo acercarse para poner su magnética y diabólica mano en el corazón de Honorio. Este amaba bastante a Perla, y era menester por consiguiente caminar con tiento pues con tal que el matrimonio se retardase, tornaba a ser para Sirena el tiempo un aliado poderoso.

Podían pues conciliarse todas las cosas sin pecar más que con las intenciones, y si acaso con la forzosa adopción de algunos medios suaves y naturales si Cosme no prometía ser eterno, cosa ya más que visible, y si Honorio permanecía soltero. Las cosas entonces se harían cuasi por sí solas y sin necesidad de recurrir al medio peligroso de que, con tanta mengua para sí propias, se valieron las susodichas Borgias y Borgoñas. Era pues Sirena asaz modesta; pero como todos los sucesos no suelen ni pueden salir a medida del deseo de cada cual, la enfermedad o la demasiado pronta muerte del esposo iba a someterla en aquellos días de tan necesario trabajo para ella, al luto, a la soledad y por consiguiente a la tediosa inacción respecto de sus planes. La muerte también sirviente suya, se anticipaba, acaso por equivocación, y venía a contristar a la esposa demasiado pronto. Era menester pues que Cosme viviese por algún tiempo más y recobrase, aunque sólo fuese en apariencia, la salud por algunos días. Era menester que la excelente esposa celebrase tal acontecimiento de una manera ruidosa, y que nadie en el opulento y amistoso círculo de los Gradenigos dejase de tomar parte en tan plausible hecho. Era menester que todo el barrio aristocrático de los Castellani tuviese una prueba de aquel amor conyugal que hacía la gloria de la advenediza dama; era menester que admirándola la acabase de perdonar sus antecedentes y atrevidas pretensiones, y que perdonándola, entrase voluntario en el círculo de sus atractivos.

Una buena reputación es un arma poderosa para la mujer sagaz, porque la fama una vez hecha, permite la comedida y sorda ejecución de muchos planes. Uno de estos era por entonces el de evitar o retardar indefinidamente un matrimonio perjudicial a ciertas miras: adelante pues. Que Perla no se case con Honorio y todo va bien, que viva Cosme por algunos días, que al fin es ella sobrado astuta para creer en los elixires vitales y otras farándulas que se prometía hallar el sabio Hafiz su buen maestro.

Habíase acostado la joven pues, como hemos dicho, luchando con aquella idea que quería hacer entronizar como resolución en su espíritu; pero a cuyo triunfo se oponían ciertos temores que no por ser ella mujer de carácter decidido, de resoluciones enérgicas y absolutas, dejaba de sentir. Pero hacíase forzoso vencer tales temores y por lo tanto luchaba. Es cierto que luchaba contra el miedo de perder la salud y aun la vida, preciosidades que iba a exponer en semejante batalla, pero tratábase de satisfacer su voluntad y llenar su ambicioso talento ¿y qué era para ella la muerte en presencia de tales intereses? Para ella insaciable siempre, descontenta e inconforme ¿qué era la vida sino un cansancio, cuando esta tenía que conservarse a expensas de la realización de uno de sus más ardientes deseos? Pero vacilaba porque temía que su sacrificio fuese infructuoso, temía no por ella sino por su deseo.

- XIX -

En un salón de casa de Cosme Gradenigo hallábanse reunidos en consulta los mejores doctores médicos de Venecia. Formaba parte de esta asamblea el sabio Hafiz quien no dejaba de ejercer influjo en los primeros, gracias a su ciencia y a su aspecto grave y estudiado por una parte, y por otra al prestigio que tenía en la casa y sobre todo a su extranjería, cosa ya bastante de suyo poderosa a influir en el ánimo de los hombres por naturaleza un tanto noveleros y amigos de ver, cuando no con oposición sistemática, con ojos sumamente estupefactos, la ciencia que viene de lejos.

Entró la esposa con resolución firme, y llamando al persa aparte, le dijo con decisión y con aire afectadamente contristado:

-Amigo mío, he oído, acaso a vos mismo, que puede haber y ha habido hombres a quienes mataba la degeneración o la falta de la sangre y a quienes podría volverse el vigor perdido si se hallase una persona sana, joven y bastante generosa para ofrecerles la suya. Sí mi marido está en aquel caso, si se necesita sangre, aquí tenéis la mía.

-¡Cómo! exclamó el persa, admirado, como era natural, al ver tanto cariño de esposa.

-Como lo oís, respondió esta con tono y ademán resueltos. Proponedlo a los demás doctores y manos a la obra. Si se trata de la vida de mi caro esposo, no tan sólo lo propongo sino que lo mando.

Mirola de hito en hito Hafiz sin responderla, y luego dirigiéndose a los doctores, habló al oído al más cercano.

-¡De veras! murmuró este mirando al persa con sorprendidos ojos; y en seguida pasó de unos en otros la palabra transfusión.

-Es admirable, dijeron algunos.

-Ella lo quiere, dijo Hafiz; y fijáronse todos en la joven que serena o imperiosa en su actitud y gesto, aguardaba con cierta calma la doctoral resolución.

-Es de los últimos y casi puede llamarse uno de esos desusados medios que registra la ciencia entre sus teorías.

-Lo he leído en los antiguos, repuso otro doctor y creo que el grande Hipócrates nuestro divino maestro, no lo desdeñaría en la práctica.

-Helo visto practicar, añadió uno.

-¿Con éxito? preguntó con tono de duda el que había hablado primero.

-Con éxito, respondió el interpelado, procurando dar a su palabra todo el acento de la convicción.

-¿Qué resolvéis? exclamó Sirena.

-Yo he aplicado el medio propuesto, amigos míos, expresó con gravedad el persa, yo mismo con mi propia mano y con excelente resultado, en mi país. En Asia no es nuevo ese recurso. Respecto de la señora, añadió dirigiéndose a la dama, dígnese esperar nuestra decisión y consejo en la alcoba del enfermo.

Saliose Sirena, y quedaron los doctores sumidos en intrincada, erudita y sobre todo misteriosa conferencia.

- XX -
De como no debe juzgarse por las apariencias

-La operación, señora, puede ser provechosa aunque no exenta de peligro para ti; dijo Hafiz a Sirena al entrar en la alcoba de Cosme, en compañía de los demás doctores.

-Estoy resuelta, contestó Sirena; y vos sabéis que no he vacilado nunca al tratarse de la salud de mi muy amado esposo: Sí, esposo mío, añadió dirigiéndose al desventurado enfermo, os supongo harto deseoso de prolongar la vida y de alcanzar la salud, para dudar que aceptéis el único medio que, según los señores, se os ofrece para conseguirlo. Además, la persona que puede proporcionaros esa medicina necesaria y prodigiosa, está dispuesta. No es grande sacrificio para ella; antes al contrario lamenta que su vida toda, no sea necesaria para probaros cuanto os quiere.

Sorprendido estaba el semi-cadáver Gradenigo al escuchar semejantes palabras que, aunque enigmáticas, probaban cuando menos tres cosas: La gravedad de su situación, la necesidad de un gran remedio, la certeza de que este imponía algún sacrificio a la salud de Sirena.

Por lo que hace a los doctores, mirábanse, unos a otros para comunicarse con elocuente silencio la interesante admiración que les causaba aquel amor de esposa tan fuera de lo vulgar. Afanábase en tanto Hafiz por resolver en sus adentros la cuestión de si todo aquello era sinceridad o estratagema de la joven a quien iba juzgando como un poquillo taimada y maestra en el disimulo; pero perdíase en la conjetura y estaba ya cuasi, cuasi engañado.

-Comprendo, dijo Gradenigo con voz enronquecida a par que dificultosa; comprendo que se trata de un sacrificio por tu parte, Sirena; pero no sé si debo aceptarlo tal vez.

-¿Queréis morir dentro de pocos días? le replicó la joven con grave intención.

-¡Yo! balbuceó Gradenigo como si no pudiese darse cuenta de lo que oía.

-Sí, moriréis: tornó a decir aquella.

-Pues bien, dijo Cosme ¿de qué se trata? porque hasta ahora sólo tengo presunciones.

-¿Habéis oído alguna vez, expresó Sirena, que el hombre en su vejez pudiese regenerarse con la esencia de la juventud y lozanía?

-En efecto, añadió el persa, la savia del árbol nuevo puede fecundizar al árbol viejo; las mismas flores una vez marchitas, pueden tornarse a su frescura por medios que la ciencia conoce. Si la vida es la sangre y el calor, la vida puede transmitirse con estas dos cosas.

-Lo había adivinado, expresó Gradenigo.

-Entonces lo queréis, exclamó Sirena... Yo lo quiero también: he aquí mis venas. Y con expresión de firmeza, cuasi sin conmoverse, sin alterar sus colores naturales y con mirada de fuego, mostró la joven aquellos brazos y aquel cuello hermosamente cincelados, blancos como armiño, y en cuya finísima piel se diseñaban, a la manera que las vetas en el mármol, las azuladas venas. Debéis aceptar mi oferta, señor, añadió con tono de cariñosa reconvención.

Interesante era aquella escena en que la débil mujer ofrecía la fuerza al hombre. La lozana primavera brindando flores al otoño que apenas podía recibirlas sin marchitarlas.

¡El egoísmo tiene tantos móviles en sus acciones! Sus traeres suelen ser por una extraña cualidad de la naturaleza humana, tan parecidos a los del desinterés, que yo no sé si tenía razón aquel que juzgaba de las acciones por sus autores. La estupidez y la suma sabiduría proceden a veces análogamente. La generosidad y el egoísmo suelen a veces tener igual apariencia. Ejemplo verosímil la heroína de nuestra historia. Sus acciones tenían toda la apariencia del sacrificio y del desinterés.

No he querido escribir una novela histórica ni de costumbres; mi leyenda es puramente fantástica, el total revelará mi pensamiento, mi paralelo, mi alegoría. El tipo es pues puramente ideal; pero en el terreno de lo verosímil y aun vulgar no sería tan difícil concederlo harta verdad.

Que una mujer consienta en arriesgar su salud y aun su hermosura por otro móvil que la generosidad que inspira un afecto noble y desinteresado, no es paradoja, es una verdad cuasi común.

El egoísmo, que es la religión del yo en ciertas naturalezas, es la más poderosa de las pasiones, pasa a ser un fanatismo de sí propio y cuando llega este caso, abandona su carácter distintivo; la previsión. Todo ser amante suele sacrificarse por el objeto amado; el egoísmo se sacrifica por el egoísmo, máximo cuando el sacrificio se presenta a la vista sin probable corona de espinas.

Los espadachines, salvo raras excepciones, aman su vida como cualquiera otro, y la exponen porque la aman demasiado y quieren coronarla con la vanidad. Las hermosas de la época del romanticismo tomaban ciertos nocivos ingredientes para parecer pálidas con

menoscabo de su salud y aun de su hermosura. ¿Cuántas no han pospuesto hasta su recato, hasta la paz de sus días y su buen nombre por estrenar un «tocado» que no podían adquirir honestamente, y ser en su concepto las heroínas de una fiesta? Sirena, veneno en vaso de diamantes, jugaba en lo que parecía un capricho, su yo, el yo de su porvenir, su ambición. En una palabra: quería arriesgarlo todo, pues su vida en adelante, ¿qué sería sin la satisfacción de sus pasiones?

El enfermo entonces indicó a Hafiz que se acercase y díjole en reserva.

-¿Crees, amigo mío, que lo que proponéis vosotros no pudiera afectar el estado de esa generosa mujer? En este caso, nuestra mutua responsabilidad sería, como debes suponerlo, demasiado grande.

El persa respondió con tono de grave convicción, tratando de disimular una leve sonrisa que cierta especie de ironía trajo cual relámpago fugaz a su resuelto labio.

-Nada temas; todo está provisto. Puedo asegurar que respecto de este punto, debes estar tranquilo.

-Sea pues, contestó con resignación, cuasi con gozo, el doliente patricio.

Dispúsose la operación.

La reina de Alejandría no presentó su brazo al áspid con tanta serenidad ni decisión.

A poco, su semblante comenzó a palidecer; la pupila se dilató como una luz que va a apagarse, y reasume por última vez toda su fuerza, contrayéndose de nuevo; después comenzó a extraviarse hasta que se abismó bajo sus hermosos párpados, con la vaguedad de un éxtasis; perdiendo aquellos su fuerza, cayeron y abrigaron del todo la pupila, como una nube que ocultara el disco del Sol. Todo fue tinieblas para ella. Copioso sudor frío y grato al mismo tiempo, corrió de su frente inundando su pálida mejilla; sus brazos y demás miembros abandonados a sí propios, aflojáronse con lasitud; alzose su pecho varias veces como preludio de suave convulsión, y algún suspiro confuso servía de desahogo a su corazón. La sonrisa que fulguraba en sus labios permitía entrever las suaves y delicadas visiones de su alma cuasi libre de los vínculos mortales que la retenían. Parecía que recobrando sus alas en vuelo desconocido y grato hacia las auras de lo infinito, sonreía con las visiones celestiales de la inmortalidad, lamentándose de no haber quebrantado del todo aquellas cadenas terrenales. ¡Ah!, si entonces al vislumbrar aquella alma las bellezas inefables de la virtud, hubiese purificado su esencia en las gratas lumbres de su celeste origen. ¡Qué distinta misión hubiera sido la suya al tornar a la tierra!

En efecto, perciben sus ojos la tenue lumbre de un suave crepúsculo; su ser se diafaniza, se torna aéreo: comienza la doble visión, la lucidez. Un grupo de serafines sonrientes y perfumados llegan cerniéndose a su alrededor; sus semblantes tienen una expresión de contento inefable, aletean sobre su frente derramando en su rostro un tibio soplo embalsamado. Sus brazos la entrelazan sin tocarla apenas, siéntese levantar ligera, vaporosa, como por blandos impulsos invisibles, siéntese luego caer dulcemente... muelle

nube sírvela de tálamo que se estremece gratamente al recibirla. El sonido vago de mis arpas misteriosas arrulla sus oídos... al compás de aquella dulce armonía percibe palabras de agradable sentido, que va a descifrar, que ya a comprender... pero que temerosas sin duda de revelar grandes secretos, huyen rápidamente de la memoria, dejando sólo en el oído, vago son de murmullos. Oye por fin la voz de los serafines, la voz de las almas puras; está en la región del amor sin límites; ¡la tierra es entonces a su vista un átomo tenebroso y miserable del cual parece salir un lamento de amargura! Ve que sobre aquel átomo agita el vuelo una paloma que es mil miles de veces mayor que él, y que a veces lo cubre con sus alas; la paloma, al parecer, incansable mensajera, toma de continuo para abandonarlo y volverlo a tomar, el camino de los espacios en cuyo seno se extravía: es el ave de la esperanza. Oye la visionaria que las almas la dicen: «Hermana querida, solacémonos en las alturas. Ven, ¿por qué te has encenagado en la tierra? ¡Cuán hermosa eras y hoy cuán deforme! Si no fuese por esa aureola que llevaste de entre nosotras, apenas te reconoceríamos. ¡Oh! abre la vista hacia nosotras, porque la tierra es tan ingrata, que hace cegar al que no mira sino a ella. Respira pues un instante el aura que hace temblar de gozo; respira el ambiente que eterniza, abrásate en el fuego que purifica.» Y ella siente entonces que el ambiente la eterniza y siente las llamas deliciosas que abrasan sin quemar, y en su seno la emoción de un amor sin cansancio y sin pesares; sus labios despiden risa de suaves luces; vierte suspiros que se truecan en aromas, caen de sus ojos lágrimas que saben a néctar... y las almas puras besan su frente y su mejilla y sus labios y dejan por huella en cada beso una flor mística e incomparable: y se estremece ella de gloria... y en un momento aumentose la luz del crepúsculo... mas no percibió... lo que la muerte sola podía revelarle. Ella estaba aún viva y era la mujer de barro y humo, era la Sirena que canta para hacer encallar la pobre nave.

Había cesado la operación y era ya tiempo. La convulsión que sucedía a aquel éxtasis, aparecía un tanto dolorosa; lleváronla a su lecho en donde comenzó a mostrarse el estremecimiento de la nerviosa fiebre.

Gradenigo por su parte sentía efectos semejantes aunque por distintas causas. Al principio comenzó su cerebro a agitarse; sus ojos se encendieron y se turbaron a la vez; faltole la respiración, sintiese cuasi ahogado, cerráronse sus ojos; las venas de su rostro y garganta tomaron una robustez y plenitud maravillosa, y sus fibras una tensión extraordinaria, sumiose su ser en la tenaz modorra.

Las bienhechoras fricciones, el baño y los suaves calmantes templaron poco a poco aquellos espasmos; y a la suave y tenue claridad de la habitación, pudieron verse abrir algún tanto después, más normalmente sus ojos. Luego, sintió renacer la calma de la reorganización, si así puede decirse. El sueño tranquilo que habíale abandonado tiempo hacía, vino lentamente, pero con amable solicitud, a agasajar su cuerpo y entregándose a él completamente, durmió sin grandes turbaciones, soñando apaciblemente con la vida y la salud. Hafiz estaba satisfecho con su triunfo. Sirena... sentía tal vez que el resultado fuese más lejos de lo que le convenía.

- XXI -
En que verá el lector que el ruin de Roma luego asoma

Habían pasado algunos días. Sirena había dado el coup de femme que se propuso; todo el círculo del patriciado estaba conmovido y admirado ante la tierna esposa que, exponiendo tenazmente la vida, la salud y aun la hermosura, había verificado en su esposo tan súbita y loable regeneración. Anunciaba la complacida consorte una fiesta en su palacio con objeto de celebrar tan plausible acontecimiento. ¿Quién podría dejar de asistir a festejarla y a admirar sobre todo, en la persona del resucitado Cosme el prodigio que acababa de operarse? Perla sobre todo no faltaría; era un deber de amistad cuyo cumplimiento había exigido Sirena terminantemente.

Era de noche. Reunidos hallábanse en casa de Anzola varios gondoleros, de los cuales conocemos a algunos como Carlo, Giuseppe y Fontano. Paolo estaba triste y pensativo en tanto que los otros traían una bulla que trascendía desde lejos. Anzola en silencio, les preparaba y servía una cena tan opípara como la que ya presenciamos cuando celebró Paolo su triunfo en la regata.

-Cuéntanos, cuéntanos, Paolo, decía Giuseppe. El almirante te recibió con la sonrisa en los labios, con aquel talante que da ganas de arrojarse a sus manos y besárselas, vamos, dinos, dinos, porque aunque ya me lo has referido, no lo has hecho sino con medias palabras y a la verdad, no estoy satisfecho de tu narración; además, estos camaradas saben el hecho por mí, pero ignoran los pormenores; tienen curiosidad de saberlos porque son pormenores que conciernen a un compañero tan guapo como tú; cada uno de ellos, lo mismo que yo, toma para sí los beneficios que te dispense la fortuna, porque todos te amamos.

-Oh, sí, exclamaron todos.

-A la salud de Paolo, dijo Fontano y vació de un trago media jarra de vino.

-¿Ya comienzas, Fontano? exclamó Carlo, arrancándole la jarra de las manos.

-Vamos, cuenta, cuenta, amigo Paolo, repitió Giuseppe porque a la verdad que hay cosas que me parecen siempre nuevas. Te fuiste a ver a Morosini ¿qué más?

-Sentía, comenzó a decir Paolo, aprovechando el instante en que Anzola salía del cuarto, a causa de sus quehaceres; sentía deseos de morir o de alcanzar los medios de cambiar de vida; porque a la verdad que hace algún tiempo que sólo tristeza veo a mi alrededor. Por otra parte, añadió en voz alta al ver que Anzola tornaba; comprendía que para que mi madre y yo fuésemos felices, debía dejar el traghetto y buscar una fortuna que alcanzase a mejorar mi posición, halagándome si se quiere la idea de que podía ser útil a la república. Como me ha dicho el buen almirante, aquella necesita de sus hombres mozos y robustos como nosotros.

-Sí, añadió Carlo, con tono patriótico doctoral, y mirándose a sí mismo y a sus camaradas. El almirante dice bien; la república necesita de sus hombres, y todos nosotros debemos dejar el traghetto y empuñar el remo en las galeras de guerra.

-Sí, es cierto; dijo uno.

-Y lo haremos; contestaron los demás alternativamente.

-¡A la salud de la república! gritó Fontano vaciando al través de sus fauces el jarro de vino de que había vuelto a apoderarse.

-Pues bien, continuó Paolo. Vi al almirante, le recordé su promesa de darme un puesto en sus galeras y acogió mi recuerdo con bondad, mirome con placer, y apretando mis manos aprobó mi resolución de seguir la carrera de la marina militar. Dentro de tres días debo tomar mi puesto en su galera capitana, y en breve, si place a San Teodoro nuestro buen patrono, a su lado llegaré a segundo maestre o quizá a primero.

-Bueno, bueno, dijo Giuseppe, bebamos a la salud del almirante; y el jarro circuló dando fin en las manos de Fontano que se reservó el fondo o el foast. Como diría un bebedor inglés.

-Mañana mismo vamos a alistarnos para tomar parte en la próxima campaña; ¿no te parece bien, Giuseppe? dijo Carlo.

-Ciertamente, respondió el interrogado, con gravedad. Nuestro glorioso San Marcos necesita de sus hombres.

-La república necesita de sus hombres, añadió Fontano con enfática importancia y con los ojos y el semblante enrojecidos por el vino.

-La república no quiere borrachos, exclamó Carlo reconviniéndole y despojándole segunda vez del jarro ya vacío.

Mirole Fontano con sorpresa que parecía estupefacción, pero reconociendo acaso la razón o sea que quedase cortado con tan brusca arremetida; es lo cierto que no halló otra salida que la de exclamar con desdén un si no es filosófico.

¡Malhablado! cualquiera creería que no bebe el tío traga-viñas. Y un tanto mohíno, un tanto tenaz púsose a imaginar el modo de dar desalojo a algún otro jarro.

En esto llamaron a la puerta y fue Paolo a abrirla.

¡Oh! ¡sorpresa! Una mozuela hermosa, en traje de florista, pasaba los umbrales.

-¡Sirena! murmuró Anzola.

-¡Sirena! repitieron los circunstantes.

Sólo Paolo no tuvo aliento para articular una palabra.

En efecto, era ella: la florista del Lido con el traje y las maneras de antaño; viva y un tanto alegre, aunque su viveza y alegría hubieran parecido a un buen observador algo estudiadas. Tenía asaz pálido el semblante, lo que añadía cierta novedad a su fisonomía siempre elocuente y hermosa.

-Ya veis, dijo, como vengo a tomar parte en vuestra cena. Buenas noches, mi cara señora Anzola, dejad que os dé un abrazo. Vamos no hay que alterarse: dadme espacio en vuestra mesa.

La extrañeza era general y grande.

Anzola no ignoraba el rapto y matrimonio de Sirena aunque nada sabía de la reciente entrevista de esta con su hijo, cosa que tal vez este no la había contado por no renovar dolores. Parecíale por lo tanto un sueño la visita de la joven; parecíale una visión, un hecho inexplicable. Por lo que respecta a los demás gondoleros extrañaban también como era natural aquella aparición, puesto que conocían por Paolo la transformación de la florista en dama principal, olvidada, por su puesto, de la pasada y popular existencia.

Y el antiguo y desvalido amante, el hijo de Anzola; ¿cómo podría explicarse semejante accidente? ¿Sería aquella una alucinación de sus recuerdos, de sus ilusiones, de sus pesares?

La joven acabó de probar en breve que no era simple sombra.

-Venid Paolo, exclamó, venid, sentaos aquí, a mi lado y haced cuenta que soy la misma de otros tiempos.

Paolo obedeció a la indicación.

-Vosotros sabéis mi rapto, añadió la joven; mi matrimonio fue una consecuencia del abandono o separación en que me vi de mis amigos y del encierro y mortificaciones con que se me coartó la voluntad. Mujer débil cedí, no a la riqueza, sino al temor; no a la seducción, sino aislamiento y falta de amparo que me aquejaban. Paolo sabe muy bien todo esto y ha hecho justicia a mi conducta. Mis amigos son sin embargo siempre los mismos; y la prueba más patente de esta constancia en mis sentimientos, es que yo en una noche como esta en que suponía que debíais reuniros para celebrar el alistamiento de Paolo en la marina del estado, no he querido dejar de venir a haceros compaña y a contribuir con mis plácemes al común contento. La esposa del patricio ha dejado con el mayor gusto su palacio para buscar la cabaña del amigo Paolo; la señora de Gradenigo, nunca olvidadiza, ha trocado en esta noche la seda y los brocados por la lana y algodón modesto de la florista del Lido. Soy por ahora Sirena, y Sirena simplemente. ¿No es cierto, Anzola? -añadió levantándose de pronto y corriendo a abrazarla otra vez. A ver, dadme, decidme en que puedo ayudaros; mis manos están siempre dispuestas.

Dijo así mostrándolas; en sus dedos relucían algunos brillantes: siempre había quedado algo de la gran Señora: había quedado un tanto de su vanidad. ¡Cuán difícil es despojarse de los atavíos del orgullo! El traje palaciego deja siempre algunos broches.

-Como queráis, respondió Anzola; pero con dificultad podré dar ocupación a vuestras manos con la confianza que antes; porque al cabo sois siempre la gran Señora y estas faenas no pueden agradaros; eso está bien para una pobre mujer como yo.

-Mi madre tiene razón, dijo Paolo; vos señora, habéis sido harto buena en proporcionarnos la honra de venir a nuestra pobre casa; pero no podremos nunca olvidar que ya no sois la misma.

-Claro está, dijo Carlo.

-¡Ah! la Señora Sirena es muy generosa, exclamó Fontano; es el pan que viene a recordar la masa a que pertenece.

Sirena trató de ocultar el sonrojo que revelaron a su pesar sus mejillas.

-Calla, majadero; replicó Giuseppe.

-Y qué, exclamó medio confuso Fontano, ¿he dicho mal? La señora Sirena no puede olvidar que era antes una... vaya... en esto no hay nada de malo y que no sea verdad... ¡Si hubiera nacido noble y rica!... Bien que hay otras muchas que no se acuerdan de la madre que las parió: en cuanto son jarro, se olvidan del barro.

-Calla otra vez, replicó Carlo.

-Pero si sólo he dicho...

-Una barbaridad, repuso Giuseppe.

-Puede que sí; murmuró Fontano en ademán de reflexionar, cómo que ya empiezo a ver estrellitas.

-Vamos, replicó Carlo, siempre concluirías por echarla a perder. Vaya, cesa de un todo.

-Más vale así, dijo Fontano; ¡porque siempre se me ocurren unas cosas!... En fin, no sé lo que digo. Señora, no me hagáis caso; estoy medio... medio...

-Ea, dijo Serena, sin darse por entendida y queriendo terminar aquel pesado incidente con nuevo giro a la conversación. Veamos, dadme el mandolino; nada de encogimiento; viva la alegría.

-Sí, sí, a cantar un poco, señora, con esa voz de cielo, exclamaron varios.

-Camarada Carlo, dijo Paolo, haz lugar a la señora.

-Bien, señora, aquí podéis sentaros, expresó Carlo, limpiando con su manta un taburete que ofreció a Sirena, gorro en mano.

No podían resignarse a ver en ella la joven de los pasados días a pesar de su aparente llaneza, así es que todos se mantenían descubiertos; y ella templando el instrumento, comenzó a cantar con la voz, bien comparada con la de los ángeles, algunas cantinelas populares por el estilo de las que ya conoce el amigo lector.

Ya se ha dicho como cantaba Sirena, Paolo la miraba y la escuchaba, su corazón había olvidado instantáneamente sus penas y sus agonías; una lágrima de singular melancolía había brotado de su alma. ¿Por qué amarla aún, y amarla tanto? ¡ah! ¿por qué no llevar dentro del pecho el Leteo de las pasadas glorias?

-Señora, la dijo con voz conmovida; cesad de cantar, cesad de hablarme, que cese yo de veros, porque voy a morir de dolor, de rabia y desesperación. Señora, dejadme para siempre, porque a vuestro lado siento las fiebres del amor y del odio mezclarse y destrozarme.

-¿A qué tales dolores, repuso con afectuosa sencillez la joven, cuando acaso pienso y me ocupo en vuestra dicha? ¿a qué semejante dureza por parte de Paolo cuando su antigua amiga demanda sus favores?

Y estas palabras expresadas por ella con dulcísimo y cariñoso tono llevaron al corazón del mancebo una emoción incalificable. Sintió desvanecerse la fuerza de su voluntad ante aquel delicioso despotismo y exclamó con melancólico y conmovido acento:

-Necesita la dama el favor del infeliz Paolo. ¿Desde cuando el palacio necesita de la cabaña? Pero exigís mi servicio y en vano intentaría resistiros; señora, mandad y seréis obedecida.

-Bien, basta, dijo la joven levantándose, acompañadme hasta casa pues tengo que hablaros. Adiós señora Anzola, añadió dándole las manos. Hasta otra vista que no se hará esperar. Adiós, antiguos amigos míos, adiós. Siempre soy para vosotros la misma. -Dijo, y todos ellos de pie junto a la mesa y suspensos ante sus palabras quisieron acompañarla, pero intimoles ella la permanencia, con gracioso ademán, y partió seguida de Paolo, quien tan absorto y automáticamente iba tras ella, que ni aun se acordó de decir adiós a su madre ni a sus camaradas. Quizá sentía el pobre mozo que hay irresistibles tiranías que se visten con los colores del iris y la voz de la magia o del encanto.

No muere en la tempestad la esperanza de la pronta calma, y así el menor claro que dejan las nubes, la pálida, momentánea luz de estrella solitaria, son mundo de esperanza para el navegante entregado a merced de las olas. El gondolero soñaba aun tenazmente con el risueño disparate de que aquella mujer pudiese todavía pertenecerle.

Cubriose ella el rostro con el usado antifaz y convidando a Paolo a entrar en una góndola que la esperaba dio principio un diálogo del tenor siguiente:

SIRENA.- Estáis dispuesto a servirme ¿no es así?

PAOLO.- No debéis dudarlo, señora cuando me habéis dicho sígueme y os he seguido. Poco es el tiempo que hemos pasado juntos en este valle de flores para unos y de lágrimas para otros, que se llama la vida; sin embargo, no tendríais razón si dijeseis que no ha estado siempre mi voluntad a merced vuestra. Bastó que dijeseis una sola palabra, que la hubieseis pensado, para ser por mí obedecida: ojalá que esta buena voluntad de mi parte hubiese sido mejor recompensada; pero si fuese yo a juzgar el mundo por lo que en él me ha pasado, diría que conviene lastimar para hacerse querer, y que nunca se han dispensado más los bienes que cuando menos se han merecido. A sonrisa de amor ojos huraños.

-Basta, Paolo, hacéis mal en quejaros. ¿Dejé yo nunca de ser vuestra amiga? Tened un poco de paciencia que el día lucirá. Por lo pronto, conviene a mi tranquilidad, acaso a mi ventura, mi ventura, lo oís? que os prestéis ciegamente a mis deseos.

Llegáronse en esto a una modesta casa. Adelantándose la esposa de Gradenigo y llamó misteriosamente. Abriose la puerta con cautela y presentose una vieja que dio paso a la joven, cerrándose en seguida.

Paolo quedó apostado a alguna distancia, sin duda como para dar ayuda a aquella en caso necesario.

- XXII -

-¿Y qué? preguntó la vieja examinando con ojos escudriñadores a la opaca luz de un ruinoso y mugriento candilejo, y observando hacia el exterior por ver si la joven venía seguida de alguien. ¿Venís sola?

-Sola, contestó la interpelada, y entonces comprendiendo que acaso el traje de florista con que iba ataviada podría ser obstáculo a la confianza de la rugosa dueña, mostrole su mano en cuyos dedos brillaba la lujosa pedrería; dando un corte hábil al desdén o desconfianza que pudiera originar su traje de modesta hija del pueblo. Allanáronse en el ánimo de la vieja las grandes dificultades, murmurando entre dientes... ¡ah! bien lo imaginaba: su traje es un disfraz; y luego, como la supuesta florista buscase intencional y silenciosamente, al verdadero amo de la casa, añadió la vieja:

-Comprendo que no es a mí a quien buscáis.

-No por cierto, expresó Sirena que a pesar de su habitual serenidad, no podía dominar en aquel instante cierta emoción propia en su sexo al verse sola en semejante casucha a donde su conciencia (no sé como llamarla) la decía que no la llevaban lícitos fines. Por otra parte su imaginación, un tanto inclinada a lo maravilloso, ofrecíale cierto extraño placer al ver que era la protagonista de alguna intriga. Regocijose, y serena ya en su resolución, entró a funcionar en el terreno de la trama que era su teatro. Entonces con el mayor despejo imaginable, como actriz ducha en aquel escenario, empezó a proceder con toda franqueza, dirigiéndose a su interlocutora en esta forma:

-Señora, vuestro hijo...

-Esposo, querréis decir, repuso la vieja.

-Ciertamente vuestro esposo repitió la joven. Me dicen que es hombre fuerte, decidido, que sabe ejecutar sin preguntar.

-Señora, él os dirá si habéis hallado al hombre que buscáis.

-Eso es justamente lo que deseo.

-A pesar de vuestro traje, repuso la vieja, vuestra presencia aquí, a estas horas y algunos indicios que no escapan a mi vista, me hacen creer que sois persona que no pierde el tiempo y que podrá dar ocupación... y recompensa.

-Así es, dijo con intención Sirena, quien guardaba su rostro velado por el antifaz.

-Entonces voy a llamar a Nicolai, mi marido; porque una parroquiana tan noble y resuelta como vos, aunque no es cosa rara, no es tampoco de hallarse todos los días, sobre todo en estos míseros tiempos que venimos atravesando.

Alejose la vieja por una puerta que daba al interior y sentose Sirena en un grosero taburete que entre otros allí había. Era la habitación poco más que un simple chiribitil en lo pequeño y arrinconado. Un grasiento velón derramaba desde la mesa en que estaba situado cierta vacilante luz sobre las sucias paredes, dando al camaranchón una traza poco agradable y que parecía digna morada del tal Nicolai, quien a la verdad debía tener algún renombre de utilidad cuando así venían a solicitarlo las señoras.

La esposa de Gradenigo a pesar de su entereza, sea porque todavía sus planes no habían salido del terreno de la simple, aunque intrigante coquetería, sea porque el dintel de las resoluciones extremas tiene alguna cosa que hace palpitar el corazón del que lo traspone; sea la incertidumbre, el temor o acaso todo ello junto, es lo cierto, que la ex-florista necesitó poner en ejercicio su activa voluntad para mostrarse del todo serena.

A poco, presentósele un hombre de fuerte complexión y sospechosa catadura, era un hombre cuyo mérito estaba en la valentía; cuya gloria se cifraba en la ferocidad. Un hombre necesario en lugares y épocas de fuertes y débiles, en que la astucia y la intriga habían menester de brazos resueltos, adictos y silenciosos. El tal Nicolai era el héroe de cierta

fama o mejor dicho, misterioso rumor que le constituía en una especie de hombre poderoso. El Bravo y Sirena quedaron solos.

Digamos antes dos palabras convenientes. No era sólo la misteriosa fama del hombre lo que había hecho que la joven le encontrase; habíala Cosme dado, satisfaciendo sus insinuantes aunque al parecer indiferentes sugestiones, tales señas de aquel hombre tan apto para ejecutar como propio para guardar silencio, que ella pudo a poco que quiso, dar con las señas de su morada y demás oportunas circunstancias. Sirena tenía delante de sí al principal de sus robadores en el Lido. Rompió pues el silencio del modo siguiente:

-Necesito de vos.

EL BRAVO.- Vuestra venida lo manifiesta; nadie pasa mis umbrales sin gran necesidad.

Sirena haciendo ondular su mano con cierta graciosa intención como lo había practicado antes con la vieja y procurando que la débil y vacilante luz del velón produjera en el anverso de su expresada mano mil cambiantes más elocuentes que sus palabras, añadió:

-¿Estáis dispuesto a servirme?

El Bravo hondamente persuadido por tan brillantes destellos respondió:

-Sí, hablad, Señora:

SIRENA.- Habéis menester de ciertas seguridades...

EL BRAVO.- No estarían de más; aun cuando soy hombre utilísimo en la república, aunque estoy en mis tiempos y lugar, es preciso que cada uno se cubra con su manto: la fortuna es niña menguada, y suele pegársela a sus mejores amigos.

SIRENA.- Es justo que defendáis vuestro cuello.

EL BRAVO.- Ni más ni menos; cada cual defiende aquí el suyo, Señora; añadió indicando a la dama la mascarilla que cubría las facciones de esta. Todos nos defendemos, unos temiendo, otros haciéndose temer. Yo me he decidido por lo último. Entre lobos y ovejas, lobo; no nací patricio, pero heme hecho Bravo. No pudiendo ser lobo noble, soy lobo plebeyo, oscuro, misterioso, pero de garras no menos fuertes. Los plebeyos, pues, me temen, los nobles me necesitan; saben que soy adicto, resuelto y sobre todo silencioso como la víctima que remata mi puñal. Cuando un Malipieri quiere sacrificarme, un Braggadini me acoge, y utiliza en contra del primero mi reciente miedo, satisfaciendo algún odio antiguo; cuando un Loredano escribe en su libro de cuentas un cargo contra un Fóscari, yo soy mimado por el deudor y el acreedor a la vez y aun suelo aumentar la deuda o hacer saldar la cuenta, en una palabra; pertenezco en cierta guisa al libro de oro, puesto que también tengo mis blasones: un puñal y un brazo; un puñal y un brazo que no se sabe cuando deben temerse más, si cuando están levantados o cuando yacen ocultos debajo del embozo. Creedme: estoy en mi época, aunque mal pagado. En fin, señora, hablasteis de garantías.

SIRENA.- Sí, y las tendréis: (dándole un bolsón resonante) esta es la primera y principal.

EL BRAVO.- Ahora falta la que atañe a mi pescuezo.

SIRENA.- Sólo os diré en punto a esto, que tendréis compañía en uno de mis más adictos criados, quien será si se quiere, el principal agente. Sólo se desea vuestra ayuda, por si acaso el compañero desmaya o por si hay grandes resistencias o por si se trata de no abandonar la presa, ¿entendéis? Ya veis que uno de mis criados comprometido podría en caso de apuro para vos, mostraros la pista de la que ahora os paga: tenemos pues unos mismos intereses, y ya veis que os doy rehenes.

EL BRAVO.- Se trata pues...

SIRENA.- Ya se os dirá.

EL BRAVO.- Bien, estoy conforme ya todo me avengo. Me inspiráis confianza; ardo pues en deseos de serviros.

SIRENA.- Según vuestra solicitud en mi servicio, parece que no tenéis en el día mucha ocupación.

EL BRAVO.- No falta señora, pero ¿qué queréis? no hay guerra: está venturosa república está en estos días por la paz terrestre. Los dálmatas están quejosos y nosotros también. Tan es cierto, que si siguen así las cosas habré de abandonar esta patria para buscar granjería en otros pueblos de Italia o del mundo, en que no falta. En ellos hay siempre trabajo y no anda uno tan expuesto a que cualquiera día, por un cambio de viento o por algún zarpazo de nuestro amable león, vaya uno a dar con su cuerpo en los infiernos. Es verdad que el senado y los Consejos no dejan de darnos ocupación; pero no hay para todos y es menester que los de mi clase vivamos de los trabajillos particulares aunque más expuestos.

Tenía razón el Bravo en celebrar su gentil carrera, aunque no iba fundado en lo de quejarse de inacción.

La Edad Media época de fuerza y de materialismo por más que hoy dorarse quiera por algunas fantasías, suponiéndola cierto extemporáneo espiritualismo; a no ser que se pretenda que una época deba llamarse generosa y espiritualista porque un rayo de esta lumbre, común a todos los tiempos, intentara entonces penetrar en la organizada barbarie y descubrir en medio de las tinieblas de la común ignorancia la huella de la verdad y de la justicia; esta época, repito, debía ser más que otra alguna propicia a los Bravos, verdaderos gladiadores contra la sociedad, lanzados al camino de la fuerza por las ideas del falso honor y de la falsa gloria, o por el vicio de las instituciones.

¡Gloriosa, espiritualista Edad Media, y mala pécora de Cervantes! Risueña edad de manoplas y de rejas, ¡qué mal te hemos comprendido! ¡Tú la reina de la caballería, de lo

fantástico, de la no locura! ¡Qué lástima que hayas desaparecido dejando tu puesto en parte al poco caballeresco juicio! Época de caballeros y de Bravos en que unos y otros andabais «andantes,» los unos cometiendo con el puñal y en la sombra, los otros con la espada y a la luz del día los unos desaguisando y cometiendo malandrines entuertos, los otros deshaciendo y enderezando; los unos ayudando a los seductores, los otros defendiendo a las Dulcineas; aquellos sirviendo al juicio de los hombres, estos mostrando con su brazo y sus bridones el juicio de Dios.

Terminose la conferencia cuyo resultado y demás pormenores quedaron envueltos en el secreto; hubo según parece, algunos detalles en el plan y propósito; algunas mutuas promesas, y el oro pagó, como hemos visto, anticipadamente el brazo.

Sirena, que había tenido aguardando a Paolo, como el hombre de toda su confianza por su intrepidez y adhesión a ella, salió por fin de la casa y se unió a aquel que, arrimado a un poste, cansábase ya de suspirar y de cavilar en vano respecto de la misteriosa conducta de su amada.

Caminaron en mutua compañía hasta los muelles departiendo por lo bajo, y al llegar a cierto punto, al parecer determinado en la intención de la joven, se despidieron como pudo percibirse a pesar de las nocturnas sombras.

Paolo partió confuso y lleno de incertidumbre hacia su casa, y la dama, entrando en una góndola, se hizo conducir a su palacio.

¡Hasta mañana! Tales habían sido las únicas palabras que pudieron oírse en su despedida; frase que revelaba su común acuerdo.

- XXIII -
En que se trata de una fiesta y de alguna otra cosa

Las diez de la noche serían cuando los salones del palacio Gradenigo recibían a multitud de damas y patricios. Brillaban aquellas por sus vistosos trajes y lujosa pedrería, al paso que estos no las iban en zaga en punto a magnificencia.

Dedicada entonces al comercio la aristocracia veneciana, había logrado atraerse la flor de las lujosas y delicadas producciones fabriles del Oriente que supo imitar y aun mejorar en su territorio, gracias a las estimulantes y a veces terribles pragmáticas del Senado. La posición insular de la metrópoli republicana habíala impedido dividirse en señoríos feudales, basados en la rapiña territorial en lo restante del continente. Su origen federal y tribunicio hízola mantener republicana. Su topografía la llevó a la navegación y al comercio, y engrandecida por estos elementos, convirtiose presto en la casi exclusiva comunicadora del Oriente con el Occidente. El comercio es la única base de las talasocracias y en tal concepto, los patricios hubieron de hacerse marinos y comerciantes, so pena de abdicar su poderío y dejar al pueblo la palanca del Estado: lo propio hizo

Génova y posteriormente Holanda: lo propio ha hecho después la Inglaterra de nuestros días. Por eso aquellos nobles eran cada vez más opulentos y por eso podía verse, en un sarao como el de Gradenigo, una admirable muestra de todo lo que en la época podía presentarse, como más precioso, en materias de galas y ornamento. Elegantes colgaduras, magníficas alfombras y vistosos tapices cuyos hermosos diseños y paisajes tan sólo Gobelin eclipsaría; relucientes espejos, invención con que Venecia había reemplazado los antiguos de metal pulido, sedas, armiños, flores, luces, todo se mezclaba, se confundía y sin embargo todo se armonizaba en aquellos salones en que la vista estaba halagada con la variedad y los sentidos en general enteramente embriagados con tanta blandura y luz y movimiento.

La esposa de Gradenigo estaba radiante de lujo y de belleza. Cosme recibía con semblante un tanto animado, pero en el que no dejaba de advertirse lo artificial de semejante animación, los cumplimientos y plácemes que le dirigían los corteses convidados.

Abismado en un cómodo sitial parecía más bien el hombre de la postración que el de la salud. Su esposa iba y venía, a todos saludaba, a todos atendía, haciendo los honores de la casa con gracia y precisión encantadoras; al uno sonreía con agasajo, al otro con gravedad: a todos prendaba, todos se acercaban o apartaban de ella exclamando para sí ¡cuán hermosa! Rodeábanla los galanes disputándose uno de sus gestos, solicitando una de sus miradas, no tanto por ella misma, cuanto porque con frecuencia los hombres son monos de la moda, y suelen bajar la vista y doblegar la frente ante la apariencia que los deslumbra: bástales con que el asno vaya cargado de reliquias para postrarse y adorar. Sin embargo, si alguna vez mereció disculpas el rendimiento lo fue en este caso, puesto que se trataba de una mujer verdaderamente hechicera y que de seguro no hubiera necesitado en absoluto de la posición para cautivar sentidos y aun corazones, cosas que parecen marchar de consuno, confundidas cuasi siempre en nuestra incomprensible humanidad. Por tanto, las señoras la envidiaban, sentíanse inclinadas hacia ella, gustaban de su trato, temíanla al mismo tiempo; inspiraba pues un afecto indeciso, no fácil de explicar, razón bastante para que su poder fuese mayor: sonreíanla todas con aparente afición y complacencia.

Hallábase también entre los concurrentes el pintor Ruggiero relegado a uno de los apartados ángulos del salón en que hacía Sirena su recibimiento; buscaba en vano allá en su fantasía con qué comparar aquella mujer, verdadero genio del atractivo y la seducción; cuando el vago rumor, y las miradas de la concurrencia vinieran a distraerle; anunciaron a Perla Fóscari a quien la señora de la casa adelantose a recibir. El pintor pudo entonces hallar la comparación que buscaba.

En el mundo de la hermosura, Sirena representaba el poder, Perla el candor. Salió como he dicho la primera al encuentro de la segunda, aquella más que nunca fraternal y cariñosa; Perla contestó a su saludo con temor, con amistad, con inocencia.

Todos los concurrentes aplaudieron con una sorda exclamación aquel enlace, aquel «géminis» que derramaba en derredor tantos hechizos.

Honorio entró a su vez en el salón saludando a Gradenigo, y luego a la esposa quien le recibió con altiva afectuosidad.

-Nos dais, señora, exclamó el primero una fiesta digna del objeto que la motiva. La alegría de una esposa como vos, al celebrar el restablecimiento de su caro consorte, debe retratarse en los objetos que la rodean; por mi parte, trataré de que mi corazón sea consecuente con este pensamiento en esta noche, haciendo por contarla entro las más felices de mi vida.

-Os lo agradezco, Sr., respondió la de Gradenigo dominando fácilmente la emoción que la vista de aquel hombre, tan feliz con el amor de otra mujer, le causaba. Os lo agradezco en el alma, y por mi parte haré todo lo posible por que la fiesta no menoscabe en manera alguna esa alegría. Aunque bien pensado, añadió mirando a Perla que sonrió y bajó la vista satisfecha, el hombre que como vos se encuentra en vísperas de realizar un himeneo con la mujer bella y amada, lleva todos los éxtasis y todas las venturas dentro del corazón. No, amigo mío, no temo que pueda nada pareceros tedioso o triste cuando los ojos de la hermosa Perla se abren para miraros. ¿No es cierto, Perla? exclamó Sirena que había comprendido lo que imaginaba la joven.

-Así es, respondió esta cuasi con convicción; pero sea el mimo natural a la mujer que cree deber manifestarse siempre dudosa o poco contenta, o sea que lo sintiese realmente, procuró recoger la frase añadiendo: al menos así debiera ser.

Honorio respondió con una mirada, y con un beso en la mano de la joven, que en arrebato apasionado sorprendió y que ella no pudo o no quiso retirar muy pronto. Aquel beso resonó en el corazón de Sirena con el eco de la envidia; no me atrevo a decir de los celos.

-Sentaos pues, dijo esta guiándolos a uno de los elegantes y muelles divanes que junto a su esposo estaban. Perdonadme, añadió, si las atenciones que debo a mis convidados me obligan a abandonaros por cortos instantes. Quedaos en compañía del señor de Gradenigo que busca siempre con afán el trato y la plática de sus buenos amigos. Luego vendré por vos, amiga Perla, para haceros compañía, dijo y alejose con paso de diosa sobre nubes.

Comenzó a poco el bullicio de las máscaras y todo fue alegría y agradable confusión. Una grata y armoniosa música dio al aire sus placenteros acordes y el baile dio principio.

En uno de los grupos en que figuraban personas de la más alta suposición, estaba Loredano, miembro del Consejo de los Diez. Madura era su edad, su aspecto mostraba cortesanía y distinción; su traje lujoso y ostentando la famosa «Estola de oro» indicaba su opulencia y su alto puesto en la república. Su rostro regular y hasta delicado en sus facciones, revelaba sin embargo un tanto de malicia y sagacidad; notábasele cierta reserva en la mirada y en la sonrisa espejos del alma. Sirena le contaba ya entre sus adictos, aunque este a fuer de hombre circunspecto y estudiado, sólo sintiese por ella la vanidosa afición que despiertan en la generalidad de los hombres, las gracias de una mujer hermosa, un tanto«coqueta» en el trato, y brillante por su elegancia y posición; pero lo que podía caracterizar mejor su mutua amistad o relaciones, era la afinidad que une siempre a los que

se buscan en este mundo, por analogía de caracteres, para prestarse recíproco apoyo en sus respectivas y a veces comunes miras.

El grupo pues de que formaba parte Loredano estaba compuesto de senadores, consejeros y otros patricios, quienes a ley de hombres públicos, no podían olvidar la política, manjar precioso a sus espíritus; departían por lo tanto acerca de los negocios del Estado, y con los ojos fijos de vez en cuando y maquinalmente en algunas de las bellas que junto a ellos pasaban, altercaban con toda gravedad, con seria absorción cual si se hallasen en pleno consejo; transportado su pensamiento ora a las cortes de Europa, ora a las de Oriente. La colonización de Candía les preocupaba, la dominación de la Morea les entretenía, las victorias de los turcos les alarmaban.

Una mujer enmascarada y de atractivo continente llegose a Loredano. Venía ataviada in zendado es decir: traje y corpiño a la meridional antigua, cobijando la airosa cabeza, el muy donoso rebocillo español de poca anchura, y cuyos extremos prolongados, cruzándose en el pecho graciosamente y ondeando a lo largo de los costados cabe la cintura, llegábanse a formar el nunca bien alabado y garboso lazo posterior, cayendo en seguida al desgairé entrambos extremos cuasi hasta la corva o pantorrilla. Tenía la enmascarada el aspecto, la atmósfera que suele rodear a la mujer hermosa cuando para darse mayor realce, oculta su beldad tras el misterio. Acercose, repito, a Loredano y díjole sin duda secretos tales, que hubo de llamar su grave atención, después su curiosidad, de una manera tan viva al parecer, que daba ya su estado más indicios de alarma profunda, que de simple deseo de conocer a la elegante máscara. ¿Y qué podía esta haberle dicho para así despertar sus inquietudes? El botón de fuego en la piel del caballo brioso, no hubiera podido semejarse moralmente a aquel empeño que se apoderó de toda su persona y que en vano trató de disimular. El consejero pasó a ser hombre. Llevole o más bien dejose perseguir la disfrazada hasta uno de los balcones que daban a los canales, y allí comenzó una conversación tan animada, tan insinuante por parte de la máscara, tan llena de interés por parte de Loredano, que no pudo menos de llamar la atención de los circunstantes. Entonces la máscara escapose ligera como luminosa exhalación, riente y bulliciosa, y perdiose entro los grupos, desapareciendo de la vista de Loredano, quien difícilmente hubo de contenerse para no ir tras ella y dar al traste con su patricia gravedad. Aquella era la serpiente satánica que no abandona su víctima, sino dejándola en el alma el apetito del fruto de la ciencia o mejor dicho de la soberbia y de la ambición.

Sin duda, había abandonado aquel salón la máscara instigadora, puesto que Loredano la buscó vanamente con la vista, no dejando de responder distraído y discordante a aquellos de sus colegas que, imperturbables en medio de la general animación y algazara, continuaban rumiando en absorbente plática: guerras, intrigas y tratados: las tres pesadillas de los hombres políticos.

-Bien, bien; murmuró la traviesa máscara al desaparecer del salón en donde acababa de dejar impaciente al decenviro; el matrimonio que aumentaría el poder de los Morosini no puede convenirle; ya tengo lo que me faltaba: un aliado, un apoyo entre los Diez...

-Venid, amiga Perla, decía Sirena a la prometida de Honorio, algunos momentos después. Hace aquí en estos salones un calor sufocante. A no ser por las máscaras

podríamos creernos bajo el ardor de agosto. Venid a ver mi invernadero. Ya veréis como en él no faltan las más hermosas flores de Italia y de Turquía. Aunque ciertamente comprenderé desde luego que no os inspire admiración, porque a la verdad ¿qué cosa podría tener atractivo a los ojos de una bella que tiene ante sí la perspectiva de un próximo y venturoso himeneo? ¿Amáis mucho a Honorio, Perla?

-Con toda mi alma, respondió esta, ruborizándose al hacer tan sencilla y sincera confesión, como si la hubiese hecho ante el mundo entero; y sin embargo nada había más puro que tal alma y tal amor.

-Confiad en mí, la dijo Sirena; hacéis bien en confesarme lo que todo el mundo sabe, pero que en vuestros labios toma el carácter de una confidencia que lisonjea demasiado a mi amistad; ¡oh! ¡cuán grato será para Honorio el oíros repetir esa confesión! Honorio que se desvive por vos, ¿no es cierto?

-¿Cómo no creerlo? repuso Perla; ¡ah! existe en sus palabras tanta verdad, que si él mintiese, la mentira sería doblemente aborrecible porque sería más seductora. ¡Oh! primero dudaría del Sol.

En esto, dejando el invernáculo, sentáronse en uno de los cenadores que ya he descrito al tratar de la entrevista de Paolo con Sirena en los anteriores capítulos: cenadores que la dama había inhabilitado para los concurrentes aquella noche, sin duda con especial idea. Lo numeroso de la reunión hallábase en los salones altos quedando los de la planta baja como puramente de tocador y de descanso.

Los ojos de Perla brillantes de amor y de inocencia, los de su amiga con cierto fulgor extraño que no hubiera podido inspirar confianza ni franqueza a otra que no hubiese sido la incauta novia.

-Gran certidumbre es esa, amiga mía, replicó la esposa de Gradenigo, reanudando la conversación, y a fe que os la envidio, porque si dudaseis, si conocieseis los celos... no, no los conozcáis nunca.

-Parece que habláis con el sentimiento de la experiencia, repuso la virgen.

-No, no hay tal, tornó a decir Sirena, no he sentido los celos, pero imagino que deben ser horribles. ¡Hay tantas cosas que se adivinan! Si soñaseis que llevabais a vuestros labios una copa envenenada y que sin poderla retirar de ellos, obligada por una de esas fuerzas sobrenaturales, irresistibles que nos impelen algunas veces cuando soñamos, la apurabais ¿dejaríais acaso de sentir aunque dormida, los dolores, las agonías de una muerte cruel y desesperada? Yo he soñado con los celos y he sentido sin salir de mi letargo, los vértigos rabiosos de la envidia, he sentido entre las mías como ahora tengo las vuestras, la odiosa mano de mi rival bella, amada, preferida; heme creído envuelta en su hálito malhechor, que fue fascinación para el ingrato; he sentido derramarse como hielo y fuego alternativamente sobre mis miembros su mirada satisfecha, triunfante; he percibido la humillación con su peso de hierro sobre mis hombros y mi doblegado cuello, he sentido su insulto azotándome la frente y abrasando mis mejillas, la voz helándose de dolor y de ira en mi garganta, la

confusión nublando mis ojos, la sangre cual ascua en mis sienes, el frío en mis manos, todo un mundo de odio en mi corazón. Entonces, la he deseado una muerte horrible como mi agonía; me hubiese complacido en arrancar fibra a fibra aquel corazón tan feliz; entonces he deseado que mis manos oprimiendo las suyas, como ahora las vuestras, hubiesen sido de hierro para deshacérselas... he sacudido el peso de mi frente, he alzado mis ojos para abrasarla, devorarla con el fuego que me consumía, para lanzarle en el rostro, con solo mi deseo, todo el tormento, toda la infamia que hubieran podido dar los hombres...

-¡Ah! me dais miedo, exclamó Perla, evitando aquella terrible mirada, retirando sus manos.

-¡Oh! perdonad, añadió Sirena, con nerviosa risa, es sólo un sueño lo que os he contado, después, una vez despierta, me he reído como ahora. Ya se ve; no hay sueño que no sea un completo disparate: pero de lo que no debe uno reírse es de los celos; porque al fin nadie, vos misma no estaréis exenta de sentirlos alguna vez; todos los días no son de buen tiempo, hay algunos, muchos, bastante borrascosos. Hoy, por ejemplo, Honorio os ama, vos le amáis; estáis consagrados el uno al otro, soñáis ambos con un día... ese día de las esperanzas puede no llegar. ¿Quién sabe? ¡Hay tantas rémoras de felicidad en la existencia!

-No, señora, exclamó la virgen, no me digáis eso; nuestro amor es puro, grande y confiado. Nuestro himeneo está próximo y debe realizarse, se realizará.

-Se realizará... replicó Sirena, con cierta visible duda.

-¿Y por qué no? interrogó Perla.

-Muy confiada estáis, añadió la primera sonriendo.

-Parece que dudáis, repuso la segunda con temerosa vacilación, y en verdad que no os comprendo.

-Antes al contrario, contestó la de Gradenigo, creo que para dicha vuestra y gozo de vuestros amigos, el enlace se verificará. Yo por mi parte, saludaré con la mayor satisfacción a la esposa de Honorio Morosini, dándole en su casta frente, como lo hago ahora, el beso de la más pura y generosa amistad. No ha sido duda la mía, Perla, ha sido temor. Debéis comprenderlo así. Temor natural por el bien que se desea, hasta verlo realizado. ¿Y quién podría impedir hoy esa unión? Nadie. Os amáis; vuestras familias están conformes en la alianza que se ofrece como mutuamente ventajosa; sólo que, como acabo de deciros, es tan eventual la dicha en el mundo, que no pueden menos de aparecer como fantasmas de mal augurio, las más ligeras sombras. Tiembla una por todas las horas, por todos los momentos; ya se tiene cogida una punta del manto de la fortuna y aun se teme que sean pocas las propias fuerzas para no dejarla escapar o que al fin ella se desprenda y parta, dejando al pobre mortal con sólo un triste girón del manto asido. ¿No es verdad que tal es, amiga mía?

-Así es, murmuró Perla, moviendo la cabeza en expresión de pesadumbre.

-Por lo que hace a mí, sé deciros, añadió su interlocutora, que no dormía ínterin imaginaba que la nupcial corona con que mis ojos se halagaban, podía serme arrebatada sin el placer de que la ciñese mi frente. Suponed por un instante que Honorio Morosini a quién amáis por sus buenas prendas y por pura simpatía, sin la vanidad que pudiera inspiraros su gloria...

-Ciertamente, exclamó la grata doncella, a quien el solo nombre de su amante hacia brillar los ojos y sonreír con inefable encanto; ciertamente, señora, tenéis razón: por sus buenas prendas personales y sobre todo por pura simpatía. Hele dicho mil veces que hubiera preferido que ambos naciésemos pobres y oscuros para poder amarnos, sin que él tuviese que compartir su amor con los cuidados de la cosa pública, ni con las aspiraciones ambiciosas de todo hombre que se distingue. Entonces yo no temería como hoy, que cualquiera intriga pudiese arrebatármele, ni que el aura popular que le sonríe, le abandonase mañana causándole un descontento que, acaso todo mi cariño no sería bastante a disipar. Entonces no me encontraría como hoy amagada por una ausencia no libre de peligros... el mar, los combates... ¡oh! bella será la gloria para los que la buscan con tantos afanes, bello es servir a su patria, pero, como he dicho, prefiriera haberle conocido pobre y sin pretensiones para amarle como hoy, sin los recelos que las circunstancias actuales me ocasionan. Veces hay en que hubiese deseado ser mujer del todo fea para que me amase sólo por mi alma.

-¿Y creéis que entonces os hubiese amado? apresurose a preguntarle la esposa de Gradenigo.

-De Honorio, lo creo.

-De Honorio debéis dudarlo como de cuasi todos los hombres. Estos, aun los menos materiales aman generalmente por la vista, y si vos no hubieseis sido harto bella para distinguiros entre la multitud de damas de Venecia, los ojos del que es hoy vuestro amante, hubiesen pasado por cima de vos sin miraros ni pagaros el tributo de cariño que merece vuestro corazón. -La excepción hubiera sido lo contrario- y sin tachar a Honorio, puedo permitirme creer que, atendido su carácter gustoso de la brillantez, no sería él parte de esta excepción; y vos misma ¿podríais jurar que en vuestro cariño a él ha dejado de entrar como parte inspiradora el atractivo de su posición y de su gloria? Sin estas cualidades hubiéraisle percibido entre la multitud desde vuestra altura?

-¡Oh! sí, replicó Perla; mal juzgáis a Honorio. -Yo leo en su mirar, en su sonrisa y en su palabra alguna cosa que me hace confiar en que me ama por mi solo corazón. -En cuanto a mí, os diré que en cualquiera posición en que hubiese él nacido por triste que fuera, mis ojos le habrían buscado, mis labios habrían suspirado por hallarle, y al hallarle, ¡oh! sí, mi corazón lo habría amado como hoy.

-Pues bien, tornemos a los celos, repuso Sirena, deseosa de sacar a Perla del terreno de la confiada fe, terreno de las almas puras, y del cual era necesario alejarla para sembrar en su seno las terribles inquietudes.- Es conversación que me place la de los celos, amiga mía: añadió la misma. Suponed que entregado Honorio por el altar a vuestra completa posesión, otra mujer acaso menos bella y merecedora que vos, pero que, por algunos de aquellos

misterios inexplicables, si bien harto comunes por desgracia, produjese en el ánimo de vuestro esposo la misma impresión que vos le produjisteis la primera vez que os vio, o que por arte mujeril, (porque vos sabéis que hay mujeres demasiado artificiosas) procurase ganar con el atractivo de la novedad, con el tiempo y con diabólicos giros lo que no pudo ganar en el primer instante... Vuestro esposo no cegará en los altares al daros su mano seguramente, y ¡existen tantas bellezas que no se han conocido hoy y que no se sabe los sentimientos que podrían inspirar mañana! Pero en fin, ¿a qué afanarse por expresar mi idea toda vez que es tan clara? Suponed que no hubiese en Venecia una mujer capaz de cautivar el afecto de Honorio: ¿estaríais por eso más libre de rivales? Él, como buen patricio, es ambicioso de lauro y de poder; irremisiblemente, luego que el amor a Perla se hubiese entibiado como acontece cuasi siempre con la no disputada posesión, renacería en su alma aquel sentimiento que ahora creéis muerto y que sólo se encuentra adormecido; porque en ciertos hombres la ambición es más poderosa que el amor. -Más no creáis, queridísima Perla, que mi objeto sea otro que el de manteneros en guardia contra esa confianza y candidez en que vivís. Desde el momento en que os conocí os cobré simpatía, vuestro dulce trato ha hecho después mi gozo, pudiendo asegurar que no tenéis hoy mejor amiga, pero trátase de que no seáis incauta, y mi voz es la voz de la verdad y del afecto. -Así la verdad y el afecto me mueven a deciros, amiga mía: preparad vuestras fuerzas a la lucha, si queréis vencer; tenéis una rival poderosa, cuasi incontrastable en el corazón de vuestro futuro esposo: Venecia.

A estas palabras que no pudieron menos de producir en Perla cierto disgusto y displicente alarma, sucedió lo que vamos a contar:

Habíase ido acercando misteriosamente al cenador en que platicaban las dos bellas, una góndola, permaneciendo como en acecho junto a la escalinata. La placentera música resonaba en los altos salones, y los departamentos bajos del edificio habían quedado solitarios. -De repente, tres hombres enmascarados saltaron de la góndola e introdujéronse en el cenador. -El miedo heló en la garganta de las jóvenes la palabra de socorro; lucían los puñales levantados ante el pecho de entrambas. -A poco, Sirena yacía maniatada, y amordazada con su propio pañuelo. -Medroso desmayo acometiendo a Perla, hizo fácil su transporte a la góndola. -Apartose esta: sus remos al apoyarse en la «fórcola» forrada de intento para amortiguar el ruido movíanse rápidamente. -En breve fueron cruzados varios canales por aquella embarcación silenciosa cuyo negro «felze» o cubierta, entre las sombras, le daba la apariencia de un misterioso féretro...

Era ya tiempo que la nueva de este accidente cundiese en el sarao. -Sea casualidad o plan, entró Julieta la camarista de Sirena en el cenador, y al verla en aquel estado corrió a los salones dando voces de alarma que atrajeron hacia allí a los concurrentes. -Gradenigo apoyado en el brazo de uno de sus pajes, y seguido de Honorio a quien un presentimiento traía velozmente hacia el invernadero; llegaron, y su sorpresa fue mayor todavía al encontrar a aquella reclinada en un diván en la forma que se ha referido.

Había algún desorden en los muebles del cenador, en tanto que a los pies de la dama mostraba su brillante hoja un enorme puñal.

Desataron las doncellas a su señora con la presteza y cuidados que el caso requería, y escapose de los labios de la cuitada un suspiro doloroso al parecer, única señal ostensible de vida, puesto que sus ojos continuaban cerrados.

-Pronto, el médico, gritó Cosme acercándose a la desmayada y llevando al olfato de la misma un rico pomo de esencias. A poco, abriéronse los ojos de la dama, tendiolos en derredor y al hallar los de Gradenigo,

-¡Esposo mío! murmuró y le alargó los hermosos brazos; pero al par que estos iban al cuello de su marido, ojos iban al semblante de Honorio a quien distinguió entre la concurrencia y que muy cercano a ella procuraba inquirir con sus miradas el paradero de un objeto querido, por cuya presencia en vano suspiraba su corazón. -Entonces leyó Sirena en la fisonomía de Honorio la más viva inquietud, y desprendiéndose de los brazos de su esposo, corrió hacia la fenestra dándose una palmada en la frente en ademán de recuerdo.

Perla, Perla, gritó fingiendo pesar... ¡robada, robada!... y al punto y en pocas palabras contó el inesperado suceso dándole todo el colorido conveniente a sus miras, mostrándose agitada y sorprendida. Grande había sido, según ella, el terror de ambas; grande era su pesar por la desaparición de la que llamaba su cara amiga.

Pero ¿quién hubiera podido preveer tal accidente? ¿A quién podría atribuirse semejante desacato? Extremoso era el sobresalto de la familia Fóscari, extremosa la pena de Honorio como era natural; grande sobre todo la curiosidad de las damas y aun de los galanes. -Unos y otros cercaban a Sirena prodigándola cuidados con tal de hacerse repetir de ella la historia del suceso. -Iban y venían los criados, pusiéronse en marcha los gondoleros -¿por dónde buscar a los raptores? Corrió Honorio a su palacio, puso a sus gentes en movimiento hacia todas partes. -Era ya tarde; hízose sin embargo conducir a tales horas a casa de los principales influentes del Consejo. -La policía comenzó sus pesquisas. -Inútil fue todo ello al menos por aquella noche, que él y la familia de Pera pasaron como era natural en el mayor desasosiego. -Estará demás decir que el sarao terminó en medio de todas aquellas confusiones de que Gradenigo no se daba cuenta ni comprendía una sola palabra. -Acaso su esposa no estaba tan a oscuras en el enigma. -Loredano y otros consejeros habían desaparecido del sarao. En cuanto a Sirena, fue conducida a su lecho en donde Hafiz, que acudió al llamamiento, la suministró los primeros cuidados en la vía de calmar la agitación que ella sentía, y que era tan consiguiente al suceso, -sobre todo en una mujer que, como la que más y la que menos, tenía un alma dentro de su cuerpo, y sus desmayos y sus nervios.

- XXIV -
En que se continua la materia del capítulo anterior

He dicho que la policía veneciana había prometido poner en juego sus resortes más eficaces, para averiguar el paradero de Perla y castigar a sus raptores; pero según la tradición, la cual sea dicho de paso, deja en esta parte una laguna de omisiones, parece que Loredano, a quien se tenía entonces por miembro de la inquisición de estado; influyó para

con sus colegas a fin de que sin perjuicio de averiguar lo que en el asunto pudiera corresponder a la seguridad de la oligarquía, se dejase el principal cuidalo a las familias Fóscari y Morosini verdaderas interesadas en él. -Esta parte activa que, aunque cautelosamente tomó dicho inquisidor en el asunto, no debió pasar sin percibirse por saberse que, si bien con algún disimulo, aquel no era amigo de ninguna de las dos familias, y mucho menos de Honorio, a quien contemplaba antagonista interruptor de su ambiciosa marcha. -¿A qué, si no, el empeño que según se sospecha, mostró en desviar de la materia la vista perspicaz de la inquisición de estado? Sabido es además que este famoso consejo omnímodo, secreto e irresponsable en sus decisiones, se componía sólo de tres miembros, dos de los cuales podían hasta condenar a muerte a su tercer colega.

Sirena parece que no desconocía la enemiga secreta de Loredano para con Morosini, la influencia de aquel en los misterios de la cosa pública, ni su carácter intrigante y ambicioso. Cosme habíala dado gran luz en la materia, y su clara sagacidad no la había sido infructuosa en su trato con el influente decenviro en la vía de conocer su carácter y secretas aspiraciones. De una cosa sobre todo hallábase al corriente, a saber: que el enlace de Honorio con Perla por llevar consigo la alianza de los Morosini con los Fóscari, dos familias poderosas; y la última sobre todo, enemiga histórica de los Loredanos, no estaba ni podía convenir a los intereses políticos de estos.

Compréndese desde luego que ganado uno de los tres por otro de los mismos, lo que no era muy difícil a Loredano, asaz, temible por ser decano en materias de intriga; el tercero debía adherirse al proyecto de los dos, cualquiera que fuese, por temor de suscitar contra él la animosidad de estos que de común acuerdo, todo lo podían. La sola sospecha de que Loredano tenía cartas en el juego, hízoles sin duda dejarse llevar con colegial complacencia, por aquello de hoy por ti, mañana por mí, que dice el vulgo. -Sea de esto lo que se quiera, pues nadie pueda saber de positivo lo que fue misterio inexplicable; es un hecho que, la policía veneciana tan justamente famosa, o hizo poco o no alcanzó a descubrir el paradero de Perla, ni mucho menos rastrear con éxito a los culpables.

Por lo que hace a la joven, apenas fue transportada a la góndola en brazos de sus raptores, cuando, en tanto que uno de estos que, por su fortaleza y maneras bruscas parecía el más decidido, se puso con uno de sus compañeros a remar con sigilo y prontitud, es decir, con cierta habilidad adquirida en iguales casos; el otro restante que era el más joven en apariencia; la depositaba cuidadosa y muellemente en los blandos cojines del estrecho camarín que formaba el felze, en donde la infeliz desmayada quedó con más trazas de fardo que de animado cuerpo. Llegó al cabo la embarcación al borde de una plazuela o campo como allí se llaman, la cual servía de atrio o de vestíbulo a una iglesia entonces cerrada por lo avanzado de la hora.

Púsose en tierra a la doncella que apenas daba señal de vida, si bien comenzó a poco a agitarse su seno, y su labio murmuró alguna palabra, quizá algún nombre de esos con que sueña de continuo el alma. Entonces el que, como he dicho, parecía el más joven de los enmascarados, compasivo sin duda, desvendola los ojos y descubrió su rostro al apacible aire de la noche que un tanto fría, a parque serena, fue trayendo la vida a sus facciones. Entreabrió la hermosa sus ojos, y miró a su guardián con sobresalto; la voz enmudeció en su garganta. -Nada temáis, la dijo el encubierto con voz simpática y que revelaba a una

persona harto conocida en esta historia; nada temáis. Inútil parece añadir que los demás de la góndola habían desaparecido, pues bogando al principio con presteza, salieron muy luego al Canareggio en donde comenzaron a dejarse ir con calma estoica, y como indiferentes a toda persecución, dando a los aires con tranquila voz alguna de las canciones más comunes en el traghetto.

Por lo que hace a la joven, tendió en derredor de sí su atónita mirada, ¡qué mirada de desconsuelo! ¡Qué sobresalto para la infeliz a quien no bastaba lo que veía para poner en hilo sus ideas tan bruscamente interrumpidas por aquel suceso! -¡Ni bastaban tampoco a tranquilizarla las palabras afectuosas y ademanes respetuosos del mancebo que la guardaba. ¿En dónde estoy? exclamaba. -¿Decís que no queréis hacerme mal? Entonces ¿por qué me habéis arrebatado al seno de mi familia? vos, quien quiera que seáis, llevadme a mi casa o temed la cólera de mis deudos.

-Nada tengo que temer, señorita, respondió el enmascarado. Me manda quien todo lo puede sobre mí y obedezco sin vacilar. -¿Qué me valdría resistir? Todo en el mundo ha llegado a serme indiferente. -La voluntad mía no ha sido bastante para darme fortuna, perezca la voluntad, sea responsable de ella quien la ha avasallado. -No trato, por otra parte, de haceros mal ni tal cosa se me ha ordenado. -Por lo que atañe a mi corazón, siempre se inclina a tratar bien en lo posible, sobre todo a vos que sois una señorita merecedora de mi respeto. -No estoy destinado a causaros daño, he aquí todo lo que puedo repetiros. -¡Tranquilizaos pues y tened un poco de confianza en mis palabras y en mis intenciones. -Además que aunque así no fuese, no me falta un brazo armado para impedir con mi sangre y aun con mi vida que nadie os haga mal, ni que mucho menos se trate de daros ayuda contra lo que me han prevenido; venid pues, señorita.

-¿Adónde queréis llevarme, replicó esta? No, yo no debo seguiros sino a mi casa, a la casa de mis padres. ¿Lo oís? ¡ah! vos sois bueno, según parece, vuestras palabras y ademanes han sido para conmigo menos duros de lo que hubiera debido esperarse, sí, tenéis buen corazón, no es verdad? Dadme de ello una muestra; llevadme a mi casa; mi pobre familia estará llena de inquietud y pesadumbre. Vos tendréis un padre quizá, anciano como el que de tal me sirve, a quien un lance como este llevaría quizás a la tumba...

-Padre... murmuró el mancebo; no le he conocido, ni joven ni anciano; mi padre ha sido muerto en mi corazón por el misterio; mi único padre es el sol que alumbra también a los que no le tienen; soy un hijo... abandonado.

-Pero tendréis una madre, alguna mujer cariñosa que allá en vuestra niñez os halagaría y que podría morir de angustia al veros apartado de ella por la mano siniestra de unos verdugos; no, perdonad, vos no sois tan malo al parecer, y si os llamo verdugo, es porque estoy muy llena de duelo y de terror. Vos debéis ser mejor que los que os han enviado; pero, señor, ¡qué trama inicua y misteriosa! ¿qué quieren hacer de mí? Sin duda me habéis tomado por otra; sin duda os ordenaron que os apoderaseis de una joven de tales o cuales señas y me habéis equivocado con ella. -Miradme, creo que no me habéis reconocido: soy Perla Fóscari, que jamás ha hecho daño a nadie. -Venid, añadió conduciéndole al pie de una lámpara que alumbraba el piadoso nicho de una madona. -Venid, venid, miradme; y al decir esto Perla, mostrole el rostro hermosamente pálido y lleno de lágrimas.

El incógnito a pesar de no ser insensible, según lo habían manifestado sus palabras y cierta expresión de tristeza y compasión que se revelaba en su aspecto, miró a la joven con atención, y sin duda hubo de encontrarla muy bella porque hay cosas innegables, pero acaso ocultaba él en sí algún talismán que le permitiese resistir al poder de la belleza; puesto que no cedió a aquel hechizo a que pocos hubieran logrado mostrarse indiferentes; quizá estaba enamorado, fascinado por otra mujer, porque sólo entonces nos es dable explicarnos este misterio.

-Sin duda, continuó Perla, tendréis algún ser a quien amar en el mundo; un ser ante quien sintáis conmoverse vuestro corazón. -Suponed que amáis y estáis para ser esposo y que una mano alevosa os aparta, os roba quizá para siempre el dulce objeto de vuestras ansias.

-Callad, callad señora, exclamó el joven, con voz entrecortada por la emoción.

Quizás habían despertado en su alma semejantes palabras algún recuerdo amargo, puesto que repitió como si no quisiese continuar oyendo la alusión de la joven.

-Callad o voy contra mi deseo de amordazaros otra vez.

-Pues bien, repuso Perla, no os hablaré más de eso ni tampoco os hablaré de lo mucho que os exponéis a que mi familia os descubra y os haga matar por la justicia; soy hija de patricios, de patricios esclarecidos que han dado príncipes a Venecia.

-Lo sé, respondió el incógnito.

-Os harían matar por el verdugo, repitió la joven.

-No importa, dijo el enmascarado sonriendo con amargura. ¿Sabéis si amo la vida? ¿Sabéis si antes de ahora he sido despojado de la única felicidad que esperaba y que parecía que nadie debería arrebatarme, a mí que nunca he tenido para los demás sino un corazón cariñoso y un labio sincero? -Cuando la vida es un vacío la muerte lo colma. Ojalá, ojalá viniese ella por si sola sin que pudiese llamarse suicidio, porque he oído que el que se mata ofende a Dios y a los Santos, pero si me matan... en no siendo mi propia mano...

-Sí, sí, ya veo, dijo la pobre niña con abatimiento, que no teméis la muerte, pero tendréis personas a quienes socorrer, gustaréis de las recompensas, es posible que presentándome yo ilesa y ahora mismo a mi familia, sin darle cuenta por supuesto de nada que pudiese comprometeros, me sería dado decirla: padre mío, parientes míos aquí tenéis a mi salvador, al que os vuelve vuestra hija y parienta, haced su fortuna... y la harían, no lo dudéis porque lo pueden y lo querrían, y tendríais además mis lágrimas de gozo y mis oraciones, a más de las grandes recompensas.

-¡Recompensas! respondió el enmascarado. Sin duda oro: vosotros los que vivís entre las joyas y el lujo y las grandezas, juzgáis que a todos los que somos pobres, porque lo somos, se nos compra con vuestro oro. ¡El oro! ¡si vos supieseis que hace algún tiempo que

tenía yo bastante oro y no pude comprar la felicidad, qué! ni aun evitarme una amargura... pero, añadió como si una idea repentina cambiara su modo de pensar; sin duda no era mucho, no era suficiente a comprar un nombre y un palacio. ¡Oh! si me pudieras brindar la recompensa a que aspiro, entonces podría hacer gustoso el papel de vuestro salvador, como decís, cuando soy un cómplice del que os ha robado, pero no, vos no podéis darme la recompensa a que aspiro. ¿Veis aquellas nubes, más alto aquellas estrellas? pues bien, es casi tan difícil para mí alcanzar lo que anhelo, como tocarlas con esta mano miserable.

Todo esto pasaba en un ángulo del atrio a que me he referido, junto al dintel de una puertecilla del templo. Puso en seguida el enmascarado sobre los hombros de la joven una capa que quitó de los suyos, porque la pobrecilla tiritaba a causa de la estación, y deslizándose por entre oscuras y solitarias callejuelas (que casi todas lo son en Venecia) la arrastró consigo silenciosa y sin resistencia. Abismada la joven en su pesar, dejábase conducir maquinalmente. Al cruzar por un puentecillo que unía dos calles vio el incógnito como el bulto de dos personas que hacia allí se dirigían; al sentir sus pasos la joven hizo un movimiento como para pedir socorro, y entonces el mancebo enmascarado, tapando con su mano aquellos labios que el dolor hacía palidecer y temblar, arrastrola al dintel de la puertecilla que la oscuridad velaba diciéndola:

-Señora, no he nacido para asesino; quizá no sabría mataros ni aun en el último trance de peligro para la empresa que me han confiado, empero si chistáis, añadió poniendo en la mano de la joven el mango de un puñal, cerrándola con su callosa diestra y acercando la punta del mismo a su propio pecho; vos misma me asesináis, vos misma mancharéis esa mano pura con la sangre de un hombro honrado que nunca pensó en causaros mal.

De pronto oyeron el remar de una góndola.

-Sin duda nos buscan, murmuró el mancebo, y acudiendo a la joven que no pudo oponerse a este rápido movimiento, arrastrola consigo en la vía de guarecerse bajo un pórtico que allí cercano estaba; y la infeliz doncella bajando la cabeza en ademán de resignada murmuró estas frases:

-Si no he de volver a ver a los míos y si ellos y yo hemos de morir de pesar, cúmplase la voluntad de Dios, él tenga piedad de mí.

-Los volveréis a ver, respondió el incógnito, así me lo han prometido y yo haré todo lo posible para que obtengáis la dicha de ser restituida, sin lesión ni daño, a vuestra casa.

-¿Pero qué intentáis conmigo, señor? repuso la joven. Mi cabeza se desvanece en un mar de incertidumbres.

En esto sonó la campana de media noche.

-Ya es hora, dijo el mancebo. Seguidme pues con calma y obediencia, y no me obliguéis a usar del terror ni de mis fuerzas contra una débil e inofensiva dama.

Al mismo tiempo pasaban junto a ellos dos hombres, que se detuvieron en la próxima esquina de la callejuela, pero que hablaban bastante alto para poder ser oídos distintamente por Perla y el enmascarado.

-¿La nieta del anciano Fóscari? decía mostrando extrañeza uno de los dos transeúntes.

-Robada esta noche en el sarao de la señora Gradenigo, repuso el otro. Mal podríais imaginaros el trastorno que se armó. Era consiguiente.

EL UNO.- Esto sin duda acontecería a poco de yo haber dejado la fiesta.

EL OTRO.- Como algunos minutos después. Es el caso que los Fóscari y los Morosini, dos familias de importancia pondrán en movimiento toda su clientela, y por lo que respecta al león alado, no dejará de escudriñar todo lo posible con sus ojos misteriosos.

EL UNO.- Allá se las entiendan; un rapto no es cosa rara en Venecia.

EL OTRO.- Vos siempre indiferente a todo, amigo Ruggiero.

RUGGIERO.- ¿Qué queréis? Me bastan mis propios pensamientos para estar ocupado, ¿cómo queréis que dé lugar a los de los demás?

En esto se acercaron un poco al puente estacionandose allí; la conversación continuó percibiéndose con toda claridad.

EL UNO.- ¿Esperáis aquí vuestra góndola, amigo Ruggiero?

RUGGIERO.- Sí, aunque tal vez me decida a no aguardarla y os acompañe a pie hasta vuestro barrio.

EL UNO.- ¿Y os imagináis quién haya podido ser el raptor?

RUGGIERO.- La señorita Fóscari tiene bastantes motivos para ser codiciada.

EL UNO.- Ya lo creo: es una perla engarzada en un rico cuerno dogal. Es hermosa, rica y noble: tres bienes condicionales en todas partes.

RUGGIERO.- Sin embargo estaba prometida y próxima a un enlace. Honorio Morosini su novio, estará sin duda para volverse loco.

EL UNO.- Haceos cargo. Verse arrebatar en vísperas de poseerla la joya del patriciado. Sobre todo cuando pudiera esperar que su alianza con los Fóscari sería un buen remo para empujarse hacia el solio de San Marcos.

Un movimiento do Perla al oír estas palabras, que sin duda envolvían una revelación dolorosa, fue interpretado por el raptor como atentatorio a sus miras, y acercando sus labios al oído de la joven murmuró para ella sola estas palabras.

-Un solo movimiento y la sangre brotará de mi pecho al empuje de mi puñal. Vuestra mano me habrá asesinado.

El lector recordará la actitud que el raptor había hecho tomar a Perla.

Difícil sería describir lo que pasaba en el corazón de esta. Al principio había callado aterrorizada retrocediendo ante la idea, espantosa para ella, de manchar aunque involuntariamente, su mano con la sangre de su raptor, a quien encontraba un tanto perdonable y cuya generosa abnegación de preferir morir a matarla, habíala conmovido un tanto en medio de su desesperación. Hay corazones de ángel, perdonadores, y que prefieren el papel de víctimas al de verdugo. Perla conocía por instinto que el hombre que en aquel momento la tenía asida al parecer con sobrada violencia, era a pesar de todas las apariencias, un alma apasionada como la suya, y que tal vez al prestarse a cometer aquel fraude injustificado, sólo obedecía a un poder que subyugaba sus sentidos y potencias. La mano ruda de aquel hombre que ardiente y trémula tenía adormecida la delicada suya en fuerza de oprimirla, podía quizá impulsarla a enterrar en un corazón desgraciado el puñal del asesino; aquel hombre aparentaba en sus palabras y gestos cierta energía que daba mucho valor a su resolución, y así la infeliz tímida y buena, comprendió que debía evitar los horrores que traería consigo su menor movimiento, su menor signo de pedir socorro. Contentose pues con invocar cielo a quien sólo encomendaba su defensa y de quien se prometía ya únicamente el salvador auxilio. Pasado luego el pensamiento a otro punto, despertose su curiosidad al oír pronunciar su nombre y el de su amante por los dos transeúntes a que me acabo de referir.

Era natural que quisiese saber todos los pormenores y acaso las causas que habían mediado en un asunto en que, sin embargo de ser la actriz principal, ignoraba tanto. No nos basta generalmente saber por experiencia lo que nos ha pasado, queremos cuasi siempre saber lo que se ha dicho de nosotros o del acontecimiento en que hemos tomado activa parte. En una palabra: el actor se desvive por saber lo que ha pensado acerca de él el espectador. Su curiosidad se convirtió en ansiedad cuando se tocó en la conversación de Ruggiero y su camarada el asunto de su matrimonio, con aquellas palabras que el mal pensar humano vertía sin saber que iban a herir como con dardo agudo el corazón de una infeliz oyente; pero cuando estuvo a punto de perder el sentido; cuando sintió toda la sangre en sus sienes y bambolear el mundo bajo su planta, fue cuando, proseguida la conversación, oyó lo siguiente:

EL UNO.- ¿Y lo dudáis Ruggiero? ¡Qué bueno sois! Es verdad que Honorio Morosini no necesita alas ajenas para volar al solio de Venecia, porque a su edad que apenas frisa con su dorado estío, cuenta con un puesto elevado debido a su mérito, y con un nombre ya esclarecido que deberá serlo más si cabe, al continuar en la senda de triunfos que tiene ante sus pasos; pero no debéis dejar de contar que haya entrado por mucho en su alma, al pensar en su enlace con una Fóscari, la conveniencia inherente a semejante alianza. Ella le acerca a su objeto. Verdad es que siempre ha sido enamorado; pero, enamorado veleidoso; ¡a cuántas no ha querido y a cuántas no ha olvidado! Creedme, le conozco desde hace mucho tiempo y compadezco a la joven que iba a darle su mano; es interesado, no lo dudéis; y el fuego que nunca ha podido apagarse en su alma ha sido el de la ambición. Podrá amar a su

prometida, a esa hermosa Perla a quien encontráis tan interesante y que ciertamente lo es, pero la quiere más que la ama. ¡Ya se ve! él es de carne y hueso como los demás, el amartelamiento es en su índole un vicio, y claro está que, ante unos ojos bellos, el hombre un tanto ardiente se encuentra inspirado; habla, y sus palabras dictadas por el ardor de un pasajero devaneo, toman a los ojos de la bella, dispuesta cándidamente a creer lo que le halaga, la expresión del verdadero y profundo sentimiento. Amará a la hermosa, no lo dudo; pero ama de seguro mucho más los favores de esa mujer terrible, bella y caprichosa que se llama Venecia.

Perla vaciló sobre sus pies.

Dejemos esto, amigo mío, contestó Ruggiero que, con su alma sincera, y honrada, no quería ver sino por el prisma de la buena intención. Dejemos esto; no me agrada pensar mal de los hombres, sobre todo cuando el hecho no nos ha autorizado a ello. En la duda, estoy por el bien. Esas cosas son las que me hacen andar cada día más solitario en el mundo; eso es lo que me hizo huir del sarao Gradenigo antes de que se verificase el lance que me habéis contado. Estaba cansado de no encontrar allí como en todas partes más que histriones y maldicientes de todo género.

EL OTRO.- Apropósito, amigo Ruggiero, se dice que andáis un tantillo enamorado.

El pintor dio un salto atrás como si hubiese querido evitar la mordida de una víbora. ¡Yo! exclamó.

EL OTRO.- Nada, no os espantéis; no se sabe de quién, pero se sospecha que lo estáis, y por cierto que autoriza a pensarlo ese aspecto y retraimiento que guardáis en todas partes.

RUGGIERO.- El hastío del mundo ocasionado por lo que acabo de deciros.

EL OTRO.- Será así; sin embargo, ¿el hastío en un joven lleno de fuego, de ingenio y esperanzas como vos? ¿Tristezas en la edad de oro y con laureles en las sienes? amor mal pagado. Estaréis enamorado a lo pintor, de alguna de vuestras ninfas o vuestras vírgenes. ¡Ya se ve, siempre pintando ángeles y diosas!...

RUGGIERO.- ¿Y quién os ha dicho que yo pinto hoy?

EL OTRO.- ¡Cómo! ¿paleta sin ejercicio en un hombre de numen como vos, cuando se sabe que el pincel arrastra al pintor y la lira al poeta? Vamos, estáis enamorado, de fijo; sólo que copiaréis tal vez objetos tan al natural que más bien serán retratos que pinturas y cuya semejanza con la dama de vuestros pensamientos os hará ocultarlos por temor de que se descubra vuestro secreto.

Nada hubiera podido llegar más al corazón de Ruggiero que aquellas palabras que parecían fiel traducción de lo que realmente ocurría en su alma hacía algún tiempo Así es que dudó si tales palabras serían puras deducciones con lógica apariencia de verdad, o sátiras nacidas del conocimiento positivo de la misma.

-Si no fuese tan tarde, continuó el interlocutor de Ruggiero, os referiría, amigo mío, una anécdota de un hombre de vuestra profesión y cierta dama.

La conversación mortificaba sobremanera al pintor y así trató de terminarla.

-Vamos, estáis muy ocioso, amigo mío, exclamó, y queréis divertiros a mi costa. He resuelto no esperar ya mi góndola; tengo sueño y debo madrugar. Adiós, amigo mío, dijo tendiéndole la mano en ademán de despedida.

-Bien, sea; replicó el otro correspondiendo a su saludo. ¡Picaruelo! bien, bien; mañana iré por vuestro estudio y os contaré la historia del pintor.

-Bueno: adiós, repuso Ruggiero desprendiéndose con mal disimulada prisa de su imprudente compañero. Lo sospecha, lo sospecha, murmuró con disgusto; ha querido ganar en certidumbre; ¡ah! corazón mío: quién pudiese ahogar tus imprudentes latidos, quién pudiese hacerte insensible.

-Piensa mal y acertarás, iba diciendo el otro al pasar por junto a Perla y su raptor, aunque sin verlos. Ja, ja, ya la lleva el pintor dentro del cuerpo. Si creerá el muy pazguato que puede haber nada oculto en estas materias y sobre todo a los ojos de un marrajo como este quisque.

Cualquiera que esté en los antecedentes de esta historia habrá reconocido en Ruggiero al único de este nombre que en ella figura; por lo que atañe al compañero, preciso es recordar a aquel amigo de Cosme que lamentaba en las bodas de este, un enlace que le privaba de su camarada de aventuras y libertinaje.

Después de haberse alejado del puente ambos individuos por distintos rumbos, dijo el embozado a la doncella:

-Vamos, venid, que ya nos esperan. Os repito que nada temáis. Si no se me hubiese asegurado que no se trataba de haceros mal, como así lo espero, de ningún modo me hubiese prestado a esta obra o a lo menos ya estaría arrepentido de haberla comenzado. Creo que la separación de vuestra casa no será tan larga: venid pues.

Dijo y llevó consigo a la joven poco menos que en sus brazos Ya que la infeliz dejábase conducir como si de todo punto hubiese renunciado a su voluntad. El golpe que había recibido su corazón era terrible; no era la primera vez que había oído hablar como cosa admitida de la inconstancia de Honorio en materia de amoríos, pero aquella noche parecía reinar para ella un mal genio puesto que por dos veces en distintos lugares, y por diferentes labios había oído enunciarse la misma frase o cosa equivalente: «Perla Fóscari no reina absolutamente en el ambicioso corazón de Honorio.» Sea que el accidente de su rapto, sea que cuando el alma está dolorida, una simple sospecha se trueca en lastimadora espina, es lo cierto que aquella era la primera nube que venía oscurecer el hasta entonces diáfano y despejado cielo de su existencia. Su imaginación era un campo de fantasmas y confusiones, y su mente parecía haber perdido la facultad de percibir lo que la rodeaba; sentía flaquear sus rodillas y correr el sudor frío de su sien helada.

Diose prisa el enmascarado a terminar su misteriosa peregrinación. Llegado que hubo a una esquina, detúvose para vendar de la mejor manera posible los ojos de la hermosa; tarea inútil; los ojos de la joven no estaban para fijarse en nada; toda su vista, toda la vida de sus sentidos había retrocedido hacia su alma, y ¡ah! su alma veía y sentía lo que era dolorosamente inexplicable.

Llegado que hubieron a la fachada posterior de uno de los más notables palacios de la ciudad, abriose una puerta al parecer bastante excusada en lo ordinario; un silbo suave contestó a otro silbo, y el embozado y su robada tuvieron entrada en un oscuro pasadizo del palacio, en el cual sólo percibía aquel un bulto de apariencia humana que, por entre las cuasi profundas tinieblas, cerró la puerta que acababa de darles paso, y tomando del brazo al robador, fuele guiando con Perla, por escaleras y galerías al parecer secretas, hasta una habitación también oscura, cuya puerta sintieron crujir sobre sus goznes. Entraron allí los dos recién venidos dejando el embozado a Perla, a quien dijo: Aguardad aquí; espero y confío en que no se os hará mal. Quedó Perla encerrada. El bulto de apariencia humana continuó a tientas su marcha conduciendo al enmascarado, quien, al llegar a la puerta de la calle, sintió que le empujaban hacia fuera suavemente. Entonces advirtió en las suyas el contacto de una mano fina y delicada que se las estrechaba en son de despedida y que llevó a su alma una sensación profunda e inexplicable. Desprendiose recobrando su esquivez aquella mano exquisita, y cerrose tras él silenciosa y rápidamente la puerta por donde había salido.

- XXV -
Un fantasma coronado

La luz de la mañana penetró en la habitación de Morosini a través de las góticas ojivas que daban al canal. No podía decirse que esta nueva luz viniese a renovar el recuerdo de las impresiones de la víspera, puesto que sus ojos no se habían cerrado al sueño aquella noche, pintándose en su semblante los efectos de un terrible insomnio causado por las más tormentosas cavilaciones.

Después de haber puesto en movimiento aquella noche sus pajes y criados llegó a su morada no sin haber vagado él mismo en persecución de los raptores de su prenda: entró en su habitación, y sin tocar sus vestidos y esquivando su lecho cual si debiese ser para él un ascua enrojecida, dejose caer en una de las doradas poltronas de su gabinete, la cual lo sirvió de único lugar de reposo durante el resto de la noche. Allí, con la frente entre sus manos en ademán profundo y tristemente reflexivo, había contado los momentos. De vez en cuando apoderada de su espíritu la inquieta y sombría agitación, paseábase distraído y activamente por la habitación en todos los sentidos posibles.

Sentía herido su corazón porque amaba a Perla, pero sentía más herido su orgullo. Temía por la suerte de la joven; pero temía más que quedase sonriendo triunfante en las sombras el que había atentado a su nombre y esperanzas, puesto que era público que Perla

estaba para ser su esposa. Acaso, pensaba él, algún émulo de su gloria, algún secreto enemigo que tratase de tenderle un lazo, porque a la verdad aunque amaba a la joven Fóscari y aunque por sí propio y por su familia comprendía todo su valer, no dejaba de reconocer al mismo tiempo que su alianza con una de las familias más ilustres, ricas e influyentes del patriciado debía ser naturalmente codiciada, suscitándole secretas envidias y rivalidades. Perla, por otra parte, no sólo merecía por sí propia la mano de un príncipe, sino que era acreedora al cariño de un gran corazón; él era de natural enamorado y no podía, a pesar de sus treinta y ocho años, emanciparse ni mucho menos ser fácilmente insensible al mérito femenil de una doncella tan hermosa e interesante como su prometida; pero ¿tendría razón esta en comenzar a sospechar que Honorio Morosini obedecía a alguno otro brillo que el de su propio mérito?

E día comenzaba a remontarse por los cielos, y Honorio llamando a su camarero ataviose con su lujoso traje de patricio, ciñendo además las principales divisas de su cargo de almirante, y aparejada que fue su góndola de gala, encaminose en ella al palacio del Dux, en la vía de exponerle su querella y demandarle la debida justicia. No era la hora competente para el caso; llegado que hubo sin embargo, hízose anunciar al príncipe como quien venía a tratarle de perentorio asunto. El anciano, que le profesaba singular aprecio y que admiraba sinceramente sus recientes lauros cívicos, hízole entrar dándole acceso a su propia cámara, en donde le recibió según su costumbre, afectuosamente.

-Señor, dijo Honorio besando con reverencia la mano ya cuasi trémula que el noble Dux le presentaba.

-Aguardo la venia de V. A. para comenzar a disculparme por mi venida importuna.

-Hablad, señor almirante, que disculpado estáis, contestó el príncipe con bondad. Supongo desde luego que vendréis a tratarme de algún urgente negocio de Estado ya que con tal premura y tan de mañana os servís pasar los umbrales de vuestro Dux.

-Pues qué, señor, repuso el patricio, ¿no ha llegado a vuestros oídos la nueva del escandaloso atentado de que ha sido anoche víctima una de las familias más ilustres de nuestra patria?

-¿Atentado, decís? ¿saberlo yo? acercaos, mi noble amigo; vos, añadió el Dux hablando quedo y mirando recelosamente en derredor como si temiese ser escuchado, ¿ignoráis que no es costumbre entre nosotros hace mucho tiempo que el Dux sea el primero en saber lo que pasa en Venecia? Sin embargo el delito, añadió alzando el tono y dejando advertir en su acento cierta amenaza irónica, el delito no quedará impune: la divisa de Sin Marcos es la imparcial justicia. No dejarán de conocer ya a estas horas el hecho, los que velan noche y día por la salud de esta grandiosa y bienaventurada república; confiad pues en la severa justicia de tan celosos magistrados; ellos son harto vigilantes, harto justos y harto... poderosos.

-Empero V. A., señor, puede mucho en pro de mi causa o al menos debe poderlo. No creo que haya en Venecia quien intente dejar impune un atentado como el que es hoy ocasión de mi justísima queja; pero de todos modos el influjo de V. A. debe ser grande

como el solio que ocupa; V. -A. que siempre supo mostrar las más enérgicas cualidades del carácter, no debe como otros muchos príncipes de Venecia ser un Dux en nombre, un fantasma, una vana sombra de poder; sed pues, Dux, señor, vuestra dignidad lo exige, la justicia lo manda... Si por acaso se pensare en atentar una vez más a lo sagrado de vuestros días...

-Silencio, exclamó el anciano con algunas muestras de recelo, acordaos de que estamos en Venecia.

-Nos hallamos solos, señor.

-Os equivocáis, nunca se está solo en ella, siempre hay ojos que ven, siempre hay orejas que escuchan, cada pared es un testigo, cada mueble, el pavimento, hasta nuestro mismo lecho es un espía, a quien se debe tener contento y engañado; hasta el mismo aire que se respira espía y denuncia.

-Pues bien, séase. Hablad, y estas paredes, estos techos, garitas del espionaje y de la traición, serán demolidos; hablad y el aire que respiramos no dará la muerte: será puro y libre como lo hizo Dios; hablad y seréis Dux.

-¡Ser Dux! Vana sombra envidiada que no tiene ni aun el derecho de la abdicación; ¡ser Dux! Ya no es el pueblo el que se levanta contra ellos para arrancarles los ojos ni para apedrearlos, cuando abusan del poder; es una nobleza que lo hace peor, que los burla, los tiraniza y los infama. El príncipe con su cetro de caña es menos libre y poderoso que el humilde pescador de las lagunas. ¡Ser Dux! Fóscari, Faliero quisieron serlo. El primero fue escarnecido, el segundo infamado y el pueblo mientras tanto compadece a los Fóscari y a los Faliero, pero repite cual niño incipiente las palabras de escarmiento y de infamia con que aquellos fueron manchados. ¡Fóscari! ¡Fóscari! ni aun de su cadáver le fue dado disponer. Creedme, almirante, id y pedid justicia a quien todo lo puede. Conozco vuestra causa, aunque no oficialmente; el Dux es un pobre hombre a quien no se lo comunican estas cosas; lo supo por un amigo que me cuenta algunas; nunca falta una voz noticiosa al oído de los príncipes, aun cuando sólo lo sean en el nombre; pero debo aparentar que lo ignoro, o mejor dicho debo aparentar que lo sé y lo he olvidado; esta conducta me evita la vergüenza de preguntar lo que se me oculta; o la vergüenza de la inacción a que me condena la impotencia, en una palabra, no debo saberlo ni ignorarlo, debo ser un cuerpo sin alma, lo que quieran que sea los Diez. Recurrid pues al Consejo, ¿qué queréis? soy una sombra coronada. Adiós, amigo mío. Parece que os habíais olvidado de que sois un patricio veneciano, habíais olvidado hasta los más primordiales rudimentos de esta máquina admirable que constituye nuestra gloria y nuestro poder.

-Y nuestra infamia, dijo Honorio; y después de saludar al Dux en la misma forma que lo hizo al entrar, salió diciendo para sí.

-Es verdad. Hade tiempo que los Dux de Venecia sólo son una sombra coronada. No sé como lo había olvidado. Ocurramos a los Diez; por aquí debí comenzar; segunda verdad que había olvidado y que a fuer de patricio veneciano debía saber como el alfabeto. El

Consejo de los Diez es principio y fin de las cosas; vamos pues hacia él, aunque se exponga uno a tropezar con cualquiera de sus familiares: el verdugo y el canal Orfano.

- XXVI -
De como también había duendes en Venecia

Dejamos a la consorte de Gradenigo poco más o menos en su lecho, declarando Hafiz que a pesar de lo grave de la emoción que había sentido la pobre señora y de la cual pudieran haberse originado daños mayores a su salud, a no acudirse a tiempo; merced a esta circunstancia y a los cuidados que pensaba prodigarla su facultad, el mal cesaría en breve, puesto que desde luengo había perdido este todo carácter alarmante y quedado reducido a una simple y pasajera alteración nerviosa. Tranquilizose Gradenigo, quien por su parte tomaba gran interés en la salud de su muy amada esposa; lo que era sobrado justo por que al cabo la debía la existencia.

Sirena, tan luego como el médico se alejó de la alcoba, no sin prescribir algunos suaves antiespasmódicos, de aquellos que son propios para curar males de rico, como suele decirse, y no sin dirigir a su discípula una mirada maliciosa que ella pareció no advertir; despidió a sus criadas so pretexto de que deseaba que descansasen y quedarse tranquila para ver de conciliar el sueño, sin exceptuar tal vez de esta prescripción ni a su camarera favorita Julieta. Después de hacer colocar junto a su cabecera los brebajes del doctor, a fuer de sumisa enferma, quedose sola como hemos referido, llevándose la noche de un solo sueño, según dijeron luego las gentes de la casa, pues a nadie llamó hasta después de alzado el día, hora en que su campanilla recordó a Julieta sus camariles obligaciones.

Pero no pasemos la noche tan de prisa; sospechamos que la taimada no la pasó de un solo sueño como se ha dicho, pero sin decidir, ni juzgar de ligero en materia tan delicada, exponiéndonos a pensar mal de una mujer tan leal y amable como la heroína de esta historia; contentémonos con imaginar que, acaso por efecto de duende, no fue todo silencio durante la noche en la habitación de la enferma, quien sin duda por ser sonámbula salió y tornó a entrar a eso de las doce, hora de las brujas y de los endriagos, sin más guía que una lámpara sorda, y con paso de fantasma. Pero no para aquí todo ello, según cuenta el magnetizador que refirió sin reserva a mi mencionado amigo Genaro, todos los pormenores de esta leyenda.

La madrugada sería, cuando sintió la supuesta enferma abrirse sin ruido una secreta puertecilla, oculta por los tapices a la cabecera de su cama, y que por ella como a guisa de encanto se deslizó una sombra que, por su manera de andar en la habitación, parecía no conocerla. Sobrecogida un tanto quedó ella al distinguir a la tenue luz de su lámpara a un enmascarado.

-No contabais con esa puerta, señora mía, expresó este, cuya voz no era para la dama desconocida.

Sorprendida estaba Sirena, pues a la verdad aquella comunicación de su alcoba con algún paso que guiase a la casi inmediata no estaba en sus apuntes, pero había olvidado que se hallaba en la ciudad de las puertas y pasadizos reservados.

-Ciertamente, contestó ella porque pensé que siempre sería respetada la alcoba de una dama; nunca imaginé que un noble veneciano estuviese tan reñido con la galantería para abusar de su poder hasta el punto de ejecutar lo que no se atrevería a hacer el hombre más vulgar, desconocedor de toda ley de decencia; pero tenéis poder y queréis mostrarlo, ¿por qué habría de censuraros tal capricho?

-Así es sin duda, expresó el aparecido.

-Sed pues un tanto discreto, y retiraos por un momento al vecino cuarto; dijo la sorprendida y no contenta dama.

-El poder no está reñido, como pensáis, con la galantería, repuso el recién venido, y puesto que no soy un amante que venga a sorprender a su querida, aunque si tal quisiera no me faltarían medios como debéis imaginar por lo que acabáis de ver, pues cual Júpiter me sería dado convertirme en lluvia de oro; esperaré en donde decís a que estéis dispuesta a oírme dos palabras.

A poco fue llamado el incógnito y entró encontrando mayor claridad en la habitación y a la dama sentada en un sitial y ataviada con cierta familiar negligencia no desprovista de gracia y de atractivo.

Sentose el que acababa de entrar y despojándose de si máscara mostró el rostro del que ya Sirena había reconocido por la voz.

-Se puede saber, señor Loredano, dijo tendiéndole con abandono la diestra que el consejero besó con galante agasajo, ¿se puede saber por qué el grave magistrado ha escogido la hora de las brujas, para visitar a una pobre amiga que dormía tranquila y aun doliente?

-Vos sabéis, respondió el decenviro, como he tenido el honor de manifestarlo en otras ocasiones, que suelo dormir poco. Pasemos pues al asunto puesto que quiero terminar pronto esta entrevista, que siento haya turbado vuestro tranquilo sueño: no me perdonaría jamás que hubiera podido menoscabar vuestra interesante salud.

-Al asunto, ya que lo queréis, amigo mío.

-Vamos, ¿erais vos, la mascarita de esta noche, no es así? ¿A qué hablarme sin daros a conocer cuando teníais franqueza para hacerlo a cara descubierta y con vuestro nombre como ahora? Ya veis que entre nosotros existe una franqueza poco común y que me honra demasiado. Me hallo en vuestra alcoba a las cuatro de la mañana; esa es una prueba de confianza que no olvidaré nunca, amiga mía. -¿Quién os ha dicho que puede no convenirme la boda de Morosini con la señorita Fóscari? Sin duda me habréis atribuido el rapto de esta noche. Vamos confesad que sois maliciosa.

-¿Qué motivo tendría yo para saberlo? repuso Sirena ¿me habéis por ventura hecho alguna confidencia a ese respecto?

-¿Y si os dijese, contestó Loredano, que imagino de dónde viene el golpe, y que la Señorita está sumamente empeñada en averiguarlo; y que lo averiguará, y serán castigados los culpables? Tiempo es ya de que en Venecia no haya más que un solo poder.

-¡Cómo! exclamo Sirena, queriendo disimular cierto sobresalto, con una sonrisa de incredulidad.

-Como lo oís; pues que, ¿podría yo, en vista del interés que bajo disfraz manifestasteis anoche respecto de los que suponéis mis intereses, permitir quedase impune un exceso que afecta la seguridad de una de vuestras particulares amigas, y que ha expuesto a gran daño vuestra salud?

-Así es, repuso Sirena, comprendiendo, perfectamente que Loredano era de su escuela.

-Pero vos, añadió este, no queréis aceptar proposiciones, que me han venido de muy alto, porque yo, a fuer de simple decenviro sólo soy uno de tantos; proposiciones que podrían ser muy útiles a la república, a vuestro marido, y aun a vos misma. No queréis ocuparos en la cosa pública, vos dotada de tan preciosas cualidades para el caso, por vuestro atractivo, por vuestra discreción; vaya, seríais una adquisición preciosa para el Consejo.

-¿Qué decís señor? ¡cómo os engaña el afecto y distinción que me profesáis! ¿Yo, una pobre mujer, ocuparme en la cosa pública? eso está bien para hombres sagaces como vos; ¡ah! no: la política a nosotras infelices mujeres nos hastía: dejadme pues con mi coquetería como vos la llamáis; mí única política se cifra en conservar la salud y el cariño de mi esposo. ¡Ah! me olvidaba de una cosa importante; se cifra también en captarme el aprecio y cultivar la amistad de los hombres distinguidos y apreciables como vos.

-Mil gracias, amable amiga; pero vamos, sed franca. ¿Es vuestro marido la persona que reina en ese delicioso corazón? vamos, ya veis que la familiaridad me autoriza a haceros esa pregunta; aquí a estas horas, en vuestra habitación, sólo una afección íntima puede explicar nuestra conferencia. Hablad, hablad amiga Sirena.

-¿Confianza exigís de mí vos que sois el mismo disimulo, que siempre habéis procurado ocultarme vuestras miras, la extensión de vuestras atribuciones?

-Son secretos que no me pertenecen, expresó el consejero, y que sin embargo, vos, por una condescendencia especial mía y por vuestra viva penetración, no desconocéis del todo. Mi posición es evidente: soy decenviro y nada más.

-¿Nada más? replicó la dama; pues bien: ¿queréis que os diga lo que yo ho sospechado?

-¿Qué?...

-Que sois algo más, que sois de los señores que lo pueden todo en la república.

-¡Bobada! Algún día no digo que no; lo que es en la actualidad soy simplemente decenviro.

-Sois incomprensible, señor; algunas veces tratáis de amedrentarme dejándome traslucir vuestro inmenso poder y otras os queréis hacer el pequeño como ahora. Y yo, a pesar de eso, estoy pronta a daros el ejemplo de la confianza, porque a la verdad, quisiera merecer la vuestra. A pesar de que sólo pienso en los brillantes tocados y en las hermosas fiestas me parece que ganaríais con ser algo más franco para conmigo. Sabed pues, sí, quiero daros ejemplo, quiero ser franca por primera vez en la vida, sea cualquiera el mal que pueda resultarme... Confío en vuestra discreción y caballerosidad, sé que sois un hombre de espíritu elevado de grandes miras, a quien poco pueden importar las cuitas de una infeliz mujer cuyos mayores intereses son los del corazón. Sabed que... ¡oh! vergüenza para mí, exclamó cubriéndose los ojos... pero no, no puedo haceros semejante confesión.

-¿Por qué no, amiga mía? repuso el decenviro, ¿dejará de interesarme lo vuestro?

-Pues bien... ¡oh! esposo mío, perdón, perdón... yo haré por vencer dentro de mi alma, aunque me cueste la vida, este afecto naciente... No le veré, le olvidaré. ¡Dios mío! añadió cayendo de rodillas, elevando los ojos hacia una sagrada imagen que junto a su lecho estaba y uniendo las manos en ademán de fervorosa súplica, salvadme, salvadme de esta inclinación que hace mi tormento y aflige mi virtud de esposa... ¡Ah! que llegue a serme indiferente... ¡Honorio!

-¿Qué tal? repuso el consejero; ¿era acaso infundada mi sospecha?

-¿Qué puede escapar a vuestra clara perspicacia? expresó Sirena tornándose a sentar, con los ojos bajos como confusa y abatida.

-Luego entonces, añadió Loredano, vos sois la que tenéis un vivo interés en... que el matrimonio no se verifique, luego vos...

-Eso no, os lo revelaría con esta franqueza tan rara en una mujer que como yo se estima. Sin duda vos... pero no importa ¿queréis que os lo confiese? Grande ha sido mi sobresalto esta noche por el rapto de la infeliz Perla, cuya bondad reconozco y a quien amo sinceramente; ¿os admira? He querido imponerme el deber de amar y desear la felicidad de mi rival; no, no he tenido parte alguna en el suceso, perdonad si os lo atribuyo, pero me he alegrado en el fondo de este maldito y traidor corazón. ¡Ah! decidme, si lo sabéis, en donde se encuentra esa joven, haced todo lo posible porque sea restituida a su familia y el enlace se verifique; quiero castigar en mí ese mal deseo, esta injusta complacencia de rival. (¡Oh! no lo hará, estoy segura, decía aparte la buena dama.)

Loredano movía la cabeza caviloso. (Bueno sería que yo dejase escapar la Perla, decíase a sí mismo; quien quiera que sea, me ha hecho un gran servicio.)

-¿De veras que ignoráis donde Pueda encontrarse la joven? repuso Loredano.

-¡Cómo, saberlo! -contestó la dama.

-¿Lo juráis?

-¡Qué! ¿acaso desconfiáis? exclamó aquella levantando la altiva frente, quien acaba de ser tan sincera, podría engañaros?

-Juradlo pues, exclamó el decenviro.

-Lo juro, dijo Sirena con seguridad.

Parecía imposible que una mujer que tuviese un aire tan leal, pudiese mentir y jurar en falso con tanto aplomo.

-Os creo pues, añadió Loredano.

-Vamos, ignora el paradero de Perla, se dijo Sirena.

-¡Cuánto diera por saber dónde se encuentra esa pobre muchacha! expresó el consejero.

-¿Para qué? preguntó sencillamente Sirena.

-Para ponerla en libertad.

-Mentira, murmuró Sirena, para ponerla todavía más en seguro.

-Vos, tan sincera y franca, y sin embargo la malicia no es extraña a vuestro ser. La máscara de esta noche...

-Qué, señor, travesura de máscara, malicia de niño, picaresca astucia de mujer... nada más, -cuanto os dije, os lo he repetido después con otras palabras- creedme, la travesura es a veces mi terreno, pero sin hiel, sin malignidad... soy mujer frívola y nada más; si me dais más importancia la erráis de medio a medio. Con todo, vos me anunciabais un suceso que después se verificó; sin duda sabíais algo, expresó Loredano.

-Nada más distante de mi mente que la certeza sobre el particular, replicó la joven. Habréis sin duda experimentado que a veces se imagina, se presiente lo que se desea. Todo, por supuesto, partiendo de una creencia falsa, si se quiere: de que el matrimonio de Morosini no entraba en vuestras miras, y si no ¿a qué se redujeron mis palabras? A alimentar vuestra esperanza, a inspiraros en los lances imprevistos cierta confianza que yo no tenía; porque a la verdad, incauta de mí, ¿de dónde podía yo saber ni esperar el rapto? Anhelaba, como os he dicho, que los sucesos imprevistos viniesen en mi ayuda, porque sólo así podía salvarse mi corazón del golpe que le amenazaba con esa boda; contaba con los lances inesperados, ¿qué queréis? Yo, hija de la imprevisión y elevada por sucesos extraños a mi voluntad, a puestos inmerecidos, he aprendido a tener la idolatría de lo

imprevisto a quien todo lo debo. Qué sé yo, a veces, una tempestad, una peste, un terremoto son grandes auxiliares del que no cuenta con medios propios.

-Bien me place creeros, porque al fin esto ordena mejor mis ideas: me gusta tenerlas en orden antes que todo; dijo Loredano, no sabemos si con sinceridad.

-Vaya, gracias a Dios; al cabo me hacéis justicia. Así fuerais tan condescendiente satisfaciendo mi curiosidad de mujer.

-Respecto de qué, dijo Loredano.

-Respecto del arcano insondable de vuestro poder que tanto me ocultáis, dijo Sirena riendo; ¿lo extrañáis? ¡Las mujeres somos tan curiosas! es, porque a la verdad, me dais miedo; eso de imaginar que sois un príncipe tenebroso, añadió con burlesca gracia y hasta con candidez, y no saberlo de cierto. Vamos, dejad vuestra gravedad, amable patricio, dijo con un encanto que si halagó la vanidad no pudo derretir el inflexible hielo del decenviro, quien por otra parte estaba caviloso y ensimismado.

-¿Respondéis con el silencio a mi pregunta? expresó la hermosa, jugueteando con el ébano de su cabellera y mostrando aquellos inflexibles cambiantes de su magnética mirada. Nada me importa al fin, puesto que no tengo pretensiones en la política, saber si sois o no de los famosos tres.

Loredano la miró y hechizado por ella, no pudo menos de dejarse arrebatar de un impulso de hombre; precipitose sobre aquella blanca mano que besó con efusión, pero volvió en sí y tornó a ser el yerto decenviro.

-¿Qué pensáis de mí? dijo.

-Pienso que tenéis un gran talento, que sois insensible al halago de la mujer, creyendo perdida vuestra reputación si se comprendiese que habíais cedido a las caricias de una de ellas. Os acercáis a mí porque os habéis empeñado en hacerme demasiado favor, que no merezco, suponiéndome algo menos frívola que las demás mujeres, pues a toda las reputáis como tales; y en aquel concepto, os imagináis que puedo seros útil. Consecuente con lo que me habéis dicho de que el oro es crisol de la mujer, y esta del hombre, temeríais que vuestros colegas, los del gobierno, y en general los patricios, os creyesen susceptible de exponeros a la prueba; en una palabra: preferís que vuestras visitas sean siempre misteriosas como esta.

-Bien, Sirena; ya que acabáis de ser conmigo tan franca en todo, os diré, que sois la única mujer que me ha comprendido.

-Por eso, dijo aquella, os he confiado un secreto que espero no romperá vuestros labios.

-Podéis contar con ello, expresó Loredano.

-Ahora, señor decenviro, señor inquis... iba a llamaros, añadió la joven con tono de chanza, lo que no sois. Contad que habéis venido como un espíritu, es decir, a través de las paredes, y es ya la hora en que los espíritus se retiran a sus cavernas a preparar los maleficios. El sol viene y podrá sorprenderos. Adiós.

Enmascarose Loredano, registró bien la estancia por si acaso podía ser observado, y desapareció por donde había venido, impidiendo a la dama que le siguiese como lo intentó, sin duda para ver adonde guiaba aquella puerta que apenas pudo ella luego reconocer a tientas.

-Bien, bien, señor consejero, murmuró ella después de quedarse sola. ¿Pensaréis que necesito de vuestras revelaciones? Ciertamente que desearía saber de su propio labio... conocer hasta qué punto podría contar su valía, porque este hombre de todos modos es sobrado importante... Quisiera estar tranquila, saber del todo con quien trato...

Fue luego a un armario y sacó un cuaderno de apuntes.

-Mis espías me roban el dinero, sumas enormes. Estoy segura de que mi policía me cuesta relativamente tanto como la de la república. Han seguido sus pasos como sus hombres habrán seguido los míos... Nada, ya se ve: todo el conato de esos señores es el de guardar el misterio. Cuando la palabra sirve para ocultar la verdad, cuando la máscara es más respetada que el rostro, está una expuesta a que toda su penetración sea inútil; por lo que hace a mi buen amigo Loredano, disimula y miente cuasi tan bien como yo, es todo el honor que puedo hacerle. ¡Oh! es un hombre digno de mí. La verdad sirve también algunas veces para disfrazar la verdad, me cree enamorada de Honorio; una confidencia me da el aspecto de sincera y me salva de otras muchas. Vamos a ver cómo me dan cuenta de la noche; todos mis pesquisidores han debido estar dispuestos, porque tarea no ha faltado; me vendrán a contar algo de lo que sé, algo de lo que me imagino... quién sabe si me dicen algo que no sé ni imagino.

Dijo y dirigiose a un tapiz que levantó; tocó un resorte, abriose una puertecilla y saliose guiada, por su lámpara sorda; la puerta cerrose tras ella, la habitación quedó a oscuras.

- XXVII -
Perla

Ya dije que esta había quedado sumida en las tinieblas de una habitación completamente desconocida para la infeliz. Allí dejose caer en tierra, golpeando el yerto mármol con su delicado cuerpo. El abatimiento más profundo dominaba su ánimo y tal estado la privó en su principio de ocuparse en su triste situación. Una frase sola tenían sus labios, un solo pensamiento su mente: «Honorio Morosini ama mucho a Perla Fóscari, pero ama mucho más el solio de Venecia; pretende casarse por razones de cálculo.» El alma cándida de la doncella, distante de comprender los mil secretos móviles del corazón humano, no habían nunca pensado en que aquel amante tan sincero en apariencia, pudiese pretenderla con otra

idea que no fuese sugerida por un amor completamente desinteresado. Y ¿cómo hubiese podido ella imaginar, ella tan sin orgullo ni envanecimiento, que un hombre como Honorio Morosini que había heredado los favores de la fortuna, a quien ella juzgaba tan envidiable, tan digno de ser estimado por sus brillantes méritos, pudiese amarla de otro modo que como ella amaba, es decir, con toda la fe capaz del sacrificio, con todo el ideal del alma, con toda la pureza del corazón? ¿Y quién, según ella, podría añadir brillo al nombre y posición del laureado almirante en la república? Para Perla, Honorio no era un patricio mezquinamente ambicioso, como por instinto y por relaciones de la voz pública, le parecían muchos de los hijos del libro de oro. Su amante era un patriota desinteresado a quien sólo podía lisonjear esa noble gloria de abnegación propia y beneficio ajeno que suele hacerse lugar en el alma de los héroes. Había llegado a ser este el prisma de su felicidad; la hora en que tal punto de vista desaparecía de sus ojos, debía ser para la incauta la hora del desencanto. ¡Maldita voz de los murmuradores! Las palabras del mal dejan siempre un rastro de fuego, indeleble como ciertas tintas corrosivas que al caer sobre la piel humana no se extinguen sino con la misma. ¡Honorio! murmuraba con abatimiento; ¡Honorio, mi Honorio! exclamaba con desesperación. Entonces venían a su memoria tantos días venturosos, tantos sueños de esperanza cuasi desvanecidos. ¡Oh! ¡cómo se arrastraba por el suelo, cómo se retorcía los brazos, cómo se perdía en la oscuridad aquel bello radiar de sus madejas de oro al desplomarse en abandono y desorden sobre sus hombros! Ella que al comienzo de aquella misma noche, más bella que un astro había deslumbrado con su gracioso atavío y su simpática hermosura a tanto galán y a tanta hermosa; ella que había entrado en la malhadada fiesta con su sonrisa de ángel y con la calma de la ventura en el semblante, que había sido saludada al entrar, como Pomona en los jardines al primer resplandor de la mañana; verse ahora abismada en tinieblas, tendida en el pavimento hecha un mar de lágrimas, sin una voz compasiva en sus oídos, sin una esperanza en su corazón, abandonada al parecer, de todos, y lo que es más, ¡dudando por la primera vez y dudando del hombre a quien había levantado un ara en su corazón!

Nessun maggior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria.

¡Qué noche para la pobre doncella! Llegado el día, cuyos claros penetraban por altos tragaluces, viose en un gabinete magníficamente alhajado, pero en el cual no había un solo objeto que pudiese hablar a su corazón con una palabra de reminiscencia. Después, ¡oh sorpresa! vio en una de las paredes el trasunto de un hombre adorado, ¡pero en qué actitud! Honorio Morosini vestido con todas las galas de su empleo, tal como saltó en tierra el día en que llegó con su escuadra victoriosa, llevando la bandera de San Marcos, pero arrodillado y en actitud de besar la mano de una mujer del pueblo, de una graciosa ramilletera cuyo rostro cubría el antifaz. Este era sin duda el cuadro de Ruggiero.

¡Qué triste luz para la desconsolada Perla! Sabía que la señora Gradenigo había sido en un tiempo ramilletera; pero no, la cuitada joven no podía comprender que la esposa de Gradenigo, tan amable y cariñosa para con ella, tan su amiga sincera... su cabeza era una Babel dolorosa.

El resto de la noche lo había pasado en la postración que sigue al cansancio del cuerpo y del espíritu; habíase rendido a ese sueño del abatimiento que es como el reposo del dolor; ¡ahora ni esta postración favorecedora venía en su alivio! el dolor renacía con la nueva actividad de la existencia... Desesperose, pensó en gritar, pero ¿qué alcanzaría si al fin sus carceleros habrían tomado precauciones para que sus ayes no fuesen oídos? Abandonose pues al lloro silencioso y lloró amargamente. Bendito rocío que calma las borrascas del ánimo disponiéndolo a la triste pero casi indolente resignación.

- XXVIII -
Paolo

Sin embargo de que este, pues ya le conocería el amigo lector en el compasivo raptor de Perla, había prometido obediencia y secreto, no podía menos de preguntarse a sí mismo qué objeto llevaría Sirena en la sustracción de la joven. Habíale persuadido aquella de que todo esto lo hacía por servir al gobierno con quien estaba en connivencia, lo que dejaba al gondolero más en ayunas todavía respecto de la verdad; si bien, acostumbrado a mirar los procedimientos del Estado como infalibles y dignos de respeto, juzgaba en sus cortos alcances que, cuando el Senado o los terríficos Diez, dictaban alguna medida, no carecerían de razones; puesto que tales cuerpos estaban compuestos de los hombres más meritorios y más respetados por sus facultades de toda especie. Por otra parte, había oído tantas veces confundir la palabra justicia con la de conveniencia del Estado que había concluido por introducir el desorden en su cabeza, respecto de estas cosas, y sabido es que tras la confusión suele venir para algunos, cierta unidad negativa que equivale al principio del no pensamiento. Con todo, en el hecho de aquella noche, había algo de tortuoso que repugnaba a su lógica, y así sentía un escozor moral que, agobiando su espíritu, hacía que se dirigiese a su casa después de cometido el rapto, más caviloso de lo que se había prometido. A más de esto, la joven robada era tan interesante, tan inofensiva al parecer, que no podía menos de preguntarse qué interés podría tener todo un gran Senado, en sustraer de su casa y mortificar por medio de una misteriosa violencia a una joven inocente; pero ella era noble y «quién sabe» se decía como queriendo terminar su mental soliloquio: estos nobles tienen cosas que sólo ellos se las entienden; ¡yo no he sido más que un instrumento y a la verdad que no la he hecho daño alguno! Pero todo esto no bastaba para tranquilizar su espíritu naturalmente recto, sobre todo en momentos en que la fascinación de aquella mujer maléfica no turbada del todo su buen entendimiento; así pues llegó a su casa y llamó maquinalmente, siendo necesarias la voz y presencia de su madre, la buena Anzola, para sacarle de su distracción.

-Estoy resuelto, exclamó al entrar en la casa, no partiré sin que Sirena me explique, en lo posible, este misterio.

-Con cuidado estaba, hijo mío, dijo Anzola, recibiendo en la diestra un cariñoso beso de su hijo. A pesar de haberme anunciado que tardarías esta noche en volver porque tenías que despedirte de los amigos, no he podido estar tranquila.

-¿Qué queréis, madre? Pasado mañana muy temprano saldrá la escuadra, y tuve que ir también abordo esta prima noche; después, como efectivamente os lo había anunciado, me tomaron de su cuenta los camaradas, y por más que he hecho no he podido separarme de ellos hasta hace poco.

De todo había en esta declaración, pero Paolo que no tenía costumbre de mentir gordo, como suele decirse, se ruborizó un poco al decir estas palabras. La crédula madre lo halló todo muy verosímil, y habituada a creerle, no habló más de su tardanza.

-Vamos, no he querido acostarme ínterin no vinieses.

Sentáronse, Paolo estaba distraído.

Pasado mañana, ¿dónde estarás, hijo mío? dijo Anzola rompiendo el silencio que a causa de la cavilación del marinero habían guardado entrambos durante algunos minutos. De seguro que no será junto a tu triste madre, añadió esta queriendo detener en sus ojos una lágrima.

-Madre mía, por San Antonio bendito y por Dios y su santísima madre, os ruego que no os aflijáis, porque me obligaréis a partir desesperado. Ya di el paso de alistarme en las galeras de guerra y a la verdad que no hay ocasión de arrepentirse. Si tanto habíais de sentir mi enganche, ¿por qué no me mostrasteis a tiempo ese semblante lloroso o me expresasteis terminantemente vuestra negativa voluntad?

-Mal hubiera hecho, hijo de mis entrañas, respondió ella, en oponerme a tu vocación manifiesta y a lo que habrá de ser quizás tu suerte. Sí, porque si las oraciones de madre tienen valimiento, yo creo que la Santa Madona habrá de sernos propicia. Yo la pediré de rodillas la ventura de mi hijo y ella me la concederá, me le volverá sano y salvo, y yo entonces seré feliz como lo soy ahora ¿lo ves, hijo mío? Ya estoy consolada, decía, pero sus ojos llorosos la hacían traición.

-Vamos, vamos, señora, o soy capaz de hacer todavía un disparate, soy capaz de desertar.

-¡Cómo, Paolo! Ya no hay remedio; el cielo cuidará de ti.

-¿Y por qué no, madre? exclamó el novel marinero. De la guerra salen ilesos la mayor parte de los que van, y yo puedo sacar... ¿quién sabe? Todos mis camaradas me dicen: Paolo, serías un majadero en no aceptar la protección del almirante; el mar y la guerra son para la gente joven y quién sabe adonde podría llevarte tu destreza en el remo.

-Es verdad, respondió Anzola; ¿quién lo sabe? sólo Dios.

-A propósito, madre, hablemos alegremente. Ya voló en gran parte la ganancia de la regata, pero me han dado hoy una corta suma a cuenta de mi prest como marinero de la república, aquí la tenéis; ella podrá, con los restos de lo otro, bastaros por algunos meses. Después Dios proveerá. Mi intención, vos la conocéis, es la de ayudaros con menos fatiga

de la que he tenido hasta aquí meneando el remo todo el día para ganar una miseria que apenas basta a nuestras necesidades. Esta campaña de mar durará seis u ocho meses, en este tiempo, mi continua permanencia abordo me permitirá vivir con alguna economía, y a la vuelta podréis contar con algunos cequíes que alivien vuestros trabajos. Por otra parte, soy mozo, me encuentro robusto, fuerte, con deseos de remover una isla; ¡oh! las lagunas son cosa demasiado monótona y pequeña.

-¿Y tu madre? exclamó Anzola involuntariamente.

-Sí, tenéis razón, vos, mi querida madre. ¡Ah! ¡si supieseis cuánto siento dejaros triste! Yo pensaba que tendríais más ánimo y... ¡qué diablos! a saber yo esto...

-Te he dicho que estoy contenta, repuso la infeliz madre. También lo estaba en medio de nuestras miserias, y me creía feliz al verte llegar todas las noches. ¿No era bastante riqueza para una madre estrechar entre sus brazos, como lo hago ahora, a su querido hijo? Hijo mío de mi alma, decía la pobre mujer llorando y acariciándole. Dios mío, no es posible que él me abandone, ni es posible que yo lo vea marchar. ¡Dios mío, Dios mío! presérvale, presérvale... pero no, no hay que desanimarse. ¡Las madres tienen siempre unas flaquezas! añadió al ver a Paolo conmovido. El hombre ha de ser hombre. Es menester tener corazón... tantas veces lo has dicho: Es menguado no ser más que simple gondolero, cuando se puede ser un buen marinero de la república. Los hombres se deben a la tierra en que han nacido; las mujeres debemos acostumbrarnos a ver partir a nuestros hijos, ¡ay! aun cuando sea con el corazón hecho pedazos.

Y la madre y el hijo quedaron durante algunos instantes abrazados, cruzándose como era natural, sus pensamientos de tristeza.

-No, dijo de pronto Paolo; esta vez será la última que nos apartemos; tan luego como termine esta campaña, vendré hacia vos para no separarme más. Vos sois el único ser que me ama en la tierra... Madre mía, añadió con cierta resolución, quisiera que contestaseis a una pregunta que os he hecho muchas veces y que siempre ha quedado sin una respuesta satisfactoria.

Anzola se sorprendió, y adivinando poco más o menos el contenido de la tal pregunta, respondió con el tono de quien quisiera evadirse.

-En varias ocasiones os he preguntado, tornó a decir el mancebo, a quién debo el ser a par de vos; si podré algún día saber su nombre, ya que no conocerle, en una palabra: si debo desear ese día o temblar ante él. Ya veis que voy a partir; quisiera saber si dejo tras de mí alguna persona que a más de mi cariñosa madre, deba recibir de mí, aunque sea en el secreto del corazón, la demanda de una bendición para el pobre hijo que parte

-Tu padre... respondió Anzola sin saber como forjar una repuesta. ¡La verdad era tan amarga para dicha al infeliz mancebo!... sin embargo dábale pena el haber de engañarle.

-¡Tu padre... hijo mío!... repitió.

-Sí, decidlo, oh madre mía, repuso el joven con ansiedad desesperante.

-Vive, exclamó Anzola con voz ahogada.

-¡Ah! es cierto, madre mía... ¿Por qué no me lo habíais dicho desde un principio?... Mi padre vive, vive... mas ¡ah! sin duda en esta misma ciudad... y cuando no ha venido a buscarme para llamarme su hijo, para que yo le abrazase, para que yo le consagrase mi cariño, mi existencia, es... porque no quiere a su hijo, porque no me reconoce...

-Sí, tal es la verdad, exclamó Anzola con voz transida de pena y anegada en llanto... ha muerto para ti.

-No digáis más, pobre madre... no quiero oír más... repuso Paolo dejando caer la cabeza sobre el seno de la misma.

Perla había tocado sin querer esta llaga en el corazón del mancebo, aquella noche al invocar el amor filial para conmoverle. Sea por esta circunstancia, sea que su próxima partida despertase nuevamente por crisis de sentimientos, su deseo de saber a quien debía la existencia, deseo que había ya manifestado antes, es lo cierto que la pregunta por esta vez, fue hecha con mayor empeño que nunca y resuelta por parte de Anzola más definitivamente que en otras ocasiones. Obligada aquella varias veces a responder a las insinuaciones cariñosas de su hijo sobre la materia, había siempre dado fin a ellas con este laconismo «no existe,» expresado de un modo, que, sin persuadir al pobre mozo, dejábale suspenso.

Paolo por su parte se había hecho el siguiente raciocinio: ¿Mi madre tan afectuosa y buena, tan amante del hijo y no querer hablar del padre? Yo creo que cuando una persona pierde a otra a quien ama, debe recordarla con tristeza, pero con frecuencia y hasta con cierto dulce placer. -Yo siento el deseo de hablar de mi padre, y ella se muestra disgustada, aunque quiere ocultarlo, cada vez que se lo nombro. Aquí hay algún misterio que anhelo saber y que sabré algún día: y así se estaba en esta resolución hasta que lleno de indiscreción filial, volvía a la carga tan luego como se le presentaba ocasión para ello.

-Esta noche, exclamó Paolo reanudando la conversación, oí a una joven hablar con tanto interés del que llamaba su padre.

-Y bien hijo mío, repuso Anzola ¿no te basto yo?

-¡Ah! sí, vos me bastáis, contestó el mancebo y en adelante, si os da pena, no volveré a hablaros más de ello. No tengo padre, pero tengo una Anzola que llena mi corazón; no tengo padre, pero tengo un protector.

Anzola permanecía silenciosa, Paolo continuó:

-Un protector que me habla con llaneza a pesar de su elevada altura; uno que sin ser mi padre, no se avergüenza de tratarme a mí, pobre mancebo, con una afabilidad, que un noble dispensa pocas veces a un hijo del pueblo; un protector que vale tanto como el más encumbrado porque ya es un bravo almirante y cuando quiera podrá ser hasta Dux. Pero

que, madre mía, ¿os ponéis mala? Vamos, estáis muy delicada y yo sentiré que me obliguen a dejaros estando enferma.

-Sí, si, hijo mío, dijo Anzola besando su frente; dejemos de hablar de cosas tan tristes, porque estoy expuesta a no tener fuerzas para verte partir.

Paolo acompañó a su madre a su humilde alcoba besando su mano en señal de recibir la materna bendición.

-La madre trató de sofocar sus sollozos, y en la vía de ocultar sus lágrimas entrose de golpe en la habitación.

El joven volvió a sentarse junto a la mesa, y allí poniendo el codo sobre la misma y la frente sobre la palma derecha, quedó sumido en sus meditaciones.

¡Pobre madre! murmuraba; no puedo, no tendré valor para decirla adiós. Sí, está resuelto. Después añadió con sombrío pesar: -¡Vive un padre y no vive para su hijo!- y luego a través de un suspiro de triste resignación, pasó su mente al campo de sus pensamientos habituales: Sirena...

Llegó la mañana y apenas sus primeros claros se esparcieron por la tierra, cuando Paolo, que apenas había cerrado sus ojos al benéfico sueño echó a cuestas su maletín y dando a la morada materna un triste adiós, saliose con cautela y apresuradamente, sin volver la vista, como temiendo quedar encadenado a aquella querida casa. Tomó en seguida su góndola y dirigiose al palacio Gradenigo por ver a la que por su desgracia, se había encargado de traer al estricote su pobre vida. Todo estaba allí cerrado; las ventanas del invernáculo, que era el lugar por donde el gondolero solía hacer sus incursiones en el palacio, estaban cerradas igualmente; la fachada que daba al gran canal era el único paraje del edificio que al parecer podía prestarle acceso, ¿pero con qué motivo pretendía ver a la señora? -Julieta que era la que de todos los criados podía inspirarle alguna confianza, no se presentaba en los balcones; una seña entonces hubiera bastado para que advirtiese a su ama la presencia del rondador, pero era vano su deseo. Costábale mucho partir de Venecia sin ver a Sirena y sentía a la vez el tormentoso deseo de saber qué sería o habría sido de la joven, a quien, contra su voluntad y sólo por una complacencia para con aquella mujer que encadenó su albedrío, había cooperado a sustraer de su familia. -En esto, decidió acercarse a las gradas del peristilo principal; llegó, ató su esquife a un poste y saltó en la escalera.

Una vez en los umbrales, un conserje le salió al encuentro.

PAOLO.- Vengo a ver a Julieta la camarera de la señora.

CONSERJE.- No puede ser.

PAOLO.- Es asunto de interés, o mejor dicho, vengo en virtud de orden de la señora. Decid a la muchacha mi nombre y veréis como soy bien recibido.

CONSERJE.- (A un pajecillo que andaba por los portales.) Avisa a Julieta.

Corrió el pajecillo y al cabo se asomó la doncella a un balcón.

JULIETA.- ¿Quién?

PAOLO.- Yo, señorita.

-Subid, dijo la doncella y el gondolero trepó como un gamo por los marmóreos escalones, encontrándose a poco en una antesala en donde Julieta le detuvo diciéndole:

-¿Qué ocurre?

-Creo que mi venida no disgustaría a vuestra ama, respondió el mancebo; tal vez tenga algo que prevenirme puesto que voy a partir ya para abordo.

-Aguardad, dijo Julieta cerrando tras de sí una puerta que conducía a las cámaras de su señora.

A poco volvió indicando a Paolo la entrada, quien después de seguir a aquella, al través de un salón y corredores privados, llegó al invernadero que ya conoce el lector, en donde Julieta le dejó para ir a dar el aviso conveniente.

Al cabo de algunos momentos de espera, abriose una mampara, y entró Sirena, quien dijo en voz baja a la camarera.

-Para todos estoy en cama, ¿oyes? mi indisposición me impide recibirlos... excepto al señor Gradenigo. -Bueno es decir que ya este y Hafiz la habían hecho su visita matinal, quedando muy contentos de haberla hallado más aliviada.

-¿Y qué, Paolo? añadió sentándose y haciendo a este seña de que lo hiciese frente a ella.

-Voy a embarcarme hoy, respondió el interrogado.

-No, pienso que no lo haréis hasta después de media noche.

-¡Cómo! replicó el mancebo.

-Es preciso, repuso ella.

-La extrañeza se mostró en el semblante de aquel.

-Os necesito esta noche, añadió Sirena.

-Por Dios y su Santa madre, replico Paolo; renunciad a ocuparme en esas cosas. En verdad, no estoy acostumbrado a dar pasos como el de anoche. Eso me tiene todavía con cierto escozor parecido al remordimiento. ¡La pobre señorita! ¿qué os ha hecho, ni qué perjuicio ha podido ocasionar a nadie?

-Ya os he dicho, respondió la dama, con cierta afectada gravedad que para el pobre mancebo pasaba por moneda corriente; que son cosas que atañen al sabio gobierno de San Marcos, y que si me he prestado a tomar parte en este misterio, ha sido por haceros cumplir con un deber que se confió a mi marido y a quien su delicada salud no permite ejecutar la parte que en él le corresponde; siendo harto buen patricio, para negar sus servicios secretos a la república. Ya veis que os lo digo con toda seriedad. Es un asunto importante del cual no puedo informaros. Debía buscar para que me ayudase en su ejecución, un hombre de toda confianza por su valor, de honradez para que no abusase, reservado para que no comprometiese el secreto, y suficientemente adicto a mi persona, para que no me comprometiese. ¿Y qué? ¿vos no poseéis estas cualidades? ¿habré hecho una mala elección que deba reprenderme y expiar? ¿Vos no sois adicto a mi persona, a la que fue y es aun a pesar de su rango, vuestra más cariñosa amiga? Ni aun creo que haya en el mundo quien pueda o al menos quien tenga justos motivos para aborrecerme ni para no quererme. A nadie he hecho mal; siempre mis amigos han visto en mí el mismo semblante afectuoso, y han hallado junto a sí la mano de una sincera y constante amiga. Vos mismo, Paolo, dejando aparte mi casamiento ¿tenéis alguna queja de mí? Sabéis las exigencias de conducta que se debe a sí misma una mujer honrada ¿habéis visto en mí otra cosa que la misma Sirena de otros tiempos? (Y añadió tendiéndole una de sus preciosas manos.) ¿No sois ya mi amigo, Paolo?

Paolo estrechó con transporte aquella hechicera mano. Estaba turbado, pesaroso.

-Tenéis razón, exclamó; pero hay ciertos misterios... ¿por qué no hacer las cosas claras como el día?... La señorita Fóscari...

-Os prometí, interrumpió Sirena, que no recibiría mal alguno y hasta la presente no sólo se os ha cumplido la promesa, sino que se trata de hacerle bien. Vos sabéis que a pesar de la parte que he tenido en su rapto y que quiero que ella ignore siempre; desde que la conocí, congenié con ella y nadie mejor que yo ha pagado el debido tributo a sus virtudes, tratándola siempre con el más afectuoso y confidencial cariño. Pues que ¿vos creeríais que pudiese yo mezclarme en hacer mal, ni a ella ni a persona alguna? ¿Qué concepto tenéis de mí? ¿Me tomáis por una mala mujer? Paolo, os perdono esta ofensa, porque nace del corazón de un buen muchacho, pero es menester que me vayáis conociendo y estimando en lo que debe ser.

-Pero el almirante... repuso el mancebo que parecía no hallarse del todo conforme.

-El almirante, contestó la joven, debe ignorar absolutamente lo que ha pasado, como me lo habéis ofrecido bajo solemne juramento: me parece que no sois persona capaz de jurar en falso. Sé que le debéis protección y que con tal motivo le profesáis afecto; pero no debéis temer nada por él. Creedme, puedo aseguraros que lo que se ha hecho por él y por Perla su novia, ha sido dictado por la mejor intención y redundará en su beneficio y bienestar. Ese sol que comienza a alumbrarnos, suele abrasarnos y matarnos con sus rayos, y ¿por qué así aparezca, por qué no comprendáis el misterio de su luz, dejaréis de contemplar en él un bienhechor? ¿Queréis saber más respecto de Perla y Morosini? pues nada más puedo deciros; respetad lo que es digno de respeto, y ya que no penséis de ese modo y persistáis

en vuestra imprudente curiosidad, id a preguntar al Senado las razones que ha tenido para proceder así. Id, que desde luego os aseguro la posesión perpetua de una estancia en los plomos o en los pozos y desde luego me lleváis a un castigo conveniente a mi sexo y clase.

Sirena comprendía, con su admirable instinto, que el mancebo era de esos hombres que, cual aves ganosas de libertad, temen más el encierro que la misma muerte, y mucho más encierros como los de aquella república, llenos de cierto pavoroso misterio que no dejaba de producir el debido efecto en el supersticioso ánimo de la multitud.

-Además, la señorita Fóscari será devuelta a su casa esta noche misma, añadió bajando la voz a pesar de que el tono de la conversación no había dejado de ser hasta allí bastante tenue; cuento para ello con vos, ya que habéis comenzado a trabajar en este asunto.

-Imposible, a prima noche debo estar a bordo.

-No importa. -Ahora mismo os dirigís en busca del almirante Honorio. Os estima desde el día de la regata, como vos sabéis, y no podrá negaros la pequeñez que vais a pedirle: que en virtud de hallarse enferma vuestra madre...

-Siempre mintiendo, murmuró Paolo.

-Es preciso, continuó aquella, con voz que no concedía réplica. ¿Queréis que confíe a otro este secreto y me exponga a una denuncia? El Consejo de los Diez castiga severamente, como no lo ignoráis, la divulgación de sus secretos, y yo sería castigada ¿queréis que lo sea por vuestra falta de condescendencia?

Paolo callaba.

-Pedís pues al almirante permiso, prosiguió la joven, para permanecer en tierra hasta el amanecer, una o dos horas antes de zarpar la escuadra. Si lo conseguís, venís a avisar a Julieta. Cuidado con decir al almirante una sola palabra respecto de Perla, porque esto equivaldría a decirlo a todo el mundo y Morosini es quien precisamente debe ignorarlo. Este secreto no os pertenece, sois hombre honrado y no abusaréis, estoy segura; si tal hicieseis, me perderíais y os aborrecería, más aun, os despreciaría... no me volveríais a ver, ¿entendéis? Recordad que la noche en que fuimos en busca del Bravo, me jurasteis el secreto, para con todos y en especial para con Honorio, por Dios y por la vida de vuestra madre; exigíroslo de nuevo, sería dudar de la fuerza de aquel juramento. Vaya, adiós, y no perdamos tiempo... Hasta la noche. De todos modos, venid hoy a dar aviso por si fuere necesario modificar mi plan.

Salió Sirena del aposento dejando solo al hijo de Anzola, hasta que Julieta vino a conducirle fuera de aquel sitio.

Paolo dirigiose a la morada del almirante; dijéronle que este se hallaba en aquel momento sin duda en casa del Dux; encaminose a la piazzetta y apostose frente a la morada del príncipe junto a la puerta llamada della Carta, que era por donde debía salir la persona a quien buscaba, ya que los dos graves Dálmatas que paseándose con sus alabardas terciadas,

a guisa de centinelas, no le dejasen pasar adelante. Si hubiese dado algunos pasos por la Riva, hubiese distinguido en el canal que separa las prisiones, del palacio dogal y que cruza por lo alto el puente dei Sospiri, una góndola de retén en cuyo felze estaban grabadas estas cifras C. D. X. Esto quería decir que el consejo de los Diez estaba reunido.

Por lo que hace a Sirena, volvió a su alcoba, acudió a una gaveta de su guardarropa, y sacó una cajita que contenía varios pomos harto pequeños a la manera de botiquín homeopático. Cada cual tenía su marca; era indudablemente aquello un presente de Hafiz, como producto de sus retortas- y alambiques. A poderse descifrar aquellos rótulos, hubiésemos admirado allí reunido lo que en pocas horas bastaría para acabar con el género humano. Semejante cajita era el capricho de un Calígula reducido a forma. Veamos pues a quien intentaba servir de escanciadora aquel Ganimedes infernal. Después de corta deliberación y examen, apartó uno de los frasquillos, y guardando los demás, puso aquel en su seno.

-Este es... dijo y se sentó tranquilamente.

- XXIX -
Entre lobos anda el juego

Efectivamente,, el Consejo de los Diez acababa de reunirse. No faltó quien expusiese ante él la escandalosa violencia de que había sido víctima una de las familias más ilustres y respetables de la metrópoli en la persona de la discreta y hermosa Perla Fóscari. Pidiose por los amigos de esta familia y de la de Morosini, que se declarase negocio preferente, y que la república, encargada de velar por la honra de sus nobles hijos, tomase a su cuidado la formación de un proceso indagatorio que trajese en pos de sí el castigo de los culpables y la seguridad de que el Consejo no dormía al tratarse de hacer justicia.

Algunos consejeros hablaron sucesivamente y en igual sentido; alguno contradijo, y el debate iba por consiguiente tomando cierto calor, no muy común en aquella corta asamblea, en donde la cautela y reticencia solían estar a la orden del día. Entonces habló Loredano y lo hizo declarando que, según debía suponerse, ya la respetable inquisición de estado habría dado providencia en el escandaloso expediente y que era fuerza descansar, con alta confianza, en un tribunal que no había nunca desmerecido en la administración de los asuntos de su peculiar y exclusiva competencia. Miráronse al escuchar estas palabras unos a otros la mayor parte de los decenviros y comprendiéronse mutuamente. La inquisición de Estado era la hija mimada de los Diez; lo que aquella hacía estaba bien hecho, debiéndose considerarla como infalible.

Pasose pues a otro asunto, huyendo de un debate que cual ascuas encubiertas, debía abrasar al que intentase removerlo sin las debidas precauciones. La hijita querida se había hecho ya temible a su propia madre. Además ¿cómo imaginarse que una niña tan celosa no mirase por los intereses de la que le había dado el ser?

Anunciose por un ujier la presencia del almirante Honorio Morosini, quien demandaba al Consejo la venia para presentarse a hacerle la exposición verbal de un asunto importante, y obtenida que fue aquella, introdújose al bravo marino ante la sesión, previos los acatamientos y fórmulas de costumbre.

Atento y curioso silencio precedió a las palabras del almirante. Comenzó por manifestar que estaba su ánimo, como siempre, dispuesto a ejecutar las órdenes de la señoría y del Consejo, sobre todo en la ocasión harto próxima de hacerse a la mar las escuadras de la república. Rotaba en breves palabras que se lo dispensase de mandarlas en aquella campaña, ya que no fuese posible retardar la salida de la expedición, puesto que un deber de honor le obligaba a permanecer inactivo en las jornadas gloriosas que eran de esperarse; lauros a que su corazón sentía tener que renunciar. Expuso entonces oficialmente el suceso de la desaparición de su prometida, poniendo su honor en manos del ilustre Consejo, el cual, según él, no podría permanecer indiferente en lances que como el que refería, eran atentatorios al honor y bienestar de los ciudadanos. «Suplico al respetable Consejo, concluía, se digne manifestar si un hombre celoso de ambos bienes, puede ausentarse y abandonarlos.»

Grande fue la alegría que, a su pesar, brilló en el rostro de Loredano al oír la resolución del marino. Rápida fue esta expresión en aquel rostro habitualmente de estatua, pero no tanto que no hubiese permitido descubrir a cualquiera observador atento que alguna esperanza lisonjera, aunque fugaz, había llevado un rayo de su luz a aquel corazón ambicioso e intrigante.

-Comprendo, exclamó tratando de ahogar perfectamente, como lo consiguió, tal era su hábito, cualquiera síntoma de la indicada emoción; comprendo el proceder que adopta el noble almirante Honorio Morosini. La ofensa ha sido grave y su resentimiento motivado. Su pretensión es justa, y conceptúo al gobierno de la gloriosa república demasiado celoso de su buena fama, para que tarde en adoptar una providencia que lleve al patriciado, ofendiendo en la persona de una de sus más ilustres familias, la reparación que se le debe.

«El digno almirante podría cumplir con el llamamiento que hace de él la patria y que debiera esta esperar de tan esclarecido patricio desde el omento en que confió a su habilidad, denuedo y patriotismo la gloria de sus naves. El señor Morosini podría partir tranquilo y confiado en que los celosos tribunales de la república cuidarían de repara sus ofensas; pero comprendo y el muy ilustre Consejo deberá estimarlo en cuenta, el justo y poderoso sentimiento que arrastra al digno almirante hasta consentir en ver zarpar su flota sin acompañarla, haciéndole desoír el llamamiento del mar, sacrificio grande, puesto que el mar es y debe ser el principal amor de un buen marino. Debemos pues hacer justicia a su probado civismo y respetar el sentimiento que le mueve a renunciar, siquiera sea temporalmente, el almirantazgo de la expedición. El bien afamado Consejo de los Diez no hará injusticia al que está justificado. Los días de provecho y gloria que ha dado el patricio Honorio Morosini a nuestro bienaventurado San Marcos, son pruebas de que su adhesión y amor a nuestras cosas públicas han sido, son y serán siempre una llama brillante. El Consejo sin dudar un instante del patriotismo del muy ilustre señor Morosini, debe continuar dispensándole su honorífica consideración, aun cuando para no dejar de proveer a

las necesidades de nuestra política y comercio, se viese la señoría en el sensible caso de admitir su renuncia y acordar su reemplazo en el mando de nuestras escuadras.»

No dejó de leer Honorio en el semblante de Loredano aquella ráfaga de alegría, a pesar de haber sido reprimida al punto. El discurso de este habla sido sin embargo pronunciado de la manera más natural. Con todo, Morosini conocía por experiencia las artes de sus nobles compatricios, cuando se trataba de alzarse sobre la ruina de otro. Advirtió que su renuncia sería bien acogida y que el terreno no estaba mal dispuesto para darle inmediato sucesor a poco que él se prestase a ello. No se le ocultaba además, que todas las consideraciones que se le tributaban por parte del pueblo y del gobierno, pasarían como el humo y serían relegadas al olvido, al primer nuevo astro que se presentase en el cielo de los hombres y méritos públicos, y que tal vez el nuevo astro no necesitaba más que un horizonte para brillar. Había hablado de renuncia temporal, pero una vez desamparado por él y ocupado por otro el puesto, la renuncia podría entenderse absoluta. ¿Sería pues una niñada (en el lenguaje de la ambición) lo que había hecho al venir a entregarse a tanto codicioso de su alto puesto? Pero no le juzguemos tan cándido. Su renuncia tal vez no era más que un plan para despertar en el Consejo el interés hacia su causa, hacia la reparación de su ofensa. Contaba con que su posición y méritos le habrían hecho un tanto importante para el gobierno, y que por consiguiente, este, en cuyo seno juzgaba tener adictos, pondría de su parte algún esfuerzo para no dejarlo marchar descontento, activando, en lo posible, el procedimiento inquisitivo. Esto quizás le llevaría a saber si el león alado había tenido alguna parte en la perpetración del rapto, lo que no hubiera sido tampoco un ejemplar nuevo; pero habíase equivocado al creer que el Consejo saldría de su impasibilidad característica para tomar parte desinteresada en sus particulares cuitas. El hombre más desconfiado suele a veces engreírse respecto de sus merecimientos, y sin duda habíase Honorio equivocado medio a medio, si juzgaba que podía pasar por necesario para con la Señoría y demás poderes venecianos, quienes tenían por norma no conceder a ningún ciudadano el mérito de la indispensabilidad.

Vamos a referir un ejemplo:

Hallábase la república próxima a sucumbir en la llamada guerra de Chioggia. Cuasi del todo perdidas sus escuadras, sin ejército, atacada en sus propias lagunas por los genoveses, cosa sin ejemplo en sus anales, verdadero terror imperii, despertó, como era natural, todo el vigor patriótico de que era capaz aquel pueblo, fiado hasta entonces en la independencia que le daba su topografía. Encontrábase entonces preso por infundada suspicacia del Senado, el famoso y benemérito almirante Pisani. El bravo y romántico Carlo Zeno no era todavía el Nelson de la república. Esperábase con terror indefinible, ver de un momento a otro en la plaza de San Marcos, al amanecer de cualquier día, al Breno de los genoveses. La situación era crítica, vital; y sin embargo desoíase aún la voz del pueblo que llamaba para su defensa al único hombre de su confianza, en el peligro, a Pisani. Obligado por último el Senado a sacar a este de la prisión; no quiso todavía confiarle sin restricciones el mando de las fuerzas salvadoras.

Con semejante ejemplo histórico en la memoria, con la observación de algunas miradas, de algunos murmullos y palabras sueltas que, a manera de ardientes chispas, había hecho brotar de los circunstantes el breve cuanto intencional discurso de Loredano; el almirante

conoció su posición no tan inmutable como en su engreimiento la había imaginado, recordó que vivía en Venecia, que estaba entre rivales y envidiosos, y trató por consiguiente de recobrar a escape el terreno perdido. Tomó pues su resolución y expresola del modo siguiente: «Serenísimo Consejo: Mi corazón se complace en anunciar que después de reflexiva y encarnizada, aunque breve lucha, entre mis afecciones patrias y mis afecciones de familia, han cedido estas el puesto a aquellas: un buen patricio veneciano debe siempre inmolarse por Venecia que es su verdadera familia, su primero y más legítimo amor: decídome a ocupar mi puesto en las escuadras de la república; partiré, partiré mañana mismo, ya que así se me ordena. Un Morosini debiera tener por divisa la de siempre pronto; palabras que hoy pronuncio con alguna emoción, es verdad, porque aún no me ha sido dado ahogar dentro del pecho, el dolor que mis querellas de familia han debido producirme, pero que pronuncio con no menos patriótico y ardiente entusiasmo que en otras ocasiones. He reflexionado y he tenido motivo de comprender, añadió mirando con cierta intención a Loredano quien le escuchaba cuasi sin poder disimular su asombro; he tenido ocasión de comprender que nunca me hubiera perdonado el abandono voluntario de un puesto en que puedo continuar prestando mis humildes aunque afanosos servicios a la Señoría y al Estado. Confío en que aquella y este velarán por los nobles y caros intereses del patricio que los abandona de todo corazón para ocuparse en los de la república. A ella encomiendo pues por despedida la investigación y castigo del hecho de que ha sido víctima la ilustre dama que iba a llevar mi nombre, y cuya suerte entrego a mis amados y justicieros compatricios.

Este discurso fue recibido con asentimiento por la mayoría de los decenviros y con silencio por parte de los demás, quienes sin duda indecisos todavía respecto de una sustitución para Morosini, no se atrevieron a ir más lejos por entonces. Con lo que terminó aquella Sesión en que Loredano vio formarse y desvanecerse la nube de su esperanza. Esto no obstó para que bajase de su asiento y trocase con el invicto almirante, a semejanza de sus demás colegas, una sonrisa de pláceme, un apretón de manos y quizás un estrecho y en apariencia cordial abrazo.

La república o sea la emulación, había triunfado de Perla en el corazón de Honorio.

¡Pobrecilla!

- XXX -

Volvió la noche. No habían transcurrido en completa soledad para Perla, las horas de tan tristísimo día. Una mujer enmascarada y silenciosa había entrado en la habitación para dejar sobre una mesa una bandeja de oro en que había una copa de vino y algunos bizcochos, único refrigerio que se ofreció a la desgraciada durante aquellas horas. La luz del cielo, que había penetrado en aquel recinto a través de los opacos cristales de colores, desapareció; las sombras de la noche sorprendieron a la llorosa joven en la misma triste y abatida actitud. Sentíase ya desfallecer. Esperó con cierto júbilo el camino que el sepulcro parecía prometerle. Pero el ser o el no ser es verdaderamente un problema, y la cándida y desvalida Perla no se sentía con fuerzas para abandonar del todo una leve esperanza de volver a ver a los suyos. No alcanzaba a comprender con qué objeto la tenían encerrada, y daba espacio

en su ánimo, si bien por momentos, las promesas de su raptor. Acercose a la mesa y aunque ligeramente, llevó a sus labios parte del refrigerio que la habían dejado. Sintiose un tanto reanimada y con las fuerzas relució la esperanza. Apenas había gustado el vino, y por consiguiente quedaba en cierto modo frustrada cualquiera tentativa de sus enemigos, cuya sospecha no dejaría de cruzar por su mente aunque, en la paz de su inofensiva inocencia, la combatiese como inmerecida.

Con todo, sin duda estaba previsto por aquellos este caso, valiéndose de otros medios, puesto que a poco comenzó ella a sentir en el aire de la habitación cierta suave pesantez que convidaba al letargo, que daba lasitud a sus miembros, que la llevó por fin a ocupar muelle y dulcemente un blando diván, y que por último, cerró sus ojos. El sueño producido por el hatchiz no hubiera sido más delicioso. Era uno de esos sueños capaces de convertir en tálamo de sultán la dura piedra. La dulce vaguedad dominaba su cerebro, el sopor paralizaba la acción de sus nervios, la grata languidez corría por sus venas. Yo sospecho que en esto podía verse la obra de Hafiz, puesto que solo a él podía ocurrirse allí el artificio de aquel sueño oriental. Los magnéticos efluvios con que el opio puede saturar el aire de una estancia, son, según testimonio de ciertas leyendas, medios no desconocidos en las regiones en que la molicie es el mayor de los placeres.

Perla se abismó en suave letargo, como hemos dicho, y su espíritu en aquella blanda nube de lasitud, soñó, percibió a sus padres, a su Honorio ¡ay! con placer, sin celos ni tibieza, todo suyo en sus brazos, junto a su casto corazón, junto a sus virginales labios... le vio sin turbación, con toda la felicidad que solo es posible... en sueños.

El ángel malo de Perla se aprovechaba sin duda de aquel estático adormecimiento para beneficiarlo; era el Satán del sublime Milton que se ingiere furtiva y fraudulentamente en el paraíso para ahuyentar la felicidad. Abriose una puerta... pero las sombras eran ya demasiado densas... una o dos figuras penetraron en la estancia... la oscuridad no permite conocerlas... su silencio es también su cómplice. No sabemos que intentarán.

Al lucir el alba penetraban en la iglesia de un silencioso convento de monjas que acababa de abrirse al toque de Ave María, dos hombres enmascarados que levaban a cuestas un bulto informe al parecer, pero que podría contener por sus dimensiones un cuerpo humano. En lo interior del templo, cerca de la entrada y había una capilla a que daba su tenue luz una sombría lámpara; allí detuviéronse los dos hombres, dejando en tierra y al pie del altar su misteriosa carga; entonces despojado el bulto del manto que lo cubría, pudieron vislumbrarse las formas y rostro de una mujer; podía dudarse de si estaba muerta o dormida. Si respiraba, su aliento era imperceptible; su palidez hacía sospechar que aquel hermoso semblante no era ya reflejo del alma cándida y bella que debió lucir en él con los encantos de una risueña vida. Sin embargo, para que la duda persistiese, bastaba observar en aquel mismo rostro la huella de una sonrisa de afecto y de amor, que podía considerarse como señal de vida o como adiós de cariño sorprendido por la muerte: chispa luminosa que queda por algunos instantes en la lámpara de que huyó la llama, vislumbre del cielo a que acaba de retornar el alma proscripta.

Los enmascarados salieron del templo; uno de ellos puso en manos del otro, aunque con cierta repugnancia, un grueso bolsillo lleno al parecer de oro, y cada cual partió por distinto lado.

En cuanto a la muerta, podemos decir que no tardaría en llamar la atención de los devotos que, en pos de la misa matutina, comenzaron a invadir a iglesia.

- XXXI -

Presentábase ya en el horizonte los radiantes claros del sol próximo a dejar ver su disco de oro, cuando hormigueaba en la Riva cera de la piazzetta, un inmenso gentío, junto a un magnífico esquife que tremolaba en su prora la bandera de San Marcos. Parecía aguardar a algún jefe u oficial superior para conducirlo sin duda a la escuadra que se disponía ya a levar sus áncoras. En la popa del esquife podía verse a guisa de patrón de él a un mancebo muy conocido en esta historia: era Paolo. La embarcación aguardaba al almirante Honorio Morosini, quien no tardó en dejarse ver, saliendo del Palacio del Dux, cuya venia acababa de tomar, seguido de algunos otros nobles y oficiales de su armada. En el semblante de Honorio desmentíase la serenidad que intentaba sin duda aparentar. Cierta emoción de tristeza servía de sarcasmo a la sonrisa con que recibía las despedidas. A su lado venía el anciano Fóscari, el abuelo de Perla, quien apenas podía dominar las manifestaciones de dolor que le inspiraba la desaparición de la que miraba como su hija querida, como el ídolo de su alma. Podía leerse en aquel semblante lo que estaba escrito como triste lema en su corazón: ancianidad inconsolable.

Pronto a saltar en el esquife el almirante, exclamó besando la mano del anciano.

-Señor, harto sabéis cuanto hubiese anhelado poder besar en vuestra mano la de un padre. Mi dolor no osa aparecer ante el vuestro con toda su mortal amargura; sus títulos no son iguales a los del vuestro, según las formas del mundo, pero la verdadera medida del duelo está en el corazón; desde aquí, pues, desde el lugar oculto a que las conveniencias de los hombres lo relegan, ya que por desgracia no puede presentarse con la sanción de los altares, desde aquí, repito, acompaña mi duelo, vuestros suspiros y vuestro llanto. Vos podéis llamarla vuestra hija, y este es un afecto cuya sinceridad todo el mundo concibe, pero el amor de amante, de amigo, ya que no me fue dado llamarla esposa, no es un amor que no pueda mentirse y que mal comprenden los que no lo sienten. ¿Quién, en efecto, podría comprender el amor de un amigo, de un amante que guarda alguna calma en el rostro? Y sin embargo, ni aun es lícito al ciudadano mesarse el cabello, ni crispar los puños, ni magullarse el rostro, con la hiel y la maldición del alma rebosando en el labio; el

ciudadano marino que en presencia de todo un pueblo, pone el pie abordo de la galera que ha de llevarle al combate y defensa de su patria, debe tener sereno y aun alegre el semblante, por temor de que su dolor parezca a los demás, miedo de la muerte o pereza para con la patria. Por consiguiente, no busquéis en mis ojos ni en mi rostro el sentimiento, buscadlo en mi corazón a donde lo ha proscrito el mundo. Para nosotros el rapto de la inolvidable Perla, es cuestión de honra. Si me alejo hoy de estas playas abandonando al parecer lo que idolatra mi corazón, es porque conozco sobrado a los hombres que me rodean, y sé que nada podría remediar quedándome. Perdería el puesto que hoy ocupo, lo ocuparía algún adversario, y si hoy no he logrado hacer reparar la ofensa que se me ha hecho en la persona de la que iba a llevar mi nombre ¿lograría conseguirlo exponiéndome a ser suplantado y perdiendo el escaso poder que cuento hoy en donde sólo el poder vale? Verdad es que amo la gloria, Pero no es tanto este amor que me haga olvidar otros igualmente caros al corazón. Soy más franco que ellos hasta en mis defectos; yo pretendería ser león, en tanto que ellos se conforman con el papel de zorros. ¡Ah! si quisiesen venir a mi terreno, añadió mostrando el sable, pero no, la máscara que cubre un rostro que Dios prestó al hombre para reflejar su gracia, les es más propia; prefieren en vez de espada lo que sienta mejor a sus instintos: el hacha o la cuerda, que son las armas del verdugo. Sí, venerable y desdichado señor Fóscari, ¡llevo el corazón henchido de desencanto y de amargura!

Dijo así Honorio, y luego como con especial intento, exclamó levantando la voz: Confiad, señor, en el Senado de la república, a quien dejo encomendada mi causa. Contad, añadió bajando de nuevo el tono, con vuestra diligencia. Esta es, amigo mío, una patria ingrata; ¿veis esa escuadra que bajo mi enseña ha vencido siempre? ¿veis ese pueblo que me saluda y parece amarme? ¿veis esta frente que el enemigo no ha humillado, y que ha recibido impasible el soplo de las borrascas? pues nada de esto vale; nada soy en Venecia, para vengar una ofensa hecha a mi amor y a mi familia. ¡Oh! indudablemente, es una patria ingrata. Contad pues con vuestra diligencia.

-¡Ah! exclamó el anciano moviendo la cabeza tristemente; ¡ay de nosotros si prescindimos de esta última condición!

-Silencio y adiós, murmuró Honorio.

El anciano no pudo articular palabra. Abrazó al almirante, contuvo con esfuerzo varonil, ya superior a su edad, una lágrima que quería brotar de sus ojos y saludó a los oficiales de Morosini, que entraban tras este en el esquife al son de las aclamaciones y vivas de la multitud.

Paolo también marchaba triste y pensativo. Llegó el esquife abordo de la Capitana y las galeras empavesadas y flamantes agitaban sus remos, izaban sus vela y doblaban el Lido comenzando a balancearse en el Adriático.

Y cuando la marinería terminó su maniobra de salida y aparejose la flota al viento reinante y toda la chusma saludó desde las entenas y las muras por última vez las torres de Venecia, un mancebo recostado también en la mura contemplaba silencioso las playas que

se hundían en el horizonte, recordando los objetos que en ella dejaba su dolorido corazón: era Paolo.

-En cuanto a Honorio, de pie en la duneta de su capitana y semejante a Childe Harold, parecía decir también desde el fondo de su alma con triste y desdeñosa mirada:

¡Buenas noches y adiós tierra natal!

No era esto todo: en una ventana del palacio del Dux había un hombre que daba también sus despedida a la escuadra.

¡Buen viaje! exclamó al perderla de vista; sin duda este almirante crece ya demasiado, añadió para sí en voz baja. Era Loredano.

Segunda y última época

- I -

Para que el lector pueda hallar motivados los sucesos que van a contarse en los breves capítulos siguientes, bueno será que tome nota de algunos hechos que reza la historia.

Hubo entonces en Chipre, según cuentan los autores, una conspiración para matar a Catalina Cornaro y proclamar a Carlota su cuñada, hija de Juan III de aquel reino y mujer de Juan de Portugal. La conspiración fue reprimida.

Exigiose luego por Venecia una renuncia en su favor de parte de Catalina. Púsose en estado de defensa a Chipre y fueron a ella escuadras venecianas so pretexto de la guerra que acababa de declararse entre los turcos y el sultán de Egipto suzerano de Chipre.

El encargado por el Consejo de los Diez de notificar a Catalina, fue su hermano Jorge Cornaro. Este hizo presente a aquella que estando amenazada de una invasión de Otomanos la isla, los venecianos se veían precisados a tomar el reino bajo su inmediata protección. Que estaba en los intereses de ella y sus súbditos su abdicación, retirándose luego a Venecia en donde encontraría un alojamiento digno de su clase.

Han transcurrido algunos meses desde que la escuadra de Honorio Morosini salió de las lagunas con dirección a Chipre en pos, según varios rumores, de Catalina Cornaro, en consecuencia sin duda con los hechos que se acaban de apuntar.

¡Qué gozo divisar entre las brumas de los mares la sombra del país natal, ver dibujarse luego las colinas, y avanzando un poco más, los árboles, los caseríos y el puerto! ¡Y luego buscar allá en el fondo con afanosa mirada entre las torres, los templos y edificios de la ciudad nativa, el humo del hogar doméstico, y percibirlo o suponerlo en un lugar determinado tras de otros edificios que acaso lo ocultan a nuestros ojos pero no al corazón! ¡Vislumbrar la sonrisa y el saludo, escuchar ya la palabra de la familia, del amigo que sale a recibiros, que os abre los brazos y con ellos la mansión de vuestros suspiros y de vuestras ilusiones! Pero en seguida y como para turbar tan dorada fantasía: ¿Qué cambios encontraré? os preguntáis ¿qué tumba espera mis lágrimas? ¡Cuántos semblantes que dejé amigos me recibirán diferentes! ¡Qué corazón que dejé ardiente se habrá ya helado para mí; qué mano rehusará responder a la cariñosa presión de la mía, qué brazos se negarán a estrecharme entre los suyos! ¿Qué habrá sido de mi amistoso lebrel, qué de las flores de mi parque? ¿Estarán ya frías las cenizas de mis hogares? ¡Ah! ¡si aquel humo que sale de ellos habrá sido encendido por manos extrañas! ¡pobre recién venido! ¿por qué partiste si dejabas tras de ti la posibilidad de la muerte y de lo que es peor... del olvido?

Impresiones tales sentirían muchos de los que retornaban a la ciudad de San Marcos en la mañana de un sereno día, formando parte de las galeras que volvían de aquella campaña marítima que había tenido por objeto batir a los turcos, defender la isla de Chipre de los ataques de estos, ayudar al sultán de Egipto en su guerra con los mismos y sostener la dinastía de la Cornaro contra las pretensiones de la corte de Nápoles. ¿Volvía acaso Honorio? Bien es verdad que las galeras que acababan de dar fondo, no eran ni la mitad de las que componían la gruesa flota que había salido de Venecia al mando de aquel algunos meses antes; ¿habríanla diezmado la mar y los combates?

Desde uno de los balcones del Canale maggiore entreteníase una hermosa dama, en ver aunque de sobrado lejos, la llegada de la escuadrilla y el desembarco de sus tripulantes. Está vestida de riguroso luto; podrá advertirse en su semblante cierta viva curiosidad que pretende, aunque en vano, encubrir bajo el manto de su helada indiferencia. Escucha o mejor dicho, déjase arrullar distraída por los halagos, de un pálido mancebo de ojos negros que yace de pie a su lado absorto en amorosa contemplación. Acaso el lector habría conocido ya en la primera a la heroína de esta historia, si no fuese que el luto en que la encuentra, pudiera desorientar un poco sus suposiciones. El galán que la contempla es el pintor Ruggiero; fácil es deducir que el desdichado Cosme Gradenigo obtuvo el fin de sus dolencias con el único remedio que podía curárselas, la muerte, y que el artista ha pretendido en vano resistir al hechizo de la joven y encantadora viuda. El corazón que latía en silencio por pura lealtad, rompió al cabo en palabras, al faltar del mundo el hombre que lo contenía en los límites del respeto.

-Mi pasión, exclamaba Ruggiero, dormía como las aguas de ese canal, tranquila en apariencia; vuestros ojos la despertaron, y alentola vuestra conducta haciendo de mi corazón un mundo de sentimientos, ora dulces, ora terribles, según que vuestra sonrisa, cual vara mágica, los impulsa hacia la paz o hacia la guerra. ¡Ah! ¿no me escuchas, amada mía?

Sirena contestole después de algunos instantes de silencio. -¿Cesaron ya vuestras quejas? ¿Creéis que mi corazón pueda escuchar tranquilo vuestros lamentos? Sois injusto, añadió con dulce acento de reconvención y clavando en él, con ternura extrema, aquellos

ojos indefinibles, al través de los cuales sentía el pintor abismarse su alma en un mundo de delicias.

-¡Ah! exclamó este, no me miréis así, si no queréis que muera, o más bien, miradme siempre así, porque al cabo es morir dulcemente. Sirena, delicioso tormento de mi vida, ¿por qué fijé en ti mis ojos, por qué escuché tu palabra? Esclavo con cadena de flores, ni oso moverme ahora, temeroso de que juzgues anhelo de libertad el más ligero desvío de mis ojos y oses romper con frialdad mi dulce cadena. ¡Oh! tú no sabes lo que es padecer por amor; mira, tengo miedo de sufrir, no des nunca pábulo a mi desesperación, porque sería horrible; hazme siempre creer como verdad lo que más desea mi alma: tu amor. Sé siempre el ángel de ternura, deja de ser como algunas veces la mujer yerta que asesina el alma. Sé siempre como ahora, ¡ah! soy tan feliz; tú lo eres también ¿no es verdad?

Silencio y contemplación cariñosa por parte de la bella.

-Me amas como nunca has amado a nadie ¿no es cierto? Tus ojos, tu semblante me lo expresan, pero necesito oírlo con frecuencia de tus labios como necesito para vivir de ese aire que te circunda y que embalsamas con tu aliento perfumado.

-Ruggiero, contestó Sirena, todavía es harto pronto para que consienta en pasar adelante y entregarme a esa pasión con que me halagáis de continuo. Aun visto luto, y no quiero ser la esposa que fue al templo de himeneo, con el mismo calzado con que acompañó a la última morada el cadáver del esposo. ¿Qué dirían las gentes?

-¿Qué debe eso importaros? repuso Ruggiero. ¿Vendrían los indiferentes, por ventura, a daros la felicidad si la esperaseis de ellos? ¡Censurar! he ahí toda su ciencia. Pues bien, ellos apenas advierten mis secretas visitas. Nuestro compromiso, secreto también, no será vislumbrado por ellos, y podrá llegar un día más feliz, en que podamos dejar ver al mundo la grata correspondencia de nuestros ojos y nuestros corazones.

-Tened paciencia, Ruggiero, replicó la interesante viuda; sois demasiado vivo, cada cosa tiene su tiempo. Ello vendrá, ello vendrá. ¿No es mejor esperar así? ¿De qué os quejáis? Dejad que pueda consagrarme a esta agradable simpatía que me inclina hacia vos, pero que se convertiría en punzante remordimiento, desde el instante que dejase escapar manifestaciones imprudentes. Quiero creer que me habláis sinceramente y que me amáis. ¿Seríais feliz con expansiones que pudiesen ocasionarme remordimientos, que me expusiesen a pasar por ligera; ¿yo que gusto tanto de la circunspección en las mujeres y que respeto tanto el decir de los demás?

-Pues bien, repuso el pintor; confío en que sois leal y buena, vos en quien miro ese traro ideal de la virtud porque siempre he suspirado: una sola palabra de parte de una mujer pura y virtuosa, debe ser poderosa garantía de sinceridad. Me juzgo amado y soy feliz; amadme pues a vuestro modo con tal de que siempre seáis igualmente cariñosa, y me conformo con que no os entreguéis sin restricciones a esa grata inclinación que me habéis confesado, sino cuando podáis verificarlo sin pesar ni arrepentimiento.

-Tenéis, amigo mío, exclamó la bella, penetración suficiente para conocer la verdadera situación de las cosas; pensad lo que queráis con tal de que estéis contento.

-¡Ah! ¡Sirena! expresó el enamorado, ¡cómo tendrías un trono, si lo hubiese para premiar la virtud aquí en la tierra!

-¿Lo creéis así Ruggiero? exclamó ella, ¡cuán bueno sois!

El corazón del mancebo se anegaba en la ventura.

-Mirad, añadió luego Sirena, intentando llevar la conversación a otro punto que era en realidad lo que más la interesaba.

-Sí, ya han desembarcado los oficiales de la flotilla, dijo el pintor pasando complaciente al nuevo asunto, puesto que su corazón estaba satisfecho en aquellos instantes. -Sabremos, continuó, qué noticias nos traen de Oriente y de Honorio Morosini de quien, según se murmura, no está muy contenta la señoría.

-Alguna intriguilla, repuso Sirena.

-Tal vez, tornó a decir Ruggiero, pero temo no se levante contra él la nube de desconfianza. Lo de siempre, añadió misteriosamente; no sería la primera vez que los servicios de mi distinguido ciudadano, despertasen los celos de los Diez.

-Chitón, replicó la viuda de Gradenigo. Pero hasta ahora ¿qué han podido sospechar? ¿Que se hace partido entre los naturales de Chipre cuyo dominio indirecto, so color de protección, conviene a la república? ¿Que derrota a los turcos en espléndida batalla marítima, sofocando luego en la isla la rebelión que intentaba destronar a Catalina Cornaro, es decir, la hija de nuestro Senado? ¿Qué hay en esto, que he oído narrar repetidas veces, que no sea Venecia y gloria y bien para Venecia?

-Sin embargo, contestó el artista, se cree que trabaja algo en su pro, que tiene pensamientos y miras ocultas respecto de sí mismo, con menoscabo de la cosa pública, que esa inexplicable dilación en Chipre y sus tardías comunicaciones con la metrópoli, no son lo que debía esperarse de un patricio desinteresado.

-¡Calumnia y siempre calumnia! repuso Sirena, ocultando bajo este velo de generosa indignación, cierta inquietud no inmotivada. Tal vez haya llegado hoy mismo el almirante y venga a desmentir con su presencia tan mezquinos rumores.

-No lo creo, repuso el pintor, puesto que no veo su bandera en la nave que figura como capitana. La insignia que en ella se alza, si no mienten mis ojos, es la del contraalmirante Mocenigo.

Al terminarse estas palabras presentose a los interlocutores la camarista Julieta que venía en solicitud de su señora, a quien manifestó con algún misterio que alguien quería hablarla. Acostumbrada la señora a leer en la fisonomía de su camarera, comprendió que se

trataba de alguna cosa interesante y reservada, y dirigiéndose al pintor le dijo con acento cariñoso.

-Ruggiero, amigo mío; ¿me permitiréis un instante?

-Como gustéis, contestó el artista pronto a complacerla.

-Aguardadme aquí, si queréis, pues no tardaré mucho.

-No, replicó el amartelado; antes bien aprovecharé ocasión para ir a tomar lenguas respecto de las novedades concernientes al asunto de que hablamos, volveré a informaros. Las noticias de Oriente deberán ser interesantes para motivar algunas sabrosas pláticas entre nosotros. Dijo y partió.

-Señora, es... expresó Julieta terminando la frase al oído le la dama.

-¿Sí? exclamó esta; hazle entrar en donde sabes y que aguarde un momento. Le esperaba, dijo luego consultando con rapidez en un espejo, su semblante y aderezando ligeramente su tocado.

- II -

Mostrad la luz del día al encarcelado en oscuro y dilatado encierro, y tendréis una idea del deslumbramiento de Paolo al verse cara a cara con Sirena.

-Señora, murmuró sentándose, a un ademán agasajador de la dama, o más bien dejándose caer, puesto que el temblor de la emoción habíase apoderado de sus miembros. El joven intrépido que algunos meses antes había probado el brioso temple de su alma en los combates, con admiración de propios y de extraños, hasta el punto de merecer parabienes y ascensos de parte de sus jefes a quienes se había hecho notable su bravura desde su humilde plaza de marinero, temblaba como una gacela, conmovido ante la entrevista que iba a verificarse. Lo que prueba que las batallas de amor son las más temibles para algunas naturalezas.

-Apenas, exclamó, he tenido tiempo para abrazar a mi madre; por una parte el deseo de veros y por otra el de haceros una pregunta interesante, me han traído precisamente a estos lugares.

-Gracias por lo primero, buen Paolo; respecto de lo segundo, preguntad.

-La señorita, Perla Fóscari; la joven a quien...

-¡Qué! acabad...

-A quien por vuestra orden...

-Por orden del Senado ¿lo oís? pero de uno u otro modo no debéis recordar ese lance. Hay ciertas cosas que cuando han pasado, deben borrarse de la memoria. Si no lo olvidáis, no habréis servido bien a quien os empleó. El gobierno de la república no gusta de que se recuerden sus órdenes fuera del instante en que se están ejecutando. La señorita por quien preguntáis, se halla aún en el monasterio en donde la dejaron hace algunos meses, en la madrugada de cierto día. Allí, según se dice, fue bien amparada por las benditas madres del convento, y allí fue a visitarla en breve su familia a quien se dio el aviso correspondiente. Según se cuenta, dicha joven ha resuelto no salir de aquel asilo, y aun se añade que, desengañada del mundo a pesar de sus pocos años, y prendada de la dulce paz que en el claustro se disfruta, está decidida a tomar el velo. ¡Oh! creedme, al ver la perspectiva de tranquilidad que la ofrece semejante retiro, lejos de este mundo de amarguras, téngola envidia y acaso no tardaré algún día en imitarla. Y parece que la doncella es harto firme en sus decisiones, puesto que nada han valido a hacerla desistir de su propósito las instancias de sus deudos. Estos sin duda han llegado a entrever que su parienta es víctima de la ojeriza de algún poder supremo, cosa que, según me cuentan, no es novedad en nuestra patria, por lo que se han resignado a que aquella permanezca en el monasterio y aun profese; así se librará de tan sorda persecución. La familia Fóscari, por supuesto, temblará de que sus temores lleguen a traslucirse, porque sabe muy bien que, entre nosotros, hay que disimular las palpitaciones un poco fuertes del corazón. La familia Fóscari conoce que desde su Dux Francisco, cuenta émulos terribles y poderosos en el patriciado. ¡Ah! vos con vuestra alma cándida y vuestra ignorancia de pueblo, no comprendéis estas cosas; felizmente para vos no habitáis palacios, ni giráis en círculos brillantes; así os aconsejo que si habéis intervenido de obra o de palabra en alguna de esas misteriosas intrigas, pongáis en vuestra alma una losa más fría y silenciosa que la de un sepulcro. Tened siempre la mano en vuestro labio y hasta cuando durmáis, cuidad de que vuestro cabezal no perciba las imágenes de vuestras cavilaciones ni vuestros sueños. Callad por vos y por las personas a quienes améis. Que calle hasta vuestra mirada, porque ¡ay! de vos, si teniendo algo que ocultar, llegasen a sorprender esos ojos y a leer en ellos, los que en fuerza de ser sagaces, han aprendido a adivinar en la mirada, en el más leve gesto, al través de la más impasible y tranquila frente, lo que quieren saber. Prometedme que olvidaréis lo que pasó con aquella joven, juradme que sean cualesquiera las amenazas que se os hagan, los tormentos que se os impongan, no revelaréis a nadie absolutamente, los secretos en que yo, vuestra antigua amiga, os di participación.

Absorto estaba el mancebo al escuchar este razonamiento.

-Es verdad, dijo, no comprendo esas cosas, aunque no dejan de inquietar y entristecer mi alma. Al escucharos, cuasi me reconcilio con mi posición humilde, y os compadezco por haber salido de la oscura pobreza; porque vos no podéis ser feliz en medio de tanta mentira y de tantas maquinaciones. Y ni aun así me he preservado, gracias al dominio que ejercéis en mis acciones, de contribuir a la desgracia de esa infeliz señorita. Sin ser desgradecido por naturaleza, tengo que aparecerlo para con mi generoso protector, el almirante. No es reconveniros, Sirena, pero desde que os conocí y os amé, comenzó para mí una cadena de males y tormentos; ni cuento ya por uno de mis bienes la tranquilidad de mi conciencia, pues por más que hago no puedo desoír una voz que me dice: Paolo, tú que sabes lo que es sufrimiento, has contribuido al dolor de una inocente; ¡ay de ti! ¡muchas lágrimas tuyas no

bastarán a remediar la amargura de las que has hecho derramar! Pero no, ya que no me sea dado remediar el mal, trataré de hacer el bien posible. El almirante me ha confiado una carta para su amada, sí, la entregaré inmediatamente, y aun cuando hubiese de costarme la vida, trataré de ayudarla a libertarse de ese maldito yugo que pesa sobre ella tan injustamente.

-¿Tenéis carta para Perla? -exclamó Sirena con alguna impaciencia que no le fue dado disimular.

-Sí, señora, y supongo que el Senado no tendrá nada que ver en el asunto: son dos amigos, dos amantes que se escriben.

-¡Ah! ¡qué idea! murmuró Sirena. Comprendo, buen Paolo, añadió, comprendo y participo de vuestros pesares; pero si os comprometí a tomar parte en el rapto de aquella joven, fue para evitar grandes males al Estado y a mí. Vos no sabéis lo que son esos secretos, y lo menos insignificante puede traer graves compromisos a la república, que a vos ni a mí no es dado apreciar ni prever. Obedecí a quien puede más que yo, y al pediros ayuda, me valí del hombre más discreto que más me amaba y de quien nada tenía que temer. Además, me prometisteis obedecerme y hacéis mal en echarme en cara hoy vuestra obediencia. Pero no hablemos más de ello. A lo hecho pecho, como dice el proverbio. Aguardadme aquí un instante, entreteneos en mirar las hermosas vistas que se descubren desde esa ventana.

Entró Sirena en la pieza contigua escribió; borró tornó a escribir y por último, dando por confeccionadas dos líneas que merecieron su aprobación, sobre todo porque en ellas había hecho desconocida su letra ordinaria, llamó a Julieta, hablola dos palabras en secreto entregándola el papel cerrado y tornose a donde estaba Paolo abismado en penosos pensamientos. De aquel papel cerrado, pudo dar cuenta sin duda a los pocos instantes, alguna de las bocas de bronce situadas en varios puntos de la ciudad.

-Buen Paolo: nada me habéis dicho de mi luto; yo también he llorado mucho. ¡Él era tan bueno, tan cariñoso! ¡Ah! pero consuélame, en mi aislamiento, la idea de que cumplí respecto de él hasta su última hora, los deberes de esposa y de amiga. Sí, sus suntuosos funerales tuvieron para su ornato los ayes y llanto mío. Y al decir esto, una lágrima cristalina brilló en los deliciosos ojos de la traidora. Paolo permanecía pensativo. En otro tiempo la idea de que su amada se hallaba libre, hubiese abierto su corazón a la esperanza, pero sea que un secreto instinto le advirtiese que aquella mujer no podría ser suya jamás, sea que, como acontece, el propio sufrimiento hubiese agotado para siempre en su alma la fuente de las ilusiones, la sombría indiferencia del mancebo, mostraba la postración moral que llega a convertir el corazón en un autómata y que concluye per secar los ojos y grabar en las ideas el desencanto.

Algunas veces el pesar continuo llega a convertir en sombra dolorosa pero amable, cuasi divina, el recuerdo de una ilusión perdida.

La viuda do Gradenigo, queriendo reanimar el decaído espíritu del mancebo y llena de curiosidad al mismo tiempo, expresó:

-¿A qué renovar memorias tristes? Contadme, contadme vuestra campaña. Me dijeron que os habíais batido como un bravo, que habíais salvado la vida a vuestro jefe, contad, contad.

Entonces Paolo, en la vía de satisfacer su deseo y como si su alma no estuviese del todo mal con el recuerdo de las emociones terribles de los combates, tan propios a distraer su contristado espíritu exclamó:

Cierto es que la muerte no está donde hay un corazón que la busca, y una prueba de ello es mi existencia; el arrojo mío en los combates, de que os han hablado, no es debido a otra cosa que a esa indiferencia de la vida que, a pesar de mis pocos años, ha llegado en mí a ser una enfermedad. ¿De qué sirve la gloria, esa palabra que a cada momento he oído pronunciar a todos aquellos valientes a la hora del peligro? Esa palabra, si representa los aplausos de los compatriotas, no ha sido bastante a hacer felices a los que más la han merecido. Nadie mejor que mi noble almirante pudiera estar orgulloso con esos laureles que nadie mejor que él ha merecido; y sin embargo ¡cuántas veces no he visto su ceño pesaroso, cuántas veces no he leído en su frente el sombrío descontento!

Aparecíasenos la aurora de un día nebuloso en medio del Océano; apenas el crepúsculo nos permitía ver bajo aquel techo sombrío, allá en lejanos horizontes, las velas que habíamos divisado el día antes al ponerse el sol y que juzgábamos ser la escuadra turca, enemiga de nuestra bandera; no era cosa de rehuir un combate que casi era necesario solicitar, ya que tal fue nuestra orden al salir de Venecia; pero la noche se había presentado con sus sombras cautelosas, y no era propio ni prudente acercarse a buscar el choque o el combate. Abundando sin duda en la misma intención la escuadra enemiga, se mantuvo a la capa o sobre sus remos hasta que el nuevo día nos saludó en las mismas posiciones poco más o menos.

Llegó pues la aurora; el mar iba poniéndose por grados tempestuoso, el viento iba acrecentando su fuerza; estábamos a sotavento y había que ganar la ventaja del barlovento; no habíamos dejado de hacer durante la noche alguna tentativa aunque a bulto, para conseguir aquel objeto, pero su resultado infructuoso, nos hizo desistir de un propósito que hubiera podido llegar a ser imprudentísimo. Mediante algunas evoluciones maestras, llegamos a acercarnos a la escuadra enemiga, que hacía esfuerzos por no perder el favor del viento.

El combate no debía rehusarse; nuestras fuerzas eran iguales aunque no tuviésemos la ventaja del barlovento; la escuadra enemiga quería cerrarnos el rumbo de Chipre a donde era forzoso llegar cuanto antes; el viento era cada vez más fuerte; nuestras velas se henchían a reventar o flameaban estruendosamente, según que la bordada era más o menos feliz. Imposible era que lográsemos ganar el barlovento a los contrarios; a la voz de mando, plegáronse las velas y el remo pudo entonces fiar a nuestro brazo la operación.

Los turcos y los griegos, sobre todo, reman bien, pero el remo veneciano es el primero del mundo; lo que no pudo la vela lo hizo la palamenta y a las dos horas de infatigable lucha, ora contra mar y viento ora a su favor, logramos tal posición, que los turcos tuvieron

que imitarnos para no perder del todo su ventaja, sometiéndose a esperar en lugar de acometernos como pensaba. Sin tierra en que acoderar ninguna de sus alas, formaron sus líneas y nos esperaron. Un disparo de cañón contestado por ellos había afirmado en las naves los respectivos pabellones; la bandera nos confirmó en lo que ya nos habían hecho suponer sus evoluciones y la construcción de sus galeras: era la escuadra turca que bloqueaba a Chipre y que, acaso por alguna borrasca, o por favorecer alguna expedición contra sus enemigos los de Egipto había tenido que hacerse a la mar. Un grito de «¡Viva San Marcos!» fue contestado ruidosamente por las galeras, y el tope de nuestra capitana mostró a aquellas la bandera de sangre en señal de acometer.

La cuña fue formada, yendo en su punta más aguda nuestra capitana. El bravo almirante no había querido ceder este puesto a ninguna de las demás galeras de nuestra escuadra. Recibiéronnos en ala los enemigos; bien pronto nuestra cuña rompió su centro; trabose el combate de barco a barco. La artillería llenaba los aires con su estruendo y con nubes de humo; a cada momento el crujir de una antena rota era secundado por la exclamación de triunfo de los vencedores o por el grito de las dolientes víctimas. El cielo se oscurecía, el viento arreciaba ora rugiendo en las olas, ora silbando violentamente en nuestros mástiles. Cada oleada gigantesca parecía sumergirnos respectivamente o levantarnos a una altura desde la cual podía verse, en los espacios que dejaba el humo, la cubierta de la nave vecina. El hombre, olvidando el combatir tenía que atender a la maniobra para evitar que el choque de mástiles, proras y costados, causase el naufragio; a veces la galera próxima encaramada en las olas, mostraba a la vista del contrario hasta su escondida carena.

El relámpago y el fogonazo de los cañones daban luz a semblantes cubiertos de sudor y sangre, reflejándose de un modo siniestro en las hachas y chuzos de abordaje. La gritería, el ruido del mar, las voces de maniobra, los ayes, el estallido de la artillería y el silbo del viento, formaban un conjunto horrible: descuidábase el abismo para no acordarse sino del hombre. Flameaban las escotas arrastrando a algún infeliz que caía al mar para luchar en una agonía sin auxilio posible.

Desde, el principio del abordaje hubiera podido verse al bravo Morosini bocina en mano, en la popa de su capitana, queriendo como el rey del combate y de las ondas, vencer en el uno y resistir la furia de las otras; yo estaba allí, yo le veía, quería imitarle, un fuego desconocido corría por mis venas, mis ojos estaban fijos en su semblante de león, sus labios daban órdenes; contrastaba con los momentos, por su noble serenidad. Todo el fuego del combate estaba en sus ojos que espiaban a todos lados, como si quisiese su vista abarcar todo el cuadro en un solo punto. Yo también me batía hacha en mano, mis fuerzas parecían centuplicarse con aquella fiebre de entusiasmo y de horror. El grito de Venecia me electrizaba. Muchas veces lo había oído pronunciar en las fiestas de nuestra laguna, pero allí, allí era otra cosa; en medio de aquel ruido y aquel choque de armas, resonaba en mis oídos como una música terrible y hechizadora. ¡Ah! entonces comprendí por qué los hombres hacen tantas locuras por lo quo se llama la patria. Yo ignoraba hasta qué punto fuese justa aquella guerra y sobre quien echaría Dios la maldición de la sangre que se estaba derramando; pero veía allí a San Marcos en aquella bandera, veía mi casa, mis lagunas, mi infancia, a mi madre y hasta a vos, que a pesar de vuestro olvido, veníais, como el día de la regata, a darme aquel grito inexplicable de aliento y de triunfo. No sé si era yo hombre en aquellos momentos, porque mi corazón sentía impulsos sanguinarios, por mí

desconocidos hasta entonces, y los que estaban junto a mí me parecían otras tantas fieras, tal era su sed de sangre, tanto su furor. El peligro común hacíame ver en cada véneto un hermano, y en cada enemigo no un hombre, sino un ser odioso, que debía ser muerto sin piedad.

Mis nervios eran otras tantas fibras de rabia, mi cabeza sentía el marco de la sangre y de la pólvora que me parecían un perfume embriagador, el viento que agitaba mi cabellera, y las chispas de agua que aquel levantaba aplacaban un tanto el fuego que ardía en mi frente.

Ya os he dicho que el almirante se hallaba en la popa de la Capitana a pocos pasos de mí. Atrincada estaba nuestra galera con la Capitana enemiga; cada vez que el mar nos alzaba o nos abatía sucesivamente, el choque de las dos naves era terrible, y la maniobra, abandonada por inútil, no hubiera bastado para evitar el destrozo completo de las velas y palos de ambas. El combate era ya cuerpo a cuerpo. Los turcos derramaban la muerte con sus alfanjes, nosotros con nuestras hachas y nuestros chuzos. Trabado en lucha con un turco tenaz, recibí en la frente la herida que veis, leve, porque pude desviar el golpe con ligereza, abriéndole el cuello con mi hacha. Entre Carlo, mi valiente compañero, y yo, habíamos logrado arrojar al agua a más de cuatro antes de que pudiesen afirmar su pie en nuestra mura. Una de nuestras piezas había abierto brecha en el costado de la Capitana enemiga, íbase a pique. El capitán, turco feroz, lanzose desesperado en nuestra nave con cuasi todo el resto de su tripulación, con empuje tal, que hubieron de hacerse espacio, igualando con poca diferencia la lucha por ambas partes. No era esto todo, para nuestro mal; otra nave enemiga que llegaba al socorro de su Capitana, pretendía abordarnos por la banda opuesta con su tripulación de refresco. Estábamos sin duda en gran peligro; sin embargo, aun cuando no me hallaba en disposición de ver bien lo que pasaba fuera de la cubierta, a juzgar por la fisonomía y las voces de ánimo del almirante, que se defendía en la popa con otros valientes, sin desatender su mando, nuestras cosas no iban tan mal en el resto de la escuadra. Pero llegaba el momento crítico para nosotros, teniendo que atender a entrambas muras, eramos muertos o prisioneros si no nos socorrían. De repente veo al almirante rodeado por los enemigos; se defendía personalmente como un león en la boca de su caverna; corrimos a él Carlo y yo. Todo el que se acercaba al almirante caía a sus pies o retrocedía; su proximidad era un círculo de espanto y de muerte, su semblante era todo patria; olvidaba sin duda los rencores de sus émulos para no ver más enemigos que los de la república y los de su persona. Sólo un esfuerzo sublime podía disparar tales golpes; sin embargo hubo un momento en que le creí perdido; su planta resbaló en la sangre que inundaba la cubierta oscilante con los vaivenes de la embarcación; cayó de espaldas, apoyándose en su sable para levantarse aunque inútilmente. Un grito de terror escapó de mis labios; no sé por qué aquel espectáculo me llenó de espanto. La cimitarra del jefe turco estaba levantada ya sobre su cabeza; mi hacha llegó a tiempo para desviar el golpe que por ir a la cabeza, vino a herirle profundamente en el brazo derecho. El hacha de uno de nuestros oficiales mató al jefe enemigo, al mismo tiempo que su nave acababa de sumergirse. El último choque de mástiles por aquel lado desgajó sobre uno de nuestros grupos un trozo de antena; mi buen camarada recibió el golpe en la cabeza quedando enredado en el manojo de cuerdas que aquel accidente había producido. Su vida peligraba. Ya en pie el almirante, llamé a mis camaradas para que acudiesen a Carlo en tanto que yo escudaba al almirante, que apenas podía hacer uso de su brazo izquierdo para defenderse: su cota estaba casi desguarnecida por los golpes contrarios. Una falange de turcos nos

rodeaba mandada por el jefe de la segunda nave que nos había abordado. El almirante y yo íbamos quedando cuasi solos; tal el era el furor de la muerte junto a nosotros. Una de nuestras naves se nos acercaba, pero llegaría probablemente tarde para librarnos. Nos defendíamos con todo nuestro aliento junto a la mura, de popa hasta donde habíamos tenido que retroceder; estábamos casi perdidos.

-Bravo, remero mío, me decía el almirante apoyando su brazo herido en mi hombro. Ese mar que está detrás de mí, será mi salvación o mi sepulcro.

-Será nuestra salvación o nuestra tumba, mi almirante.

-Bien; bien, antes la muerte que la ignominia de que se les rinda un almirante veneciano.

-Sí, antes la muerte, contesté yo como si hubiese tenido parte en aquel honor de jefe marino que él apreciaba más que la vida.

¡Ah! y en efecto ya iba nuestra tumba a recibirnos, ya estábamos asidos para lanzarnos al mar. Nuestros brazos, o mejor dicho, el mío, daba los últimos golpes, los del almirante eran dados con el brazo izquierdo y como tales débiles, de pura y ociosa defensa; pero Carlo acudía con otros bravos en nuestro socorro, socorro inútil... el vocerío de nuestra victoria resonó en las compañeras naves y alguna de ellas se trababa al costado de nuestra próxima enemiga. El combate desde este momento fue decisivo en nuestro favor. Recobramos el espacio perdido y en medio de los gritos de entusiasmo, pude acompañar al almirante que perdía mucha sangre y que ya necesitaba el auxilio de nuestros brazos para bajar a su cámara. Desde allí continuó él, pasado un leve desvanecimiento, dando sus órdenes para la persecución de las naves fugitivas. El destrozo fue grande, y todas nuestras galeras habían tenido ocasión de empeñarse seriamente; tal ocupación les impidió darnos más antes un socorro que acaso nos hubiese librado del riesgo que corrimos.

Pocos días después llegamos a Chipre, en donde nuevas acciones reprimieron la insurrección que acababa de estallar contra la reina Catalina y el poder de San Marcos. Yo que desde el combate marítimo que acabo de referir, no había vuelto a separarme del almirante, pude presenciar las muestras de afectuoso interés que le tributaba la reina. Llevole a su palacio, en donde le asistió más bien con el afecto de hermana, que como pudiera tratarle una princesa simplemente reconocida, bien es verdad que el almirante pagaba su afecto, pues desde entonces jamás ha pronunciado su nombre sin gratitud y entusiasmo.

Pero se me hace tarde, señora, para cumplir el encargo del almirante; debo ir cuanto antes al convento donde decís que se encuentra la señorita Perla. Adiós, señora, vuestras palabras, ese dolor por la muerte de vuestro esposo de que hacéis ostentación, el palacio que habitáis y al que no pensáis renunciar, me prueban que el hijo del pueblo hizo bien en decir adiós a sus locas esperanzas; cúmplase mi destino; dijo y saliose dejando a la dama pensativa.

Pocos momentos después llegaba el joven marino al convento; una vez allí, fue recibido por algunos enmascarados que sin duda estaban apostados aguardándole... Intimáronle la orden de prisión en nombre del consejo de los Diez; sin posibilidad de resistencia, dejose arrestar y siguió a sus aprensores. La bóveda de una prisión le recibió en seguida. Ignorante de todo, pero abandonado su destino, quedó esperando sin odio y sin temor, indiferente. Una cosa sin duda le causaba pena, la única: su madre.

- III -

-Mucho hacéis desear vuestras visitas, amigo mío, exclamó Sirena recibiendo a Loredano en un gabinete que ya conoce el lector, dejándose caer muellemente en un elegante sitial, y tomando en seguida una actitud de efecto; y tenéis razón, si prescindís de las exigencias de vuestro buen corazón, porque el trato de la retirada y llorosa viuda debe ofrecer poco atractivo.

-La buena amistad debe hallarlo en todas las situaciones de la vida, replicó el consejero, y vos, en el fuero de vuestra conciencia, habréis sin duda disculpado mi poca asiduidad, ocasionada por mis muchas ocupaciones.

-Ciertamente, y en verdad que ahora más que nunca debéis hacer de la noche día, si es positivo lo que se refiere respecto del Oriente. A propósito de vuestro ministerio, tengo una gracia que pediros; sé que no me negaréis esta merced, pues siempre bondadoso con la que os dignáis llamar vuestra aliada, sabéis hacer uso de vuestro poder algunas veces para llenar mis molestas exigencias. Habrá cosa de dos días que ha desaparecido de su casa y de su galera, pues es marinero, un pobre muchacho llamado Paolo a quien favorece, según tengo entendido su almirante Morosini. Su pobre madre, que sin duda conoce cuanto suelo interesarme por los desvalidos que han menester de la que ellos juzgan gran influencia mía, y que sólo es un poco de buena voluntad de parte de algún amigo, como vos; acudió ayer a mí, llorosa, la infeliz mujer, suplicándome hiciese que su hijo, a quien se supone preso (son sus palabras) por orden del Consejo de los Diez, fuese tratado con alguna consideración. Mi corazón se conmueve siempre ante las lágrimas del desgraciado. Espero, pues, que seréis bastante bueno para oír mi intercesión. ¿De qué serviría a la gran república la prisión y acaso la muerte de un pobre marinero? Un marinero que, según se refiere, ha logrado hacerse notable por su pericia en el oficio y por su valor en los combates. Es menester pues, ser un tanto justos, señor patricio; es menester que el pueblo vea que se le ama. La indulgencia es a veces un gran medio, sobre todo, cuando se trata de personas que nunca podrían convertirla en arma de ataque. Es un pobre diablo, lo soltaréis ¿no es verdad?

-¿Un pobre marinero, decís? Ignoro que habrán tenido que hacer los Diez con ese mozo, por quien caritativamente intercedéis; pero un punto sirve de partida para millares de leguas y acaso ese punto prometa más de lo que se piense, al tratarse de inquirir noticias importantes. Por lo pronto, vos misma estáis haciendo una indicación que justificaría en las

actuales circunstancias la conducta de los Diez. Ese joven es protegido por Morosini, acaso su confidente, acaso uno de esos testigos de quienes suele hacerse demasiado poco caso, respecto de ciertas apariencias. ¡Oh! el Consejo sabe que una simple hormiga puede conducirle al granero.

-Tenéis razón, pero ¿no podríais decirme qué empeño habrá en encontrar sospechosa la conducta de Honorio Morosini? Sus relaciones, acaso demasiado afectuosas, según se dice, con la reina de Chipre, podrían calificarse de pura diplomacia por parte del almirante y de gratitud por parte de la princesa hacia la república, representada por su bizarro general. Este, no hay que dudarlo, es un gran ciudadano y un gran patriota. Perdonad si ofendo vuestra noble emulación, en vos no brillan menos ambas cualidades; y en tal concepto, decidme, ¿hubieseis procedido de un modo distinto del de Morosini?

-Tenéis razón, señora, y altamente agradecido debería estar el almirante a esos hermosos labios tan calorosos en su defensa; pero el Consejo es sabio y cuerdo y tendrá sin duda sus razones; es harto ducho en conocer hasta donde llega el celo del patricio, del servidor, y donde comienza el del hombre; lo primero suele premiarlo, lo segundo ponerlo a raya.

-Es verdad que Honorio, exclamó la bella Dios sabe con que intención, ha guardado cierto silencio sospechoso, según tengo entendido; cosa que no afirmaré porque según veo me voy deslizando demasiado en pretender averiguar las altas miras de la república y sobre todo, acaso mortifico al digno consejero, precisándole a tratar sobre materias en que no es permitido a sus nobles fines, ser todo lo franco que la lealtad de su carácter le impulsara, para con una amiga que pretende llamarse también discreta.

-No por cierto, señora mía; vos no cometéis indiscreción alguna, al dejaros llevar de vuestro buen corazón en la defensa de Morosini, y por mi parte puedo alimentar la conversación sobre la materia, sin violar secretos que me fuesen encomendados, y sin salir del círculo de noticias que todos saben en el círculo de nuestra aristocracia. Es decir que puedo hablaros de sospechas; sospechas que la pronta venida del almirante Honorio podría desvanecer. Empero, basta ya de conversación tan grave, amiga mía. Busco vuestro lado un rato de solaz para mi espíritu cansado de los áridos negocios, un poco de frescura y algunas flores para mi alma, amiga mía; basta ya de aridez.

-A ello pues, dijo Sirena, tomando el aire jovial que le convenía y adaptándose al nuevo tono de la conversación.

-¿Cuándo pensáis aliviar ese luto que entristece a vuestros amigos?

Sirena tomó un aspecto compungido.

-Ese luto que si bien realza vuestra belleza, da un aspecto sombrío a la que debiera ser toda luz y alegría. ¿Cuándo pensáis honrar y embellecer nuestras fiestas? El retiro no conviene a vuestros admiradores, afanosos de ver y celebrar el encanto de vuestras sonrisas. Es menester, señora, que vuelva a tener cetro la hermosura y que cesen de aplaudir vuestra ausencia las hermosas de nuestros salones.

-Sois harto lisonjero, amigo mío; y por tal os disimulo que para nada contéis con la tristeza que llena mi corazón.

-Sin embargo es menester que seáis un poquillo más pródiga de vos misma, os debéis a los demás. Se dice que con motivo de la venida de la reina de Chipre, el Senado piensa celebrar su arribo con una suntuosa fiesta que hará época; ¿privaríais a esa fiesta de su más placentero ornato?

La noticia era tentadora: Sirena era mujer.

-¡Cómo! es la primera noticia que tengo de esa fiesta.

¿Tendría Loredano algún interés en que ella asistiese?

-¿Renunciáis a ella?

-Ciertamente, murmuró la joven aunque su tono no revelase un firme propósito.

-¿Dejaréis que la reina de Chipre, tornó a preguntar el patricio, se lleve la palma de la hermosura? Ved que ella, sin temor de arredraros, a pesar de su edad madura, se conserva, según dicen, en el esplendor de su belleza. ¿Habremos de confesar que el cetro de Chipre al llevarse a Catalina Cornaro, dejó estériles los pensiles de Venecia? Es menester probar, amiga mía, que si los cetros se dan a las hermosas, aun tenemos aquí con qué dotar algún nuevo trono.

-Lisonjero está el grave decenviro, exclamó la viuda con una gracia que justificaba los asertos de Loredano. Casi, casi voy creyendo, si no fuese porque me lisonjea demasiado y voy a perder mi diploma de modesta, que estáis prendado de mí, ja ja ja. Tentada estoy de abandonar el luto para probar si esa reina de Chipre puede ser tan temible a mi sexo como pensáis... pero ¡ah! repuso tomando de pronto su pesadumbre de circunstancias. Dejadme, señor Loredano, dejadme, que estoy diciendo locuras; estoy profanando mi luto y mi dolor con estas ligeras chanzas.

-¿Chanzas?

-Sí por cierto; pues ni vos estáis prendado de mí, aunque sois bastante bueno para mostrarme vuestra delicada amistad, ni debo tomar de otro modo vuestras palabras; galantería propia en un cortés caballero, favor siempre dispensado a todas las damas a quienes se aprecia.

-No os hagáis la niña incrédula, replicó Loredano; ofendéis la discreción que nunca os abandona y ofendéis mi perspicacia que la descubre en vos. ¿Quién, al ver nuestra intimidad, dudaría de que gusto de vos? ¿Quién podría negar que tengo complacencias que relajan un tanto la severidad que se me atribuye como hombre de estado? ¿Quién negaría que habéis avivado en mi corazón aquellos jugos de juventud que ya creía agotados para siempre? Habéis hecho de mí lo que se cuenta de aquella hechicera que con sus miradas, su hálito y sus caricias, logró hacer de un anciano (veis que disto mucho de serlo) un mozo

lleno de fuerza, de pasión y de ilusiones. ¡Vuestras miradas! helas ahí sirviéndome de sol vivificante; ¡vuestro hálito! preguntad a mi ser si no siente su influencia. ¡Vuestras caricias! ¡ah! es lo único que me falta, para que desaparezca de mi rostro la marea de algunos lustros, ¿no es verdad que son sólo vuestras caricias lo que me falta? y así diciendo tomaba las manos de Sirena, que a su vez se desviaba suave y lentamente de aquel atractivo lazo.

-No amigo mío, estáis demasiado amable, repuso, y no peco de incauta ¡cuán bromista sois!

En seguida púsose seria, y el decenviro ídem. Esta era la peripecia final de la entrevista.

LOREDANO.- Se os suplica que asistáis a la fiesta de la reina de Chipre, de todos modos. Es necesaria en aquel terreno vuestra fina observación.

SIRENA.- Adiós, amigo mío, no faltaré. Acordaos de mi petición. ¿Daréis suelta a ese pobre marinero?

Loredano contestó con ademán afirmativo.

En seguida ella se sonrió con alguna coquetería.

El consejero hizo poco más o menos lo mismo y saliose por la puerta falsa, ya conocida del lector.

Los dos eran igualmente finos en los arrumacos.

¿Tenía la viuda de Gradenigo planos de amor o enlace respecto de Loredano? Honorio permanecía aún en el fondo de sus cálculos, de su fantasía, pero su favor y predicamento estaban en peligro; Loredano era un señor sumamente apreciable, no estaría mal para constituir una reserva.

¡Con tal que Honorio permaneciese soltero! pero ya no era Perla: era otra nueva figura la que venía a la escena. Según sospechas, Catalina Cornaro; pero en este asunto no habría que apurarse, puesto que corría de cuenta del Senado y del Consejo el impedir su consumación.

Si se recuerdan las palabras de Sirena en la reciente conferencia con Loredano, respecto de Morosini, se verá qué quería hacer saber, y qué averiguar.

- IV -
Un triunvirato

El Tribunal de los Tres, o sea la Inquisición de Estado, síntesis del Consejo de los Diez, no tenía lugar ni horas determinadas para sus sesiones, siempre secretas en sus negocios y

resultados. Sus decretos se daban en nombre de aquel consejo; su existencia era invisible, impalpable como el espíritu; estaba sin embargo en todas partes como el espacio o como la materia; su tiempo, era sin tiempo como el infinito.

Escena...
Triunviros Alfa, Beta y Gamma

Los nombres importan poco; son cantidades generales, algebraicas, cuasi siempre incógnitas. Alfa y Beta tienen birretes negros, Gamma rojo, es decir: los dos primeros son de los Diez, el tercero es de la Señoría o Consejo del Dux. Oculta su rostro la mascarilla indispensable.

Dese el lector por magnetizado: si es sonámbulo, mejor. Supóngase en el período de lucidez; abra los ojos del ala y verá una sala cuidadosamente cerrada, un limbo misterioso; abra los oídos del alma y escuchará.

Las tres incógnitas se hallan ante una mesa de negro tapete. Beta parece presidir. Gamma da cuenta como secretario de turno. Cualquiera otro secretario podría hacer revelaciones a los extraños, lo mejor es servirse a sí propio.

Comienza la información:

Gamma abriendo un libro que con otros estaba guardado dentro de una caja de madera y hierro. -(Leyendo.)

«El patricio Lodi, preso por sospechas de haber tenido entrevistas con el embajador francés, en las cuales se le habrán hecho sugestiones de que él no ha dado cuenta como era su deber, ha sido preso en los pozos.

Decreto.- Aplíquesele tortura según casos idénticos y anótense sus revelaciones.

-El secretario Ricci, suspenso en sus funciones y preso por indiscreción en punto a negocios de este supremo tribunal, ha confesado en el potro.

Decreto.- Al Canal Orfano.

-Francisco Vandremino, ingerido por sus artes en el servicio del embajador de Austria, promete comunicaciones de suma importancia, según él, para la república. Pide que en premio de este y otros buenos servicios, se alce el destierro a su hermano Luiggi.

Decreto.- Que se examinen y tasen las comunicaciones que promete y arréglese a ellas su petición; tráiganse al proceso los antecedentes y causa del desterrado cuyo indulto se pide.

-Circe, la bailarina, pide que por haber terminado con feliz éxito el negocio que se le confió hace algunos meses, se ponga en libertad a Giuseppe Fanti reputado su amante, preso por causa ordinaria. La comisión a que alude la exponente era la de mermar la escandalosa riqueza del patricio N** temible ya a la república.

Decreto.- Examínese el hecho y acordada la petición. -Averiguación sumaria contra N. Cornaro por haber distribuido en varias ocasiones con sospechas cuasi evidentes, según informes, de haber obrado con miras ambiciosas, crecidas sumas de trigo a gentes del pueblo.

Decreto.- Al consejo de los Diez proponiéndole su destierro.

-El senador Jácomo Zeno, deudo del famoso almirante de est apellido, ha logrado ayer apaciguar, por su personal influencia, la reyerta ocasionada frente a los arsenales entre algunos marineros de la escuadra recién venida y muchos hombres del pueblo.

Decreto.- Al registro de los sospechosos.

-Ambrosio Lucca, desterrado por haber murmurado dos veces de las operaciones de este respetable consejo, se ofrece a matar en Milán donde reside, a Antonio Lulio, hilandero distinguido a quien la República ha llamado en vano para cubrirle con sus alas protectoras. Establecido en aquella ciudad, engrandece la industria de la misma con menoscabo de la nuestra, por cuyo adelanto se desvela cada día nuestro serenísimo senado; la prisión de sus parientes, moradores de esta ciudad, en uso de lo que previenen nuestros reservados y sabios Estatutos, ni las blandas y aun estimulantes amonestaciones que se han dirigido al tal Lulio, han bastado para devolver su habilidad y laboriosas manos a nuestros talleres. Hase hecho acreedor a una muerte secreta que impida que otro pueblo goce de los adelantos de nuestra floreciente industria. Ambrosio Lucca se ofrece a ejecutarlo en el silencio con tal de que se le vuelva a Venecia y se utilicen sus servicios en un puesto conveniente y remunerativo.

Decreto.- Como lo pide. La República tiene un especial placer en premiar los hechos de sus buenos servidores.

-Ruggiero Bembo, pide que se rehaga su fortuna que ha perdido al servicio de nuestra Señoría en las bancas y garitos del barrio de Castello. Pide asimismo que se le dote de modo que pueda continuar sus observaciones en el Broglio.

-Nina, da sus informes diarios.

-La venerable Marieta Corsini, comunica el resultado de sus visitas a los sitios de devoción.

BETA.- Basta.

ALFA.- Con la facultad que me asiste por nuestros Estatutos y por decreto expedido por mí, en nombre del respetable consejo de los Diez, según práctica, he procedido a la prisión de un sospechoso en virtud de la presente denuncia.

Muestra un papel que los demás leen y que él deposita en la cartera.

ALFA.- Es un marinero de la escuadrilla que ha llegado recientemente; adicto y protegido de Morosini de quien ha sido, según infiero, confidente. He tenido ocasión de examinar al joven; he comprendido en sus palabras, en su exterior, que es uno de esos hombres para quienes el tormento es nulo y que mueren callando, haciéndose un deber del valor y del sufrimiento. He comprendido que la astucia con sus diferentes giros, la dulzura, la amenaza oportuna, en una palabra que provocada su indiscreción por medio de una plática insidiosa, podría hacer mucho más de lo que conseguirían otros medios; mi entrevista no ha sido infructuosa; en este pliego está consignado lo que he podido colegir y que confirma en mucho los datos, los informes que nos han trasmitido nuestros observadores de Chipre. Propongo al digno tribunal que se haga comparecer al marinero a nueva plática; yo le hablaré, pues he comenzado a intervenir en este negocio y conozco bastante sus antecedentes; vuestras señorías, ocultos en paraje conveniente, oirán y anotarán los particulares de mi nueva conferencia.

La carta que ha sido aprehendida y que como podrán ver vuestras señorías; (Alfa la muestra y los demás la leen por turno) es una simple epístola amatoria dirigida por Morosini a la joven Perla Fóscari, que nada dice al Estado.

La república no tenía medio aparente para oponerse a este matrimonio; pero como quiera que según el espíritu de nuestras sapientísimas instituciones, no entraba en la mente de la señoría favorecer alianzas que harían una sola de dos familias poderosas y crecidas; el Consejo creyó conveniente aprovechar la ocasión del rapto cuyos ejecutores yacen aún en el misterio, patrocinando dicha ocasión sin entorpecer la marcha de sucesos favorables a sus miras, y que retardaban dicho matrimonio; manteniéndose en la expectativa a fin de sacar partido de las circunstancias que, provechosas al intento, pudiese traer el porvenir.

Hoy parece que tales circunstancias se aproximan, no ayudando mucho a la proyectada alianza de las dos familias; debemos pues dejar ir los sucesos por sí solos, atendiendo únicamente a la nueva cuestión en que surge complicado el almirante consabido: Catalina Cornaro. Por lo tanto, importa que el preso, previa la adquisición de las noticias que de él podamos buenamente obtener en el asunto, sea puesto en libertad, permitiéndole llevar la carta, y solo exigiéndole con toda severidad la absoluta reserva sobre su arresto y demás que pueda convenir. Esto no obstará para que se sigan de continuo sus pasos asentándole en nuestro libro, de modo completamente dueño de sus acciones y en plena confianza su ánimo respecto de nosotros, se dé a obrar sin cautela; lo que podrá sernos más útil...

En esto cayó el telón sin pito ni campana, y el teatro quedó silencioso...

Dos días después fue puesto Paolo en libertad. Él y su madre vinieron a dar gracias como suelen hacerlo y sentirlo los corazones sencillos y honrados, a Sirena a quien juzgaban la libertadora. Las garras del Consejo soltaban pocas veces la presa, así pues, el servicio que la taimada viuda les había hecho, era eminente, colmaba la medida del beneficio.

En la efusión del agradecimiento del mancebo, supo aquella por inducción, que la carta había sido examinada y devuelta; que el portador había sido bien tratado, permitiéndosele visitar el convento; y que por último se le había impuesto, con severidad, toda reserva sobre lo que ella acababa de saber por inferencia, pues la ilustre dama sabía no perder una palabra, ni un solo gesto de la persona a quien examinase y a quien solía agobiar con diabólicas inquisitivas y posiciones dignas del más astuto leguleyo.

Pero Perla estaba vencida: 1º Era enemigo débil, puesto que abandonaba el campo por sí misma: 2º porque entraba en liza una adversaria que de seguro no se negaría al combate. Sirena comprendió que las circunstancias se habían modificado y que si bien había dado un buen paso con la denuncia de Paolo a fin de que el famoso triunvirato obtuviese todos las datos posibles, puesto que como es fácil inferir, los intereses de ella y los del consejo eran solidarios en la nueva cuestión de la reina de Chipre; no por eso dejaba de aplaudirse que Paolo, libre, pudiese juzgarle su libertadora, y encadenarse a sus pies por el agradecimiento, como ya lo estaba por el amor aquella alma generosa, utilizando su involuntario espionaje para con Honorio y Perla y sacando partido de su enérgica adhesión en todos conceptos.

Respecto de la carta para la joven Fóscari, declararemos: que si bien Sirena no había hallado medio de despojar de ella a Paolo, porque hubiese sido manifestar un interés demasiado activo e inoportuno; habiéndola leído el insigne triunviro, como ella suponía, y siendo este tan su amigo, sabedor de la pasión que sentía por Honorio ¿dejaría aquel de complacer su triste corazón de rival, manifestándole una copia o lo esencial del contenido máxime cuando por ser epístola puramente amatoria en nada envolvía negocios del Estado?

Para ahorrar escenas, diré que la viuda, sagaz como todos los pícaros, tenía la suerte de alcanzar siempre buenos resultados. El demonio, que es la eficacia personificada les sirve siempre bien.

- V -
La reina de Chipre

Catalina Cornaro llegó y fue recibida en público como reina, con los mil agasajos consiguientes, pero en privado podía considerársela como pobre prisionera, víctima del egoísmo del senado.

Honorio fue acogido con estrepitosa alegría por el pueblo, con afecto temeroso por el Dux, con amistad por algunos unos nobles, con tibieza por los del Consejo; signo de naciente disfavor.

Con la escuadra había llegado de Chipre un terrible huésped que no tardará en darse a conocer.

Los salones del palacio. Cornaro, alejamiento provisional de la reina, habían sido dispuestos para una gran fiesta. Lucían a millares las luces que, a través de las elegantes vidrieras de los balcones, rielaban en el canal próximo; sobre sus aguas se deslizaba un centenar de góndolas lujosas, cuyos farolillos, en su ir y venir, daban animación y contento a los ojos en las avenidas del palacio. En el interior de este, advertíase el lujo y magnificencia en toda su inmoral esplendidez, pudiendo decirse que si la voz de un Jeremías se hubiese alzado, hubiese sido de seguro para lamentar aquel pernicioso y exorbitante fausto, preludio de la corrupción y de la inevitable ruina. ¿Qué nuevos Hunnos vendrían sobre aquel imperio que corrompido ya en la política, corrompíase también en las costumbres?

Ensordecían los pasos de la concurrencia alfombras asiáticas, que parecían haber traído consigo la sibarítica indolencia de aquellos países; los primorosos y ricos muebles deslumbraban; donde quiera que no había preciosos tapices y artesones, ocupaban el espacio magníficos frescos y envidiables esculturas. Las flores esparcidas a cestos formaban un ambiente halagador cual si mayo las hubiese derramado en aromosa lluvia; jarrones, espejos, metales lucientes, cómodos divanes, todo realzaba en conjunto una mansión que la ingeniosa arquitectura copió en suntuoso y exquisito mármol.

El grato y brillante son de una orquesta oculta, daba con el misterio mayor encanto a sus ecos, conmoviendo dulcemente las fibras de los oyentes y haciendo reflejar en los rostros la más radiante alegría. Por donde quiera veíanse hileras de hermosas, grupos de galanes y caballeros. Lucían algunas de ellas sus ojos, esos diamantes a que presta reflejos la luz del corazón; sus labios de donde parte en forma de palabra esa lluvia afectuosa del alma que es generalmente el primer hechizo de la mujer; ¡sus talles esbeltos y mágicamente cincelados que son otros tantos lazos encantadores para los incautos!

Allí estaba Perla, la bella mariposa que, tras su reclusión de crisálida, daba al sol de fiesta sus hermosas galas; encanto por qué había suspirado en vano hacía algún tiempo el risueño pensil de la juventud veneciana. Allí estaba, sí, pensativa como la frente del poeta, pálida y melancólica como el tierno lirio. Tenía el corazón poco menos que trastornado dentro de sí misma, dudaba, presentía dolorosamente. Allí estaba también la heroína de la fiesta la aun hermosa Catalina Cornaro, aquella mujer, cuyo simple retrato había hecho de un obispo un seglar, de un apacible príncipe un vasallo ambicioso y un rey triunfante. Frisaba ya con la edad de matrona; el himeneo, la viudez, la maternidad, los cuidados del trono y las zozobras de la política, que había logrado hacer de ella un juguete de su ambiciosa patria, no habían podido deslustrar su belleza florida aun, ni el esplendor de sus atractivos. Era el lucero de la tarde en todo su gratísimo brillar. Sus facciones eran delicadas, armoniosas, expresivas. Su mirada revelaba la dulce vaguedad indefinible del pensamiento. Sus ojos negros, como el verdadero tipo greco-latino, tenían el óvalo y

grandor de los de las andaluzas, de esas odaliscas de occidente, monumento vivo, tradición de los serrallos árabes; ojos que disculpan el afeminamiento de los hijos de Tarik, que sugirieron sin duda a Mahoma la concepción de las huríes. Sus ojos repito, negros como el azabache, sin dejar de tener la fiereza de tales, contaban como para dulcificar su mirada, la humedad vaporosa, el asomo de una lágrima de ternura que parecía ir a escaparse y que las negras, largas y abundosas pestañas, a manera de redes cariñosas, se apresuraban a querer recoger. Dos hermosas cejas, a guisa de arcos triunfales de aquella mirada altiva y afectuosa al mismo tiempo, coronaban sus ojos, dando a su espaciosa frente un aspecto parecido al de la meditación tranquila y majestuosa, y realzando sus facciones que la mejilla levísimamente sonrosada por momentos, de una palidez mate en lo general, contribuía a hacer más interesantes. Su sonrisa poseía toda la graciosa majestad que prestan unos labios bien trazados, cuando tienen por costumbre verter palabras de suave imperio y de generoso perdón. Sin embargo, solía torcer la lealtad de aquella sonrisa la necesidad del forzado disimulo o el desdén de un penoso sarcasmo; pudiendo decirse que, en aquel rostro y sobre todo en aquellos labios, estaba marcada por momentos la amarga queja o la forzosa resignación de la víctima que, la política de su patria había coronado, para inmolarla en sus fatales aras. Nunca pudo traerse con más motivo que entonces a la memoria aquel verso que el inmortal Quintana puso en boca de la desdichada Isabel de Valois.

¡Ay! ¡infeliz de la que nace hermosa!

En cuanto a las formas de Catalina, (nombre romanesco de reina y de heroína) podía decirse que, sin dejar de ser esbeltas y elegantes, comenzaban a tener ya un tanto de la redonda morbidez que toman las hermosas cuando en el dorado estío de su beldad; con todo, había aún algo de virgen en aquel gracioso talle y airoso continente y en aquellos púdicos traeres; y si el andar majestuoso y la noble presencia pueden llevar propiamente un manto y una corona, Catalina Cornaro, que a su belleza debía el trono de Chipre, estaba más que otra alguna llamada a justificar esta elección. Discreta a par que hermosa, derramaba en torno suyo el dulce atractivo de la grata conversación.

Por lo que hace al grupo varonil, figuraban los nombres que constituían la historia, Véneta. Los Barbarigos, a cuya familia pertenecían el Dux reinante, los Vendramino, los Malipiero, los Contarini, los Monegario, los Thiepolo, los Urseolo, los Candiano, los Participatio, los Steno, los Justiniani, los Dandolo ilustrados más que otros algunos por el octogenario conquistador de Constantinopla, los Soranzo, Grimani, Memmo, Donato, Manini, Celsi, y tantos otros acabados en ego, en ato, en ero y en simple i que ostentando la toga de senadores, la estola de Consejeros, o las insignias de Procuradores de San Marcos, formaban el rico y poderoso plantel de la clase tribunicia. Entre ellos contábase Honorio Morosini, cubierto de lauros guerreros, lleno de ambiciosas desazones; hallábase junto a Perla, a quien había traído la ventura de su presencia, pero no la paz del corazón que desde su rapto había huido de él quizás para siempre. En cuanto a Honorio, comenzaba a entrar en el período de su decadencia, no para con el pueblo, justo apreciador de sus servicios patrios, sino para el poder misterioso que miraba con recelo y envidia aquella gloria que se tornaba amenazante; bien sabía él leer en la conducta que con él se tenía, esta desconfianza, y persuadido de que cada nuevo servicio sería una nueva firma puesta al pie de su futura sentencia, pagaba con iguales sentimientos aquella soberana injusticia, vacilando entre su

ambición y el temor de la desgracia; resuelto quizás a aprovecharse de la primera coyuntura suficiente a libertarle de los temibles azares.

El proceso y prisión de Carlo Zeno, el héroe del mar, poético guerrero, defensor glorioso de la república, caído miserablemente, degradado en sus honores y preso por dos años por la malevolencia del senado, presentábase a su memoria.

Este estado de cosas había influido un tanto en los amoríos del almirante con Perla de quien no obstante se mostraba aquel apasionado, si bien el observador inteligente hubiera comprendido que en el corazón de Honorio comenzaba a juguetear el demonio de la inconstancia. Llena la joven de temores, pues no habían sido infructuosas las pérfidas insinuaciones de Sirena, confirmábase en sus dudas respecto de la constancia de su prometido, con el fino tacto que distingue en general a las mujeres, sobre todo cuando aman y tienen un si no es tendencia a los celos. Estas cosas hubieran hecho que otra mujer se precipitase a consagrar la exclusiva posesión, a robustecer sus derechos por medio de la legalidad, contando con que los atractivos de su trato, durante la primavera del matrimonio, fuesen bastantes a hacer olvidar al veleidoso un afecto naciente hacia otra; pero ella, inexperta y cándidamente enamorada, sólo veía en su situación la triste perspectiva de un corazón que podía alejarse de ella en alas del olvido. El ángel de sus sueños iba a posarse quizás sobre la frente de otra mujer, y entonces ¡ay! de sus dulces visiones.

La apacible fe era condición indispensable de su existencia, y a falta de esto, el árbol de sus sentimientos perdía sus hojas y su lozanía. Ella era de las que podían exclamar como la hija de Verona: «Nodriza; ¿quién es aquel? Ve a saber su nombre; si pertenece a otra, mi tálamo nupcial será la tumba.» Habíase mostrado dulce y tierna con Honorio, sus gratas conferencias habían sido por su parte desconfiadas y silenciosas; sus amorosos suspiros, esos votos del alma, habían sido ahogados en su garganta faltos de ese aire de confianza que les presta alas para salir de sus prisiones; sus quejas o reconvenciones habían muerto en sus labios sin producir en ellos otra expresión que el cuasi imperceptible movimiento que la tenue brisa produce en la apacible superficie de un lago; sus caricias habían quedado en el tímido intento, y su mirada habíase velado más de una vez con una lágrima que el más tenaz empeño no podía recoger ni mucho menos ocultar. Por pura complacencia para con su Honorio había consentido en abandonar, llegado este, la soledad del claustro, puesto que temía ya un enlace que no podría curar sus zozobras ni hacer su felicidad. Esta tibieza o lentitud con que Perla parecía caminar hacia el ara, no disgustaba al inquieto Morosini, quien lleno de incertidumbre por los motivos que se han apuntado, no sabía descifrar cuales fuesen sus deseos en aquella época crítica y azarosa para su corazon. Sentado estaba junto a la joven, distraído aunque tratase de disimularlo; esta, sumida en su doloroso arrobamiento, no daba vida a una conversación que Honorio tenía que sustentar por sí solo, y aun había ella creído sorprender alguna mirada furtiva de aquel ¿hacia quién? Hacia la heroína, cuyos ojos, aunque con cierta reserva... habían correspondido. ¿Cierta reserva? Tanto peor; ¿si iría teniendo razón el cauteloso Senado?

A su entrada, había saludado Perla a la reina de Chipre, quien la había correspondido con cortesía y hasta con interés, si bien no faltó algún copo de nieve en aquel saludo por parte de ambas: el instinto de los enamorados es maravilloso.

La reina de Chipre estaba sentada en una especie de solio a la derecha del destinado al Dux: pero ora fuese para distinguir aquel solio de este, cuyos ornamentos eran atributos guerreros, marinos y otras alegorías representativas del poder y grandeza de la república, ora fuese por galantería para con la reina, ora para denotar que ya de ambos cetros sólo podía esperar la posesión del primero, es decir, el de la hermosura; estaba ornado su solio con dos grupos de preciosa escultura en que se representaban tres diosas en graciosas actitudes, una de las cuales tenía suspendida una guirnalda que parecía destinada a caer sobre las sienes de Catalina. La heroína del sarao dirigió su vista hacia una de las entradas de aquel salón, imitáronla las damas y los galanes de la concurrencia: todo revelaba la aparición de algún rival temible a las primeras, una mujer adorable a los últimos, Sirena.

Ataviábase la viuda de Gradenigo con un semiluto elegante y primoroso a que daba nuevo realce la apariencia de pesar que se pintaba en su rostro y ademanes.

No había podido soportar su deseo, dijo saludando a Catalina, de concurrir a conocer y celebrar a la justamente afamada reina de Chipre, y a darla el parabién por su vuelta a su afectuosa patria: tomando parte en aquella fiesta, ¡ay! a pesar del duelo que aún mantenía abiertas las heridas de su corazón.

Tomó asiento, pues, no lejos de Catalina y entre los que vinieron a saludar a Sirena distinguíanse Ruggiero, Loredano y Honorio.

Ya en otra ocasión hice yo al comparar a Sirena con Perla la observación de que esta representaba la candidez, y aquella la seducción de la belleza; pues bien, la majestad de la hermosura, era el papel reservado a Catalina Cornaro en esta trilogía femenil. Y como quiera que la naturaleza tiene sus armonías, Perla, capaz de hacer del afecto una religión, parecía formada para el alma elevada de un Ruggiero; Catalina, por lo brillante de su hermosura, por la altivez entusiasta de su carácter, para un Honorio, y Sirena, por lo seductor de sus gracias y por lo amañoso de su carácter, a un Loredano, pero sólo estos dos parecían entenderse, puesto que los dos primeros galanes habían trocado sus papeles. Sin embargo, como la naturaleza tiende a la expresada armonía, acaso estaban para comprenderse.

Ruggiero, en cuyo semblante estaba pintado el más acerbo pesar, la ironía más amarga, acercose a Sirena quien le saludó ceremoniosa y con mentida apariencia de afecto.

¿Qué habría pasado entre los dos? Días había que Sirena, acaso porque ya hubiese pensado en abandonar su reclusivo duelo al primer pretexto que se le presentase, y que por consiguiente cambiando de planes o caprichos, estorbase a estos el galanteo del artista, había dado en mostrarle frío desamor. El pintor a quien el fuego de la esperanza había apasionado completamente, empeñado en ver un ángel en el ídolo de barro, recibió con un pesar próximo a la desesperación, este cambio que segaba sus dulces ilusiones. Estaba pesaroso, resentido de que aquel engaño le hubiese hecho mísera víctima, convirtiendo cuasi en odio aquel inmenso amor; por lo cual meditaba, acariciaba en su febril mente, planes de desesperada resolución. «Qué dolor tan inmenso es olvidar» ha dicho un desgraciado poeta. Así pues al ver a la que causaba sus dolientes agonías y sus tétricas vigilias, el hombre sentía en su corazón una completa y dolorosa enfermedad. Algún plan

traía él aquella noche a la fiesta a que era invitado porque su genio y aun su familia distinguida, aunque no opulenta, le habían abierto las puertas. Al acercarse Sirena, esta advirtió en el rostro del artista la expresión de las furias, y fiel a su sistema, trató de aplacar la tormenta con alguna de sus palabras halagadoras; pero el pintor no estaba ya para bromas, creía haber tolerado bastante aquella burla tormentosa y ya exigía algo más que un acento o una apariencia cariñosa. En otra ocasión la viuda de Gradenigo no hubiese vacilado, en poner de su parte todo lo posible para satisfacerle, pero esta noche podía estorbarle, podía ser importuno a sus miras aquel afectuoso y constante rendimiento; y en tal concepto no pasó de lo ya dicho. Estaba allí Honorio de quien no había ella desistido, y si bien habría menester quizás de algún galanteo para no estar desairada, este debía ser algo más productivo que el del pintor. El de este halagaba su vanidad en ciertas ocasiones, porque la ovación del genio es un culto sublime, y habíala servido de distracción en los días de su retiro; pero el pintor no sería bastante a despertar la envidia de una reina ni tampoco a aguijonear la vanidad de un Honorio, bastante moroso ciertamente en la vía de rendirle un tributo tan deseado. Y en verdad que era harto desgraciada en sus planes respecto de este, puesto que siempre le había hallado a los pies de otra. Los antecedentes que ya poseía, su fina observación y la melancolía de Perla, acabaron de persuadirla de que ya no era esta su más temible adversaria. Tenía pues necesidad de un galanteo más propio a las circunstancias. Si allí estaba Loredano, el noble patricio ¿para qué había menester del pobre artista a quien la expansión de sus pasiones agitadas acababa de hacer perder la serenidad que le hubiese hecho conducirse como hombre de mundo, asegurando entonces mejor su planta en aquel pantano de vanidades o injusticias? Sí bien es cierto que Loredano no se avendría en manera alguna a desprestigiar el grave papel de hombre de Estado que se había impuesto, prestándose a devaneos impropios; podía muy bien, ya que aquella era una fiesta oficial o mejor dicho senatorial, y que se trataba de una mujer como la viuda de Gradenigo, grave también y discreta cual ninguna, abandonarse por momentos y sin salir de su matemática seriedad a una excepción justificable.

El pintor, que comprendió lo que ocurría, retirose al otro extremo de la sala, para ocultar la emoción que podría haberle ridiculizado ante un mundo en que son delitos la sinceridad y el sentimiento.

Una vez allí, Honorio que buscaba material para entretener su conversación con la displicente Perla, llegose a él y tomándole del brazo fue a presentarle a su prometida, poco más o menos en esta forma:

-He aquí, hermosa Perla, la gloria de nuestra patria, el rey de los pinceles, como vos sois la reina de la hermosura.

El pintor inclinó la frente en señal de modesta cortesía.

La joven contestó con una sonrisa afectuosa al par que forzada. Los ojos del artista se alzaron, vieron los suyos, perdiéronse en la grata y melancólica expresión de aquella pupila de puro azul como el insondable cielo, y creyó entrever en ella la gloria de un paraíso misteriosamente velado; leyó allí un alma, un suspiro por la eternidad; su mente hizo rápida comparación y comprendió que el corazón comete errores graves; pero no había remedio, y

el corazón aunque extraviado, se resiste a entrar en el buen camino: Sirena era, a su pesar, inexplicable pasión, su inexplicable fatalidad.

-Y por cierto que esta noche piensa sorprendernos el pintor, según se cuenta, con una hermosa obra, tornó a decir el almirante.

-¡Cómo! ¿esta noche decís? repuso Perla, poco ganosa de hablar.

-Sí, aquí en el sarao; es una obra que ha regalado hoy mismo a la reina con la condición de que no habrá de exhibirse hasta una hora convenida.

-Buena sorpresa será ella, exclamó tomando parte en la conversación aquel famoso interlocutor de Ruggiero en la noche del rapto de Perla, el compañero de correrías del difunto Cosme Gradenigo. El pintor, que sin duda la ha hecho figurar en su cuadro, nos dará con esto, alguna novedad: la de su rendimiento por ella. Pero eso es ser sobrado variable, amigo Ruggiero, porque al fin nadie me negará que vos estabais enamorado de otra no ha mucho tiempo; pero no, hoy está en moda Catalina. A propósito, oíd. Al entrar aquí esta noche tuve un encuentro que heló mi sangre; ¡oh! si sigue así es cosa de entrar un poquito en cuidado. Al venir, pues, esta noche pasaron por junto a mí... a dos cadáveres... dos infelices víctimas, se dice, de la peste que hace algunos días ha comenzado a pasearse por la ciudad haciendo su colecta entre la gente desvalida... Ahí tenéis un buen asunto para un cuadro... ¿Sabéis cómo han dado en llamar a esa enfermedad que si sigue cundiendo no me hará maldita la gracia? La reina de Chipre; dicen que su gente la ha traído de Levante.

-Iba a contestar Honorio sorprendido y colérico, pero comprendió que haría un escandaloso papel, y contentose con dejar pasar el golpe, no viéndose otra señal de su cólera, que una sonrisa que comprimió su labio inferior contra los dientes cuasi hasta hacerse sangre.

En efecto, con la llegada de la escuadra coincidía el desarrollo de un mal contagioso sin duda, puesto que las naves estaban cundidas. Los atacados morían a las pocas horas de la invasión, y si algunos se salvaban después de algunos días de horribles padecimientos, estaban expuestos a quedar horrorosos, más desfigurados que los atacados de la aciaga viruela. Y no dejaba de guardar analogía con esta, aquella lepra repentina que corrompía en horas la sangre convirtiendo la piel en una llaga. Así pues, aun cuando todavía no había comenzado a hacer notables estragos, no dejaban de ir produciendo una sorda alarma los casos que se advertían. Había sido la ciudad azotada en otras ocasiones por epidemias del Oriente parecidas a esta; así a la primera noticia,

Las madres desde entonces
sus hijos a su seno
con susto de perderlos estrecharon,
y desde entonces la doncella hermosa
tembló de que estragase este veneno
su tez de nieve y su color de rosa.

Por lo que hace a la fiesta, no dejaban de producir eco en ella, aunque por lo bajo, algunas noticias que llegaban del resto de la ciudad, sobre crecimiento de la peste; disimulábase el terror que tales nuevas causaban, procurando los jóvenes aturdirse y aun chancear sobre el caso, con esa imprevisión y arrogancia vanidosa de su edad; y por lo que hace a los padres de familia, todo su conato era el de tranquilizar a los suyos ocultándoles, lo mejor posible, las nuevas que llegaban de aquel accidente.

Resonó la música, comenzó el baile.

La disposición de las figuras, el aire maestoso y brillante de la música, y las personas que tomaban parte en aquella danza, mostraban la seria etiqueta que debía presidir en la reunión.

Perla, forzada a bailar con Honorio, ¡ah! lo que hacía su delicia inocente en otro tiempo, tenía que figurar con Catalina que bailaba con uno de los Diez; el Dux no había asistido por su estado achacoso o acaso por gozar algunos instantes de la libertad, en la soledad o el olvido. Loredano por especial concesión, y sin ejemplar, bailó con Sirena. Ruggiero observaba o vagaba de uno a otro lado, víctima de una afección parecida al vértigo. La pobre Perla equivocó varias veces la figura del baile; Catalina danzaba con majestad y graciosa ceremonia; pero la viuda de Gradenigo, que aparentaba bailar como con disgusto y por pura complacencia, llevaba tras sí las miradas del concurso, haciendo vacilar la admiración entre las tres damas. Sirena debía ceñirse el lauro, porque la gracia era su imán, y en las fiestas del mundo, en donde el corazón duerme y lo exterior manda, el cetro es de las Sirenas. A pesar de esto, Perla no dejaba tampoco de interesar a muchos de los concurrentes. Ella era para la parte estética de la reunión, un hermoso trozo de Carrara que el supremo escultor había animado con la expresión del candoroso afecto, alma artística de la mujer. Honorio no estaba arrepentido de haberla llamado su ángel, ángel de la belleza, tal era el nombre que la correspondía; y aun pudiera decirse que una fiesta del mundo no era su lugar, porque en la tierra ¿quién podía disputará Sirena la palma de las gracias? Bien mostró Morosini su admiración hacia esta, aquella noche con sus expresivos ojos y rendido acatamiento. Su felicitación a la dama dejó oírse en obsequiosas razones cuando al pasar por junto a ella figurando en el baile, dirigiola palabras que la seductora viuda no había oído jamás en sus labios. Perla observó esto, pero la señora Gradenigo no la había inspirado nunca desconfianza... la creía tan su buena amiga; ¡la creía una dama tan incapaz de pretensiones al indebido galanteo!

Acaso contribuyese a esta confianza el no haber visto de parte de Honorio hacia ella otras muestras que las de la más fina y desinteresada galantería. Respecto de la Cornaro, era otra cosa. Las voces que circulaban, la tardanza de aquel en Chipre y sobre todo algunas exterioridades, llevaban la celosa imaginación de la joven hacia su nueva competidora. Cierto es que Catalina tenía un alma excelente y bastante sincera a pesar de la educación mujeril y de la cautelosa posición que la había obligado a tomar la política de su patria; y cierto es también que era una niña incauta en materia de disimulo al lado de Sirena. Conforme está organizada la sociedad, la mujer que más disimula es la mejor.

Terminose la danza, y Honorio dejando a Perla en su puesto, detúvose algunos instantes cerca de Sirena, a quien felicitaba por sus invariables atractivos, con un calor tal, que bien

podía descubirse la intensidad de este en el semblante de la Reina de Chipre con cuyos ojos, un si no es iracundos, encontráronse más de una vez los de Honorio, quien comprendiendo lo que pasaba, hubo de cesar en su indiscreta cortesanía para con Sirena. Esta, que vio arruinado el dominio que, con gran placer de su alma, creía ya reinante en Honorio, lanzó a Catalina Cornaro una de aquellas miradas de tempestad que en ella eran indicios de un sueño de venganza.

Honorio no podía ser insensible a las gracias de Sirena; empero la reina de Chipre había logrado interesarle, ocupando, ya que no su corazón, su fantasía. Era hermosa y reina, y esta unión de dos coronas, ejercía un doble imperio en su ánimo, inclinado a todo lo brillante y deslumbrador. Acercose pues a Catalina, y pretendiendo ocultar, tras la apariencia de un simple saludo, la misteriosa afición que los unía, cruzaron con reserva estas palabras.

HONORIO.- Necesito hablaros.

LA REINA.- Nos observan.

HONORIO.- Cansado estoy de tanta reserva; debo poner un término a ese espionaje miserable. Vos estáis oprimida, yo también; ¡ah! ¡cuándo pudiéramos ser libres y dichosos! Vos tenéis una legítima corona, yo un brazo para haceros reina; entrambos tenemos un corazón que ama...

LA REINA.- (Con ironía.) ¿Os cansa el disimulo? Tanto peor. Disimulad respecto de mí; así podréis prestar mejor vuestros homenajes a las Sirenas del Adriático. Cuidado con su canto melodioso que, dicen, arrastra a los escollos al incauto navegante. Me habéis dicho que amabais o mejor, que ibais a desposaros con esa interesante Perla. ¡Pobrecilla!

HONORIO.- ¡Pobrecilla! ¿por qué, señora?

LA REINA.- ¿Por qué? ¿no la veis? Su visible palidez revela sus desconfiados celos, y vos, es preciso confesar que a ley del más constante de los amadores, haríais su felicidad.

HONORIO.- No os burléis, Catalina. ¿Acaso pensáis que la galantería sea una falta? Ya os he dicho que Perla ha sido mi encanto.

LA REINA.- ¿Ha sido?

HONORIO.- (Vacilante.) Y lo es, pero es un encanto que su carácter excesivamente tímido y desconfiado trueca en encanto triste para el amado de su alma. ¿Es extraño que quiera distraer esta tristeza?

LA REINA.- Parece que han vuelto a reanimaros las ilusiones que os inspiraba la hija de los Fóscari; en Chipre decíais otra cosa; ¡ya se ve, aquellos voluptuosos aires adormecen de tal modo la memoria! ¡Qué voluble sois! dijo cuasi con ira y con desdén la hermosa.

HONORIO.- ¿Voluble, señora? necesito explicaciones, pero nos observan.

LA REINA.- Bien está, me alegro; así terminará este diálogo que puede valer en cuanto a verdad, lo mismo que cualquiera de los que tan artificiosamente urdíais en Chipre.

HONORIO.- Señora, no os he engañado nunca. Os he dicho que amaba a Perla y que los hechizos de su alma pura no podrían serme nunca indiferentes; que estaba dispuesto a cumplir mi palabra respecto de mi proyectado enlace con ella; pero después os he conocido, hermosa Catalina, y he imaginado que vos cuadrabais más a mi carácter; que vos erais la simpatía de mi alma y de mi ser. Perla puede hacer la felicidad de un esposo tierno y apacible, pero amante del hogar, de la dulce paz de la familia; vos sois la mujer de fuego que inspira el heroísmo, que enciende en el alma el amor y el entusiasmo de la gloria. Vos sois la Porcia de los romanos, sois del temple de aquella mujer que libertó a Betulia. ¿Por qué culparme de inconstancia si cuando vi y amé la hermosa reina de a Perla no había conocido aún a la hermosa reina de Chipre?

LA REINA.- A veces quiero creer en vuestras lisonjeras palabras; no puedo olvidar que os debo la vida, que fuisteis mi bravo defensor contra mis rebeldes súbditos.

Habían dicho entrambos aquella última parte del diálogo con un calor mal reprimido, que debía llamar precisamente la atención de los que los observaban.

-Mirad, exclamó Catalina, y sus ojos indicaron a Perla que pálida como la muerte parcela próxima a desmayarse.

Honorio corrió hacia ella.

Ni él ni Catalina habían observado otros ojos que pretendían disimular el despecho al través de una sonrisa de coquetería: eran los de Sirena. Loredano que se hallaba entonces junto a ella, había cruzado con la misma palabras misteriosas: referíanse a la conversación del almirante con Catalina.

Perla recibió a Honorio, con una sonrisa elocuente de dolor, de resignación.

- VI -
La venganza de un pintor

En esto llegó la hora de la cena, abriéronse las puertas del espléndido ambigú. Invadió su salón espacioso, mucha parte de la concurrencia.

La reina de Chipre daba el brazo a un venerable patricio. Perla el suyo a Honorio. La viuda de Gradenigo a Loredano. Seguíanlos en igual forma otras damas y donceles.

Servíanse con esmero las exquisitas viandas, los agradables dulces y refrescos.

De pronto corriose un velo que cubría un testero del salón y mostrose el cuadro de Ruggiero.

Representaba el paraíso con todo su esplendor, el purgatorio con todas sus penas, y por último, en el extremo inferior, el infierno con todos sus tormentos. Era este cuadro una bien trazada alegoría. Veíase en lo que representaba el Paraíso cristiano, a los pies de la Divina Trinidad a una matrona (Venecia) en actitud de recibir de Honorio Morosini la corona del triunfo. Esta matrona guardaba en su fisonomía y formas un parecido notable con Catalina Cornaro; junto a esta, había un ángel presentando a Venecia la espada de fuego, su rostro era el de Perla. En el purgatorio veíase la fisonomía del pintor en ademán del más duro sufrimiento; pero lo que contenía una verdad fulgurante, en que parecía haber campeado vigorosa la inspiración del artista, era el infierno en el cual se representaba con talante rencoroso y confundido al ángel de la discordia. Este ángel era Sirena, estaba tan expresiva esta figura que parecía salirse del cuadro, para venir al mundo la comenzar su tarea de maldición.

Imposible sería describir la expresión del rostro de Sirena al advertir su imagen en aquel cuadro en que representaba tan triste papel junto a sus rivales.

El veneno de la sierpe que hubiese inyectado sus ojos, y contraído sus facciones, no hubiese podido darle más singular expresión. Volvió los ojos a Perla; esta también sufría aunque por otro estilo y en otra forma: era el sufrimiento de la pobre tórtola herida y solitaria; pero el semblante de Catalina revelaba la sorpresa agradable del triunfo, ¡oh! en aquel momento estaba a la altura que la hacían representar en el cuadro, era digna de aquel paraíso. Tanto peor para la injuriada viuda de Gradenigo. El pintor dejó ver su semblante desde un ángulo del salón también; estaba entre gozoso y desesperado; al ver el rostro de Sirena tuvo miedo. Comenzaba a decirle su conciencia que acaso había ido más allá de lo que debía; sintiose doloroso, confuso, cuasi loco. Huyó de aquel salón en que su alma se abrasaba por lo que hace a Sirena, poco faltó para que muriese de ira, tanto más dolorosa cuanto que pretendía ocultarla, y hasta dominarla, mostrando impasibilidad, ironía, ¡oh! su papel de resignada hipócrita la hubiese salvado, pero su sangre y nervios estaban rebeldes; ¿cómo poder ser entonces lo que pretendía? Los cuchicheos, las sonrisas, los epigramas propios en una reunión en que impera la malicia, coronaban aquella obra magnífica de un pincel despechado y de una mente enferma; Sirena por la primera vez de su vida se vio vencida por la impotencia. Tenía a su lado a su hombre de mármol, Loredano, que lejos de darla consuelos, acaso se gozaba en una humillación que tal vez podría convenir a sus miras; conocía que Sirena tenía demasiado orgullo y que necesitaba un poco de mella para que su condición se hiciese un tanto más blanda. ¡Oh! en aquel momento Sirena hubiese querido hallarse en el desierto; hubiese querido que su sangre, que su transpiración fuese un activo veneno para emponzoñar con su hálito a todos los que la rodeaban. ¡Terrible expiación! Nunca había sufrido así. El pintor había adivinado por instinto el papel que debía asignarla; ella había sido el ángel de la discordia, su lugar era el infierno, allí estaba ella en aquel momento en cuerpo y alma, sufría, como el condenado, los tormentos que había hecho padecer, sólo que sufría una eternidad en un instante.

-Disimulo, calma, díjole Loredano al oído. El ridículo será mayor si no lo hacéis frente.

Los cuchicheos, epigramas y miradas burlescas continuaban aún; todo ello pretendiendo cubrirse con el velo del buen tono ¡qué placer para las damas hasta entonces humilladas por una advenediza! Aquel accidente era digna pena de su soberbia y altivas pretensiones; ella, una villana enaltecida, ¿hasta cuándo debía abusar de la paciencia?

Sirena sentía ahogarse, abrasarse en el fuego de su amor propio. Estrechó el brazo del consejero con un movimiento parecido al de la convulsión; su semblante, cambiando de rojo a pálido, y la llama de sus ojos, la vendían en su propósito de disimulo.

-Voy a morir, dijo a su galán con voz ahogada, si no me sacáis de aquí.

Llevola consigo este, salieron del palacio en donde la galantería y el placer siguieron reinando.

Los pasos de la dama eran vacilantes; había sido herida en su única pasión: la soberbia.

Al llegar al peristilo que daba a la laguna, el aire de la noche refrescó un tanto las sienes de la ofendida dama. Entonces con la voz y sonrisa que debió tener Luzbel al maldecir el sol, exclamó dirigiéndose a su acompañante.

-Terrible es la venganza, pero dulce, ¿no es verdad?

-¡Ah! -exclamó Loredano, cuasi espantado al advertir aquel extraño gesto.

-Vos decíais, que gustabais de mí, o al menos pretendíais que yo lo creyese, ¿no es cierto? pues bien, recordad que esta noche la oveja se ha vuelto tigre y el tigre necesita... pero ¡ah! soy una pobre mujer, añadió con furor reconcentrado y que, según su costumbre, pretendía disimular aunque en vano.

-Calmaos, amiga mía; repuso el consejero que difícilmente perdía los estribos.

-Bien, ya lo estoy, contestó; ya soy la misma mujer de siempre. Si vale algo este corazón y queréis que sea vuestro, acordaos de que la mujer ha sido ultrajada y que ella puede tener tanto amor para vos, como odio para los que la han ofendido.

Y al decir esto, acercó su rostro al de Loredano lo bastante para que este se sintiese anegado en aquel ambiente seductor. El estudiado patricio sintió derretirse su calma, y oprimiendo aquella mano que le brindaban prometió sin saber qué prometía.

-¡A casa! dijo la dama a sus criados, impidiendo que Loredano la acompañase y ocultándose bajo el felze de su góndola.

Esta partió rápidamente; sus conductores, harto diestros, habían comprendido que la dama no estaba para lentitudes.

-Silencioso quedó el patricio. A poco murmuró:

-Quiere vengarse y me necesita para ello; nos vengaremos; ¡pero más calma! ¿A qué dejarme arrebatar por una mujer? Reflexionemos. Ella quiere vengarse del pintor; este no vale la pena, aunque bien pudiera enviársele a pintar al Orfano; pero no, las mujeres prefieren siempre vengarse en las mujeres. Honorio puede ser la prenda del combate. Ella dice que le ama, y yo creo que se conformaría, en último caso, con que no fuese de ninguna otra. Será mío entonces, señora Sirena; estamos de acuerdo completamente. Su animada plática que todos han visto esta noche con la de Chipre, y esa misma alegoría, sin perjuicio de lo demás que ocurra, son cosas que pueden ya ir vistiendo el expediente. ¡Muy bien! creo, señora Sirena, que estaremos de acuerdo.

En seguida el decenviro tomó el talante grave y la mirada inquisidora y fría que lo eran habituales y entró en el palacio.

Deseoso de evitar las preguntas que los del sarao pudieran hacerle sobre la dama, con quien lo habían visto salir, y de cuyo ridículo temía que le cupiese parte, fue[se] al círculo de sus colegas del cual había desertado por excepción aquella noche, gracias a los atractivos de Sirena.

- VII -

Desde muy de mañana recibió Honorio al día siguiente del baile de la reina, una carta que vaciló en abrir; ¿era sin duda un presentimiento lo que detenía su mano ante aquel sobre misterioso?

Honorio; señor: Mi mano tiembla al comenzar estas líneas porque ellas expresan mi resolución, mi adiós de corazón está sereno y resignado porque así lo ha dispuesto el Señor, y si una lágrima asoma a mis ojos, no es de tormento, no es una lágrima de queja, ni de reconvención... es una lágrima que corre a mi pesar y que sé explicar por qué la derramo. He soñado esta noche con la Virgen a quien ruego y he rogado siempre porque os haga muy feliz ¡ay! en un tiempo también rezaba porque nos hiciese muy felices, ¡pobre de mí, no comprendía que mi corazón no estaba llamado a ese destino, a esa bienaventuranza de la tierra! He soñado pues y esta bendita señora, la madre de los mártires, se me ha aparecido, me ha mirado con ternura y me ha dicho: «Perla, tú no puedes en el mundo hacer la felicidad de ese mortal que amas, tú vas a ser para él una corona de espinas, porque unido a

ti, tendría que manifestarte lo que no siente, para no hacerte desgraciada.» Él sería más feliz con otra, (doloroso me es repetirlo), él será más feliz con otra mujer que no vea con pesar sus aspiraciones de lauros patrios y que no tiemble cuando le suponga en medio de la sangre y de los combates. Ella sabrá sonreírle en el triunfo, y esta sonrisa será para él más animadora que la tuya, que no sabría sino pedirle retiro, amor y constancia. Tus suspiros de sobresalto le detendrían en su marcha de ambicionadas glorias; débil tú, no podrías ayudarle a combatir contra los adversarios de su destino, ni librarle de la pérfida intriga; con tus suspiros y tus lágrimas, siempre celosa, desconfiada de merecer su amor y labrar su ventura, serías un obstáculo que por lástima no apartaría, y que por benevolencia no maldeciría; renuncia pues a él, renuncia a la memoria de los días pasados entre las rosas de un cariño generoso y a los días futuros que tú veías en tus inofensivos sueños. Ven, hacia mí, pobre Perla; yo tengo para ti el regazo de las madres y en él podrás verter tus lágrimas y amar su imagen y rogar por él. Tú y yo velaremos por él, que no debe ser ya tu Honorio. Perdona y bendice a la que ya habrá tal vez cautivado su corazón, perdónalos a entrambos; recuerda que el mártir del Gólgota perdonó a sus enemigos y verdugos, y los labios de que brotaban aquellas dulces y nobles palabras estaban llenos de hiel y vinagre.» ¡Ah! yo la he perdonado y a vos también. ¿Y qué podría echaros en cara, sino los días venturosos que me habéis dado? ¡Bien es verdad que semejantes días no eran tranquilos! Para ciertas almas como la mía, vale mucho una soledad triste, pero dulce como la que me llama. Ya gusté de ella antes, y he comprendido que os amaba mejor desde allí, porque os amaba sin zozobras, en un dulce abandono inexplicable. En la mansión en que voy a entrar y a que no me lleva el egoísmo de una salvación eterna, que no sería gloria para mí sin vuestra presencia, podré amaros sin temores; allí, si amáis a otra, no lo veré, pero si lo imagino, me resignaré. ¡Ay! ojalá que ella os ame como yo. No, repito, no es egoísmo mi retiro; sé que mi destino no es el mundo, pero si para hacer vuestra ventura, fuera necesario que yo viviese en él, si fuese necesario mi sufrimiento; a todo me allanaría; cubriría mi frente de espinas y vertería la sangre de mi costado y bebería la hiel y el vinagre también para haceros venturoso; pero por desgracia mi martirio os sería inútil y doloroso, y aquí puedo, si las súplicas allanan el camino de una felicidad sin límites, llorar y suplicar noche y día por que se verifique en otra parte, ese himeneo que en la tierra no hubiera hecho vuestra ventura.

Benditos mil veces sean los que os amen, que vengan a los brazos de mi alma que los esperan abiertos; sí, mil veces, benditos sean -mil veces bendito seas tú, mi Honorio.- Olvidadme si queréis, Honorio: yo os amo ¡ah! mis lágrimas me dicen que os amaré eternamente.

Adiós; un suspiro y un recuerdo para la que llamasteis vuestra... PERLA.

Adiós por última vez; adiós para siempre.

Honorio conoció que Perla había adivinado lo que pasaba en su corazón y que, demasiado apasionada para imitarle en su inconstancia y demasiado buena para importunarle con su lloroso afecto, había querido anticipase a la indiferencia que creí ver llegar de parte de Honorio. Ella no hubiera consentido en desposarse con hombre, cuyo nombre no la importaba tanto como su razón; Honorio había sido para ella el resumen de todos los afectos y de todas las ilusiones; sólo el cielo, con su amor sin límites, podía indemnizarla.

Amábanla sin embargo Morosini aunque a su modo, sólo que era uno de esos hombres inconstantes y ambiciosos que nunca están satisfechos, y a quienes sin embargo no sería justo suponer que obran de mala fe, cuando puede decirse en verdad que, si engañan, es comenzado por engañarse a sí mismos. Ya se ve que no era tampoco perdonable condenar a un alma tierna y constante, como la de Perla, a sufrir la veleidad de un corazón tempestuoso como el de su amante.- La débil florecilla necesita del aura apacible y la templada luz de los crepúsculos; la brisa fuerte la doblega, el sol la marchita, el vendaval la arranca.

No era inútil el ruego de Perla, Honorio consagraba ya una lágrima al sacrificio que estimaba, aunque sin voluntad suficiente para impedirlo; era para él una fatalidad incomprensible.

- VIII -

Ya se ha dicho que una epidemia horrible comenzaba a llenar de cadáveres los cementerios de Venecia. En aquella mañana habíase experimentado una recrudescencia alarmante con aumento de terror y de luto. ¡Cuánto no hubiese dado la viuda de Cosme porque el ángel de la Peste confiase a sus rencorosas manos la terrible espada! Con las noticias que circulaban, no había quien no suspirase por el temor de perder la propia existencia o la de algún ser querido. Elevábanse las preces al Cielo en demanda de misericordia, acudiendo la multitud al pie de los altares a pedir el perdón de las pasadas culpas y a proponer la futura enmienda; no faltando entre mil almas de buena fe, verdaderamente contritas y temerosas, algún Interminelli que asido con temblorosa mano al manto de la Virgen, tratase de ocultarse, de pasar desapercibido a la espada de exterminio procurando ver si, con su semblante humilde, podía engañar a Dios como había engañado a los hombres.

Hacía días que las clases numerosas y desvalidas que son generalmente el pasto de estas calamidades, estaban pagando su mortal tributo, ya en aquella mañana había que afanarse para recoger y trasportar a las góndolas fúnebres, los cadáveres que la noche había hacinado en las plazas, en los portales y en las casuchas de los pobres; comenzaba a cebarse el mal en los individuos del libro de oro. Muchos de los que habían concurrido al sarao de la reina de Chipre la noche anterior, gemían desfigurados en el lecho o amenazaban con el triste duelo a sus familias. ¡Cuántas beldades que habían sido admiración de los ojos en el sarao referido, habían tenido apenas tiempo para despojarse de las flores de su tocado!

Quizás porque las terribles sensaciones de la noche la hubiesen predispuesto, la viuda de Gradenigo dejaba conocer síntomas alarmantes; era también de las invadidas. Desde la madrugada habíase sentido con un notable malestar, que atribuía a su disgusto y a las fatigas del insomnio que aquel la había ocasionado.

El aire de la habitación la agobiaba con su peso, sentía opresión en su cerebro; su respiración era dificultosa. Con el deseo de aliviar su desazón, había hecho abrir desde muy temprano una de las ventanas que daban al canal. El día estaba sereno; parecía un sarcasmo inaudito que aquella naturaleza celebrase vestida de gala y con todos los primores de un hermoso día, al Exterminador que vagaba por las calles de la ciudad atribulada. Los ojos de Sirena fijáronse en una cercana góndola enlutada; a través de la carroza o «felze» mostrábanse brazos y piernas, hacinados; los gondoleros remaban silenciosos y con cierto frío terror en el semblante. Más allá otra góndola y otra... ¡ah! ¡la muerte estaba implacable! El terror la hizo cerrar la ventana y encaminarse al lecho. Había oído contar pormenores horribles respecto de las repugnantes agonías que causaba el mal; estaba desesperada. Hafiz, impasible, había llegado a su llamamiento y al observar los síntomas de una dolencia por él conocida en Oriente, frunció el ceño.

-Fea, horrible... y sin venganza, exclamó Sirena... ¡oh! al menos la muerte es un sueño y un olvido eterno.

El paraíso mortal, el cuerpo encantado que daba albergue al alma réproba, iba acaso a tomar sus verdaderas formas. La cubierta del libro impuro estaba quizás para llenarse de gusanos. ¡La impostura no habitaría en adelante sino las ruinas... del palacio espléndido!

- IX -

Llegó la noche: parecía que los espectros de tantas víctimas vagaban por las silenciosas calles. Ya hería tristemente los aires el gemido de algún infeliz que moría desamparado, ya huían otros despavoridos del que cayó junto a ellos; abríase aquí una puerta para dar paso a algún féretro o a los alaridos de una familia desconsolada; en otra parte un esquife silencioso, puesto al servicio de la epidemia, recogía con precaución y transportaba entre las sombras los cadáveres ya medio corrompidos por una enfermedad que se anticipaba a la tierra en la obra de destrucción y fetidez, Todos comenzaban a no cuidarse más que de sí mismos: apenas sí había quien atendiese a las faenas domésticas; hasta los ricos y poderosos empezaban a estar tan desvalidos como los pobres.

Quand la mort est si près, l'égatité commence.

Ni aun se cuidaba la beldad de sus atavíos; por donde quiera silencio triste y rezos y llanto y quejas y repugnante espectáculo; pero aun así no faltaba quien velase por los mundanos intereses. Del palacio de la reina de Chipre salía una góndola escoltada por soldados Dálmatas, con dirección al continente: en ella iba Catalina. Los muros de un castillo, so pretexto de que la epidemia la hacía peligrar en la ciudad, y de que el Senado

debía ver por la preservación de su hija predilecta, se abrieron para cerrarse tras ella con fuerte custodia.

Entraba Paolo a poco en casa de Anzola.

-Madre mía, exclamaba. ¡Cuántos horrores! tomad esa reliquia de San Teodoro; acaba de dármela el padre Antonio. Sea ella para vos un preservativo contra la horrible enfermedad. Cansado estoy de trabajar, añadió sentándose; una semana como este día y no habrá en Venecia quien lo cuente. ¿Sabéis a quien acabamos de enterrar?

-¿A quién, hijo mío? preguntó alarmada Anzola.

-Oh! no os apuréis, que si esto sigue, creo que no habrá aliento para quejarse ni lágrimas que derramar; muchas madres he visto hoy que lloraban. ¡Oh! ayer era sólo en el traghetto, hoy es en todas partes... he perdido la cuenta.

-¿Pero a quién me decías, hijo mío, que habíais enterrado?

-A Tomasso el Castellani, respondió Paolo; el que me disputó el premio en la regata. En mis brazos murió. Dios sabe quién podrá hacerlo con nosotros mañana. ¡Nunca he visto una cosa semejante! y lo peor es que mueren sin confesión porque los padres no dan abasto; pero Dios tendrá misericordia y no se condenarán.

-Y tú hijo mío, ten cuidado; ve que vas a contagiarte, exclamó Anzola inspirada por el egoísmo materno.

-¿Qué queréis, madre? No está bien tener asco ni miedo cuando se trata del deber. Por lo mismo que el pobrecillo Tomasso era Castellani y lo vencí en la regata, debí ser humano con él; y no es ese al único a quien he asistido: Giuseppe, el de las coplas y los brindis en nuestras cenas, está también muy malo...

Pero hablando de todo; ¿sabéis, madre, que hay una cosa que me causa suma extrañeza? Al salir hoy de aquí a mediodía, me dirigí a casa de Sirena para saber de su salud, en estos días en que la salud es un bien tan precioso, porque al fin vos recordaréis que a ella debemos el favor de mi libertad, y es justo que uno se entere de cómo le va: pues bien, me dijeron que había vedado la entrada a todo el mundo, y por más que hice, nada; no me dejaron pasar de los umbrales. Fuime en seguida a casa del almirante a ofrecerle mis servicios como de costumbre, pues así me lo tiene prevenido y supe... ¿pero qué? si no puedo comprenderlo: sus criados Jácomo y Bepo, los únicos que han permanecido allí, estaban desconsolados, ¡había un misterio en la casa! Su amo había desaparecido. Por más que traté de saber, si podría presumirse el lugar en que debiera darse con él, nada, ni la más leve noticia; lo peor es que según informes que he tomado, ni ha ido abordo, ni al arsenal, ni a casa de la señorita Perla, quien, sea dicho de paso, se halla de nuevo en el convento desde ayer mañana. A la verdad que esto me tiene inquieto. Dícenme sólo los criados que

anoche salió de casa el almirante a una hora bastante avanzada. En estos tiempos que corren, yo no puedo parar hasta que no sepa que ha sido de mi buen protector, de mi valiente y querido almirante. ¡Ah! si ha sido víctima de ese maldito mal que Dios confunda, buscaré su cuerpo; sí, lo buscaré, y le daré la sepultura que merece. ¡Tan bravo marino, morir en medio de las tinieblas y víctima de una muerte tan horrible y tan sin gloria! Al menos si le encuentro, podré hacer que el padre Antonio rece algunas oraciones por su alma y bendiga sus restos. ¡Oh! deseo que llegue el día.

En esto tocaron a la puerta.

-¿Quién? preguntó Anzola yendo a abrir.

-Yo -exclamó Carlo, camarada de Paolo.

Abriéronle y entró. Su semblante mostraba la más viva inquietud.

-¿Qué traes, Carlo, qué acontece? expresaron Anzola y Paolo.

-Acabo de saber en este momento, respondió el interrogado, yendo a ver antes si la puerta estaba bien cerrada o si habría algún extraño que pudiese oírle.

-¿Qué? replicó Paolo con impaciencia.

-Que el almirante Honorio ha sido según dicen, preso por el Tribunal de los Diez.

-¡Ah! expresó Anzola con sorpresa.

-Bien lo temía yo, repuso Paolo; esos diablos no duermen ni aun cuando media ciudad yace en el sueño de los sepulcros. Era un presentimiento sí, el corazón me decía que algo extraño indicaba su desaparición. Ven, Carlo, dijo con rapidez, ven, o no, quédate acompañando a mi madre, yo voy... no puedo soportar mi impaciencia.

-¿A qué, hijo mío? ¿adónde vas? exclamó Anzola con zozobra.

-A inquirir, a saberlo que haya de cierto en esto, a saber qué suerte puede esperar a mi querido jefe. Adiós, adiós.

-Pero, hijo mío.

-Es un deber, madre, tened paciencia, volveré presto.

Y al decir esto había ya traspuesto los umbrales.

-Ve, corre, Carlo, acompáñale, guíale, impídele que en su celo por su protector, vaya a comprometerse con algún disparate.

Carlo salió, sin replicar.

Anzola quedó sumida en la mayor inquietud.

Paolo acaba de volver a su casa. Está pensativo y sombrío. Cuantas diligencias ha practicado, han sido infructuosas. Nadie sabía de Honorio, ni era prudente preguntar a todo el mundo. La ciudad estaba muda como un espectro. La mayor parte de los pudientes habíanse refugiado en la tierra-firme; los establecimientos públicos estaban cerrados; los templos cuasi solitarios, los enfermos morían en las calles o en las desiertas casas, abandonados hasta de sus parientes; en medio de aquel silencio fúnebre oíase sólo el lúgubre y débil gemido de algún enfermo en la agonía, o los pasos de los que, por pura caridad o un resto de orden público, conducían en hombros o en camillas algún enfermo a los hospitales o los cadáveres a la huesa.

Los criados de Honorio Morosini continuaban ignorando el paradero de este. Vivía tal vez, pero ¿qué importaba la vida en aquellas tumbas, que no eran otra cosa las cárceles de Estado con sus fuertes muros y sus ferradas e inflexibles puertas? Calabozos en que el silencio era acaso precursor de terrible agonía y de ignorada muerte.

No quedaba duda a Paolo de que su general estaba próximo a ser víctima de alguna trama. La conducta que habían tenido para con él y las preguntas que le habían hecho sus misteriosos jueces, eran indicios bastantes a mantenerle en esta sospecha. No podía comprender qué móvil llevaría a aquellos hombres a perseguir a un general ilustre en quien no veía delito, a no ser que se reputase tal, el justo renombre que había alcanzado. El asunto era pues poco diáfano para él; pero por lo tanto, todo lo temía de aquel tenebroso manejo.

-Madre mía, preguntó a Anzola que contemplaba apesarada su cavilación. Una noche, hace tiempo, comenzasteis a contarme una historia referente a cierto patricio condenado a muerte y al cual se permitió poner a otro en su lugar, mediante la suerte que había de decidirse en el saco de judías. La plaza de San Marcos estaba llena de gente, me decíais; un joven había probado con tenacidad y por varias veces el expresado azar; el grano negro estaba en sus manos; mostrando aquel grande alegría porque el destino le hubiese dado un medio de morir por el patricio. En esto quedasteis. ¿Fue acaso admitido al reo el cambio?

-Sí, repuso Anzola, el joven murió con valor y hasta con el placer, que, según nos cuenta el padre Antonio, brillaba en el rostro de los mártires al morir; el patricio fue sólo condenado al destierro. El joven, a quien no conocía, ni conoció nunca el patricio... era su hijo.

-¡Ah! ¡qué luz, qué pensamiento! exclamó Paolo con una consternación febril no fácil de pintar. Aquella historia, cuyo fin acababa de saber, despertaba en su mente una idea que reflejaba sobre la simpatía que, hacia Honorio Morosini, había sentido siempre su corazón.

-Madre mía, continuó, por piedad, habladme, tendré valor para escucharos, para saber la verdad. El corazón me dice que mi situación tiene algo que ver con esa historia cuyo fin

acabáis de referirme. El almirante está condenado sin duda a muerte; él, mi bondadoso protector, a quien siempre mi alma se ha sentido inclinada. ¡Ah! recuerdo ahora que cuando estuvo a punto de morir en uno de los combates, sentía que una voz interior me decía: ámale, sálvale: vos me habéis dicho que mi padre vive; ¡oh! sí, yo he escuchado que la voz interior me decía: salva a ese hombre, porque ese hombre es... tu padre. ¿No es verdad, madre mía, no es verdad?

-Sí, exclamó Anzola abrazándole. En vano te ocultaría la verdad; Honorio Morosini es tu padre.

Renuncio a contar la enajenación que produjo esta respuesta en el alma del mancebo. ¡En qué situación descubría el secreto de su cuna!

- X -

Acaba de amanecer. La fiebre de Sirena ha cesado; la alcoba está envuelta en tenue claridad. La enferma se siente un tanto despejada. El médico ha prohibido la entrada allí, pero ¿quién habrá de ejecutar sus órdenes? No queda a Sirena otro criado que la fiel Julieta que, con la abnegación de su sexo, no ha consentido en abandonar a su señora. Hafiz y ella son los únicos que no han muerto, no están postrados o no han huido de aquella casa al parecer maldita.

Paolo, cuán desesperado y lleno de angustiosa ansiedad llega a las puertas del palacio. Nadie lo detiene; sigue a los patios, donde hay más de un cadáver envuelto en sus fúnebres sudarios; sigue a las salas, a las habitaciones; acaban de salir de ellas dos hombres enmascarados, armados de puñales; llevan consigo algunos objetos preciosos, huyen al verlo: son dos ladrones que benefician la general consternación. Paolo continúa andando a través de los corredores, de los desiertos y saqueados salones; los agonizantes gemidos de algún moribundo le guían en su marcha. Ha llegado el momento en que la epidemia, como decía Paolo a su madre, ha secado los ojos de los dolientes. La indiferencia, el abandono de la vida comienzan a reinar. El terror es mudo, cuasi desparece ante el estúpido estoicismo que el gran dolor y la gran zozobra han engendrado.

Llegó Paolo a la alcoba de Sirena. Sólo Julieta le había visto, pero ¿cómo impedirle la entrada? El semblante del mancebo mostraba la ansiedad, la resolución.

-Señora, exclamó Paolo acercándose al lecho de la enferma; mi padre está preso, quizá condenado a muerte; ¡ah! vos que podéis tanto con el Senado, ofreced mi sangre, mi vida, y estoy pronto a darlo todo por él.

-¡Vuestro padre! murmuró la dama sorprendida.

-Sí, mi padre; el almirante Honorio Morosini es mi padre.

-Honorio, vuestro padre; preso, condenado a muerte, decís?... exclamó Sirena haciendo un esfuerzo para comprender mejor; sus palabras y gestos tenían una expresión que no era fácil calificar: una expresión que tan bien podía ser de gozo, como de amargura. Quiso sentarse en el lecho; los dolores más agudos la rindieron haciéndola dar un alarido espantoso: perdió el conocimiento.

En vano Paolo trató de hacerla oír sus palabras; llegó Hafiz a imponerle silencio... Salió aquel de la alcoba y de la casa, desesperado.

Habían transcurrido algunos días. La peste ya no era tan cruel en sus estragos. El terror había disminuido un tanto y el buen orden público y las medidas higiénicas comenzaban a influir en la decadencia del mal.

Sirena entraba en convalecencia; pudo al fin dejar el lecho. Grande era su afán por conocer qué sería de su desmedrada belleza. ¡Un espejo! fue su primera palabra.

-¡Ah! exclamó crispando sus manos, ¡Hafiz, estoy horrible!

Su rostro era el despojo de una repugnante llaga que siempre dejaría en aquel su desagradable huella. La hermosura que había sido el talismán de su poder, se convertía al perderse, en su mayor tormento.

-¡Miserable de mí, exclamó desesperada... miserable de mí!... prefiero la muerte, el infierno. Hafiz, Hafiz, vos que podéis tanto, añadió con la más dolorosa agonía, vos que podéis tanto... la belleza o la muerte... ¡Ah! os lo pido a vuestras plantas, besando vuestras rodillas... Hafiz, ¿no sabes tanto? tu ceño me lo dice... ¡miserable! qué se hizo tu ciencia, tu ciencia tan decantada... maldita sea... Mira mi rostro... ¿No es verdad que estoy horrible?... ¡Ah! ya no soy aquella... Sí, un año de... vida, hermosa como antes... y después el infierno.

Su dolor, sus convulsiones eran espantosas; su ánimo abatido por la enfermedad, recobraba ahora su energía ¿para qué? para llorar mejor la pérdida de sus encantos. El médico la había hasta entonces engreído, sin duda para tranquilizarla, con que aquella espantosa lepra desaparecería dejando sólo tal vez imperceptibles marcas, y ahora veía que hasta sus facciones se habían alterado.

-Hafiz, mis tesoros, mi alma, todo es tuyo si me tornas lo que he perdido.

Hafiz movía la cabeza en ademán de hombre sin fe.

-Me has dicho que te ocupabas en hallar un elixir para conservar eternamente la vida; un elixir para recobrar la hermosura, y todo lo mío, mis riquezas, mi sangre, mi vida, son tuyas. Un momento de penitencia dicen que alcanzaría la salvación; me propondría alcanzarla arrastrándome al pie de los altares, con tal de vivir hermosa. Dime, ¿no podrías convertir estos diamantes, añadió abriendo una gaveta que contenía tesoros increíbles; ¿no

podrías hacer con el polvo de estos diamantes, un bálsamo que volviese mi cutis, ¡ay! a lo que antes era? Me has contado que una princesa de tu país recobró su hermosura con un ungüento de diamantes que le dio una maga, ¿no podrías tú hacer lo mismo? ¿no conoces tú ese secreto?

-¡Qué, señora, es un cuento, sólo un cuento de mi país! La hermosura es un bien de este mundo y como tal, perecedero... Estoy convenciéndome cada día más, de que los secretos de la naturaleza son caprichos incomprensibles.

Sirena bajó la cabeza con ademán de la más profunda aflicción. Quedaría horrorosa, no había remedio. La flor se había convertido en asquerosos gusanos. ¿Por qué no había verificado antes la naturaleza esta metamorfosis? Algunos males se habrían evitado; no se hubiera torcido tanto el camino de lo justo.

-Hafiz, exclamó de pronto Sirena, dame la muerte... Sí, pero una muerte dulce, sin dolores, tú sabes hacerlo...

En esto entró Julieta, dando un papel a su señora; un hombre enmascarado acababa de entregárselo con expresa condición de ponerlo en sus manos.

Sirena abrió y leyó el pliego; contenía sólo estas palabras: Un castillo y un convento para ellas; para él, Orfano: estáis vengada.

-¡Ah! exclamó Sirena llena de un gozo igual a su amargura. Hafiz, la muerte... ¿lo entiendes?

Aquella misma noche hallábase el infeliz Paolo sentado junto a un poste de la Riva junto a las prisiones del Estado que, como el lector sabe, están unidas al palacio Dogal por el famoso puente de los Suspiros. Sus ojos ya sin llanto, habíanse cansado de contemplar aquellos silenciosos muros ¿tras de cuál de ellos gemiría agonizando su infeliz padre? Abismado en su pesadumbre, rendido de cansancio su cuerpo, sumiose su espíritu en una especie de alucinación parecida al sueño. Verdugos, una víctima, sangre... tales eran las imágenes que cruzaban por su mente; oía el lamento de la víctima; era la voz de su padre... intentaba volar en su socorro... deteníale el espanto... tenía ante sí un lago de sangre que le apartaba de aquel suplicio... En esto sintió el peso de una mano que oprimía su hombro. Alzó el infeliz los ojos y vio junto a sí a un gondolero que, con pasos vacilantes, presentaba algunos síntomas de embriaguez. Era Fontano que, siempre inclinado al vino, se había propuesto ahuyentar o ahogar en espíritu el terror que le causaba la epidemia.

-Paolo, exclamó Fontano, mira, por allí.

-¡Qué! interrogó Paolo sorprendido.

-Anoche, respondió, venía yo por el Canal Orfano, de pronto fui detenido por una cuerda que cortaba el paso; daban las estrellas alguna luz, y pude ver que de una góndola arrojaron al agua un bulto, como de cuerpo humano, que al instante se fue al fondo; huí sobrecogido... Dicen que en ese canal... mas no, ¡silencio! exclamó Fontano dando un grueso traspié que casi le derribó... ¡oh! pobre del que... ¡oh! más vale estar borracho... el vino, el vino le impide a uno ver y sentir muchas cosas.

-Maldito sea tu vino, exclamó Paolo lloroso y desesperado... ¡ah! si no fuese por él podrías servirme ahora... Sí; Fontano, amigo mío, te necesito...

-¿A mí?...

-Sí, para que me muestres el lugar en donde fue ahogada esa pobre víctima... Sí, porque esa víctima era sin duda mi desdichado padre.

-¡Tu padre!... pero no, no podremos hallar el cuerpo... no recuerdo bien el lugar... se fue a fondo... inmediatamente.

-Ven, guíame, le buscaremos, le daremos sepultura aunque muera de dolor sobre sus restos. Aunque no sea permitido sondar en el canal Orfano... tratemos de hacerlo ¡oh! el corazón me lo manda...

Sin duda sus diligencias fueron inútiles; Paolo doblegó su frente ante esta nueva certidumbre, ante este nuevo dolor.

Llegó la madrugada. Sirena dormía profundamente. A la poca luz que daba una bujía, podía verse su sonrisa casi deleitosa. La asquerosa lepra no había podido borrar aquel rastro de la pasada belleza; sus dientes blancos y hermosos descubríanse a través de sus labios un tanto abiertos y que a pesar de no ser los mismos que en un tiempo ostentó aquella mujer, cual poderoso medio de triunfo, conservaban algunas graciosas líneas que hacían más notorio el contraste con el resto. Una mascarilla cubría lo demás del rostro, pues tal había sido su último encargo a Hafiz. Era la coquetería de la muerte. La orgullosa beldad no quería ser vista, sin duda para conservar hasta en la tumba su reputación de hermosa. La máscara había sido su rostro durante la vida, con máscara debía ser enterrada; así podría continuar engañando hasta a los gusanos de la huesa.

Entró el persa, acercose, examinola. Vive aún, dijo, pero ya es tiempo... Encendió otra bujía procurando dar la mayor posible luz a la dormida. Abrió una cajita que llevaba consigo: sacó una especie de instrumento cortante. Descubrió el seno.

-¡Ah! si pudiera ser, exclamó; ¿si esta vida tan enérgica pudiese ser sorprendida en su actividad?... grandiosa luz que la naturaleza oculta... ciencia querida, rasga el velo con que cubres tu belleza... mira que soy tu más sumiso adepto; tu más amante hijo... Valor, a ello... ¡ay! de vosotros, espíritus diabólicos, ¡ay! de vosotros si llego a conocer vuestro secreto...

¡Valor y a ello!... Dijo y sumió el cortante hierro en aquel seno un día tan hermoso y que aún palpitaba... Un suspiro murió en los labios de la ex-hermosa... un suave estertor, una leve contracción revelaron que ella había pasado a ser cadáver. El persa despojó de su seno la membrana vital; de en medio de un lago de sangre, salió entre las manos de Hafiz aquel corazón que tanto había latido con el fuego de la soberbia y de la ambición.

Una pequeña urna sirvió de féretro a aquella entraña palpitante aún; teñido el hierro y las manos en sangre todavía humeante y conduciendo aquella urna, salió Hafiz precipitado de la habitación.

A poco abriose la puerta secreta que conocemos; acercose Loredano al lecho de la muerta, la quitó la mascarilla, aplicó una luz y vio aquel rostro y aquel seno cubiertos de sangre.

-¡He aquí en lo que paran las hermosas!... Vamos, el mundo suele ser de las Sirenas, pero lo es mucho más de los Loredanos, dijo y saliose por donde había entrado.

Epílogo

Dos horas después de lo ocurrido, una góndola bogaba por uno de los canales que conocerá el lector si recuerda el rapto de Perla. En aquella iba un féretro que contenía el cadáver de uno de los personajes que más se han distinguido en esta historia. El gondolero conductor también es conocido. Su remar es lento; en su fisonomía puede leerse el más profundo pesar. Va cumpliendo un deber. En un tiempo, con cuán distintos sentimientos había cruzado los mismos canales, expresando su ternura con aquellos gratos versos:

Cuando la llevo alegre
sentada aquí en mi góndola...

¡Ay! los tiempos habían cambiado.

El desdichado hijo de Anzola, en una época en que cansados los brazos y medrosos los corazones, no era estímulo suficiente el oro para hacer transportar a un cementerio al ser querido que el amigo, el amante, el padre o el esposo estaban expuestos a ver insepultos; hacía una verdadera obra de caridad. Agradecido a bondades que imaginaba haber recibido y fiel a sus antiguos sentimientos, había dejado su cabaña para saber si, la que él creía su bienhechora, estaba fuera de peligro o necesitaba los últimos auxilios. Sus brazos y su góndola habían recibido aquel cadáver elocuente a su corazón para llevarlo al debido sepulcro. Cuán diferentes estos momentos de aquel día en que Sirena gozosa y llena de gracia saltaba en su esquife exclamando: Gondolero, llevadme. Al Lido. ¡Ah! si hubiese podido él decirla ahora: ¡flor del Lido, hermosa como él, buenos días!

Llega Paolo con su muerta al convento en cuyo subterráneo debía sepultarse a Sirena, por estar allí el panteón y capilla de los Gradenigo. Allí Paolo y su constante amigo Carlo pusieron en tierra el cadáver. La epidemia todavía reinante, aunque no tan poderosa ya, no

permitía aun exequias. Las de Sirena, que prometían ser pomposas, quedaban aplazadas para más serenos días.

La iglesia estaba dispuesta para el oficio divino; algunos devotos la habían escogido como refugio consolador en los azares de la peste.

Resonaba el salterio y los cánticos sagrados. La musa del profeta de las lamentaciones llenaba aquellas bóvedas con sus ayes. La calamidad que temía el profeta había ya caído sobre la Jerusalén corrompida. Entonces aquella multitud cantaba de rodillas el himno de las misericordias. Bastante había pagado el pueblo de David la fatal hermosura de Betsabé.

UNA VOZ Pero ensalzaste, oh Dios, la altiva diestra
de crueles enemigos; fue cubierto
de ignominia y dolor el siervo tuyo,
y abreviaste los años de su tiempo.
EL CORO ¿Hasta cuando, Señor te has apartado?
¿tus iras arderán como arde el fuego?
¿Tus antiguas, oh Dios, misericordias
adonde, oh buen Señor, adonde fueron?

Desde su coro que velaba la menuda celosía, la voz de las madres se mezclaba a este salmo de la abatida gente. Aquel canto parecía decir al Altísimo «Señor, tú que perdonaste a la adúltera y sanaste a los leprosos; perdónala, sánala en tu misericordia. Tú que sufriste la muerte y la ignominia, ella ha muerto también, Señor, más con la ignominia del pecado. Tú que pediste al Padre que apartase de tus labios aquel cáliz tan amargo; aparta de su alma el cáliz mil veces amargo de la eterna condenación. Perdónala, que no sabe lo que ha hecho; recibe en tus brazos su espíritu: misericordia, Señor, misericordia, Señor.» El salterio, la melodía de aquellas voces sagradas, el eco de aquellas dulces palabras de perdón, hacían de aquel templo una mansión inefable; parecía escucharse la voz de los ángeles pidiendo por uno de ellos perdido en las tinieblas del mundo; parecía la voz del corazón solitaria en el desierto de la melancolía, entre las ruinas de las ilusiones; parecía que al resonar aquellos himnos en el espacio, este se anonadaba y al través de su nada misteriosa, imaginábase uno oír la voz de un supremo ser de justicia que absolvía y que perdonaba.

Un hombre que hasta entonces había estado en un rincón del templo, absorto en aquel cántico celeste, que sin duda llevaba en el corazón el desierto de la melancolía, las ruinas de su fe y de sus ilusiones, un alma de esas que, muertas para el mundo, han dejado sólo en él su sombra como testimonio de un dolor eterno; salió por un instante de su arrobo místico arrastrado sin duda por misteriosa curiosidad, para ir a ver el cadáver quo acababan de traer. La tapa del ataúd fue levantada para decir el réquiem a la muerta, y el curioso al reconocerla, lanzó una exclamación de horror; golpeose la frente, y en ademán desesperado apartó su vista de aquel cadáver. Cuán desfigurado ¡ay! aquel rostro por cuya sonrisa hubiese dado él en otro tiempo hasta su salvación.

En esto era cuando decía el coro de las vírgenes: Recibe, Señor, en tus brazos su espíritu; misericordia, Señor; misericordia, Señor, repitió el mancebo con el coro. ¿Pediría

para él una parte de aquella misericordia? ¡Infeliz Ruggiero! En este instante alzó los ojos y vio al través de las celosías un rostro de virgen, cuyo velo parecía una toca de serafín y cuyos ojos azules y llorosos se elevaban al cielo, dulces como su voz. Era Perla, ¿pediría también para sí quizá, para algún ser, misericordia?

Ruggiero leyó en aquella dulce mirada una invitación a gozar del amor puro, ideal, que era aspiración esencial de su espíritu, que tanto había ambicionado y que sólo podía hallar en... un ángel... en el cielo.

Hafiz, cargado con su urna y con los ricos presentes que de Sirena había recibido, volvió a su patria, en donde ya no tenía que temer a su tirano perseguidor. El Shah que quería perpetuarse, había muerto suspirando por el elixir de la vida que aún no se ha encontrado.

Paolo tornó a remar en sus lagunas; ya no cantaba porque su luto era luto del corazón; eterno.

Anzola vivió para su hijo. Se había acostumbrado a no contar con otra cosa en la tierra.

Carlo y los demás gondoleros compartían la tristeza de su buen amigo Paolo. ¡Le querían tanto! Entre ellos Fontano, que llegó desgraciadamente al extremo del vicio, la tomaba con pedir, en sus borracheras, cantos a la Flor del Lido y con hablar a medias de cierta aventura nocturna del Canal Orfano, a cuyo horrible memoria sentía erizársele el cabello.

Catalina Cornaro sufrió mucho con los afanosos y amables cuidados que le prodigaba la Señoría, hasta que anocheció y no amaneció.

Conclusión
A Jacobo

Así acabó la Antigua Sirena del Adriático. Si meditas un poco sobre esta mi leyenda, amigo mío, podrás observar algunas semejanzas que justifiquen la calificación de alegoría, que, según mi intención, debe convenirle.

Sirena subió del Lido a las riquezas y al poder gracias a sus condiciones físicas, así salió de una tribu de pescadores a dar la ley al mundo aquella temible oligarquía. Su mañoso ingenio, su invariable astucia mantuvieron en sus manos por siglos aquel cetro poderoso; como esta, abusó, intrigó, despotizó; como esta, después de una serie indisputable de triunfos, nada generosos en sus resultados, y vencedora de sus rivales, murió dejando un recuerdo de belleza, de hipocresía, de misterios, de lauros, de poder, de delitos y de miserias. La peste que ocasionó sus tormentos, puede compararse a la influencia de Chipre

y del Oriente que corrompió las costumbres de la república. El egoísmo la aisló dejándola frente a frente, dormida ante su asesino. La muerte voluntaria con que termina cuando ya no la es dado continuar sirviéndose a sí misma, es el digno fin de aquel egoísmo. Así se dejó matar, en indolente marasmo incomprensible, la gran república véneta. Llegó un día en que el sol iluminó esplendoroso, y la astucia se halló petrificada y la hermosa piel se vio llena de repugnante podredumbre.

Hafiz representa en esta leyenda el Asia, el Oriente sirviendo con su industria las miras de Venecia. Y cuando empuña el instrumento para arrancar el corazón a Sirena, es la ciencia de hoy ganosa de estudiar la máquina de aquella gran república; cuando parte para su tierra llevándose aquel corazón, es el Oriente que se retira llevándose la vida de Venecia, que alimentó por tanto tiempo.

Gradenigo representa el sibaritismo de la opulenta oligarquía.

Honorio, es la gloria, castigada por un civismo que recela hasta de sus propios lauros.

Loredano, el genio ambicioso e intrigante, representado en aquellos tribunales terribles y misteriosos.

Ruggiero, las bellas artes que florecen sin hacer la felicidad de sus adeptos y que sobreviven hoy, como una hermosa memoria, en obras inmortales.

Anzola, la víctima de la diferencia de condiciones en donde parece que no debían existir, atendidos el origen y la historia de la república.

Catalina Cornaro, la suspicacia colonial de Venecia. Perla la virtud cívica perseguida y en clausura allí, sobreviviendo con la vista en el cielo en pos de una fe para el porvenir.

Y por último, Paolo, el pueblo de Venecia siempre ignorante de las verdaderas causas, sorprendido y silencioso ante los temibles efectos, y confiado sin embargo en que la oligarquía (es decir, Sirena) había sido su bienhechora.

Sirena renacerá tal vez en Perla, es decir, regenerada por la cívica virtud; la estética física será entonces el albergue de la estética moral; pero en tanto bien podemos decir a la Sirena del Adriático «Hermosa muerta, duerme y descansa en paz.»

Adiós, Jacobo; estaré contento si la leyenda no te ha desagradado.

Tuyo de corazón.

ALEJANDRO.

P. S. Debo recordarte que Catalina Cornaro es el único personaje realmente histórico que contiene esta leyenda, dama que comenzó a figurar por los años de 1469; los demás son tipos puramente verosímiles, en mi concepto, según la historia de aquella nación. No hacía a mi propósito fijar época histórica a esta leyenda, antes al contrario he pretendido darlo, en lo posible, un carácter general en punto a tiempos, y así debo hacerte notar que el anacronismo que en el episodio de Catalina Cornaro pudiera advertirse, así como la ficción de las demás particularidades referentes a sus relaciones con Honorio Morosini, han sido del todo intencionales.

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

editorial del cardo